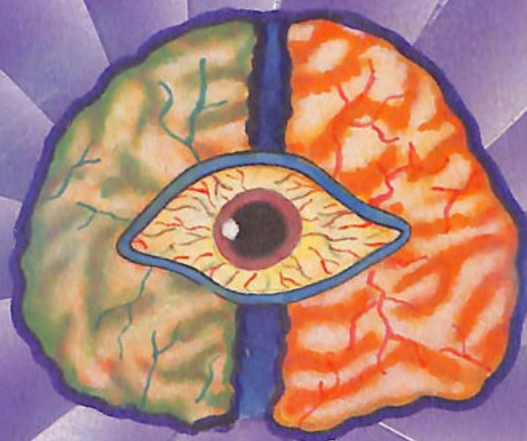


Antología del cuento psicológico de la República Dominicana



Prólogo de:

Dr. Antonio Zaglul

Dra. Josefina Zaiter de Zaglul

Domingo Hernández Contreras

Compilación, introducción y notas.



**UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
UNIBE**

*Benito
25/10*

Antología del cuento psicológico de la República Dominicana

Prólogo de.

Dr. Antonio Zaglul

Dra. Josefina Zaiter de Zaglul

Domingo Hernández Contreras

Compilación, introducción y notas

Título Original:
*Antología del Cuento Psicológico
de la República Dominicana.*

Compilación, Introducción y Notas:
Domingo Hernández Contreras.

La edición de esta obra fue patrocinada
por la Universidad Iberoamericana, UNIBE:
Colección Textos Universitarios, Volumen IX.

Composición y Diagramación
Vicente Serrano, Tel.: 560-7679

**Cada texto es propiedad intelectual de las
fuentes de autoría citadas en la bibliografía**

**Printed in Dominican Republic
Impreso en República Dominicana, 1995**

ISBN:

LO DEDICO

A DOÑA MARIA F. CONTRERAS

Mi madre. Porque a través de su inocencia, humildad, marginación y sufrimiento, pude apreciar ¡cuán grande es la dignidad de la mujer!

A DON JUAN BOSCH

Mi padre intelectual y espiritual, sin él, mis ojos no hubieran tenido la esperanza y la luz de la dignidad de los pueblos de América y el tesón incansable del batallar en medio de la atormentada América Latina.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar al profesor Juan Bosch, Maestro de la Política y Gloria Nacional de la República Dominicana (título otorgado por el Congreso de la República a unanimidad), por sus opiniones favorables al prólogo de este volumen.

A los doctores Antonio Zaglul Elmúdesi *(considerado el Padre de la Psiquiatría Dominicana) y Josefina Zaiter de Zaglul, por además de haberme alentado en la necesidad de publicar “tan importante aporte a la Psicología, la Psiquiatría y la Literatura” según sus palabras, me honraron con tan extraordinario prólogo para este texto.

Por último, a la arquitecta y licenciada doña Sonia Martínez (chilena ida a destiempo), por su apoyo moral y espiritual; al licenciado Luis Rosa, quien me facilitó el acceso a los anaqueles de la Biblioteca Nacional; al licenciado Daniel Cruz, por haber colaborado grandemente en la corrección del original; a Foster Parents–Plan Internacional, por su cooperación financiera para la investigación.

* El doctor Antonio Zaglul Elmúdesi, ha prologado un sinnúmero de libros a diferentes escritores e investigadores de gran calibre intelectual, entre los que se encuentran: El doctor Joaquín Balaguer, don Emilio Rodríguez Demorizi y el licenciado Bernardo Vega, entre otros.

PROLOGO PSICOLOGICO*

POR EL DR. ANTONIO ZAGLUL
Y LA DRA. JOSEFINA ZAITER DE ZAGLUL

En mi condición de psiquiatra, se me ha pedido un prólogo para este libro que contiene una serie de cuentos psicológicos escritos por autores dominicanos, algunos íntimos amigos, otros, mis maestros y en menor escala, mis discípulos. De entrada, establezco claramente que en este estudio, queda al margen el enjuiciamiento que como literatos tienen los autores.

Siendo la psicología y la psiquiatría ciencias muy modernas y las enfermedades mentales más viejas que el conocimiento del hombre, es lógico deducir que los postulados teóricos de estas ciencias modernas nacieron del razonamiento filosófico y artístico de los filósofos y artistas (es obvio) en el transcurso de los procesos históricos de la humanidad, pues fueron éstos los primeros interesados por la psiquis humana que conocemos.

(*) Este prólogo (Estudio-Ensayo) fue iniciado por el Dr. Antonio Zaglul y terminado por la Dra. Josefina Zaiter de Zaglul. El mismo es el resultado de la discusión y la unificación de criterios acerca de lo externado en su valiosísimo y científico contenido.

Por lo que podemos plantear que quienes definieron, diagnosticaron y clasificaron los caracteres propios de enfermedades mentales, desde los inicios de la humanidad, fueron los filósofos y los artistas (dentro de los artistas, el papel más preponderante fue el de los literatos: poetas, novelistas, cuentistas, etc.) y no los psicólogos y psiquiatras académicos o especialistas de ésta, la Era Postmoderna. Esta es la ponderación que nos proponemos hacer en el prólogo de este libro a través de una sucinta historia de la psicología y/o la psiquiatría (1).

El hombre ha necesitado siempre de una ciencia que pudiese penetrar donde las ciencias naturales no podían: *el universo de la mente humana*.

Esta tarea de indagar en la psiquis humana es tan vasta que encierra diversas culturas: desde los shamanes, los buitius de nuestros indígenas; y los más primitivos seres vivientes, involucrando también a filósofos, médicos, artistas, clérigos y científicos hasta llegar al médico especializado, los sociólogos y los psicólogos..

China, India, Babilonia, Egipto, Persia, con sus creencias mágico-religiosas en sus escritos insinúan lo que con lo siglos nos acercarán a lo que hoy llamamos literatura psicológica y ¡por qué no psiquiátrica! Incluso, en las artes plásticas, la idea del centauro, la sirena, una escultura sobre otra escultura, es lo que llamamos la condensación de imágenes propias de la cultura primitiva y que encontramos en las obras de los esquizofrénicos.

El arranque de la psicología se inició en la Grecia Clásica y más que los médicos, los verdaderos pioneros fueron los filósofos. Lo que llama Franz Alexander, "psicología sin demonios", comenzó con los griegos en los siglos VII y VI, antes de Cristo; y fue aplicado este concepto a la medicina, incluyendo las enfermedades mentales

(1) El Dr. Antonio Zaglul utiliza consciente e indistintamente los términos psicología y psiquiatría, por lo común de los orígenes de estas disciplinas, para el contexto de este prólogo.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

en el siglo IV, por el más grande médico de la Historia, Hipócrates(2). El racionalismo declinó en el medioevo y revivió en el Renacimiento, dándole paso a lo que hoy llamamos Era Científica Actual.

En la antigüedad, la psicología se imbrica en la filosofía, aún siendo el primer médico el psiquiatra, que curaba por sugestión y que más tarde será un especialista de la medicina. La psiquiatría se queda sola y remonta muchos siglos más tarde, a mediados del XIX. En principio, los filósofos de Grecia eran realistas que aceptaban el mundo de los sentidos como realidad absoluta. Su preocupación era el mundo físico y no el hombre. "Los primeros pasos de actos psicológicos y de observación del pensamiento, constituyeron el logro de los sofistas y el origen espiritual se remonta a Pitágoras" (S.T. Selesnick).

Fueron tantos los filósofos que aportaron muchos conocimientos en Psicología que mencionarlos a todos llenaría cientos de páginas. De los sofistas, el más distinguido para Alexander lo fue Protágoras de Tracia, quien fundó la epistemología o estudio de la naturaleza y fuente del conocimiento. Aunque desde el tiempo de Sócrates el vocablo sofista tiene una significación despectiva, la contribución de éstos al conocimiento del hombre como ente pensante fue positiva.

La culminación de la grandeza de la filosofía griega llega con los tres sabios que alumbrarán al mundo con sus conocimientos durante siglos: Sócrates, Platón y Aristóteles. Desde Sócrates hasta Platón, transcurre el desarrollo de la exploración racional del hombre y su mundo, y en la parte médica, Hipócrates ; sin embargo, quien más aportó a la psicología fue Platón, quien interpretaba los sueños que siglos más tarde utilizaría Freud pero de un modo menos intuitivo y más operativo.

(2) Hipócrates, considerado el más grande de los médicos que muchos siglos después tienen vigencia. Lamentablemente sus hijos y discípulos dejaron la investigación por considerar que ya todos los conocimientos en la medicina, el padre y maestro, los había puesto en evidencia; el fracaso en el sentido de convertir el hipocratismo en dogma, fue lo mismo que sucedió con Freud cuando se trató de llevar a dogma el psicoanálisis.

De la época del Imperio Romano, sólo menciono un personaje: Cicerón, filósofo y no médico. Sentía gran preocupación por los enfermos mentales y negó como verdadera la idea de la bilis descrita por Hipócrates; aunque todavía, hoy por hoy, se habla del hombre "bilioso", para designar al malhumorado.

Las pestes y los bárbaros destruyen el Imperio Romano y a paso de gigante crece el cristianismo: "Cristo, cuidador del alma y sanador del cuerpo". Entramos al medioevo y la medicina pasa a manos de los monjes. Aparecen cientos de santos milagrosos y a los enfermos mentales se les practica el exorcismo para con los años llevarlos a la hoguera por ser posesos. La psiquiatría de la Edad Media es prácticamente demoniología.

En el medioevo sobresalieron dos monjes: uno muy positivo para la Psicología, San Agustín; el otro, totalmente negativo, Santo Tomás de Aquino. Las Confesiones de San Agustín en opinión de Brett, en su "Historia de la Psicología", "constituyen una labor incisiva y profunda de autoanálisis. Se halla entre los más grandes, junto a Platón y Aristóteles, y en un aspecto, superior a éstos". Para Alexander, "Fue el primero en describir experiencias emocionales subjetivas en forma rica y detallada, y al hacerlo, siguió un principio metodológico que es aún fundamental para la Psicología actual. "Las emociones, afirma San Agustín, si uno nunca las ha experimentado, cólera, esperanza, alegría y temor, es imposible conocer lo que son éstas". *San Agustín fue el precursor del psicoanálisis.*

Franz Alexander, inicialmente psicoanalista ortodoxo de origen judío, le dedica en su "Historia de la Psiquiatría", cuatro páginas al estudio de las Confesiones. Siglos más tarde Kierkegaard empleó también la confesión autobiográfica como fuente del conocimiento psicológico. Alexander, a quien conocí en el 1950, en el Primer Congreso de Psiquiatría, y posteriormente en el Congreso de Psicoterapia de Barcelona en 1958, del cual se retiró porque no le aceptaron a sus psicoterapeutas no

médicos, recalca el hecho de que el autor favorito de ese sabio y santo lo era Cicerón. El profesor húngaro que renegó del Psicoanálisis cuando lo quisieron convertir en dogma, era además ensayista, historiador y conferencista. Lamentablemente, su "Historia de la Psiquiatría" la terminó uno de sus discípulos, Selesnick, ya que falleció en marzo de 1964, meses antes de entrar en prensa. Siendo estudiante en el Instituto Psicoanalítico de Berlín y teniendo menos de 20 años, incursionó en el cuento psicológico.

Santo Tomás de Aquino reconcilia las enseñanzas de Aristóteles con el dogma cristiano mediante la subordinación de éstas a la revelación religiosa y su influencia en la historia de la Psiquiatría puede considerarse regresiva (3).

En 1492 se descubre América. El último bastión de los musulmanes Granada, cae en manos de los españoles; un hecho que se menciona con poca frecuencia: nace en Valencia, España, Juan Luis Vives, de quien otro de los grandes historiadores psiquiátricos, Zilboorg, dice: "Sobrepasa a la de todos sus contemporáneos y a la de muchos de sus descendientes científicos durante más de tres siglos: Sorprende encontrarse con el primer antecesor de Freud; era hombre profundamente religioso, que vivió trescientos cincuenta años antes que él, y cuyo fondo y tradición religiosa se combinaban con una personalidad muy devota".

Hay que pensar que ese genio nació cuando España salía lentamente de su Medioevo, donde se combinaban la mitología cristiana y la demoniología prehistórica. "¿Qué puede ser más inhumano que fomentar la locura de un hombre para reírse de él y divertirse uno mismo de su desgracia?" Así escribía el gran maestro en su libro "De Tradetins Disciplines", publicado en 1531; suyo también el siguiente párrafo: "El

(3) Todavía, en 1948, nuestro profesor Vallejo Nájera, padre, nos obligaba a estudiar los trabajos de este santo y su relación con la Psiquiatría, algo imposible entre nosotros, un grupo de estudiantes hispanoamericanos que no tenía ningún conocimiento de filosofía.

estudioso no debe avergonzarse de entrar en tiendas y fábricas y hacer preguntas a los artesanos y tratar de obtener conocimientos acerca de los detalles de sus trabajos. Antiguamente los hombres ilustrados despreciaban la indagación de cosas que son de gran importancia para conocer la vida".

En una célebre carta, en la que se percibe lo más esencial de la actual disciplina de la educación y de la modernísima Higiene Mental, escribía Vives a Enrique VIII de Inglaterra: "Nada es más vital que el debido cuidado que se debe dar a la formación de opiniones buenas y sanas en los jóvenes. Ellos deben conocer la finalidad y la ventaja de cada elemento del bienestar, su proporción esencial y como estimarlos". En su obra "De Suventione Pauperum" expresa su preocupación por los enfermos pobres no sólo en lo que respecta a su cuerpo, sino en cuanto a su psiquismo". (Cáceres).

Juan Luis Vives sin duda alguna es el precursor a todo lo largo y ancho, de la psicología y la psiquiatría. Antes que los médicos psiquiatras de Italia y Alemania, por supuesto muchos siglos antes, escribieran e investigaran sobre constitución y carácter, en "anima et Vita" descubre las asociaciones un siglo antes que Hobbes, y no sólo tenía un concepto claro de ellas, sino que comprendió su relación con el recuerdo y el olvido y también la íntima conexión entre las emociones y el proceso del recuerdo y del olvido. No empleó la palabra "inconsciente", vocablo introducido en el siglo pasado, ya que la formulación del concepto mismo lo realizó Freud a comienzos del siglo XX. (Zilboorg).

Entramos en el Renacimiento, la medicina con un Galeno trasnochado; la psicología se apoya en las muletas de la filosofía y el remedo de psiquiatría consiste en custodiar y no sanar a los enfermos mentales que son huéspedes de verdaderos almacenes de locos. El Renacimiento descristianiza a Aristóteles, se reaviva la querrela entre la Fe y la Razón. Se libera la conducta sexual. "Los impulsos inmóviles del hombre ya no podían ser y por ello fueron proyectados en la mujer en forma de

movimiento misógino cuyo lema era: la mujer es un templo construido sobre un estercolero" (Havelok Ellis). Para Alexander, "en cuanto estuvo levantado bien alto el estandarte del movimiento misógino, fue codificada la ideología del movimiento de masa hacia la caza de brujas por Johann Sprenger y Heinrick Kraemer. Su libro "Malleus Maleficarum" (martillo de brujas) escrito con la típica meticulosidad germánica es a la vez un texto de pornografía y psicopatología. Un libro infame que llevó a la hoguera a cientos de miles de enfermos mentales donde estos dos curas alemanes se muestran como grandes maestros de las perversiones sexuales. Desde los íncubos y súcubos hasta afeitarles a las acusadas los vellos del pubis porque consideraban que ahí se escondía El Diablo.

Johann Weyer, médico holandés, estudió a profundidad El Martillo de Brujas y durante más de diez años entrevistaba acusados y acusadores, y luego, con precisión y muy claro, destruía las acusaciones. En 1563, publica su libro: "De Praestigis Daemonum" (La decepción de los demonios) y refuta sistemáticamente todo lo escrito por los alemanes; originalmente escrito en holandés, perseguido después cuando fue traducido a la lengua germana.

Nos decía el profesor de Historia de la Medicina de la Universidad Central de España, hoy Complutense, que los ejemplos dados por Weyer, aunque reales, parecían cuentos psicológicos, y muchos psicopatológicos; de herético y después de loco, lo tacharon los inquisidores.

De la transición del mundo medieval al Renacimiento decía Don José Ortega y Gasset: "habla del hombre del siglo XVI, como sujeto que vive en dos mundos, que es apartado de un sistema de convicciones, pero sin estar instalado en otro..., aún cree en el mundo medieval, o sea, en el otro mundo sobrenatural de Dios, pero cree sin una fe viva. Su fe se ha convertido en costumbre... Aunque esto no significa que sea insincera".

Domingo Hernández Contreras

Pero antes de adentrarnos en el Renacimiento europeo, veamos algo del Renacimiento del gran Imperio Islámico. Roma dividida en dos: Oriente y Occidente, el segundo cuesta bajo y el primero, asentado en los territorios de la antigua Grecia, durará varios siglos, exactamente para un historiador amigo de las cifras, once siglos treinta y tres años y dieciocho días.

Bizancio no sólo tiene su asiento en la Hélade; también asimila su cultura y la mejora. Los problemas médicos, Bellas Artes, y un largo etcétera pasaron sin violencia a lo que llamamos Cultura Bizantina, sin embargo se discutía sobre religión. El cristianismo primitivo tenía varias vertientes; el propio Constantino tenía una mentalidad de pagano hasta días antes de su muerte cuando fue bautizado, a lo que siempre se había negado. Juliano, el apóstata, quiso volver al paganismo, y Nestorio, un obispo, no aceptó a María como la madre de Dios y la aceptaba como madre de Cristo. Fue expulsado a Siria con sus adeptos que pronto se propagaron por toda el Asia Menor. En Godishapur una ciudad ubicada en Persia, crearon una universidad. Su Escuela de Medicina no solamente retomó a Hipócrates y Galeno, recibiendo también una parte de la medicina hindú y los progresos por ellos conocidos de la medicina bizantina.

De cómo encontraron los mahometanos el saber antiguo es una anécdota que citan con frecuencia los historiadores árabes y que incluso, puede ser cierta. Al Mansur enfermó y los médicos del Islam no logran curarlo: se pide un médico nestoriano y personalmente va el director de la escuela de Medicina de Godishapur, logrando sanar al Califa. Se convierte en médico de cabecera y se le erige un hospital en Bagdad. Se inicia la traducción al árabe de las obras de Hipócrates, Dioscorides, Aristóteles, Galeno y Platón. Todo lo que se encuentre de Grecia, Roma y Bizancio, debe ser traducido al idioma sagrado, el árabe. El Corán es el primer libro árabe escrito; dada la expansión árabe se fue traduciendo en otras lenguas. Desde Samarkanda hasta Poitiers en la frontera francesa se conforma un imperio poderoso. Se aumentan los conocimientos de la cultura antigua, su saber lo abarca todo; florecen Bagdad y

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Córdoba y aparece el Hakim, el médico filósofo; fuera de los líderes religiosos, es el personaje más importante. Aparecen los poetas que en su mayoría le cantan al amor. A diferencia de los católicos que alegan posesión demoníaca en los enfermos mentales, a éstos, en el Islam se les trata con dulzura, música e hidroterapia. Cuentistas naturales, todavía es la fecha que en los mercados cantan sus poemas los poetas, no lo recitan; los cuentos de "Las Mil y Una Noches", al parecer de origen indio y muchos otros del mismo origen, ya que también traducían la mayoría de los dialectos y lenguas de la India al árabe. Dado el trato exquisito a los pacientes de la mente, se incursionó muy poco en ese tema.

De los escritores del Renacimiento, dos se llevan la palma, Don Miguel de Cervantes y Saavedra y William Shakespeare.

Un día los alumnos le preguntaron a Sydenham, un famoso clínico inglés, que cuál era el libro más completo sobre medicina, y sin titubeos les respondió: El Quijote. Sigmund Freud estudió español para leerlo. De ahí que las traducciones más fieles de sus libros son los de la lengua castellana porque personalmente los revisaba. Los grandes maestros alemanes lo copian. El flaco soñador esquizoide, y Sancho, el gordo realista. Kretschmer, le agregó un tercero: el atlético, y una de sus discípulas le agregó un cuarto, el displásico, el deforme físico, y los franceses le llaman como el personaje de novela: Quasimodo. El mundo irreal esquizofrénico de Don Quijote y del mismo creador; el Licenciado Vidriera, son increíbles descripciones de esa enfermedad casi tan exacta como en los libros de texto.

Para Alexander, son infinitas las geniales descripciones de Shakespeare de los conflictos inconscientes universales del hombre; Hamlet, por ejemplo es, en términos modernos, una personalidad neurótica compulsiva retratada en forma exacta y completa. Su complejo de Edipo lo maneja en forma magistral. En el Rey Lear, el más grande de los dramaturgos aborda la profunda relación que existe entre el padre y las hijas. En Oteló, explora a fondo la psicología de los celos.

La realidad es que en el Renacimiento, el psiquiatra era un cero a la izquierda hablando en términos decimales; porque de los miles de genios de esa época, dos se encargaron de poner parte de los cimientos de la actual psiquiatría.

En el siglo pasado Dostoyevsky, y en este siglo Camilo José Cela, llevaron enfermos mentales como protagonistas de sus obras.

El caso más extraordinario de la literatura y la psicología es la célebre novela de Flaubert: "Madame Bovary". No es como los casos anteriores donde los personajes encajan o como neuróticos o como locos y retrasados mentales. Flaubert crea una entidad nosológica, inicialmente tomada por el filósofo francés J. de Gaultier, "Le Bovarysme", Ediciones Mercure de France, París, 1921, y posteriormente por los psiquiatras, Genil Perrin y Delay, que lo define como "el poder que se le otorga al hombre de concebirse de manera distinta a lo que es".

Para asomarnos poco a poco a esta obra hablaremos de Genio y Locura. El iniciador de esta corriente lo fue un francés, Moreau de Tour, hasta continuar con Jasper, ese gran psiquiatra que abandonó la especialidad para convertirse en filósofo. La comparación entre la genialidad y la locura que conduce a uno de estos callejones sin salida nada raros en la historia del pensamiento psiquiátrico, fue abordada con mucha seriedad.

¿El genio tiene programado sus genes y el loco por igual? Nada más falso. La idea primó en el siglo pasado del Degenere Superieur. Ernesto Kretschmer la buscó en el físico de las personas; por igual lo hizo Lombroso en busca del criminal nato. Mi maestro, Vallejo Nájera Padre, hombre de ultraderecha, de un catolicismo estrecho, en su obra "Locos Egregios", si se enteraba de que algunos de sus personajes hacían vida sexual fuera del matrimonio, los fichaba como psicópatas.

La idea del degenerado superior incluía a genios y locos porque el psiquiatra francés explicaba que el parecido entre estos dos estados derivaba de su origen común en la hiperactividad de la mente.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Antes de proseguir, hagamos una clasificación de los escritores (no necesariamente nos referimos a los de esta antología). Yo los dividiría fundamentalmente en los genios locos y los genios "normales", entrecomillados, ya que su propia genialidad los convierte en personas fuera de serie y en escritores neuróticos: Neurosis de la que padecen todos los que poseen un nivel de inteligencia normal o por encima de los normales.

No son neuróticos los de inteligencia inferior a las que los psiquiatras y psicólogos sajones llaman "Stupid happines". El propio Freud aludía con frecuencia a lo que él llamaba su "mancha neurótica", y exigía a los estudiantes de psicoanálisis descubrirse mediante el autoanálisis o puesta en evidencia en el psicoanálisis que se exige para estudiar la psicología profunda.

Nos decía Don Juan López Ibor "que el loco es un personaje codiciado de la literatura, desde el Quijote de Cervantes a Camilo José Cela, pasando naturalmente por Dostoiewsky, y sin olvidarnos de Shakespeare".

La poesía "Oscura" de Góngora se debía a un alto grado de paranoia que posteriormente lo llevaría a la locura. La poesía y el teatro de Lope de Vega causaba su permanente estado de hipomanía; por eso era "clara", y cuando le llegó la depresión se hizo sacerdote, lo que abandonó al volverse hipomaniaco. También lo era Rubén Darío, un exaltado hipomaniaco como Lope, con crisis de misticismo en sus depresiones. Una larga lista que incluye a Strindberg, Van Gogh, Swedenborg, Holderlin, Nietzsche, podríamos citar, como miembros de la familia de locos "geniales".

Un famoso psiquiatra argentino, poco amigo de la psicobiografía, en sus cursos de post-grado en esa especialidad, incluyó como materia obligatoria el que sus alumnos escribieran por lo menos dos cuentos psicológicos.

La contribución que desde la literatura se ha hecho a la comprensión del comportamiento humano, a través de las geniales caracterizaciones de personajes, es innegable y representa un aporte de gran valor.

La presente antología de cuentos psicológicos dominicanos, en la que Domingo Hernández selecciona y ordena cuidadosamente un conjunto amplio y significativo de cuentos de nuestros mejores escritores contemporáneos, nos permite relacionarnos y adentrarnos en una gama de personajes que expresan la angustia de su existencia, el tormento de su manera de comportarse y relacionarse con su entorno, la explicación de su realidad desde una perspectiva diferente a la predominante, asumiendo así el ser considerado como raro diferente, todos abatidos por síntomas y trastornos de su conducta, inmersos en las profundidades de su psiquismo.

Este texto es un aporte a la posibilidad de establecer un diálogo entre literatura y psicología en la búsqueda de comprender la complejidad de la mente humana. Valoramos, en gran medida, las potencialidades de una relación que permita, desde la construcción literaria, una vía para aproximarnos a la realidad humana.

Al reconocer las valiosas características de personajes y comportamientos presentes en la historia de la literatura, reconocemos también que el flujo de aportes de la literatura hacia la psicología, muchas veces ha estado obstaculizado por las tendencias científicistas de los psicólogos.

El leer esta espléndida colección de cuentos psicológicos dominicanos, estamos seguros, llevará a entender un poco mejor las diferentes formas y asunciones con que los seres humanos nos colocamos ante nuestra realidad y existencia.

INTRODUCCION

Esta obra es para el uso inclusive del desasistido ser humano dentro de esta especie animal, y para el uso especial de los humanistas de la Psicología, la Pedagogía, la Sociología, la Literatura y de las múltiples ramas del saber, por la valentía que presupone el practicar a diario el humanizarse en la tierra pestilente de los fetiches deshumanizantes, y por la prudente concepción científica y didáctica con que se abordó. También esta obra fue pensada para el uso de las familias, y para las personas nacionales y extranjeras interesadas en adentrarse en las entrañas de la cultura y la idiosincrasia dominicanas y latinoamericanas.

"*ANTOLOGIA DEL CUENTO PSICOLOGICO* de la República Dominicana", nunca pretendió ser un tratado ni de psicología ni de sociología, pero tampoco de literatura; unicamente pretende compensar las expectativas de los impávidos lectores, aunque no las de los necrófilos y exacerbados críticos. Esta obra fue posible por el acicate que da al compilador la satisfacción de la primicia y del deber con acierto para con las necesidades intelectuales del medio. Su brillantez se debe al bizarro que la logró sin más conocimiento psicológico, sociológico y literario que el intuitivo y el aprendido de sus paupérrimas realidad y lectura; así también la mediocridad que pueda deslucirla debe ser achacada al bizaño investigador.

Para el máximo provecho y para fines de lectura y/o análisis, esta obra está estructurada desde una perspectiva global obligada, por razón cronológica, en tres grandes épocas: **la de los escritores precursores del cuento psicológico (1900-1930), la de los escritores de transición del cuento psicológico (1930-1960) y la de los escritores contemporáneos del cuento psicológico (1960-1990).**

Estas tres épocas en que ha sido estructurada la obra, permite adentrar al avezado lector crítico en el conocimiento exhausto de cuándo en verdad aparece el cuento psicológico en la literatura dominicana y qué establece esta investigación como tesis relevantes; pero antes de entrar en este análisis, se procederá a definir, para tranquilidad de los lectores, el concepto de cuento psicológico sin olvidar la tesis planteada en el prólogo de esta obra, por los esposos y doctores Antonio Zaglul y Josefina Zaiter, en la cual demuestran que la psicología tuvo su origen en los razonamientos más antiguos de la filosofía, y que posteriormente se desarrollaron y afianzaron los caracteres de enfermedades de su incumbencia en las creaciones literarias.

Se considera, en esta obra, que un cuento es psicológico cuando su personaje principal (que pueden ser varios) adopta una actitud/aptitud, por una convicción errada o acertada, individual o social, consciente o inconsciente, por experiencia o abstracción o por cualesquiera causas que caractericen una actitud/aptitud sea por causa o efecto de alguna circunstancia externa o por algún cuadro psicológicamente abordable, anterior o posterior a algún acontecimiento o entorno ficticio o real de su trascendencia.

LOS PRECURSORES DEL CUENTO PSICOLOGICO (1900-1930). Esta primera época del cuento psicológico está caracterizada por el predominio del tema amoroso y en las variantes de este se encuentra el celo, el desamor, el amor alucinante y necrófilo, la hipocresía y el orgullo. Por la sorprendente frecuencia del tema amoroso en los cuentos psicológicos de esta primera época podría bautizarse a sus literatos como los primeros psicólogos del amor.

Esta investigación establece que con la aparición de escritores de cuentos psicológicos como Renato de Soto (1913) *,Manuel F. Cestero (1906), y por qué no incluirlo Fabio Fiallo (1908), se va al suelo la tesis de algunos sentenciosos puritanos en cuanto que establece que el precursor del cuento psicológico lo fue Angel Rafael Lamarche con su archi celebrado texto "Los cuentos que New York no sabe" (1940). Se sugiere la búsqueda y la lectura de la bibliografía de estos escritores y la de otros que no se incluyeron en este tomo como la de Abigail Mejía de Fernández.

LOS ESCRITORES DE TRANSICION DEL CUENTO PSICOLOGICO (1930-1960).
Sin duda alguna que es esta segunda época la más significativa y prolifera en cuentos psicológicos por la variedad de sus temas. La multiplicidad y la diversidad de temas en los cuentos psicológicos da derecho a calificar a esta segunda época como **la de las convulsiones en los cuentos psicológicos.**

La riqueza de temas en los cuentos psicológicos de esta segunda época es inmemorable porque en ella encontramos desde el tema amoroso, el pueblino, y el psicológico puro pasando por el cuento psicológico de tema surrealista y evasivo hasta llegar al cuento psicológico de la actualidad con el tema de la angustia, de la desesperanza, de la inseguridad provocadas por la desigualdad social y el proceso de neurasterización que está afectando al ser humano en las ciudades por el afán de programar hasta los sentimientos del ser humano.

Sin embargo y a pesar de esta gran gama de temas en los cuentos psicológicos de esta segunda época que sugiere la conclusión de afirmar que no existe una caracterología específica para calificar y agrupar a estos cuentos, la realidad es que dentro de esta diversidad también se desarrolla como tema constante en el cuento psicológico, el de la denuncia y la ridiculización de lo que fuera en la historia

(*) Las fechas en paréntesis se refieren al año de la aparición de sus obras literarias; ver atrás la bibliografía.

dominicana, las guerras fratricidas, la época de los generales caudillos y valientes, la época de las revoluciones y del exacerbado "complejo heroico" de Concho Primo de finales del siglo pasado y de principios del actual.

Sin pecar contra nadie, es de afirmarse que no fue casual la proliferación de estos temas, no tan sólo en los cuentos psicológicos, sino que se extendió a todas las ramas de la literatura con rasgos propios que expresaban la defensa y la aceptación consciente o inconsciente del régimen dictatorial que imperaba y que casualmente coincide cronológicamente con la segunda época y el ¡boom! del cuento psicológico. Quien no se adherió a la literatura del régimen Trujillista prefirió hacer una literatura amorosa, vacía, elitista y raras veces de protesta o de inconformidad por el régimen imperante, bajo el recurso del surrealismo, del amor y de otros medios.

LOS ESCRITORES CONTEMPORANEOS DEL CUENTO PSICOLOGICO (1960-1990). Sobre el razonamiento de que lo último que pierden los pueblos es su cultura, su identidad individual y su condición humana y como contrarrespuesta al proceso de neurastenización que propicia la vida urbana y la civilización, el escritor en general, y para el caso de este trabajo, el escritor del cuento psicológico ha tomado como argumento y centro de sus temas las más profundas tribulaciones del ser humano, en procura de la justa reivindicación de su especie.

Es en esta tercera época cuando aparece el verdadero cuento psicológico; un cuento comprometido con las interioridades del individuo, ciertamente trabajado e investigado en cuanto a su relevancia literaria y a sus contenidos y temas psicológicos; echando hacia un lado, el escritor, al entorno social de los personajes de sus cuentos, estallando desde adentro hacia afuera como un volcán en erupción, todas esas energías humanas reprimidas que se van concentrando en ese ser humano atribulado por un sistema de vida neurastenizado que trata de competir con los perfectos robots de la Era de las Galaxias.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

La inseguridad de la vida, la indiferencia ante el sufrimiento humano, el conformismo; el cargo de conciencia, los valores sociales pusilánimes, las neurosis típicas de finales de este siglo, las virtudes y las maldades humanas es la amalgama de temas utilizados por los escritores del cuento psicológico en esta tercera y última época del cuento psicológico de la República Dominicana.

Se puede advertir, en la mayoría de los casos, que los escritores precursores del cuento psicológico desarrollan sus temas creando un entorno que obliga a los personajes de sus cuentos a actuar con una actitud o aptitud psicológica, por medio al recurso del suspenso en las palabras bien empleadas, o sea, que el cuento psicológico de estos escritores es un tanto artificioso donde sus personajes no son más que piezas de laboratorio. Es un cuento que su temática se desarrolla casi siempre en el dualismo: ambiente artificioso y sujeto.

En cuanto a los escritores de transición del cuento psicológico, estos además de que usan el recurso de la dualidad: ambiente artificioso y sujeto,; también usan los extremos de este recurso: desarrollan cuentos con ambientes reales y con sujetos hipotéticos o sugeridos por las tramas de los cuentos, o a la inversa, se desarrollan cuentos psicológicos donde la realidad la crea o recrea el mismo personaje del cuento por medio a la autorreflexión. De esta época sólo queda decir que es dentro de ella donde aparecen los cuentos psicológicos de cortes eminentemente sociales.

Por último, se encuentran los escritores contemporáneos del cuento psicológico, los cuales utilizan el recurso último de que se habla: el de los sujetos que recreaban o creaban sus realidades por medio a las autorreflexiones. Es a partir de aquí cuando se realiza el mejor y más auténtico cuento psicológico.

La metodología utilizada para esta obra fue la simple metodología científica. Por ser esta parte sólo del interés de los conocedores de los procedimientos de los mismos, se sugiere el estudio de los índices de esta obra.

Domingo Hernández Contreras

La ausencia de una semblanza o una mini-reseña biográfica de los escritores incluidos en esta obra y también, la ausencia de otros literatos que han escrito uno que otro cuento psicológico, es debido a la consciente intención de crear la necesidad de una segunda y hasta quizás tercera edición de este tomo: se les pide disculpas a sus sinceros lectores por las molestias causadas.

DOMINGO HERNANDEZ CONTRERAS

ESCRITORES PRECURSORES DEL
CUENTO PSICOLOGICO
DE LA REPUBLICA DOMINICANA

- * FABIO FIALLO
- * MANUEL ANTONIO PATIN MACEO
- * RENATO DE SOTO
- * JOSE RAMON LOPEZ
- * MANUEL F. CESTERO

FABIO FIALLO

EN:

ERNESTO DE ANQUISES *

*A Dulce María Borrero de Luján
(Homenaje)*

Los que sobreviven de la brillante juventud que hace veinte años poblaba nuestros salones y llenaba los teatros y conciertos, no pueden haber olvidado a Ernesto de Anquises, aquel extranjero, orgulloso, derrochador y excéntrico, que en dos años de vida elegante se captó entre nosotros la envidia encubierta de los hombres y la admiración gloriosa de las damas, las cuales, a causa quizás del color marmóreo de su tez y de la soberbia hermosura de sus facciones, le llamaban "el pálido Luzbel".

* "Fabio Fiallo tiene cuentos que pueden ponerse al lado de los mejores cuentos franceses ". La inolvidable", "Ernesto de Anquises", "El Príncipe del Mar" honrarían una antología".

Américo Lugo, 1908.-

Domingo Hernández Contreras

¿Quién era? ¿De dónde había salido? Por saberlo, así como por indagar el motivo de la eterna tristeza grabada en su frente, la encantadora viudita Natalia de N... habría sacrificado gustosa una temporada entera de sus noches de triunfos.

Pues bien, de este Ernesto de Anquises es la historia que voy a referir con todos los detalles que escuché de sus labios una noche lluviosa y fría de Diciembre.

- Cuando la novia se presentó en la sala donde se nos aguardaba para proceder a la ceremonia nupcial, comenzó, Ernesto de Anquises, un murmullo de admiración brotó de todos los labios, y crecido en onda rumorosa agitó los ámbitos del salón. ¡Cuán hermosa era y qué bien resaltaban sobre el traje immaculado y bajo la diadema de azahares, el color sonrosado de su faz y el oro pálido de sus cabellos! Y en tanto que yo recogía enorgullecido aquel respetuoso homenaje de la concurrencia, miraba, palpitante de amor, a mi novia.

De repente me estremecí. A mi espalda, uno de los invitados pronunció estas palabras:

¿La veis cuán bella?... Pues bien, dentro de breves años será una carroña asquerosa, y después un horrible esqueleto.

¿No es cierto, amigo mío, que en ocasión semejante esta frase resultaba una inconveniencia monstruosa? Me volví queriendo indagar con la vista a su autor. No le reconocí, y me alegré de que así fuera, ya que el momento no era el más oportuno para demostrarle mi indignación. Bien pronto olvidé este incidente ¿Quién en mi lugar no habría hecho lo mismo?

Y no lo recordé hasta cinco días más tarde, cuando absorto en la contemplación de sus encantos, me sentí, de súbito, asaltado por aquel pensamiento espantoso. En verdad, ¿Qué será de tanta perfección luego que el buitro sombrío de la muerte clave sus garras en esta presa tan hermosa, sonrosada y fresca? ¡Bah! ¿Por qué pensar en ello? Y rechacé tal idea como se rechaza una preocupación asediante.

Pero, ¿Quién aprisiona el pensamiento? ¿Quién le pone cadenas a la imaginación? Esa misma noche, y en el instante en que la amada, en el santuario de la alcoba, rodeaba con sus brazos mi cuello, un rápido estremecimiento recorrió mis nervios. Allí, entre ella y yo, pegada a mi oído, resonaba más burlona y más fría la frase del importuno invitado: "¿La veis? Es una carroña asquerosa, un horrible esqueleto". Y sentía que aquellos brazos que me acariciaban eran un par de huesos, y los besos de su boca me parecían las mordeduras de unos maxilares descarnados y en lugar de sus ojos yo veía dos cuencas oscuras y profundas, que me infundían pavor.

Después de esa noche... ¿A qué continuar con los detalles de mi conducta infame? Esquivaba al principio con disimulo, rechazada más tarde con aspereza, la infeliz esposa que en vano, ora con súplicas, ora con altivez, había tratado de averiguar los motivos de mi extraño alejamiento, principió a languidecer y a sufrir de un mal misterioso que lentamente fue minando su constitución delicada; y al poco tiempo, postrada ya en el lecho de muerte, mi mirada escudriñadora podía estudiar en su lívido rostro lo que en breve sería aquel trágico montón de huesos.

¿Lástima entonces? ¡Oh, no! Y ella tampoco se engañó. Los demás, los que me veían penetrar a cada instante en su alcoba de moribunda y sentarme callado, sombrío, a la cabecera de su lecho, sí creían en mi dolor; pero ella leía en mis ojos como en un libro abierto, y sabía que yo entraba allí para estudiar, y si posible era, precipitar con mi presencia la consumación de aquel crimen mudo y espantoso. ¿Cuándo me vería libre por siempre de ella?

Al fin, una mañana de temprano sol alegre, mis amigos me acompañaron a enterrar el cadáver de la que había sido para el mundo mi adorada compañera.

Y cuando una hora después, cumplido este deber, volví a casa, qué satisfacción experimenté al encontrarme solo y libre. ¡Libre por siempre! Y para cerciorarme, para convencerme de mi inmensa dicha, para gozar mi júbilo infinito, recorrí su aposento, buscando y analizando todas esas huellas que la muerte deja al pasar.



- Y después, Ernesto, ¿No has amado otra vez?

- ¿Amar otra vez?... Escucha:

Cinco meses más tarde emprendí un viaje. Necesitaba alejarme. ¿Acosado por los remordimientos? ¡Oh, no! Nunca sus sombras fatídicas habían perturbado mi sueño. Pero tenía que huir lejos, muy lejos, a donde me fuera imposible realizar un nuevo anhelo que se había apoderado de mí con empeño tan tenaz como aquella otra obsesión. Y viajé mucho, muchísimo, internándome en las regiones más apartadas y desconocidas de uno y otro hemisferio. Todo fue inútil, y al cabo de breves años regresé, vencido, subyugado por el fatal dominio de este inquebrantable deseo: quería desenterrarla, tocarla, saciarme en la contemplación de aquel esqueleto que tanto me había hecho sufrir. Y la misma noche de mi llegada corrí al cementerio, soborné al sepulturero y me hice abrir su sarcófago.

Sí, allí estaba... Era este mismo haz siniestro de huesos el que yo sentía, pegado a mí en las interminables noches de mi suplicio. Estos eran los brazos que hacían nudo de mármol entorno de mi cuello y me ahogaban, esta boca las mandíbulas descarnadas que me mordían, estos ojos las dos órbitas sin luz que me infundían pavor... Y con todos aquellos despojos hui a casa.

Cuando llegué a nuestra alcoba de desposados volví a contemplarlos, y en ésta contemplación me sorprendió la aurora.

En el día hice un esfuerzo y salí. Vagué por la ciudad todas las horas del sol queriendo ahuyentar los recuerdos.

Inútilmente... Aquí estaban, en mi cerebro, como un enjambre de hormigas laboriosas que trabajaban sin cesar. Ya éste me traía un rayo de luz muy suave que antes había sido una mirada angustiada; este otro una ondulación triste, y reconocía

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

en ella la última sonrisa amante de unos labios que contraía el dolor; aquel, una nota armoniosa desvanecida en un sollozo que mi oído recordaba. Después, las hormigas se multiplicaron. Ahora no se ocupaban de simples detalles y trabajaban sin cesar en la obra completa. Cuando por la noche volví a mi casa la reconstrucción estaba terminada, y como un loco me arrojé sobre aquellos huesos y los besé infinitamente. Sí, esta era... esta es su frente pensativa y hermosa, estos sus ojos grandes, rasgados y brillantes, esta su boca pequeña y encendida, en donde se anidaban las sonrisas cándidas y las palabras tiernas, estos sus brazos que formaban dulces cadenas de amor en torno de mi cuello, estos los pies graciosos y breves que supieron de mis ardientes caricias de enamorado. La besaba, la besaba infinitamente. Y bajo el calor de mis labios yo sentía renacer, palpitante de amor, su carne tibia, mórbida y perfumada... ¿Qué si he amado otra vez?... Ven...

Con fuerza sobrehumana Ernesto de Anquises me arrastró consigo, abrió una puerta y me hizo penetrar en una suntuosa alcoba. Allí se alzaba un tálamo.

Sobre el tálamo dormía un esqueleto.

MANUEL ANTONIO PATIN MACEO

EN:

EL SOFA

Marta Lenine! Aún me parece verla no obstante los años transcurridos: estatura pequeña; ojos negros; luminosos y hondos; cejas arqueadas y espesas; nariz arremangadita; dientes de inmaculada nieve; la boca de labios encendidos; la cara de óvalo perfecto y como bañada en suave luz de luna; el cuello de marfil; el busto altivo y gallardo; abundante la cabellera, girón de sombra sobre la nuca de alabastro; las caderas esculturales; las manos de jazmines; los pies breves; el andar sandunguero. En la voz regalaba dulzuras de mieles (hablaba como besando) y su risa tenía del cascabel y de la fuente.

Marta Lenine casó en edad temprana con un mozo de excelentes prendas y cuantioso patrimonio. Se llamaba Julio Pascal, y de filósofo, a despecho de su apellido, no tenía ni un adarme.

Domingo Hernández Contreras

Julio era un joven de los que se usaban ahora quince años, quiero decir, gastaba flamantes corbatas, melena romántica, suspiraba con Bécquer, blasfemaba con Espronceda, y como éste, más de una vez se vio liado con Jarifas en ruidosas orgías de media noche abajo. De esos amores cenagosos pudo sacar limpio el corazón y entregárselo a Marta. "¡Oh Marta, decía Julio en un poema que no alcanzó a terminar nunca, cuántas noches tu visión magnífica ha cruzado triunfal en su hermosura con la gracia de tu sonrisa irresistible en la boca de cinabrio, a la luz del incendio de mis delirios pasionales. Te ofrendo mi corazón; te ofrendo la pureza que presintiéndote, guardé celoso para tí en el alma! ¡Oh Marta, lirio y paloma, néctar y ambrosía! Eres la encarnación exquisita de lo hermoso. Grecia te hubiera venerado! ¡Salve a tí, mi Venus de cabellos de noche! Eres para mí, que te idolatro ciego, crátera sagrada en donde se guarda el vino que da las embriagueces de todos los amores! ¡Salve a tí, Hebe divina!

Tres años llevaban de casados, y la belleza de Marta subía de punto a medida que la barca de su juventud se engolfaba en los mares de la vida.

El amor de Julio crecía, como crece en el alma del león enjaulado, el ansia de verse libre y señor en el desierto.

Marta, en cambio, miraba a Julio como se mira la golosina que se ha gustado mucho, mucho...

De esta inapetencia brotó un flirt con Narciso Gutiérrez, gomoso de a caballo.

Y fue así: una tarde se hallaba Marta de codos a la ventana repasando el rosario de su existencia, y en su interior decía: ¡Cuánto fastidio! Y Julio es quien tiene la culpa! No posee los atractivos espirituales de los demás hombres. Carece de talento para comprenderme. No fuma, no bebe, detesta el baile, no asiste al teatro y ha hecho de mí una triste cautiva, una resignada y tediosa musulmana. Y eso no está bien, no es justo, no es aceptable. El hogar mío es una dura cárcel donde mi juventud se muere

de nostalgia. ¡Quiero ser libre, anhelo conocer las tentaciones y placeres del mundo! ¡Quiero ser libre!... Las ruidosas pisadas de un corcel de soberbia estampa sacaron a Marta de sus reflexiones, de su intrincado soliloquio. Clavó los negros ojos en el joven y apuesto jinete, apreció de una corta y súbita ojeada su airosa gentileza, y Narciso Gutiérrez, que no era otro el mancebo, la saludó entre galante y respetuoso. Sonrieron ambos, se volvieron a mirar, se hablaron con las miradas y se entendieron...

Todas las tardes siguientes y a una misma hora, pasó el jinete ante la ventana donde Marta impaciente le aguardaba.

El flirt, de larva que era, se trocó en roja mariposa de pasión cálida y vehemente.

Una tarde el jinete echó pie a tierra y cerrose de pronto la ventana. Volvió media hora después a montar nervioso y pálido; se abrió de nuevo la ventana; se asomó a ella Marta con las mejillas arrojadas, en desorden la negra cabellera; se vieron uno a otro, y sonrieron dichosos.

Empero, el diablo no duerme, y la felicidad es como las rosas, que si bien se ofrecen convidando con su fragancia y hermosura, esconden las espinas punzadoras.

Julio regresó una tarde más temprano que de costumbre, y sorprendió el loco idilio de Marta y Narciso.

Un amplio y mullido sofá soportaba la carga de los bienaventurados amantes. ¡El mismo sofá donde Marta le juraba a él, a Julio Pascal, quererle hasta más allá de la muerte!

A pesar de la sordera que les daba el amor, percibieron las pisadas de Julio. Mas ¡ay! Era tarde, los había visto, conocía la verdad amarga, no cabían disimulos, expedientes ni disculpas. Narciso se irguió resuelto; pero Julio, aunque mirándole con torvos ojos de acometividad y amenaza, se limitó únicamente a señalarle la puerta con gesto imperativo.

Narciso con mesurado paso traspuso el umbral y quedaron solos: ella, temblando de puro miedo, y él, temblando de cólera, de pena, sí, de pena, porque ¡la quería tanto!...

- ¡Marta! Rugió más que dijo el esposo.

¡Marta!... ¿Qué has hecho, dime, qué has hecho? (Marta llorando) - ¡Perdóname, Julio, qué extravío, qué locura, qué desgracia! ¡Yo te quiero, Julio, yo te quiero! Maltrátame si es tu gusto; soy tan indigna de tu afecto!... ¡No me mires así!... ¡Llévame lejos, muy lejos; yo seré tu esclava, lo que tú quieras; pero no me abandones!...

Julio lloraba mirándola de rodillas ante él, afligida y suplicante, divina en su pena. No pudo contenerse, la vio sufrir; vio anegados en llanto los ojos negros; tuvo lástima de aquella muñeca dolorosa, y levantándola del suelo, la oprimió entre los brazos. Lloraron los dos juntos, muy juntos y desgraciados.

- ¡Marta! Marta! Le decía él sollozando; qué desventura, qué vergüenza, mi honor pisoteado! Entregarte a otro, herirme de muerte el corazón, a mí, que te quiero como no se ha querido.

- Julio, perdóname!... Yo también te... quiero.

Dos horas después de tan dolorosa escena, Julio fue en busca de un amigo íntimo. La angustia le asfixiaba, necesitaba confiarle a alguien su inmensa desgracia, y escuchar los consejos de la amistad sincera. El no era cobarde. Sentíase capaz de arrostrar los mayores peligros; pero ¡flaqueza invencible! Idolatraba con fanatismo a Marta, no obstante lo sucedido. Si daba muerte a Narciso, el presidio; ¿y ella? ¿Qué sería de su mujercita, de su Marta, de su muñeca? ¡Oh no, viviría mirándola, oyéndola, respirando la fragancia de su cuerpo adorable, sintiéndola dormir a su lado por la noche en el lecho blando y tibio! ¡Vivir como quiera, sí, con tal de verla arrepentida!

Se encaminó a la casa de su amigo más íntimo.

- Agustín, vengo a consultarte, le dijo con voz nerviosa, un asunto de gravedad y urgencia.

- Siéntate, Julio, y habla; dime lo grave que te sucede.

- ¡Hermano! Suspiró Julio, me ocurre una cosa terrible!...

- Te escucho.

- Pues bien, oye, ¡sólo a tí quiero confiarte mi amargo secreto! ¡Marta me ha sido infiel! Acabo no hace mucho de sorprenderla en brazos de un amante.

- ¡Oh! ¿Es posible? ¿Con quién?

- ¡Con Narciso Gutiérrez!

- ¿Dónde?

- En mi propia casa, en la sala, en un sofá.

- Dale la muerte a ella; bien se la merece, y después arréglale a él su cuenta.

- ¡Ay! Agustín; eso sería monstruoso; la quiero demasiado. ¿Verla morir a mis manos, ver su última mirada? ¡No, no, es terrible!

- Pues mátalos a él únicamente, y tu deshonra se esconderá en la sombra de su muerte.

- ¡Tampoco! El presidio me acabaría. ¿Y ella? ¡La pobre! Sólo me tiene a mí en el mundo...

Agustín, algo irritado, le dijo: has escuchado mis consejos; yo que tú, eso haría. Julio, sin decir palabra, se despidió de aquel amigo forjado en la turquesa de los maridos calderonianos.

Domingo Hernández Contreras

Y pasaron los días. Agustín, que estimaba sobre manera a Julio, le había echado de menos y preocupándose en extremo viendo que no aparecía por ninguna parte.

Una mañana, por fin, alcanzó a ver a Julio, y no bien estuvo a pocos pasos de éste, le preguntó con ansiedad lo que había hecho.

¡Ay! Agustín, respondió Julio sonriente, ¡Soy feliz! No sabes tú el tormento que tenía! Mi preocupación era feroz; pero encontré la solución apetecida.

- ¿Qué has hecho?

- ¡Vendí el sofá!...

RENATO DE SOTO

EN:

ANTOJO FEMENINO

Un año no había transcurrido desde que Alfredo Rojas casó con la gentil señorita Laura Miranda. El poema de las primeras caricias cantaba aún sus estrofas más tiernas, sus más bellos versos.

Alfredo Rojas era un joven de exquisita presencia, de estatura más bien alta que baja y las partes del cuerpo en buena disposición. Su tez blanca, de una blancura de lirio, tenía la suavidad de una hoja de rosa. Sus ojos de un azul pálido hacían soñar con el misterio de las aguas profundas y con las irradiaciones tenues de las turquesas que derraman su luz suave en el ensueño de una mano lilial y principesca. De oro los cabellos, la boca entre grande y pequeña, la nariz casi aguileña, despejada la frente: tal era Alfredo Rojas. Un metal de voz tierno y sonoro, un gesto fino y un trato agradable, ponían en él cierto encanto de que carecen muchos hombres.

En cuanto a Laura, era una doncella de lo más sprit, de lo más encantador que puede apetecer un hombre. A su primavera de solo veintiún años, edad en que se es ya mujer desde todos los puntos de vista, unía el tesoro de un cuerpo... endiablado, devorador, cruel e incitante. Sus ojos, intensamente negros y saltones, brillaban en su rostro trigueño con la magnificencia de dos astros únicos en el fondo de una noche del trópico. La cabellera, abundante y oscura, descendía en cascada de seda negra sobre sus espaldas de Venus griega, y retozaba sobre el talle fino y delicado, talle de una esbeltez de estípite y de una euritmia voluptuosa y pagana. Su boca, de exquisita forma, de labios húmedos y rojos, era un nido de placer que lanzaba sonrisas enloquecedoras de niño travieso. La garganta gentilísima parecía pedir un collar de besos, una profusión de caricias y de arrullos. Bajo su corpiño perfumado se sentían temblar las palomas de unos senos divinos, ánforas de Benvenuto, donde un mancebo gallardo podía escanciar el licor de Anacreonte.

Tal era Laura. Al verla andar, al sentir el ritmo de su paso menudo, al contemplar la cadencia de su talle suelto y ondulante, era necesario tener una impasibilidad inaudita, para no exclamar: <<es una serpiente, una serpiente>>, como solía decir alborozada la vieja Minga, siempre que allá, en la casa paterna, en el fondo del jardín, la veía huir coquetamente entre los rosales enflorecidos, maltratando las campanuelas azules que morían felices bajo la presión de sus botitas blancas.

* * *

Laura y Alfredo vivían en la calle 19 de Marzo, de la ciudad de Santo Domingo, en una casa nueva, baja, cobijada de zinc y forrada de pino extranjero. Aunque la casa era de una extensión poco considerable, contaba con un amplio patio en forma de cuadrilátero, que el buen gusto de Laura, que como toda mujer joven y desposada sentía en su alma algo de artista, había sembrado de vistosas y odoríficas flores. Los geranios, los nardos y los jazmines llenaban el ambiente de suaves fragancias y la gentileza de las rosas hacía pensar en las idealidades del paraíso. Todo madrigalizado

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

por los trinos de un ruiseñor poeta, que en una rústica jaula de alambre derramaba la cadencia de sus trinos, ora tiernos y puros como el aroma de las flores cuya presencia lo inspiraban, ora luminosos y arrulladores como el aire que lo envolvía, o ya melancólicos y tristes como el recuerdo de sus primeros amores en la selva y sus nostalgias de eterno prisionero.

Los esposos vivían de la manera más feliz del mundo. Su amor era una eterna primavera, pues la adoración del uno para el otro se hacía cada vez más intensa. Ambos eran jóvenes, bellos, sanos y sentían arder en sus corazones la llama del amor.

Alfredo disfrutaba de un sueldo bastante regular, como primer secretario que era de uno de los ministros de la República. Era para él una dicha inmensa el regresar del ministerio, después de terminadas sus faenas, encontrar en el umbral de la puerta a su casta paloma, siempre bella y romántica, y depositar un par de besos en aquellos labios que eran un mundo de placer.

Cuando transcurría el décimo mes de haberse celebrado la boda, Laura amaba siempre a su esposo con la misma efusión de los primeros días; Alfredo, empero, tuvo la pena de ver a su mujer cometer cierta injusticia. El no usaba bigotes, no porque no pudiese tenerlo hermoso y abundante, sino por costumbre, o más bien por hábito de no permitirse pelos en la cara. Varias veces la Nena, como cariñosamente decía a Laura, le había exigido que se dejara crecer el bozo.

- Quiero verte con tus bigotes y no raspado. Eso, querido mío, no es propio de la gente sport. ¡Jesús!, hijo, si pareces un señor cura! ...

Así lo reprendía la encantadora mujercita, acariciándole debajo de la nariz, riendo y saltando con la gracia de un pájaro burlón.

Después de otras excusas, el esposo se contentaba con añadir:

- Deja niña; es asunto de higiene, más importante para mí que todos los artificios de la belleza exterior.

- No hay higiene que valga! Es asunto de estética y de carácter. Así, te lo aseguro, pareces un niño grande...

Alfredo clausuraba las exigencias de su esposa con una profusión de besos y caricias. La Nena pronto se callaba y simulaba desistir de su propósito.

Una mañana, sin embargo, momentos antes de Alfredo marcharse para el gabinete del señor ministro, echó de menos su navajita de seguridad, con la que acostumbraba prodigarse a sí mismo los servicios de barbero. La plateada pieza había desaparecido de la gavetita del tocador en que la guardaba siempre.

Al punto comprendió Alfredo que la Nena le había ocultado la navaja con el propósito de ver realizado su deseo.

- Ya esto se hace pesado! -exclamó algo incómodo el joven secretario. Pero cuando momentos después se encontró frente al rostro sonriente de su linda mujercita, se conformó con dirigirle una mirada de reproche, la que disipó una sonrisa cruel que asomaba a los labios de Laura. Luego, tomando su sombrero, se alejó mascando este latinorum:

- Molle atque facetum...

A la hora acostumbrada regresó a su casa. Laura lo recibió como siempre, con miles caricias y ternuras; pero esta vez nada le habló de sus bigotes. Ella tenía la cuasi seguridad de que el señor secretario se dejaría crecer los pelos en la cara, por evitarse el trabajo de tener que asistir diariamente a una barbería.

Mas ¡Oh crueldad! Pasaron varias semanas y el niño grande regresaba todos los días más raspado que un cura.

Aparentemente se conformó la Nena con su destino, y ya no habló más a su esposo de tan importante asunto, bien que en su interior, en su espíritu débil de mujer antojadiza, se libraba un formidable combate.



Salvador había cumplido veintisiete años. Era el hermano único de Alfredo, a quien sólo llevaba en edad dieciocho meses. Como éste tenía la misma candidez en el rostro, la misma dulce expresión en la mirada, el mismo gesto delicado y noble. La diferencia más notable entre la fisonomía de ambos hermanos, era los bigotes de Salvador, unos bigotes hermosos y perfectos que le envidiaban sus compañeros.

Salvador estaba aún célibe y cursaba el tercer año de medicina en el Instituto Profesional de Santo Domingo. Frente a su hermano, en el departamento más reducido de una vieja casa de aspecto medieval, tenía su gabinete de estudio el futuro Galeno, <<que pronto arrancaría sus víctimas a las garras de la muerte>>, como afirmaba él fanfarronamente.

En ocasiones, Salvador iba a comer con su hermano, a quien su colocación de secretario ministerial tenía en mejores condiciones económicas que las de un pobre estudiante. Laura y los dos hermanos se sentaban familiarmente a la mesa y entre anécdotas y chistes se deslizaba la comida.

* * *

Era una tarde de Agosto, llena de una atmósfera ardiente y sofocada.

El reloj de la Catedral había dado las dos y media y Alfredo se había marchado a su oficina. Salvador y Laura quedaron solos después de la comida.

- Hace calor, me ahogoj - exclamó el estudiante después de lanzar la última bocanada de humo que le proporcionaba un puro habanero.

- Vamos al jardín, vamos al jardín, Salvador; allí a la sombra se puede estar.

Eso dijo la señora de Alfredo, al tiempo que arrastraba hacia el patio dos livianas mecedoras de mimbre.

Salvador siguió a Laura con sumisión y respeto, y un minuto después los dos cuñados estaban sentados a la sombra del jardín, escuchando las melodías del ruiseñor que en su jaula de alambre cantaba alegremente.

Laura se levantó, como movida por una inspiración repentina.

- Perdona Ud., Salvador; perdona un momento, - dijo.

- Rápida, como una corza que siente la aproximación del cazador, la joven partió hacia el aposento, dejando ver en su carrera las extremidades de las piernas más hermosas del mundo.

Aún le duraba el éxtasis al pobre estudiante, cuando Laura, con una vivacidad de colegiala, apareció de nuevo frente a él, trayendo en las manos un volumen de planchas doradas.

Con una voz celestial y una sonrisa que destilaba gracia, la Nena preguntó:

¿No es verdad, querido amigo, que los poetas son excelentes para matar el tiempo?

- Esos melenudos son unos tontos - repuso Salvador.

- No tal, señor Galeno. Los hijos de Apolo son buena gente. Cuando el espíritu está abatido o cuando hay en nuestro ánimo alguna preocupación, nada se encuentra que nos distraiga tanto como la lectura de las Rimas de Bécquer, o algunas Doloras del inmortal Campoamor.

- También un poema de Núñez de Arce, La pesca o el Raimundo Lulio.

- Perfectamente!... Ya ve Ud. como se armonizan nuestras opiniones.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

No tal, -dijo el estudiante con alguna rudeza. A Ud. le gustan demasiado los poetas, le seducen con su pompa ficticia, con su pueril vanidad; y yo prefiero una novela de Daudet o un cuento de Edgard Poe a los veinticuatro libros de La Ilíada.

- Extravagancias! Extravagancias, señor! Se ha perdido completamente el buen gusto y la vulgaridad impera en todo. He aquí la obra de ese indecente de Zola y ese otro facineroso de Octavio Mirbeau. ¡Oh el realismo, el naturalismo! La cocotte parisiense en vez de las finas heroínas de Shakespeare; el calembour francés en lugar de los tiernos y espirituales versos de Enrique Heine. Ariel destronado por Calibán: he ahí el espectáculo de nuestro siglo literario!...

El estudiante, vencido, hizo con la cabeza un signo de afirmación. Laura se sentó a su lado coquetamente; subióse las mangas de muselina, dejando al descubierto unos brazos tentadores que Salvador miraba al soslayo con una timidez infantil.

Haciendo una necia demostración de erudición literaria, la Nena prosiguió.

- Edgard Poe, era un enfermo. ¡Cuán terrible loco era ese borracho maldito! Ese visionario es insoportable, dígalo bien, Salvador: insoportable! Coge al lector inexperto y media hora después le ha comunicado su delirium tremens. Una noche me di a leer sus Narraciones y al acostarme me fue imposible rendir su justo tributo a Morfeo. Horror! Sentía cerca de mí la presencia del cuervo funerario; escuchaba su graznido lúgubre y melancólico; veía brillar en la sombra sus enormes ojos fantásticos que irradiaban con un destello infernal; y en la oscuridad se abrían sus grandes alas negras como dos oriflomas de muerte... ¡Loco, un loco consumado!

Perdone Ud., -dijo el futuro Galeno. Me parece que Poe, lejos de ser un loco, era un artista en la verdadera expresión del término, esto es: un hombre extraordinario que por la magia de su elocuencia taumaturga comunica sus sensaciones de una manera intensa, obrando prodigios en el espíritu de los humanos.

Domingo Hernández Contreras

- Filosofía! Bravo!, bravo!... Habla Ud. con más gallardía que aquel sabio que daba sus conferencias en el patio de un tal Academus. Por ventura, ¿Pertenece Ud. a la pléyade insigne de los peripatéticos? Dígame Ud. para con doble motivo pedirle un servicio.

- Hum!, esto se profundiza, señora. Ya está Ud. en Aristóteles y, francamente: la filosofía del preceptor de Alejandro Magno es para mí tan confusa y oscura como la Entelechia para los modernos. Detesto las absurdas metafísicas. La inmortalidad del alma es una utopía. <<Omnis cellula a cellula et in cellula>> ahí teneis una verdad más objetiva que el planeta.

Laura sonrió graciosamente. Luego, con una expresión llena de malicia:

- Bueno, Salvador, deje esas disertaciones para cuando se encuentre en el Instituto y dígame si es capaz de complacerme en una cosa.

- En todo lo que Ud. ordene.

- Bien, le reservo la palabra. Ahora tome Ud.

La Nena puso en manos del estudiante, y abierto en determinada página, el volumen de planchas doradas que había traído del aposento. Era un tomo de versos, Prosas Profanas, del exquisito Rubén Darío. En la página abierta se leía este epígrafe: Sonatina.

- Léame Ud. eso dulcemente, como debe leerse una canción tan tierna, que es música y aliento para las almas delicadas.

Salvador empezó a leer con armonioso tono:

<<La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?>>

<<Los suspiros se escapan de su boca de fresa>>

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Las flores perfumaban la estancia; cantaba alegremente el ruiseñor; el viento murmurador soplabla haciendo balancear los tallos cargados de azucenas; grandes nubes blancas cruzaban por la mitad del cielo, con el encanto de los cisnes que viajan en un inmenso lago de azur.

La magia incomparable de los versos de Darío llenaba el aire de una armonía de perlas.

Los ojos de Laura se fijaban pertinazmente en los labios del estudiante. Cuando éste terminaba de leer el último verso, que dice:

<<A encenderte los labios con un beso de amor>>
Sintió a su linda cuñada brincar hacia él.

Con gran fineza quitole el libro de las manos diciéndole:

- Ahora yo quiero pagarle. Recuerde que hace poco me prometió Ud. complacerme.

- Cumplo mi ofrecimiento.

- Pues bien, déjeme Ud. proceder. Nada tema... Es simplemente que voy a componerle sus bigotes.

La sugestiva trigueña estaba en aquel momento más tentadora que nunca. De entre los pliegues que su traje de muselina formaba en la armónica cintura, sacó vivamente un primoroso peinecillo de marfil. Aproximose más a su cuñado, quien de hito en hito la miraba perplejo y sin atreverse a proferir palabra.

Con una caricia llena de voluptuosidad, Laura empezó a rizar los hermosos bigotes del joven... Luego se puso a retorcerlos entre sus dedos finos y aristocráticos... De súbito inclinó la cabeza abundante en rizos de seda, y, con un movimiento gracioso y rápido, estampó un sonoro beso en aquellos labios de color purpúreo...

Fue un beso cruel, y después otro... y otro...

El estudiante perdió el sentido y se le fue la cabeza. Rompió también a prodigar besos locos en aquel rostro terso y juvenil, lleno de infinita frescura... Laura no protestaba; antes bien se dejaba cubrir de besos y facilitaba su garganta a la boca devoradora de Salvador.

Hubo un instante supremo... El hombre agarró a la mujer por la cintura, la atrajo contra su pecho en un abrazo febril y sus labios ansiosos buscaban un tesoro de placer bajo el corpiño ligero y perfumado de aquella Venus Tropical.

Dando un brinco con agilidad de gata joven, Laura saltó de entre los brazos que la tenían prisionera. Con un movimiento lleno de cólera tomó del suelo el volumen de versos, se encaró varonilmente al estudiante y le descargó sin piedad tres terribles librazos en pleno rostro.

- ¡Es Ud. muy atrevido! Yo no le he dado órdenes para eso! ¡Salga Ud. de aquí inmediatamente! ¡Salga Ud., petulante!

Así exclamaba la dama con dignidad de señora ofendida.

Quedose hecho una estatua el pobre Salvador. Grandes manchas de sangre cuajada se ostentaron en los lugares de la cara en que la furibunda mujercita le propinó tan fuertes golpes. Meditó un momento como atontado; pero al ver de nuevo el rostro cada vez más altivo y regañón de la secretaria se marchó a su casa melancólicamente, con un andar lleno de contrariedades y que expresaba puro asombro.

En tanto que el estudiante llegaba a su gabinete, pensando en su cuñada y en su hermano, el ruiseñor del jardín soltaba alegres cantos; balanceábanse en sus tiestos de porcelana las matas de flores; del volumen desflorado de las Prosas Profanas arrancaba el viento las satinadas hojas de papel, y la Nena, temblorosa y pálida, entraba llorando a su aposento y componiendo sus vestidos en desorden.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Ya en casa, Salvador sintió el canto de un mancebo que pasaba por la calle, entonando estos versos de un poeta nacional, en los cuales el estudiante encontró más verdad que en la Sonatina:

<<Las mujeres y las hojas
del caimital se asemejan,
en que tóas tienen dos caras
con la color muy diversas>>

Momentos después sonaban cuatro campanadas en el reloj de la iglesia Catedral.

* * *

Cuando aquella tarde, a las seis, el secretario Alfredo Rojas entraba a su casa, su esposa no lo esperaba como siempre en el umbral de la puerta. La sala estaba solitaria. La casa parecía un sepulcro.

El secretario tuvo un presentimiento horrible. Se encaminó trémulamente hacia la alcoba. Apenas penetró dirigió a la cama una mirada ansiosa. Se aproximó a ella paso a paso, porque al través de las gasas del pabellón descubría a su adorada mujercita ¿Dormía ella? ¿Estaba a caso enferma?

Alfredo separó con cuidado, casi con miedo, los amplios cortinajes del mosquitero y su mirada, hasta entonces intranquila, se hizo espantosa... Llevóse ambas manos a la cabeza y lanzando un grito doloroso se desplomó contra el suelo...

La Nena había muerto... Manchas amoratadas desfiguraban su rostro hermoso. Los ojos casi fuera de las cuencas, la cabellera en desorden y la disposición del cuerpo indicaban las convulsiones de la agonía. La acción del veneno había sido terrible.

Cuando Alfredo recobró el sentido, encontró sobre la almohada de su mujer la siguiente carta; escrita en letra diminuta y fina:

Domingo Hernández Contreras

<<Querido Alfredo:

¿Recuerdas cuántas veces te rogué te dejaras crecer los bigotes? Todos mis esfuerzos fueron inútiles y el resultado ha sido triste para mí.

Yo soñaba, anhelaba sentir en mi rostro la sensación de unos bigotes. Era una obsesión, una locura quizás, a la cual no podía sustraerme, pues en vano luché para lograrlo

No pudiendo obtener de mi marido la realización de ese deseo, he tenido que recurrir a un extraño, y de la manera más grotesca del mundo.

Hoy no puedo ofrecerte mis labios manchados!

Perdóname! Tu navajita de plata está en mi baúl de cedro, dentro del cofre de mis prendas. ¿Recuerdas que aquel día te pusiste bravo?

Ten presente para otra ocasión que nada hay tan fuerte y pertinaz como el antojo de una mujer. La vida, el honor, la felicidad, todo es nada para ella, cuando quiere realizar un capricho.

LAURA>>

Alfredo guardó silencio y el suicidio de su esposa pasó por un acto involuntario y casual. Así le fueron suministradas las ceremonias de la iglesia cristiana.

La mañana del siguiente día, un hombre plantaba una cruz con el nombre de Laura Miranda, sobre una sepultura fresca del cementerio católico.

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ

EN:

EL LOCO

A Doña Josefa Cestero de López

Es un loco, decían al pasar, y esas palabras pesaban como una excomunión sobre la vida de aquel infeliz que no tenía familia ni amigos en la tierra.

Yo lo veía diariamente, sentado sobre una roca de la Fortaleza, mirando el Océano bramador y encrespado, o fijando intensamente la mirada en el espacio.

Había algo extraño, en ese ser que todos repugnaban. La negra cabellera despeinada que hacía espirales caprichosas sobre una frente grande y trigüeña, en la cual se interrumpía el óvalo ancho de su cara. Los ojos, de iris negro, rasgados, dejando descubiertos las córneas blancas y limpias, ojos que miraban dulcemente o con arrebatada furia, medio velados por las pestañas larguísimas, o sombreados por las

Domingo Hernández Contreras

arqueadas cejas que partían de una nariz ni griega ni romana. La boca de labios regulares, cubierto el superior con un bigote sedoso aún.

Todo le daba un aire de fuerza y de tristeza que impresionaba compasivamente a los que no se preocupaban de la palabra *loco* alzada como un muro entre él y los demás hombres.

Cuando se ponía en pie su talla alta y flexible dábale un aire elegante que contrastaba con la pobreza de su traje.

Un día me acerqué a él, porque ya no me era posible contenerme. El hombre es curioso: va y pregunta con o sin interés; y muchas veces ejecuta una acción, buena o mala, simplemente por informarse. Pero yo sentía compasión por ese pobre joven. ¡Estoy tan sólo también...!

Le miré fijamente, y la tristeza que marchitaba la expresión de su rostro acabó de entermecerme.

—Vamos, amigo mío, —díjele después de saludarle— usted sufre. Entre dos la carga pesa menos. Déme agua y la llevaré en el corazón. ¿Por qué la soledad? No todos son egoístas. Creerlo es serlo también.

Durante algunos segundos su expresión fue sombría. Tan pocos se habían interesado por él que desconfiaba y sentía indignación al creerse interrumpido por capricho, por burla tal vez.

—Ah, —contestome al fin con una sonrisa forzada que destilaba amarguísima ironía, una sonrisa tras la cual se ocultaba tanta pena que hacía daño.— Ah, usted viene a ver el loco. Los demás lo han hecho también. Les basta con una sola la vez. Llegan, ven, se ríen y se van. Eso no agrada todos los días. Ellos son felices y una vez en la vida se acercan al que sufre y ya tiene materia para mofarse del dolor. Dicen que soy loco. ¡Quién sabe! *La ilusión es la flor del juicio.*

—Yo no soy de ellos—interrumpí, ofreciéndole la mano.— Hablemos tranquilamente. Soy de los que sufren. Pero no me aislo, ni envidio, ni odio, ni desprecio, sino que miro con amor a los de arriba y a los de abajo . Somos hermanos.

La confianza fue creciendo en su pecho. Lloraba de contento al ver que alguien se había impresionado cariñosamente por él. ¡Cuantos corazones, huérfanos de cariño, se secan o degeneran por falta de consuelo! La caridad no consiste únicamente en dar de comer. No tan solo de pan vive el hombre. Al fin me refirió la historia, no de su existencia, sino de su dolor, que es la vida del hombre.

—¿Qué importa— comenzó—mi nombre, mi nacimiento ni mi infancia? Es prólogo inútil. Se comienza a vivir cuando se piensa y se siente. ¿Qué es un hombre? Idea y sentimiento. El resto es poca cosa.

Cuando fui adolescente me sentí poeta. No hacía versos: pero llevaba un poema dentro del pecho. El arte en lo material, el arte en lo moral: ese era mi sueño. Quería que la carne y el espíritu fueran un ritmo; que la armonía, ideal de la belleza, resplandeciera por el universo y lo hermoseara con la simpatía de sus divinas relaciones. Que fuera lo plástico un alma palpable; y el pensamiento, estética de ese espíritu creador de mundos tan imaginarios como hermosos y admirables.

Y dejaba que mi mente acariciara esas fantásticas visiones que revoloteaban en ella, y vivía en ese paraíso de ensueños que me había creado, olvidando enteramente los monstruos deformes de la realidad.

Empecé a sentir desasosiego, y rápidas alternativas se sucedían en mi alma. Ora experimentaba dulcísimos arrobamientos cuya causa me era tan desconocida como la plácida beatitud que me proporcionaban; ora tristezas profundas, melancolías que no era capaz de explicarme, y durante las cuales no había esperanzas, ni ilusiones, ni deseos; o ya era presa de distracciones en que me perdía completamente sin pensar,

olvidado de todo como si no viviera: así deben reposar los cuerpos en la tumba silenciosa.

Poco a poco fui dando cuenta del origen de mi raro estado de ánimo. Me sentía enamorado. La carne y el espíritu se equilibraban buscando un ideal combinado para los dos. Pero en vano consultaba a mis ojos, inútilmente interrogaba a mi corazón. Estaba enamorado de la belleza, y cuando salía de mis castillos de nieblas irrisadas no encontraba completo en el mundo de la realidad el tipo de mi fantasía: esas formas que Fidias no creara, ni ese modelo de la perfección moral.

El *loco* había ido animándose a medida que hablaba. Sus palabras se precipitaban unas a otras ansiosas de salir en el tropel de la exaltación. Los ojos le brillaban, muy abiertos, con esa fijeza de los que no tienen muy firme la razón. Enjugó con el pañuelo el sudor que le corría, pasó la mano por la frente ardorosa, como para despejarla, inclinó la cabeza y luego, levantándola, me dijo:

—Yo debo estar loco verdaderamente. Estas son cosas que a nadie interesan. Pero ha tanto tiempo que no hablo!... ¿Le molesto?

—Oh, no! Continué usted.

—Pues bien. Mi ideal fue fijándose y precisándose en mi corazón. Veía esa mujer tan claramente como si estuviese viva y tangible delante de mí. ¡Cuan cariñosamente me extasiaba contemplándola! Pintar las suaves ondas de su airoso cuerpo, la esbeltez de sus formas, el brillo de su mirada pura y refulgente como un destello de los astros, la divina corrección de sus facciones, sus cabellos rubios ondeando al aire como una polvareda de oro; su gracia, su ternura, su cariño, su alma inmaculada de albos sentimientos, sería imposible, porque no es dable explicar a los hombres lo que jamás han concebido, como no se pudo dar idea de la luz a un pobre ciego.

Un deseo vehemente, irresistiblemente, de encontrar sobre la tierra la mujer de mis sueños, la imagen encantadora que vivía en mi mente, se apoderó de mí. Buscarla fue mi anhelo; encontrarla, mi aspiración única; y salí a recorrer el mundo, dispuesto a escudriñar el último rincón en busca de ella.

Un día creí verla. ¡Qué emoción la mía! ¡Cómo latió dentro del pecho mi corazón! Corrí, me postré a sus plantas... y no era ella. Brillaba la hermosura en su semblante; pero carecía de la perfección que yo soñaba.

Sin desalentarme seguí peregrinando.

Otra vez me pareció que había llegado al fin. ¡Qué bella! Venus no era igual. Mi dicha se colmaba. Ya iba a hablarle, a rendirme como esclavo, como siervo humildísimo que agradece hasta el desdén, cuando me miró fijamente, y su mirada... no era la mirada con que yo soñé.

Triste; pero no desalentado, continué la marcha atrechando campos, visitando ciudades, atravesando el Océano. Encontré mujeres lindas, mezcla de ángel y bestia, alma y carne combinadas, trasuntos muy lejanos del ideal de mi espíritu; pero mi fe era inquebrantable: ella estaba sobre la tierra y yo había de encontrarla.

Por fin, una mañana llegué a una ciudad muy populosa. Desde lejos se veía sus graciosas cúpulas, sus altas torres, sus flechas atrevidas que se erguían para recibir los dorados rayos del sol naciente.

Me abrí paso por entre la multitud que comenzaba a invadir las calles como impetuosa corriente, y llegué fatigado al atrio de una iglesia, donde descansé un momento.

Domingo Hernández Contreras

No había transcurrido largo rato cuando miré hacia dentro y vi, hermosa como rayo de esperanza, una mujer de formas divinas. Se contuvo mi respiración, y quedé en éxtasis, admirándola como un idólatra reverencia su fetiche.

Era mi ensueño, mi ideal, mi concepción poética que aparecía ante mí viva y tangible. Su misma expresión, su mirada celeste, su espesa cabellera, su perfección absoluta. Era ella, el ángel de mis sueños.

Me dirigí hacia ella, me arrodillé a sus pies, y tomé su diestra para besarla. Un fugitivo instante de felicidad suprema, inmensa, un efluvio del paraíso y de la gloria. Pero rápido como el pensamiento palideció mi rostro y caí desvanecido por el espanto y la desesperación.

No había sentido latir su corazón! No lo tenía!

Fría, insensible como la piedra, la mujer que yo adoraba era una estatua!

Ensancháronse las pupilas del pobre joven, mientras sus párpados se estiraban, dándole espantosa vaguedad a la mirada de sus ojos fijos. Contrayéronse sus nervios y con la fisonomía rígida y los puños apretados, iba y venía a grandes pasos.

Quise calmarle, darle algún consuelo; pero no se apercibía de mi presencia y, casi silbando las palabras, repetía:

—Sin corazón, sin corazón! No, no lo tenía!

Me alejé. El podía tener horas lúcidas; pero en aquel momento estaba loco. Cuantos, sin embargo, corriendo tras un ideal hallaron a la humanidad sin corazón!

José R. López.

MANUEL F. CESTERO

EN:

LA VERDAD ES AMARGA COMO EL ALOE

A Graciela Bonetti

DOMINGO DE PASCUA

La tarde declina. El crepúsculo es un florilegio de capullos en campos de azur. El aire rosa de la tarde levanta en sus giros nubes de polvo, torbellinos de basura y arena que enturbian el espacio. La ciudad de San Pedro se divierte en uno de sus festivos días de pascua. Una charanga recorre las calles rectilíneas y prende el entusiasmo en todas las almas. Los carruajes y victorias van y vienen estibados de gente que ríe. Una parvada de jinetes galopan sobre briosos *pour sangs* que dejan tras de sí remolinos de polvo que se esparcen y diluyen en el ambiente.

Y en medio al piafar de los rocines y del ir y venir de los simones y landós; de los acordes sin ritmo de la música dislocada, camina un mozo en dirección al parque

Salvador. Ya se detiene en aquuuir. Ya se detiene en aquella esquina, ya vuelve cara atrás para defenderse de las ruedas de los coches y de las pisadas de los caballos que le olfatean los talones, o para recoger el saludo afectuoso que le dispensan sus innumerables amigos. Llega al parque y se arrellena en un banco, frente al Higuamo manso y transparente. Es Edelmiro, el heredero universal de la cuantiosa fortuna de Don Xavier. Es Edelmiro, el jorobado, el contrahecho como un camello, quien a pesar de sus riquezas busca soledad para reflexionar un momento, en medio a la religiosa paz de la tarde, sobre lo que constituye ha tiempo su preocupación constante: *la mentira social*.

EDELMIRO.

Sí; eternamente la mentira que en los labios de todas ríe. En todas partes me la encuentro como una esfinge. Yo quisiera que amigos y conocidos me dijeran siempre la verdad desnuda, limpia, pura, como cristal de roca.

Un grupo de amigos pasa por delante de Edelmiro. Le saludan cariñosamente. Alberto le dice una chanza. Julio otra. Carlos le invita a paseo: tú tienes la felicidad, vente con nosotros, y danos parte de tu dicha. Edelmiro rehusa la invitación: dejadme en paz: estoy fastidiado de este pueblo tan necio, lleno de tontos y de mentecatos: partida de fatuos e intonsos de capirote. Dejadme en paz. Los amigos, mohinos y silenciosos, prosiguen. Desde mañana sabrá San Pedro quien es este mentecato, dijo Carlos, Si ; lo sabrá, dijo Julio Es preciso que lo sepa todo el pueblo, agregó Alberto con énfasis.

EDELMIRO

La mentira siempre! ¿Cómo es posible que todos a una mientan a mis barbas descaradamente? Soy yo, acaso, mas feliz que ellos? Aunque esta tarde no han estado

estos tontos tan embusteros como en otras veces. Veamos: No soy yo, en verdad, el mas feliz de los seres? Todo me sonríe: juventud, riqueza, simpatía general, queridas bellísimas, land s, caballos y cuanto se me ocurre. Qué me hace falta? Ah! Un poco mas de sinceridad en mi casa y en la calle, en el Club, en el café, en el trato diario de los que se dicen mis amigos, mis conocidos, mis paisanos.

Ya los astros brillan y lustran el fino azul del cielo. Las sombras de la noche se tienden a lo largo del espacio. Una lechuza cruza silbando. El farolero con su escalera al hombro cumple su misión. Los coches apostados al extremo sureste del parque Salvador, descansan. Desciende de lo alto paz, mansedumbre, quietud, mientras las estrellas dicen al mundo su horóscopo de amores en su música deliciosa, misteriosa.

EDELMIRO

Dios mío! Que todos desde mañana me digan la verdad; y será feliz. Oh! La mentira mancha los labios que se parten en dos para decirla! (Se pone en pie, arregla los filos de su pantalón violeta; cala su fieltro hasta las orejas; se acorsela al cuerpo las hopalandas de su sa o americano, m tese en un coche de alquiler y se dirige a su casa-quinta).

Esa noche tuvo Edelmiro, sueño feliz.

A la mañana siguiente despert  gorgojeando como un sinsonte la romanza de jugar con fuego.

Edelmiro so o que sus amigos le decían la verdad.

JULIO

Edelmiro: ese pantalón no te sienta bien. Londres corta mejor que París.

CARLOS

Edelmiro: tu caballo alaz n cojea de las manos delanteras: v ndelo. Dentro de poco no te servirá para nada.

ALBERTO

Edelmiro: abandona a Luisa. De tus queridas es la que menos te quiere.

Estas cosas soñó Edelmiro, el joven rentista cubano. De ahí su gozo, su satisfacción completa que teñía el rostro a rojo de fresa.

A las tres de la tarde se hizo la *toilette*, y picó para la ciudad en su artístico landó.

Ya sus amigos habían echado a correr por todo el pueblo cuanto él había dicho en el parque en contra de la gente pacífica y trabajadora de San Pedro. Y el pueblo en masa preparábase contra el rico heredero.

Un sol redondo y hermoso como un medallón de diamante visto al través de un cristal de aumento, desparrama su carcaj de fuego sobre la tierra. Trotan las carretas rebosadas de mercancías traídas de la Aduana. Los carretilleros pregonan sus helados y su agua fresca de lluvia. Una muchacha campesina vestida de amarillo, con su pañolón de madrás hecho un *babunuco* a la cabeza, sobre flaco jamelgo, los pies descalzos, embadurnados de lodo y a la boca el cachimbo de barro, retorna a su *conuco* con las árganas vacías, enantes llenas de jugosas vituallas. Carros repletos de yerba paez, tirados por bueyes se detienen a la puerta del vecino. Allí viene un muchacho regordete, con un saco de dinero al hombro, cansado, fatigado, sudoroso. Es un empleado de comercio. Los vapores pitan en los muelles; pitan las fabricas de hielo y de suela. Y allá va Edelmiro...

ANGUSTIAS

Una tienda de telas y fantasías. Edelmiro se detiene a la puerta. Saluda en alta

voz sin apearse de su coche. El brioso caballo echa espumarajos por la boca y sus carnes retiemblan y sus patas intranquilas golpean el suelo. Nadie contesta el saludo del joven rentista. De súbito aparece detrás del mostrador el principal.

EL PRINCIPAL

Edelmiro: hasta hoy he resuelto hacer negocios con usted. Deseo venga mañana por acá para que saldemos cuentas. (Y se vuelve de espaldas a Edelmiro, quien, estupefacto se queda, sin decir palabra).

Era la primera vez en su vida que se le hablaba en tono imperativo. Atolondrado, sin pedir explicaciones a don Raymundo Pérez, prosiguió su camino.

Un café restaurant. Varios jóvenes apuran sendas copas. En un cuarto reservado parlan voces femeniles. Edelmiro penetra en él como Pedro por su casa.

UNA COCOTTE

(Al verlo llegar) Aquí esta el imprescindible de... los intonsos como él. Aquí esta el granuja. (Toma un vaso de cerveza y hace que va a derramarlo sobre la cabeza de Edelmiro. Sus compañeras la detienen en su intento y ella continúa su catilinaria).

OTRA COCOTTE

Este es el jorobado; el necio rico que toleran por sus cuartos y que yo, no me ando con tiquis-miquis para decir verdades y poner a cada quien en su lugar, desenmascaro ante ustedes para que lo conozcan y sepa él lo que es cañete puro. (Alzando la copa). Viva

Domingo Hernández Contreras

el jorobado! Viva el tunante! Pero a condición de que se largue de nuestro pueblo y no nos fastidie mas. (Dirigiéndose a Edelmiro) Todo se sabe. Hasta lo de ayer tarde.

UN JORNALERO

Qué le pasa al amigo Edelmiro? Qué cara tiene San Antonio! Jesús Echemos este petíguere fuera de aquí. (Las mujeres a una voz gritan: fuera! Fuera! El dueño del café acude a los gritos e impone el orden. Edelmiro ha desaparecido pálido como un muerto.)

CASA DE LUISA

El joven rentista cubano se detiene a la puerta de su concubina. Se apea del landó y toca fuerte.

LUISA

(Levantándose de la cama vase al tocador, arregla su tocado; se dirige a la puerta, abre y dice a su querido) Chico: que temprano te amanece. Tú sabes que yo no recibo a nadie de día. Esto no puede continuar así. Entre nosotros queda, desde hoy todo terminado. Además me han dicho una cosa... Vete, vete, y no vuelvas mas.

EDELMIRO

Pero qué te han dicho? Dime, qué te han dicho?

LUISA

Nada, nada. No tengo para qué decírtelo. Pregúntaselo a tus amigos. Vete, vete! (Y le empuja hacia afuera de la casa y cierra tras de él la puerta).

EDELMIRO

(En la calle). Qué es lo que me pasa, Dios mío! Me despiden de todas partes. En todas partes me dicen las cosas claras y terminantemente. No me respetan ni me

consideran. Y ayer y antier y todos los meses, y todos los años anteriores ¡qué derroche de atenciones gastadas por todo para conmigo!

Se mese los cabellos desesperado. El landó sigue tirado por el animal que instintivamente le conduce al campo.

Edelmiro llega a su casa-quinta, entra, toca timbres y nadie acude a su llamamiento. Los criados le habían abandonado también! El silencio señorea los espacios de la bella habitación arreglada a la argelina.

Edelmiro había oído, escuchado, la verdad amarga, limpia, pura como cristal de roca, la verdad amarga como el aloe!

ESCRITORES DE TRANSICION DEL
CUENTO PSICOLOGICO
DE LA REPUBLICA DOMINICANA

- * CARMEN STENGRE
- * RAMON MARRERO ARISTY
- * ANGEL A. HERNANDEZ ACOSTA
- * CARMEN LARA FERNANDEZ
- * JUAN A. VICIOSO V.
- * ENRIQUE COTUBANAMA HENRIQUEZ
- * JOSE MARIANO SANZ LAJARA
- * SOCRATES NOLASCO
- * FREDDY MILER OTERO
- * RAMON LACAY POLANCO
- * TOMAS HERNANDEZ FRANCO
- * LORENZO JUSTINIANO BOBEA
- * MANUEL DE JS. TRONCOSO DE LA CONCHA
- * MIGUEL ANGEL JIMENEZ

CARMEN STENGRE

EN:

EL CIEMPIES

En el archivo de la memoria guardo un recuerdo imborrable, que coincide con los primeros días de mi vida de casada.

¡Oh! Nada de sonrisas maliciosas, pues si bien la casualidad quiso que fuese mezclado a ellas, nada tiene de común con las naturales y lógicas emociones que tan dulces recuerdos dejan.

Por el contrario, es un incidente que con el tiempo adquiere sabor de verdadera comicidad, pero que aguló entonces esos sublimes momentos en que la novia de ayer, va en pos de la ilusión y la dicha, junto al esposo amado.

Fue el caso, que al elaborar mi futuro y yo concienzudamente, el ceremonial complicado propio de una boda entre gente bien, coincidimos en el deseo de pasar nuestra luna de miel, lo mas lejos posible de mirada humana y elegimos para ella un marco encantador; una escondida finca entre casa solariega y granja de labor que

poseía mi futuro, situada en lugar apartado, rodeada de frondosos bosques, floridos prados, rumorosos riachuelos y otras bellezas en que había sido pródiga la Madre Naturaleza.

Tan brillantemente me lo describió, con tan vivos colores me pintó todo ello, que acepté entusiasmada el proyecto y aguardaba impaciente el momento de su realización, saboreando de antemano las delicias que nos aguardaban en el elegido Edén.

De repente se despertaron en nosotros unas aficiones campestres que, estando sin duda hasta entonces en estado latente, aprovechaban aquellos momentos para manifestarse, dejando al descubierto al mismo tiempo una profunda aversión, por todo cuanto anteriormente había constituido la base principal de nuestra vida; hacia esa red complicada de aburrimiento y hastío, a la cual se denomina vida de sociedad, y de las cuales hasta entonces no creíamos se pudiera prescindir; a las reuniones, al visiteo, al cok-tail en el bar de moda, a las tradicionales horas del té, a los espectáculos, en fin, a todo lo que fue máximo aliciente de nuestras vidas incompletas... y que al “completarnos” nuestra ansiada unión, ello bastaría para colmar todos los vacíos, que descubríamos existían y que tan frívolamente habíamos rellenado.

Cuando comunicamos el proyecto a parientes e íntimos, pusieron el grito en el cielo, como vulgarmente se dice.

¡Pobrecillos! ¡Qué apegado tenían su espíritu a las cosas vulgares! No sabían comprendernos, elevándose con el nuestro hacia las puras regiones del ideal.

Sinceramente les compadecíamos. ¿Había nada más hermoso en el mundo que la plena Naturaleza?

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Nos colmaron de advertencias, conminaciones y reproches. A su juicio, habíamos perdido el ídem.

¿Qué se diría en nuestro mundo? —Clamaban en el paroxismo de la indignación—. Sin duda iban a pensar que estábamos arruinados. No era posible que diéramos el campanazo de renunciar al clásico viaje de novios, en el paquebote de lujo, a la ciudad lejana... a la vista a los museos, a la playa de moda y a pasear nuestro amor por todos los lugares alegres, arrullándonos al compás discordante de la música moderna.

Era imposible que unas personas de nuestra clase, procedieran como unos burguesillos de tres al cuarto.

No hubo manera de convencernos, pues el amor de Fred y mío no era ilusión creada por las conveniencias, y su realidad nos guío a elegir nuestro retiro para solos saborear intensamente, las delicias de las maravillosas horas que allá nos esperaban.

Terminó la ceremonia nupcial. ¡Oh si, resultó soberbia, sin que nada viniera a deslucirla! No falló ni uno de los detalles del complicado "protocolo" prefijado.

La iglesia estaba soberbia de luces y flores; la concurrencia, distinguidísima; la cola de mi vestido, tenía todos los metros y centímetros que requiere un traje de novia "chic", los pajecillos que sostenían en alto la blanca nube de encaje del velo nupcial, semejaban dos lindos amorcillos y las damas de mi corte, encantadoras figulinas de evocación ochocentista.

En fin, magnífico todo, colmó cumplidamente el deseo de que aquél, fuese el día más dichoso de mi existencia.

Y llegó la hora de emprender el vuelo, hacia el país encantado que había de albergar nuestros ensueños de enamorados.

¿Qué fue lo que de manera brusca vino a turbar el hechizo de aquellos momentos, y dulce emoción de las despedidas?

Algo que sin saber por qué, se proyectó en mi mente y sacudió mis nervios, punzante como una picadura.

Recordé que entre los múltiples consejos, historias y leyendas, con que me habían colmado para hacer desaparecer mi repentina afición a la naturaleza, hubo una que estuvo a punto de conseguirlo.

Era proverbial, el exagerado terror que me inspiraba la menuda fauna campestre. Sabedora de ello, una querida amiga me describió con detalles horribles, las hazañas de una cierta especie de ciempiés que según ella, por aquellos lugares pululaban, cuya picadura era peligrosísima; con tal lujo de pormenores hizo historia de las costumbres del animalejo, que consiguió impresionar mi sensibilidad profundamente.

Siendo el recuerdo desagradable del "bichito", el que acudió a mi memoria, cuando entre emocionados e impacientes cortábamos la interminable retahíla de despedidas y parabienes, subiendo al auto que motor en marcha nos aguardaba para conducirnos ¿a la felicidad? Sólo el destino sabía la respuesta a la incógnita.

El auto por fin partió. Una mano cariñosa e impaciente me enlazó discreta, y como si el echarpe plateado de la carretera hubiera sido alfombra mágica, nos encontramos, en lo que nos pareció corto espacio de tiempo, en el escenario que habíamos elegido para entonar el dúo de la eterna sinfonía amorosa.

De la llegada, guardo una imprecisa visión. Me parece ver unos rostros de expresión sencilla y sincera, que nos dan alegres la bienvenida; sombras macizas de

grandes arboles; hilos de agua que se deslizan en la noche, brillando cual si fuesen de mica o de azogue; caminamos bañados en luz blanca; luces que se escapan de cuadros abiertos en muro rústico y alegres vienen a nuestro encuentro.

Aseguro que ni aún en el momento en que una dulce laxitud cerraba mis ojos al sueño, como una sensación de felicidad mas, vino a mi memoria el recuerdo de la historia oída, ni de que en nuestro escondite paradisíaco pudiera morar el maligno ciempiés.

No sé cuanto duraría mi sueño. De pronto me sentí completamente despierta y sobresaltada, con la impresión de que alguien inmóvil y en silencio estaba en vela en la habitación.

Me incorporé inquieta, deseosa de precisar qué fundamento tenía tal aprensión. Antes de que pudiera darme cuenta que mi esposo había dejado en la cama su sitio vacío, pude verlo a la tenue luz de la lamparilla de noche encogido medrosamente, sentado en la banqueta del tocador.

Tan sorprendida como alarmada, le pregunté cual era la causa de su extraordinaria conducta. ¿Qué le sucedía? ¿Qué le había desvelado? ¿Se sentía mal? ¿Se avisaba al doctor? ¿Llamaba a la servidumbre? En fin, toda una serie de preguntas tontas quizás, que en aquel momento atropelladamente se me ocurrieron.

Iba a mi vez a dejar el lecho y solícita acudir a su lado, cuando por fin habló para rogarme cariñoso pero enérgico, que no me moviese y que tranquila reanudase el sueño. Me aseguró que nada le sucedía y que únicamente había cedido al momentáneo capricho de abandonar el lecho por breves momentos, capricho añadió, que le solía asaltar con alguna frecuencia.

Fuese porque sus razonamientos me convencieran, o bien porque el cansancio llamara otra vez desesperadamente a las puertas del sueño, tal vez porque su actitud temerosa encogido dentro de su pijama a rayas empezara, no sé definir por qué, a parecerme grotesca, es el caso, ¡oh egoísta condición humana!, que me dispuse a dormir de nuevo, adoptando la postura favorita cuando quería que el sueño acudiese rápido a sumirme en su dulce inconsciencia.

Así pues, hundí el rostro en la almohada y deslicé la diestra mano por debajo de ella; mas no bien lo hice, cuando sentí por el principio del brazo un cosquilleo tan repelente, que estremecido de terror todo mi ser exclamé: ¡el ciempiés!, pues instantáneamente asocié su nombre a la sensación escalofriante y sin verlo, estaba segura de que era ésa y no otrá, la causa de mi espanto.

No había tenido tiempo de saltar de la cama, cuando Fred ya estaba a mi lado.

Encendimos todas las luces y emprendimos la busca y captura del bicharraco, al que dimos caza entre las revueltas ropas de nuestro lecho, pues efectivamente era el ciempiés y de un tamaño tan desmesurado, que nos justificó mutuamente del miedo experimentado.

El me confesó mas tarde, que fue la sensación de que un huésped molesto merodeaba por las sabanas, lo que le hizo sentirse muy a gusto fuera de ellas.

Transcurrieron las últimas horas de la noche, comentando las peripecias de la caza, desvelados e intranquilos.

Llegó el nuevo día, acompañado de los consabidos ruidos que en el campo anuncian que la luz solar, empieza a filtrarse por entre los velos de sombra: piar de pajarillos, cacareos de gallinas, chirriar de carretas, el paso monótono y cansino de las

caballerías con el seco chasquido de las herraduras en los guijarros del camino, las voces de los labriegos, en fin, todo lo que es de rigor en el cuadro.

Por fin, ya muy entrado el día, nos sumimos en un reparador sueño, a pesar de los consabidos ruidos y de los no menos sabidos de una casa en actividad.

Nos despertamos hambrientos y ansiosos de gustar todo el encanto de aquella naturaleza exuberante, de respirar hondo su perfume que en olas templadas llegaba hasta nosotros por la abierta ventana, y de correr, de triscar por aquellos valles y montañas que desde ella se divisaban, de sumergirnos en los riachuelos de linfas cristalinas, que brillaban dorados por entre el polvillo del sol.

El deseo de restaurar nuestras fuerzas, nos obligó a sustraernos al encanto de aquel cuadro de fuerte color, pero ansiosos de seguir contemplándolo, acordamos dispusieran nuestro desayuno en la terraza, sombreada por el fantástico cortinaje de glicinas en plena floración, que circundaba la casa.

Fred, mi esposo, salió a dar las órdenes necesarias para que fuese dispuesto todo en el sitio elegido, y yo quedé removiéndolo el equipaje, buscando una ropa de interior que colmara mi deseo de parecerle bella hasta un grado superlativo.

Un recuerdo súbito del incidente de la noche pasada, vino a mi memoria y un olvidado detalle, puso de nuevo en tensión mis nervios.

Fue éste, que según aseguró mi simpática amiguita, los ciempiés acostumbran a ir por parejas y que si al matar uno se tiene la desgracia de que éste fuese el macho, la picadura de la hembra vengadora es casi siempre mortal.

Me apresuré a vestirme y cuando sobre mí deslizaba la combinación, un bello poema de seda y encaje, al llegar ésta casi a cubrir las piernas, sentí de nuevo algo así como un roce en una de ellas.

Sí, estaba segura, era la misma sensación de cosquilleo escalofriante que sintiera la noche pasada en el brazo. Sin duda alguna, aquella cosa que instintivamente abarqué, en un gran puñado de la seda que velaba mis piernas, era la hembra del ciempiés.

No fui capaz de dominar los nervios. Empecé veloz carrera llamando desafortunadamente a mi marido, pasando como una exhalación por delante de la servidumbre que, estupefacta y sin atreverse a intervenir, contemplaban la escena asombrados al verme tan ligeramente vestida y vociferante.

Alcancé a Fred en el jardín, cuando presuroso acudía a mis gritos temiendo sin duda una gran calamidad.

Como pude, entrecortadamente, le di a entender la causa de mi espanto y la convicción, de que aquello que con fuerza apretaba en mi mano era la ponzoñosa hembra.

Tanto vociferé, que terminé por aturdirle con mis gritos de miedo histérico; completamente atolondrado iba de un lado para otro buscando un medio de librarme de la mortal picadura del bicho, sin acertar a dar con ninguno.

Al final, después de lo que me pareció un siglo de espera, acertó a descubrir un montón de estacas y cogiendo una de ellas, avanzó hacia mí dispuesto a machacarlo, sin meditar que al hacerlo, teniéndolo yo cogido, corría el seguro riesgo de machacar también mi mano.

Contemplé en aumento el terror que sentía, cómo enarbolaba aquello que me pareció tronco descomunal. Enloquecida, redoblé los gritos pidiéndole buscara algo más a propósito, porque con aquello era seguro que pulverizaría al animalito, pero no lo era menos que si se le iba la mano y me daba en cualquier parte vital, del garrotazo acabaría allí mismo con mis días, que poco ha se anunciaban tan felices.

Sin duda le convencí de ello sobradamente, por cuanto le vi buscar nervioso cualquier otra cosa que le sirviera para el caso.

Oí una exclamación de triunfo y rápido avanzó hacia mí; en la diestra mano, empuñaba triunfal las tijeras del jardinero.

Antes de que pudiera prever qué pensaba hacer, de un certero tijerazo había cortado el puñado de seda y encaje que mi mano asía.

Lo tiró cuan lejos pudo; se acercó y con precaución e infinito cuidado, empezó a remover el montoncito de tela mientras yo, sin fuerzas apenas para sostenerme por la tensión sufrida, esperaba a prudente distancia el resultado de la exploración.

Me sacó de esta laxitud el ver que mi esposo se agachaba, e iba a recomendarle prudencia, cuando observé que no menos rápidamente se incorporaba y venía a mí, con algo rosado cogido entre los dedos que no me atrevía a adivinar qué era, pero desde luego lo que fuese no tenía apariencia maligna alguna.

Ya más cerca, vi en los ojos de Fred unos puntitos rojos homicidas, que expresaban elocuentemente grandes deseos de estrangularme.

Lentamente, en silencio, llegó hasta mí mostrándome iracundo, la causa inocente de todo aquel revuelo.

Lo que tanto nos había trastornado era... ¡la liga del corsé!

Confusa, bajé la vista como culpable cogida en falta, hasta el borde de la mutilada combinación. La tela tenía un boquete tan grande, que por un momento tuve la desagradable impresión de encontrarme completamente desnuda a la intemperie.

Aquel mismo día, emprendimos el tradicional y clásico viaje de novios, a la ciudad lejana.

RAMON MARRERO ARISTY

EN:

UNA RAZON

Venía de mi pueblo. Los cien kilómetros de carretera que lo unen con la población inmediata, más que nunca eran pesados. Un poco de fiebre, un principio de gripe, el ardor que me había producido en la garganta un trago de mal ron, y sobre todo, la amargura de haber perdido a un ser querido, víctima de la miseria, me traían retraído; sin deseos de entablar conversación.

Pero siempre que no queremos hablar, encontramos a otro que está dispuesto a hacerlo. A mi lado venía un hombrecito blanco, rubio, experto en asuntos de electricidad, ignorante y bohemio, a quién conocí el año anterior. Desde hacía algún rato yo había desechado toda oportunidad de iniciar diálogo, pero él sentía unos deseos locos de entablar conversación.

- ¡Voy a Monte Cristi! - me dijo.

- ¿A Monte Cristi? - respondí por no ser descortés.- ¡Es lejos!

Domingo Hernández Contreras

- ¿Qué si lejos? ¡Más de cuatrocientos kilómetros!

- Sí

Y al decir ésto pensé que allí terminaría la conversación. Pero he ahí que el hombrecillo deseaba seguir.

-¿Y tú, a dónde vas? - me preguntó.

¡Demonios! -Pensé- Me ha dicho tu. Ahora recuerdo que nos conocemos más de lo que yo quisiera. Cierta vez nos hallamos en una juerga. Se trataba de que se anunciaba un nuevo ron. El era gran amigo del agente. Yo lo era de otro amigo del mismo. El tal señor había invitado a todos sus conocidos a probar la nueva marca, y yo, que andaba en mi pueblo sin rumbo, me fui con el primero que me invitó y así, poco después, cogimos una formidable borrachera que terminó en los Cafetines, entre mujeres, a muy altas horas de la noche.

Tenía que aceptar el tuteo, como era natural, y aunque él no recordaba mi nombre, ni yo el suyo, le respondí:

- Voy a la Capital.

- ¿Vives allá?

- Sí.

- ¡Ha! - exclamó como si hubiera hallado algo perdido - ¡Qué olvidadizo soy! Ahora recuerdo que me han dicho que trabajas con unos alemanes.

- Sí, en una oficina.

- ¡Concho! ¡Te has hecho un barraco!

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Sonreí. ¿Qué hacer? Mi compañero quería charlar y no era posible esquivarlo. Comprendí esto al instante y me decidí a afrontar la situación. Para evitar que me fastidiara más de la cuenta, llevándome por los vericuetos que él quisiera, tomé la iniciativa. La ofensiva, diría, hablando en la forma tan en boga hoy, debido a la abundancia de exhibiciones militares. Así, recordando que era casado, decidí abordarlo por aquel lado a ver si podía llevarlo a un naufragio. Y como ya me había tuteado...

- ¿Y tú mujer? - le pregunté.

No demostró ningún disgusto como yo esperaba. Recibió la pregunta con la misma tranquilidad con que hubiera recibido otra cualquiera, por ejemplo acerca del tiempo.

Me respondió:

- Está mal, chico, está mal.

Ahora quien demostraba sorpresa era yo.

- ¿Enferma?

- No, no.

- Entonces...

- Que estoy separado de ella. ¿Cómo me hacía? No se puede vivir con las esposas...

¿Qué decía aquel hombre! ¿Con la esposa solamente? ¿Acaso estas no son como las demás mujeres? O mejor dicho ¿No son las otras como ellas? ¿Hay alguna con quién se pueda en realidad vivir tranquilamente?

- Vamos, explícate; - le pedí verdaderamente interesado -¿Qué es eso que cuentas?

- ¿Te acuerdas de Minín?

¡Vaya una respuesta! Me estaba preguntado por alguien a quien conocía de viejo. ¿Pero qué tenía que ver? Minín era dueña de un *cafetín* de prostitutas en mi pueblo. Yo la conocía desde muchacho. En su *cafetín* fue donde casi todos los jóvenes de la población bebieron los primeros tragos y donde cogieron las primeras juergas. Ella había iniciado a varios muchachos de mi generación en la corrupción. Había sido el entretenimiento de muchos viejos. Seguía siendo tentación para los nuevos. Su *cafetín* ... ¡Bueno!

¡Ya supondrán ustedes lo que era su *cafetín*!

Cada vez más lleno de curiosidad le respondí:

- ¿A Minín? ¡Qué si la conozco...! Pero, ¿Qué tiene que ver?

- Mucho, viejo, mucho.

Dijo esto y sacó un cigarrillo. Lo encendió, se acomodó en el asiento como hombre que está dispuesto a hablar mucho y sinceramente. Echó una bocanada de humo, miró la nuca del chofer que iba conduciendo la máquina impertérrito, subió un poco el cristal de su izquierda para que la brisa no le molestara y comenzó a decir:

- Yo vivo con Minín...

Se me iba a escapar una exclamación, sin embargo, me dominé y lo deje seguir:

- Vivo con ella y creo que siempre estaremos juntos. ¿Sabes que la he honrado?

- Aquí no pude menos que exclamar:

- ¡Caramba! ¡No lo sabía...!

- Pues, como lo oyes. Comenzamos de juego. Yo iba a su casa a parrandear. Siempre me quedaba con una de las muchachas que había allá. ¿Te acuerdas de *La negrita*? Tenía un pecho más grande que el otro. Esa fue la primera. Después me emberrané con Nena la Haitiana. Cuando se fue, me enredé con Sinda, la flaquita aquella. Más tarde con Manena. ¡Concho! Todas las noches iba allí y creo que cada vez tomaba una nueva. Yo ganaba plata. ¡Y todo era parranda! Hasta que, una noche de ésas, habiendo repasado ya todas las muchachas del café, medio aburrido, me quedé mirando a Minín que estaba sentada en un rincón.

- ¡Venga acá, doña Minín! - le dije en broma. Y vino. Entonces cuando la tuve cerca sonriéndome no como *maipiola* sino como mujer, me interesó. Me di cuenta de que no era vieja. Tenía los dientes limpios y bonitos, le brillaban los ojos, su cuerpo llenito y bien proporcionado me despertó algo, y al instante le ordené:

- Siéntate aquí.

Obedeció. Pedí cerveza. Cuando el sirviente no podía atendernos rápidamente porque lo solicitaban de otras mesas, ella quería ocuparse de eso, pero yo no la dejaba.

- No sirvas - le decía - quiero creer que no eres la maipiola del café.

- ¡Y qué buena era, chico! Sonreía cada vez que yo le decía aquello, en vez de ofenderse.

¡Compadre! Eso comenzó a las ocho de la noche. Bebimos como locos, bailamos. Los besos y las demás caricias ya no eran corrientes. ¿Tu sabes? Uno besa a esas mujeres, exagera con una mímica estúpida cualquier pequeña inclinación sexual hacia ellas, pero en el fondo, quizás uno está tranquilo. Más, en esta ocasión yo sentía verdadero placer en acariciar a Minín y ella también parecía estar poseída de igual ardor.

¡Hum! Nos acostamos esa noche y amanecí con ella.

Así fue como comenzó. Desde entonces fui todas las noches, ¡Todas las noches!
Y a veces hasta de día.

Eché otra bocanada de humo. El automóvil se deslizaba o saltaba. Yo no me percataba de ello. Estaba interesado. Mirando a mi compañero le pregunté:

- Y entonces, ¿Dejastes a tu esposa?

- Propiamente no. Tu sabes... los hijos...

- Pero, me dijiste que estaban separados.

- Bueno, separados sí, pero...

- ¿No para siempre?

- ¡Para siempre! ¡Como no! ¡Para siempre!

Yo no entendía. Lo volví a interrogar:

- Y entonces, ¿Cómo se explica?

- Sencillamente. Yo tengo hijos con mi mujer, luego, estoy obligado a sostenerla y también a ellos. Les doy lo que puedo. No gran cosa, porque también ayudo a Minín, pero les doy... No vivo en la casa, ¿Comprendes? Ni voy allá tampoco. ¡Porque es insoportable mi mujer.

Oyendo esto, sin darme cuenta le pregunté:

- ¿pero estás seguro de que en éste caso no la asiste alguna razón?

- ¡Ah! Yo no sé si la tiene, ni me interesa. Lo cierto es esto: con ella no se puede vivir. A mí me gustan los tragos, la parranda. Invito a los amigos a beber, o ellos me

invitan a mí. Si por casualidad van a mi casa a buscarme o yo los llevo... ¡Jesús! ¡Mejor se capea un temporal navegando en una cajetilla de fósforos en el mar, antes que vérselas con mi mujer! ...En cambio, Minín es otra cosa. ¿Comprendes? Ella está acostumbrada a esa vida. Se puede decir que ha crecido entre los tragos, en la parranda. Ha vivido siempre en el café. Más bien le hace falta ese ambiente. Cuando yo le digo:

- ¡Vamos a beber!

Lo hace gustosamente. Y si llevo unos amigos, ella se divierte de lo lindo. Luego, cuando estamos encendidos, la subo en un carro, nos vamos a un cafetín y ¡A bailar! Entonces, de madrugada, nos acostamos y dormimos hasta las once de la mañana.

¡Dime que eso se puede hacer con la esposa! ¡No es posible! Yo seguiré siempre con Minín!

Yo estaba asombrado. Mi compañero había dicho con gran aplomo, como un hombre seguro de que ha hecho una cosa justa. Sentía que había actuado de acuerdo con su conciencia y estaba satisfecho de ello. Había botado el cigarrillo. El automóvil seguía corriendo. Saltaba o se deslizaba: era lo de menos. Yo no podía establecer si aquel hombre tenía o no razón. Y no pude menos que aventurarme a murmurar:

- Después de todo...

- ¡Claro! - interrumpió mi interlocutor.

Y rodándose en el asiento, extendió las piernas y cerró los ojos. Casi al instante comenzó a dormir...



ANGEL ATILA HERNANDEZ ACOSTA

EN:

MI AMIGO PEDRO

Si, amigo, bebo con frecuencia, porque así es como puedo soportar este mundo de penas que pesa sobre mí.

Así me decía aquel amigo una tarde en un restaurante. Bebíamos cerveza casi helada, mientras por la memoria de cada uno, pasaban viejas vidas ya lejanas.

Después de una ausencia de muchos años, volvía yo al pueblo donde por vez primera vi la luz del mundo. A mi llegada surgieron las invitaciones; ya para las copas o la cena; ya para el alegre pasa-día en el campo, a la fresca sombra de los mangles, donde, a la mañana, entona el ruiseñor su canción geórgica y florecen los naranjos y los todo-el año. Rehusé las más, no por incomplicencia, sino por modestia; pero, dadas las insistencias de Pedro, fui con él a un restaurante, donde nos pasamos toda una tarde bajo el tintineo de las copas.

Ya, sobre la mesa, lucía un montón de botellas vacías. Habíamos bebido mucho, y tras mi frente, un vaivén constante me desconcertaba. Pedro estaba ya completamente borracho. Los ojos, intensamente rojos como dos brasas, las manos temblorosas, y de cuando en cuando, un hilo de baba fina salía de su boca.

Toda la tarde, entre copas y suspiros, la había pasado evocando la amada: "¿Cómo estará ella?..." "¿Tendrá otro amante?..." No me habló de mi ausencia ni de otras cosas, sino de esa diosa lejana (porque así la calificaba él), que tanto amaba. Para él, sólo había tres cosas: copas, suspiros y evocación.

Una copa más, y hubiera estado listo para ser llevado en brazos a su casa, pensé. Mas, no fue así. Vinieron nuevas botellas de cerveza casi heladas y Pedro seguía bebiendo como si el emborrachamiento fuera su estado habitual.

- Amigo, ya basta - le dije -. Otro día volveremos a lo mismo.

- No. Quiero seguir bebiendo, para ver si mi vida termina hoy.

- ¿Tu vida, Pedro?

- Sí, mi vida, porque no puedo vivir sin ella. ¡Tan lejos que está! Recordar la historia de nuestro amor y verme aquí sin ella, es cosa que no puedo soportar, y por eso, mi vida discurre de restaurante en restaurante, como un borracho eterno, indiferente a todas las cosas que me rodean.

- Eres débil, Pedro, creo que esa historia no puede ser tan triste y tan amarga que te haga despreciar la vida o dedicarte a un vivir indigno.

- Indigno, dices, porque tú no sabes.

- Caramba, Pedro, ¿Cuál es esa historia?

- Pues bien, escucha.

Encendió un cigarrillo y comenzó:

- Yo debí haberme casado hace años, con aquella muchacha que tiene la piel suave como la seda y tersa como lirio, y los ojos grandes, expresivos y elocuentes. Aquella que tantas veces me sonrió de cerca y juntó con las mías sus manos en dulce fiesta de amor. Aquella que amé y aún amo tanto, y que me parece verla en cada cosa que miro. Ella me quería, yo la quería y aún la quiero; pero, amigo, la falta de dinero lo prohibió todo. A su papá lo designaron para un cargo muy lejos de aquí y ella tuvo que ausentarse. La última noche antes de su partida, nos vimos a solas, y sólo pudimos ponernos a llorar amargamente, inconsolablemente, nuestro infortunio. Ella quería quedarse conmigo, y yo con ella, pero... El dinero!... El dinero!... El dinero!...

Y, como dos lágrimas asomaron a sus ojos, le interrumpí:

- Pedro, el hombre, por una amante ida, no debe llorar. Eso es del amor: unas que vienen, otras que se van.

- Si (me dijo melancólicamente), pero esto es muy grande. Ella se fue y consigo se llevó mi alma. Hace mucho tiempo, y desde entonces, a la hora en que nadie puede verme, visito el árbol al amparo de cuya sombra lloramos ella y yo antes de su partida. Allí, solo, la represento sentimental como aquella noche, y mientras lloro, me parece oír su voz como diciéndome: "Pedro de mi alma, me quedo contigo"... Todo parece estar triste cuando allí me encuentro, y hasta las hojas, movidas por la brisa, parecen llorar conmigo".

Un corto silencio nos separó.

Luego, tomando la copa rebosante de cerveza, exclamó:

- ¡Cuánto he sufrido! Tal vez hasta el árbol confidente ya esté cansado de mis llantos, y Ana Pilar ni me recuerde!

Domingo Hernández Contreras

El sol, desde el ocaso, doraba todas las cosas, y yo, sin decir ni una palabra a Pedro, me retiré mordido por los celos. Días antes, en tierras lejanas, solicitaba yo la mano de ella en matrimonio.

CARMEN LARA FERNANDEZ

EN:

EL LADRON

Mamá, mamá, tengo hambre!, gritaba débilmente el niño envuelto en trapos que denunciaban miseria. Va la madre con pena al naranjo. No tiene frutos: hace días que ha dejado de saciar su hambre.

Con una voz doliente y acongojada le dice la madre:

- No te apures hijito, pronto viene tu papá; traerá algo de comer. Y el chiquitín llora rabiosamente al no encontrar en el pecho de la madre el néctar de su vida.

Dos días sin comer. La abuela y la madre lloran en silencio las torturas de tan amarga desventura. De puerta en puerta en la humilde casita que cuando él tenía trabajo fue un nidito de amor y que hoy se halla convertida en mansión de dolor, esperan, impacientes, su regreso.

Domingo Hernández Contreras

Pasan las horas. Por fin, allá en el camino inmensamente triste y con la cabeza inclinada bajo el peso de una gran humillación, asoma.

- Mamá, ahí viene papá, exclama Josefita; ya sí que comeremos!

Al pensar que van a comer, sus rostros se alientan y al llegar él, todos dijeron a coro:

- Qué trajistes?

- Nada!, responde con voz brusca.

- Nada?, preguntan, y un gesto de espanto se vio en cada rostro; todos se bañaron en lágrimas.

- He buscado trabajo, he pedido prestado, no he encontrado...., y con voz desesperada exclama: he pedido limosna!... y me han contestado: "las limosnas son para los inválidos". Otro día de hambre.

Qué cuadro aquél! La abuela, el padre y la madre, atormentados, se llenan de desesperación y, en un catrecito, un niño se muere extenuado de hambre. En otro rincón, los más grandecitos se entretienen en ver los matices cambiantes de aquel atardecer. El día se despidió de los campos, la obscuridad llenó de sombra la casita. Ni una lucecita iluminó la noche de su vida.

La noche trajo a la mente un destello de loca esperanza y se dijo para sí:

- Ya mañana tendrán comida; he querido ser honrado, no me han permitido serlo, y mis hijos, mi madre y mi esposa se mueren de hambre!

En la media noche, cuando los felices que no han sentido el dolor de la miseria duermen tranquilamente, él se levantó y besó uno por uno sus seres queridos; luego se enganchó un enorme cuchillo. Al salir vuelve la vista por última vez y se dice: ya mañana comerán.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Se dirigió al pueblo cercano; ya frente a la puerta que pensaba abrir, dan las tres de la mañana en la torre de la iglesia.

Un frío inmenso invade su cuerpo; un temblor mueve sus manos. Quiso alejarse; sintió en su conciencia un gran remordimiento al recordar que desde pequeño su madre le predicaba la honradez. El cielo era testigo de su lucha espiritual. Mas, surgió en su mente el recuerdo de la humillación pasada, y el manso cordero se transformó en león.

En la tienda de un rico usurero que había hecho su fortuna explotando a los pobres. Descerraja la caja, coge el dinero: ya era ladrón. Despiértase el dueño y oyóse un disparo. Como un relámpago brilla la hoja de un puñal; pero no pudo huir; lo hirieron y por más que deseaba no podía moverse. La policía se lo llevó...

Los jueces lo condenaron a diez años. En vano gritó la causa de su deshonra.

- Señores: mis hijos se morían de hambre! No encontré trabajo!

Los jueces se reían del "ladrón que también parecía actor dramático".

¡Ah! ¡Bribones!, y quería hablar, y no podía.

Como pudo, la anciana hizo el viaje de la aldea al pueblo vecino e inmediatamente se dirigió a la cárcel. Ya era tarde; no pudo entrar. Sentada en la calzada pasó la noche, para estar más cerca de su hijo, aunque separada por los enormes muros. Algunas veces exclamaba:

- Oh, mi querido hijo, por qué te habrán encarcelado? Tú, tan bueno! Gruesas lágrimas bañaron su rostro y alzando la vista al cielo hubiera querido ser un rayo de luna para besar su hijo, o una estrellita para mirarlo.

El domingo abrieron la puerta principal de la cárcel. Por fin la buena y noble madre, andrajosa y triste, va a abrazar al hijo.

- Dónde está Pedro? Dónde está?

Apenas hacen caso de esa vieja flaca y andrajosa, cuando una voz dice:

- Madre! Madre!

Y otra voz le responde:

- Mi hijo!

Se abrazan... El hambre, el cansancio, el dolor y la emoción dejan morir en aquellos brazos fuertes el cuerpo enflaquecido de la anciana que sostuvo a sus nietecitos pidiendo limosnas.

Desesperado, grita el hijo: **MALDITA SEA LA JUSTICIA DE LOS HOM-BRES!**

La esposa de Pedro, el cual se estaba levantado, se asusta al oírlo hablar así. Tomándole por un brazo lo llamó.

Pedro despierta asustado por la horrible pesadilla.

JUAN A. VICIOSO V.

EN:

IRONIAS DEL DESTINO

Habían pasado los días de Noche Buena y de Año Nuevo y en el alma entristecida de Pedro José no se borraba la angustia de esas noches, en que no tuvo para comprarle a su hijo Joselito una caja de fósforos de Bengala, ni regalar a su pobre mujer una botellita de vino...

Pero lo que le atormentaba ahora, haciéndole sangrar el corazón era la proximidad del Día de Reyes.

Al no conseguir trabajo para llevar la Noche Buena y el Año Nuevo a su casita, situada allá en el extremo norte de la ciudad, había conseguido calmar un tanto las penas del niño, asegurándole la llegada de los Reyes Magos.

Y ya muy cercana la noche en que los niños ricos y los niños pobres sueñan con los más costosos y lujosos juguetes. Pedro José no había encontrado un solo amigo a quién pedirle ayuda en su aflicción ni había conseguido tampoco el medio que le

permitiera ganar lo indispensable para comprar a los Reyes Magos, el juguete para su hijo.

- Dios mío - decía el pobre padre en su extrema angustia - ¿Será posible que Tú no me concedas el medio de conseguir trabajo para comprar a Joselito siquiera un juguete de diez centavos?

- ¿Será posible Señor que hasta mí no llegue Tu piedad divina?

- No Te pido que me des que comer. No Te pido zapatos, para mis pies que ya se han acostumbrado a pisar la arena caldeada por el sol y a tropezar con los pedruscos del camino... No Te pido un trapo para cubrir la desnudez de mi infeliz mujer, porque ella como yo se ha resignado a Tu Divina Voluntad, pero no le niegues a ella y a mí lo que Te pedimos de Tu Santa Gracia: dame trabajo para que los Reyes Magos no pasen desapercibidos por mi casa...!

Y después de pedir con profunda devoción, Pedro José levantaba los ojos al cielo, y cuando un rayo de la luna cayó en pleno sobre su faz, por sus mejillas corrían las lágrimas como dos hilos de plata.

En la casita, pobre nido de amor de los padres de Joselito, el insomnio había apresado entre sus garras formidables a Pedro José y a Julieta su compañera ejemplar. Sin embargo en un apartado rincón del llamado aposento, donde se levantaba una especie de "tarima" Joselito envuelto en guñapos y pedazos de telas deshechas por el uso y por el tiempo, sonreía a veces en su sueño profundo, como si estuviera recibiendo de los Reyes Magos, un tambor, una corneta, un carrito o una caja de soldados, sin saber el pobrecito que alrededor de su cama estaban de vela la angustia, el dolor y las lágrimas.

Comienzan los albores de la mañana. Naturaleza se atavía de pompas y luce ya su incomparable gala en una aurora hermosísima...

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

El gallo canta alborozado también ante el nacimiento del día...

De momento la bocina de un auto rompe la gravedad festiva de la mañana.

Alguien se detiene en la humilde casita del pobre hombre.

- Vive aquí Pedro José - dice el recién llegado, luego de dar algunos golpecitos en la puerta.

- ¡Sí! - ¿Quién es? - preguntan de adentro.

- Si él está ahí, que salga pronto para que conduzca mi automóvil en un viaje a Santiago.

- Soy yo, Don Manuel.

Y antes de abrirse la puerta una exclamación se escuchó dentro de la casita - ¡Gracias, Señor. Me has oído!

La ciudad que se mantuvo hasta muy tarde levantada, animada, regocijada por la llegada de los Reyes, se recogió al fin y se sumió en un largo silencio.

Niños madrugadores despertaban el rico vecindario con sus pitos, tambores, cornetas, músicas y gritos de alegría...

Pedro José, quién había realizado el viaje a Santiago más pronto que nunca dejaba tras la carretera una espesa nube de polvo.

Para él, el carro "Packard" que venía guiando no corría, a pesar de sus 100 millas... Las curvas, los puentes y las rectas eran iguales para él... Lo importante era llegar a tiempo para llevar a Joselito el regalo de los Reyes Magos. Hasta que, en esa carrera desenfundada y loca, se enfila a la ciudad, que aparece alumbrada con focos eléctricos.

La mañana asoma entre el claro oscuro del amanecer.

Pedro José, se ha olvidado de levantar el pie del acelerador, y el carro siempre veloz penetra de improviso en una de las avenidas, y cuando toma la última curva para entrar en la ciudad franca, siente que el guía le tiembla en las manos y que el carro ha tropezado con un objeto que por poco se vuelca. Sin embargo, Pedro José no se detiene... El llegar a su casa a poner a Joselito su regalo de Reyes antes de que él despertara con el griterío de los otros niños, era su obsesión. Pero al llegar al Parque de la ciudad, fue detenido por el Agente de servicio y conducido a la Estación de Policía.

- ¿Por qué se me trae aquí? - dice Pedro José, ignorando su gran fatalidad.

- La víctima con quién chocó este bárbaro - dice un Agente de policía que acaba de llegar a la Estación - se encuentra en la sala de Socorros y tenía en los brazos un niño como de tres años, que también murió.

Ella antes de morir - siguió diciendo el Policía - dijo que se encontraba allí esperando a su marido que era chofer, quién había salido para Santiago, y que ella se llamaba Julieta.

- Cómo mi mujer y mi hijo! - exclamó el infeliz Pedro José desplomándose como una masa inerte en el salón...

Y el pobre padre atenaceado su pensamiento por los rigores de la miseria que le impedía comprar un pequeño juguete de diez centavos para su hijo Joselito en el día de los Reyes Magos, dando gritos desesperados, despertó de tan horrible pesadilla.

ENRIQUE COTUBANAMA HENRIQUEZ

EN:

EL PAJARO

Debe ser las siete de la noche. Sí, las siete, o las ocho a lo más... Me duele la cabeza. Es un dolor pesado, en la parte de atrás, que me hace apretar el cráneo contra la almohada, invenciblemente. Además siento los brazos y las piernas inmóviles, y sobre el pecho una opresión... ¿Me habrán atado en esta cama que no es la mía?

Acabo de sentir distintamente con el antebrazo derecho una ligadura que me rodea el tronco y que sin duda está fijada a ambos lados del lecho.

¡Estoy atado, solo, a merced de mis enemigos!... Todo por culpa del pájaro. ¡Animal maldito! ¡Cuánto me arrepiento de no haber puesto en práctica mi primera idea: la de quemar la casa donde hacía oír su siniestro silbido!

Hace ya más de un mes que este terrible estado de cosas duraba. Un mes de sufrimientos indecibles, peores que la certeza de la muerte. Hubieran podido volverme loco sin la serenidad que da el instinto de conservación.

¿Cómo pude darme cuenta de que se me quería hacer daño? Tengo un fino, un finísimo instinto de observación, y mil detalles que hubieran pasado inadvertidos para otros adquirieron pronto para mí una terrible significación.

Al principio no fue gran cosa: ciertas puertas entreabiertas como por casualidad; ruidos insólitos bajo mi ventana, seguidos de un silencio amenazador; y, sobre todo, el silbido de aquel pájaro funesto. Vive en la casa de enfrente, y, como la calle es estrecha, oigo su canto con claridad. No sé a qué especie pude pertenecer, pues no he logrado verlo, pero estoy seguro de que es de tamaño bastante grande, negro, y con el ojo fijo y brillante. Y su canto, su canto... No, ciertamente no es un canto. Es una modulación brevísima, formada por dos notas: la primera se asemeja al ruido del látigo que rasga el aire; la otra es un silbido agudísimo, brusco y duro como el de una bala.

Ese grito infernal que duraba apenas un segundo era instantáneo e imprevisto, y por eso quizá me crispaba el oído.

Muchas veces, solo en mi habitación, donde no se oía más que el tic tac familiar de mi despertador, he dejado vagar mis ideas, sintiendo esa ligera opresión indefinible que se experimenta en el silencio y la soledad.

De pronto hendía el aire el chirrido estridente y yo sentía como la desagradable sensación que produce en los dientes el cortar un corcho, o el morder la fría hoja de un cuchillo.

Tres, cuatro veces se repetía. Mi corazón, latía más y más de prisa, mis nervios se iban tendiendo y esperaba con impaciencia y con temor otro de aquellos silbidos de obsesión.

Pues no. El pájaro se callaba. Se callaba media hora, quizá más, indefinidamente... Y cuando, fatigado, abandonaba el acecho mental y me había dejado resbalar insensiblemente por el plano inclinado de la meditación. ¡Zas!: el silbido resonaba

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

de nuevo, más brusco y más terrible que nunca, haciéndome saltar del asiento, con las manos temblorosas y la angustia en el corazón... ¡Por fin lo comprendía todo!

Fue el día en que se precisaron los signos vagos de amenaza de que antes hablé.

Me encontraba un día lluvioso de otoño en la gran avenida que limita al norte del cementerio del Pere Lachaise y marchaba lentamente bajo los árboles, rumiando ciertas preocupaciones como las deben de tener todos los hombres.

De pronto, al llegar bajo un farol de gas donde había varias personas, se me cruzó; marchando rápidamente, un hombre de cierta corpulencia y de aspecto burgués.

Al llegar cerca de mí alzó la cabeza en mi dirección, y bajo el ala de su sombrero de fieltro vi dos ojos grises que se clavaban en los míos...

Fue una espantosa mirada, cargada de crueldad y de odio inmenso, que me detuvo como un golpe en el pecho. Trémulo, me volvía a medias para buscar una explicación a aquel hecho insólito, cuando ocurrió otra cosa aún más extraña y más terrible.

Detrás de mí, a mi izquierda, alguien pronunció en voz alta la palabra *batalla*. E inmediatamente la oí repetir en varias direcciones a mi alrededor: *batalla... batalla... batalla...* Un calofrío me recorrió todo, y en el espacio de un segundo comprendí: ¡Me querían asesinar! Sí: asesinar: de eso no cabía duda. De mis enemigos, el principal, el jefe, me conocía. Acompañado de su banda, ejercía una estrecha vigilancia sobre los alrededores de mi domicilio. Al verme pasar esa noche, había lanzado la palabra batalla para señalarme a los otros. Ellos la repitieron para avisarme y coordinar el ataque. Su mirada homicida traicionó sus intenciones. Creo que sólo a ella debo esta vida que durará quizás tan poco.

Absorto en estas inquietantes reflexiones llegaba a mi puerta cuando, como para confirmar mis temores, oí resonar en las tinieblas, sarcástico y temible, el grito del pájaro...

Domingo Hernández Contreras

¡No, amigos míos; no soy un cobarde! Sólo un imprudente negaría la evidencia en circunstancias semejantes.

Ninguna duda me cupo entonces, ni me cabe hoy, de que aquel pájaro aciago formaba parte del plan diabólico que ellos habían forjado para suprimirme. Sus gritos eran señales para prevenirlos de mis entradas y salidas, de mis ocupaciones. A veces me pregunté si en lugar de un pájaro no se trataría de un cómplice humano encargado de mi vigilancia, pero sonreí en seguida de mi propia candidez. Hombres como aquellos era menester que tuvieran combinaciones perfectas. Un pájaro era más natural. Ellos habían buscado, adiestrado - ¡Quién sabe! - un pájaro *verdadero* para servir a sus tenebrosos designios.

Mi situación, que examiné durante horas y días, era verdaderamente angustiada. ¿Qué hacer? ¿Mudarme? Vano intento: ellos velaban, y el maldito pájaro, con sus aullidos, no dejaría de señalarles cada uno de mis pasos. ¿Avisar a la policía? Lo sabrían a tiempo. No tenía pruebas y no se me escucharía. Resultado: la banda negra se escondería durante algún tiempo para afilar el puñal en la sombra y asestarme con más seguridad el golpe fatal.

Por cierto, muchos días habían pasado sin que dieran señales de vida y estoy seguro de que eso se debía a la alerta de la Avenida Gambetta. Guardaban un silencio solapado y traidor y sólo permanecía en su puesto el pájaro aquel del infierno... Esto era explicable ¿Cómo iban ellos a pensar que un animalito tan pequeño podía inspirarme sospechas? Pero yo he dicho que tengo un gran olfato para esas cosas, y yo... sabía.

Resolví, pues, estar en guardia y esperar. Quizá una circunstancia imprevista los pondría a mi merced. Por lo tanto, me proveí de armas y municiones: dos soberbias pistolas automáticas y cincuenta cartuchos distribuidos en varios peines de repuesto. Armas magníficas, a decir verdad; porque blindado, de gran penetración y que no me negaría fuego. Aquellos instrumentos perfeccionados de defensa me llenaron de

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

optimismo, y esa noche, por primera vez, cuando cantó el pájaro, le respondí con una estruendosa carcajada... Después me dormí tranquilamente.

¡Cuan grande fue la decepción del día siguiente! Marchaba hacia el anochecer, por un lugar muy transitado, según la regla que me había impuesto desde el principio de la lucha, cuando me sentí seguido. Me volví cautelosamente y reconocí, en efecto, a uno de los bandidos del farol.

El hombre marchaba rápidamente y parecía decidido a la acción. Vacilé entre disparar sobre él en enseguida o hacerlo detener en flagrante delito. La segunda solución me pareció entonces la mejor. Atravesé oblicuamente la calle y me dirigí hacia la esquina donde yo sabía que habitualmente estaba de servicio un agente de policía. Mi hombre me seguía siempre. No le di tiempo para dar tres pasos más. Sé que en esos momentos un segundo puede costarle la vida a un hombre.

Me volví velozmente, y en un instante lo tenía enlazado, mientras pedía auxilio a gritos: "¡A mí! ¡Al asesino!..."

Lo que pasó entonces fue repugnante. El hombre empezó a debatirse y a gritar como un desaforado. El agente había acudido desde el primer momento. Lo registró en un instante: no tenía nada.

Ensayé explicar con qué calaña de gente estábamos tratando. Trabajo perdido. Pero aún más: el policía descubrió mi pistola y me arrastró a la comisaría, sin poder evitar que la turba enfurecida me administrara algunos golpes. Al comisario no le dije nada: bien sabía que era inútil. En resumen, la aventura me costó la confiscación del arma y una fuerte multa, a más de los golpes recibidos y la reprensión del comisario.

Inútil es tratar de describir el estado de desaliento en que volví a mi morada... ¡Así pues, nadie me protegía! La sociedad era impotente para defenderme. En medio de varios millones de mis semejantes estaba solo, abandonado sin defensa a mi

horrible destino. Los lazos que sentía estrecharse en torno mío más, más y más, acabarían por aniquilarme, y nadie, nadie tendría piedad de mi lenta agonía.

Así pensaba tristemente, mirando mi segunda pistola, que sabía inútil, cuando estalló en la noche el grito lúgubre del pájaro...

¡Ah, pero esta vez me produjo un efecto bien distinto del habitual!

Aquel silbido de muerte me recordó que tenía una vida que defender. ¿No sería yo capaz de resistir, cuando el ciervo mismo, acorralado, se vuelve con la cabeza baja para vender cara la vida? Puesto que era forzoso luchar, lucharía. Exasperado por la inacción, la incertidumbre y el terror, decidí atacar. Y empecé a combinar mi plan, resuelto a no dar cuartel.

¡Ahora era yo el que los iba a acechar. De cazado me iba a convertir en cazador, de víctima en victimario. Mis preparativos no fueron esta vez ni largos ni costosos. Me procuré varios disfraces, y desdeñando la pistola, ruidosa e insegura, me armé de mi largo cuchillo español de hoja de Toledo y me dediqué a frecuentar lugares sombríos y de mala fama donde esperaba sorprenderlos quizá aislados.

Pasaron días, muchos días. La banda maléfica no daba señales de vida. Mi cambio de táctica, o el incidente de la policía, los desorientaba quizá. Sólo el odioso pájaro dejaba oír de cuando en cuando su chillido de mal agüero, al cual respondía yo desde mi cuarto crujiendo los dientes...

Por fin una noche, una noche de verdadera tempestad, llegó el desenlace fatal.

Vestido pobremente, con una gorra que me cubría a medias el rostro, me había detenido bajo el toldo de un cafetín de los bulevares exteriores y miraba caer la lluvia, sin perder de vista los alrededores.

De pronto, mis oídos ejercitados percibieron el ruido de un paso rápido y vi venir hacia mí un hombre de aspecto burgués, bastante corpulento, con un sombrero de fieltro hundido sobre los ojos para evitar la lluvia que le azotaba la frente.

Tuve estrictamente tiempo para dar un salto y disimularme en el umbral de la puerta del café. ¡Era él! El jefe, mi enemigo mortal, el más terrible de todos. Era él, que venía solo y sin desconfianza, a ponerse estúpidamente en mis manos, pues no sabía, *evidentemente no sabía*, que yo estaba allí...

Lo dejé avanzar diez pasos y comencé a seguirlo sigilosamente. ¡Con qué cuidado amoroso marchaba yo sobre la punta de los pies! ¡Cuán artísticamente evitaba los rayos luminosos de los faroles diseminados aquí y allá en el fangoso bulevar! ¡Y con qué latido de impaciencia y de alegría veía entenebrecerse el camino y llegar la zona desierta de las fortificaciones, mientras acariciaba, como la mano de un amigo fiel, el mango de mi largo cuchillo español...

La hora había sonado. Me había aproximado insensiblemente al hombre, a pasos apagados por el lodo y cubiertos por las voces de la lluvia y el viento. Esperé que dejáramos atrás el último farol, y con el ímpetu y la agilidad de un leopardo me abalancé sobre él y le hundí el cuchillo entre los omóplatos.

El hombre se tambaleó con un gemido y cayó de rodillas, mientras yo arrancaba el arma de la herida, y, haciéndolo rodar boca arriba, apoyaba una rodilla en su pecho.

- ¡Perdón! - balbuceó el herido -; no me mates... Toma el dinero que está en la cartera. Yo soy padre de dos hijos... No te he hecho nada. ¡No me mates!

No soy un tigre, pero, al ver que aquel bandido moría con la mentira en los labios, me exasperé hasta la ferocidad.

- ¡Sí, no mientas! - dije en un rugido - ¡Muere, miserable asesino!... Y le hundí la hoja de mi cuchillo en la garganta.

Domingo Hernández Contreras

El no dijo nada más, pero oí un ronquido suave que salía del cuello y pensé con satisfacción que era el aire que la presión de mi rodilla expulsaba del pecho y que salía por la traquearteria seccionada.

Si las cosas han tomado un giro desagradable para mí ahora, es sólo por la incuria, la estupidez y, peor aún, la mala voluntad de la policía.

Hace poco había logrado desenmascarar a otro de esos forajidos, y le iba a dar lo que se merecía, cuando me saltaron encima dos agentes vestidos como civiles.

Combatí como un león hasta el momento en que recibí un golpe en el cráneo y perdí el conocimiento. Ahora estoy seguramente en la cárcel, acusado de asesinato. Esto no me preocupa en lo más mínimo. Lo que no ha sabido comprender la policía lo comprenderán los jueces.

Pero... ¿No será ya demasiado tarde? Es otra cosa lo que me tortura. Y esa otra cosa son ellos... Sí, ellos que no abandonarán la lucha, que vendrán a vengar la muerte de su jefe; que no tendrán reposo hasta hacerme morir de manera espantosa. Ya los siento urdir la sombría trama que debe perderme. No ignoro su presencia invisible y formidable. En torno mío los oigo suspirar y cuchichear... Y sobre todo... ¡El pájaro! ¿No lo oís? ¡Sí, es él; es su siniestro silbido que anuncia mi muerte!...

París, Septiembre de 1925.

JOSE MARIANO SANZ LAJARA

EN:

LOS PASOS VENIAN DETRAS

Descendió del ómnibus cuidadosamente. Había llovido durante las primeras horas de la noche y el asfalto estaba aún mojado. Cruzó la ancha avenida y se internó en el parque. Detrás de él quedó el tráfico veloz de los autos.

¡Estoy retrasado! - se dijo. Y creyó, por un momento, divisar, al pie del semáforo, una figura alta de hombre que iniciaba a su vez el cruce de la avenida.

- ¡Esta imaginación mía! - pensó. A lo lejos, el reloj cantó la medianoche. Por el río se deslizaban los negros lanchones, atiborrados de carbón. En la bahía, bordeada por las farolas del malecón, dormían cachazudos los yates y los balandros. El silbato agudo de un sereno vibró en una esquina.

Juan caminaba lentamente. Después de todo, a los cincuenta años los hombres no tienen nunca prisa. Y para él, el humilde contador de libros, la vida tenía un ritmo isócrono, monótono, que no se podía romper por un simple retraso de un ómnibus en

una noche de invierno. Se le empañaron los espejuelos. Una niebla gruesa y húmeda empujaba columnas de frío bajo las ropas de Juan.

- ¡Juan! - volvió a pensar -. ¡Cincuenta años! ¡Cincuenta mil pesos!

Sonrió, mientras sus zapatones evadían la fauce de un charco. Y, sin saber por qué, cruzó el próximo charco del sendero por el mismo medio, sin importarle que saltara el agua al golpe de su pie. Una bocina, extraviada, punzó el parque con su chillido. Un perro callejero huyó al verlo.

- ¡Juan!- repitióse otra vez, como si la mención de su nombre le causara placer -. Juan el bueno, el dócil, el hombrecito sumiso, lento y amable. El de las frases serviles y las inclinaciones en abanico; el de los ojillos semi cerrados tras las gafas; el del gabán raído, las uñas largas y los zapatos grandes y pesados. ¡Juan!

Se detuvo un minuto. Indudablemente, esa noche merecía la frivolidad de un retardo, el derroche de media hora de sueño. Sacó un cigarrillo, prendió el fósforo y aspiró el humo caliente hasta lo hondo de sus pulmones. Después lo exhaló en bocanadas grises que caracolearon sobre su cabeza. Por el sendero creyó oír los pasos de alguien que se acercaba. Miró hacia atrás. Pero nadie apareció. Y los pasos murieron repentinamente.

Volvió Juan a caminar. Su casa, el cuarto cómodo y limpio en que vivía hacía veinticinco años, no estaba tan cerca como para que él fumara en mitad del parque, despreocupado del trabajo del día siguiente. Mas su pensamiento, ya en ese plano de regresar a los hechos vividos, siguió hurgándole, trayéndole, en su caminata, escenas que creyó perdidas quizás para siempre. Olvidose así de la bahía y del río, del parque húmedo y de esta ciudad donde él era anónimo gusano. Y, con deleite, recordó otro tiempo, otro tiempo feliz, cuando Juan, este Juan, era mozo garrido y corpulento, lleno de fuerzas y de pasiones. Nació en tierras de sol, tropicales, perfumadas, de palmeras danzantes y playas blancas que se metían mar adentro, iluminando las aguas

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

con fondos transparentes y diáfanos. Nació feliz, mimado, niño inquieto y nervioso, rompedor de barreras sociales y dueño de amores fáciles y corazones de vírgenes.

- ¡Era otra vida!- rememoró con nostalgia.

Y en efecto, había sido otra vida, otra vida gastada falsamente, para que quedara de ella únicamente el recuerdo. Y Juan, entristeciéndose un segundo, rememoró aquel gran paseo triunfal de sus años jóvenes, cuando nada en su camino le prometía este drama callado de ahora. Porque eso era lo suyo, un drama callado, oscuro, anónimo, una de esas tragedias que llevan ciertos hombres en el alma y jamás conoce el mundo.

Lanzó el cigarrillo. Le supo amargo entre los labios. Y metiendo las manos en los bolsillos del abrigo y calándose bien el sombrero, prosiguió caminando, esta vez con pasos alargados, despaciosos. Quería meditar un poco más en esta noche fría. Sentía ganas de recordar los sucesos idos para no volver. Pero fue entonces cuando sintió un pequeño estremecimiento de sorpresa. Detrás de él sonaban nuevamente unos pasos en la gravilla del sendero. Viró en redondo. Y los pasos, que venían detrás, cesaron otra vez, desasosegándole el ánimo.

- ¿Estaré oyendo a fantasmas? - se preguntó con una risa nerviosa.

Prosiguió. Los grandes edificios, al otro lado del parque, se estiraron frente a él, sobre los cedros. Sus luces prendieron reflejos en las hojas y dos palomas, trasnochadas en oculta rama, siguieron en sus enamoramientos. En el banco de piedra circular, bajo el sauce exótico que era orgullo de la ciudad, estaba sentado Manuel, el vigilante.

- ¡Buenas noches!

- ¡Mala se hace con este frío! ¡No en balde me mata la gota!

- dijo el hombre uniformado.

Juan sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo. El otro lo tomó y lo llevó a los labios.

Domingo Hernández Contreras

- ¡Gracias! - dijo - ¡Usted al menos se acuerda de mí! Los otros pasan de prisa y ni siquiera saludan...

Juan tomó asiento al lado del policía. Callaron un momento. La niebla, cada vez más espesa, iba borrando la línea oscura de los árboles.

- Don Juan, ¿Cuándo vino usted al Brasil?

- ¡Hace veinticinco años!

- Mucho tiempo, ¿Eh? Y diga, ¿Ya usted no piensa en volver a su país?

- ¿Volver? ¿Para qué?

- Hombre, familia tendrá... Amigos quizás... ¿No?

- Si los hay, no me recuerdan -dijo Juan con sombría expresión. Y añadió: - No, no volveré...

- ¡Qué don Juan éste...! A usted nadie le conoce... Y ahora, le dejo. Tengo que hacer la ronda de la medianoche.

Levantóse el vigilante, dio una palmadita en el hombro a Juan y se alejó con lento y cansado andar. Sus toscas botas marcaban el sendero con sus huellas. Juan levantóse también y siguió hacia la casa. Hubiera querido estar con el policía un rato más.

- Indudablemente - se repitió en voz queda - no tengo sueño esta noche.

Y volvió a perderse en sus pensamientos. Volvió a recordar el día aquel, memorable en su vida, cuando, rompiendo toda trabazón con amigos y amores, abandonó el terruño y huyó en pos de un lugar donde nadie le conociera, donde nadie pudiera recordarle su gran fracaso, como hombre y como amante. Huérfano así de fortuna y de espíritu, había arribado al Brasil como un inmigrante más, como un número insignificante de la multitud que anda por el mundo en pos de la felicidad.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Al principio, aquella tierra caliente y húmeda no le gustó. Se le hicieron odiosos el idioma, la alimentación, la fanfarria de un país nuevo rico y de nuevos ricos. Pero él había tomado una decisión y le fue preciso mantenerla, aunque arrastrara su desesperación día tras día. No puso en su vida ningún amor, porque, no habiendo conocido ese milagro, no le hacia falta. Y de su odio a la tierra que lo albergaba nació una ambición sin límites, una ambición de dominar, con los años, a la ciudad enorme y a sus hombres, de vencer a ambos con dinero, con mucho dinero, única fuerza que sabían respetar y adular. Y así trocó su orgullo anterior por una falsa mansedumbre de esclavo. Aprendió a doblarse, ante los deseos de sus amos y ante la cólera de los poderosos. Y, engañando, fue modelo de unas virtudes que no poseía, que no podían jamás estar de acuerdo con su otra existencia de privilegiado. Fue un hombrecillo, dócil, dúctil, a quien las gentes, superiores e inferiores a él, pronto consideraron y consintieron, unas por lástima y otras por admiración. Y Juan fue ahondando más y más en su íntima amargura, odiando más y más el orden del mundo que lo rodeaba.

Y nadie supo de su drama. En el trabajo, en la casa de pensión, en el humilde café donde a veces cenaba, no hubo mortal que adivinara, por una vez siquiera, la infinita maldad de aquel hombrecillo de espaldas caídas, triste mirada y frases melifluas e hipócritas. Y Juan, el Juan aparentemente inofensivo y manso, iba amontonando los billetes de banco que un día -¡Día soñado por él cien mil veces! - iban a darle nuevamente el poder, el férreo poder de que los hombres se inclinaran ante él como esclavos.

Recordaba aquel sábado en que tuvo en sus manos el primer "conto", nuevo, planchado casi, llameando ante sus ojos aquella cifra codiciada: ¡Mil cruzeiros! Y después, a medida que otros "contos" pasaban a su cuenta bancaria, la codicia iba adueñándose de Juan, dominándole, embruteciéndole toda otra sensación humana. Se vestía mal, comía mal, rehusaba amables invitaciones de sus compañeros de oficina, no fue jamás a un teatro ni se permitió el lujo extravagante de una cerveza. Y en noches de insomnio contaba y recontaba, calenturiento, los miles de cruzeiros

que ya poseía, trocándolos siempre en pesos, la única divisa que tenía valor para él, aún en la imaginación.

Fueron transcurriendo los años. El mozo fornido envejeció. Su virilidad, abusada antaño, olvidada hogaño, se ausentó un día sin que Juan, no haciéndole falta mujer, sufriera la amarga metamorfosis que inquieta a todo hombre normal.

Juan paróse en seco. Y desanduvo, a grandes trancos, un trecho del sendero. Le sudaban las manos.

- ¡Ea! ¡Basta de bromas!- gritó -, ¿Quién me sigue...?

Y la noche, por toda respuesta, devolvióle un silencio oscuro y apacible. Juan se estremeció. Palpóse el pecho donde, en el bolsillo interior del gabán, llevaba esa vez toda su fortuna, toda su amarga y sufrida fortuna de billetes de a mil. Porque Juan, el vejete miserable de esta historia, regresaba a su casa por la postrera vez y había sacado esa tarde del banco la totalidad de sus ahorros.

- ¡Si me querrán robar! - pensó con temor. Pero en seguida añadió consolándose: - ¡Nadie sabe que tengo este dinero! ¡No! ¡Nadie puede saberlo...!

Y en verdad, ¿Quién podía saberlo? ¿Quién, si él no tenía amigos, amante, o - lo que aún era mejor - enemigo?

- ¡Estoy dejándome llevar del temor! - murmuró. Y caminó nuevamente, esta vez con andar precipitado. Le fue preciso regresar al amparo protector de su lecho, donde no volvería a sentir pasos desconcertantes. Acabó así de cruzar el parque y encontróse sobre la ancha acera del malecón, la ancha acera de mosaicos blancos y negros, en cuyos simétricos dibujos siempre gustó explorar cuantas veces lo recorría. Los árboles, frondosos y quietos, estaban llenos de humedad, como la noche. Y Juan, por distraer el ánimo, fue contándolos en su caminata.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

- Uno... Dos... Tres... - repetía -. Veintidós me quedan hasta la puerta de casa.

Y los pasos, esta vez firmes, precisos, rebotaron a su espalda como una maldición. Tembló Juan, tembló como nunca temblara en su vida. Miró hacia atrás. Los pasos cesaron. Volvió a caminar. Volvieron a caminar ellos. Y le entró a Juan, de pronto, el frío terror del espanto.

- ¡Cielo santo!- exclamó -. ¿Será esto una pesadilla? ¿Estaré divagando?

Estremecido y tembloroso, corrió casi. Le molestaba el abrigo, el cuello de la camisa, la corbata, los zapatos. Quiso gritar, lanzar un gemido, suplicar ayuda. Que los pasos seguían avanzando en la noche, siempre en pos de él...

- ¡Cobarde! - se insultó a sí mismo -. ¡Cobarde!

Y lleno de una rabia sin medida sin raciocinio, volvió a virarse en redondo, inyectadas en sangre las pupilas, seca la lengua, amargo el paladar.

- Acércate, ¡Maldito! - aulló.

Y saltando, corrió hacia donde habían sonado las pisadas. Rebuscó tras los árboles, quiso perforar la niebla con su mirada.

- ¡Ven! ¡Ven a mí! ¡Quienquiera que seas...!

Pero la noche, la noche brumosa y callada, tampoco tuvo una respuesta esta vez. Y Juan, enloquecido, corrió de un lado para otro, creyendo encontrar al invisible enemigo detrás de cada cedro o laurel.

- ¡Maldito! ¡Maldito! - gimió al fin, vencido. El cansancio le ponía temblequeantes las piernas y le trasudaba todo el cuerpo. Vacilante, apoyándose en el muro que se alzaba junto a las rocas, regresó en dirección de su casa. Miraba siempre hacia atrás. Porque ya de él y de su corazón había huido la calma para una eternidad.

Domingo Hernández Contreras

Corrió. Corrió despavorido. Los pasos iban acortando lentamente la distancia y el rítmico golpe de unas botas pesadas le sonó a Juan en el corazón.

- ¿Qué me sucede? - preguntó en hondos sollozos -. ¡Esto no puede ser! ¡No puede ser!

Resbaló. Fue una falsa pisada que lo hizo caer al suelo como un fardo. Y allí, con el rostro pegado al césped, sintió que los pasos, en vez de cesar, continuaban acercándose. Y Juan no pudo levantar la mirada. Los temblores le arqueaban casi.

- ¡No quiero morir! - rugió en mitad de su demencia -. ¡No puedo morir ahora...!
¡No puedo...!

Y vio repentinamente, su vida entera ante él, su hueca vida inútil, su falsa existencia malsana. Cada acto de sus manos, cada torpe desco de su mente, cada maldad de su alma sin escrúpulos le danzaron alrededor, mientras carcajadas histéricas perforaban el húmedo silencio de la bahía.

- ¿Por cuál de ellos recibo este castigo? ¿Por cuál?

Y unas lágrimas le corrieron al infeliz por las mejillas. Y el espanto, el más cruel de los espantos, comenzó a paralizarlo, en vida y pensamiento.

Oyó los pasos. Lentos, rítmicos, inevitables, fueron llegándose a él. Y Juan pudo, por última vez, levantar el rostro, contraído y horrible. Pudo agarrarse el pecho todavía, amasar nerviosamente el fajo grueso de los billetes. Y vinieron los pasos, más cerca, más aún, hasta que crujió la gravilla frente a los ojos de Juan.

Chasqueó el silbato del vigilante y la noche se llenó de ruidos, como murciélagos en desbandada.

- Don Juan, don Juan, ¿Qué le ha sucedido? ¿Me oye, don Juan? ¡Don Juan...!
¡Don Juan...!

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

- Los pasos - balbuceo quedamente el moribundo -, los pasos... Los pasos malditos venían detrás...

- ¿Cómo? ¿Pasos? ¿De quién, Don Juan? ¡Dígame! ¿Quién?

La noche siguió húmeda, preñada de niebla. Las lanchas de carbón bufaron sobre las aguas su torpeza. La montaña, la piedra enorme, quedóse en cuclillas, envuelta toda en la noche.

Y llegó una ambulancia blanca con cruz bermeja. Y un médico de blanco ascultó a Juan.

- Este hombre ha muerto del corazón... Este hombre ha muerto de miedo...

- ¡No puede ser! - dijo el vigilante -. ¡Si acabo de conversar con él! Me aseguró que los pasos venían detrás... Pero yo no comprendí bien...

- ¿Comprender? - exclamó el médico de blanco -. ¡Le repito que este hombre ha muerto de miedo! Pueden llevarse el cadáver...

Se iluminaron más ventanas. Hubo comentarios airados, entre bostezos malolientes. Y se llevaron a Juan.

- ¡Hum! - exclamó el vigilante -. ¡Pobre Don Juan! ¡Tan sano que parecía! ¡Quién lo iba a pensar...!

Se rascó la frente. Escupió malhumorado. Y empezó a alejarse por el malecón arropado de niebla.

- ¡Hum! - repitió - ¿Qué me habrá querido decir? ¡Pasos que venían detrás! ¿Y de quién? ¡Hum...!

Y sus pasos se perdieron delante, en lo hondo y misterioso de la noche.

Río de Janeiro, 1949

SOCRATES NOLASCO

EN:

¡ DON SEBASTIAN SE ENTUSIASMA !

Ayer tarde trataba yo de mitigar el calor tomando bebidas refrescantes en el "Ventorrillo de Siña Eulogia", cuando me enteré de un suceso sorprendente aunque de veracidad tan sospechosa como su relator. ¿Intencional exageración para mantener despierta la curiosidad del auditorio? ¿Falacia involuntaria de una mente excitada por el alcohol?

¡Qué calor tan sofocante! Menguaba la visión de la aldea familiar, partida en dos por el arroyo, en su hondonada estrecha y bella. A mis espaldas dormitaba el mar, aplanado por el bochorno. Ni un soplo que trajera alivio. En vano extendía la mirada ansiosa hacia los cocoteros estáticos y la fronda imponente y oscura del caobal vecino, que parecía de plomo. ¡Por fortuna!, inesperadamente apareció Don Sebastián, mi viejo amigo. A simple vista se pensaría que en él, como en la aldea, nada ha cambiado durante los años de mi ausencia. Su rostro se ha marchitado poco, su jovial manera sigue borrando la diferencia de nuestra edad, y sus modales suaves continúan en contradicción con sus opiniones extravagantes y duras.

- ¡Oh, mi querido muchacho! - saludó dándome afectuosas palmadas en los hombros.

- Bienvenido, Don Sebastián; llega usted como mandado a buscar.

- Pues... si tanto te agrada mi compañía, obséquieme con un trago. No olvides que yo estoy dispuesto a complacerte, siempre, - dijo al sentarse.

Siempre... Igual que antes, siempre que nos encontrábamos. Siempre el que obsequia soy yo, como si tuviera el deber de pagarle tributo a su mayor edad. ¿Será sincero el afecto de este viejo ladino? Pero, ¿A que hurgar en sus repliegues morales? Por causa del agobiante calor la tarde me iba pareciendo interminable, cuando la providencia me depara en Don Sebastián el antídoto eficaz contra el hastío.

Locuaz, en seguida comenzó a preguntarme por mis estudios, por la política... curioso de saber qué piensan en el país del nuevo presidente de la República. ¿Por qué diablos se interesará este anciano, pobre y de remota aldea, en averiguar intrincadas cuestiones de la política? - me pregunto y me respondo: *auténtico dominicano es...*

Bastó que el aguardiente atizara su facundia y principió a contar:

- En Enriquillo nadie menciona ya el caso de Nino Franco, aquí, donde se hizo popular como una leyenda. Deberías escribir sobre nuestras cosas, muchacho. Los hombres y los hechos, en los papeles duran.

Sin interrumpirle, pienso: Don Sebastián Pérez, acercándose al término de la vida, quiere perpetuar su nombre... ¡Quiere sobrevivir!

Todo se borra, - continuó. Hasta en las aldeas, donde los acontecimientos que en las ciudades se olvidan a las veinticuatro horas se comentan durante meses y años, ejerce su imperio el tiempo. Sin embargo, sobre Nino podrías interrogar aquí a

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

cualquiera persona que no sea moza: te contaría lo mismo. Yo, su amigo, sé tanto de su desaparición y de su vida como el que menos, y el que menos sabe de él tanto como yo durante los años que convivió con nosotros en este poblacho de pícaros y chismosos.

Era un individuo extraño, Nino Franco. Más que raro: un aparecido. Vino de no sé que lugar de la República, o de Cuba, o de Puerto Rico, como surgido del misterio, y misteriosamente se desvaneció.

Don Sebastián alza por segunda vez el vaso a medio llenar de ron, me brinda con gesto mudo parte del licor que he de pagar y como me abstengo de secundarle, se burla sonriente y bebe de un trago hasta escurrir el vaso; intenta alisarse el mostacho canoso con el muñón de la mano que perdió hace tiempo en una de nuestras guerras civiles, y prosigue:

- Porque sólo de mí se despidió, para no reaparecer, creían que yo estaba enterado de su paradero y pretendían que revelara el secreto. Yo guardaba silencio, ¡Cómo que no sabía nada! La única que no se equivocó fue su esposa, que pronto se enredó en fáciles amoríos, sin concepto de la lealtad conyugal ni respeto de sí misma. Yo no hacía comentario sobre esto, porque abrigaba la convicción de que no volvería. Volverá y entonces... ¡Guay de ella y ay del jactancioso querido!, los reventará como a un par de piojos.

Y me sentía autorizado a pensar de ese modo. Figúrate un individuo silencioso, rencoroso, vengativo aunque aparentemente manso, y me darás la razón. Sobre todo me inclinaba a sospechar así la original manera con que se vengó de la bofetada que un alevoso le dio a traición, cuando nada faltaba para que se le tuviera por ruín. Renunció a rasurarse el rostro, hasta el desquite, que es el nudo de mi relato. Su cara semejaba la de un macho cabrío y, dicho sea entre nosotros, iba resultándome ridículo, como todo hombre que en cierto detalle llega a confundirse con ese animal.

Pero el día de San Andrés, al año exacto de la ofensa, procuró desquitarse y se desquitó de una manera perfecta. Se encaminó a la valla de gallos, adonde lo vi llegar. Ir a la gallera... Mira tú qué cosa tan corriente entre nosotros, que no consideramos el juego de gallos como un vicio. Yo lo veía ir y venir, dar vueltas al redondel, como buscando a alguno a quien no encontraba. Se acercó a un grupo de jugadores que apostaban: no estaba. Volvió a la puerta de la verja, donde se había formado otro grupo: tampoco estaba. Yo lo seguía con la vista y mientras tanto permanecía aparte, acodado en una mesita, frente a media botella de ron viejo, ¡Bueno como éste! Debo advertirte, muchacho, que para el buen bebedor no hay aguardiente malo. Al tomar un trago, instantáneamente entró en mi cerebro la luz: lo busca y lo matará, - me dije.

Y como en ese instante me pareció tan excelente el propósito, tan justa la represalia, apenas pude contenerme en el asiento para no echar a perder la cosa. Mis alegrías y mis cóleras son explosivas; pero esto no impide que la calma sombría de ciertos hombres me haga gozar, a veces, emociones que en mí duermen insospechadas. Por eso todavía no sé explicarme cómo no me paré entonces para correr a felicitar al amigo: por su feliz intención y por la satisfacción que me iba a proporcionar. Porque yo estaba seguro de que lo mataría, y ver matar a un alevoso debe siempre regocijar a un hombre honrado. Son mis ideas.

Don Sebastián llena hasta rebosar su vaso y correctamente repite el brindis mudo. Al toque de oración, cansados de la faena del día, regresan los campesinos a sus hogares. En el cielo, hacia el poniente, se encienden rojas nubes, como llamas vivas.

- De pronto - continúa Don Sebastián - lo encontré detrás del cercado hablando con una "ventorrillera". Quedaba de espaldas. Excelente oportunidad para el desquite. Para pagarle a traición lo que traidoramente había ganado. Yo no les quitaba la vista de encima y temí que un obstáculo repentino me impidiera seguir gozando. Con su machete en la mano y como examinando el filo sin interés aparente, Nino se dirigió a aquel sitio. El vengativo hace de zorro y desempeña a maravilla su papel, pensé. Me

parecía que se prolongaba el corto espacio que los separaba y me entraron ganas de ir a empujar a Nino y de sujetar al otro, cosa de que no escapara.

Avanzaba. Quince pasos y el servicio estaría hecho. Catorce, trece, doce pasos... ¡Ah, el tunante va a pagar con rédito la deuda! Once, diez, nueve, ocho... ¡Virgen de la Altagracia!, aquello era interminable: faltaban siete pasos y ya no podía contenerme. Seis. Se detuvo. En mi interior se libraba un combate. ¿Por qué se detendrá ese tonto?, - me pregunté. ¿Tendrá escrúpulo de matar una sabandija, o se preocupa de la forma? Intentó volver atrás. En mi concepto esa vacilación, volver atrás era sólo concebible en un cobarde. Pero de nuevo avanzó, resueltamente. ¡Acaba!, proferí con autoritaria voz, y mi impaciencia hubiera echado a perder la cosa si la voz no se hubiese confundido con el vocerío que armaban los galleros.

Avanzaba. Cinco pasos, cuatro, tres. El machete se alzó, bajó con ímpetu, sonó un grito, un alarido de mujer, y presenciaron mis ojos lo que nunca había visto, yo, un guerrero. El maldito tenía el cuero duro. La cabeza quedó colgando, mientras el cuerpo de cuya nuca comenzó a brotar perpendicular chorro de sangre, se empinó, se tambaleó, dio un paso y se desplomó arrastrando la cabeza. ¡Buen machetazo! El asombro no dio lugar a intervención de nadie y Nino salió libremente. Sólo yo seguí tras él hasta su casa. Allí montó en su caballo ensillado de antemano y partió rumbo al Oeste, a la frontera de Haití.

¿Por qué se va - me pregunté - si huir de los tribunales es dar lugar a que se confunda una acción justa con las acciones vulgares? Pero hay hombres fuertes, capaces de arrostrar graves peligros y que ante los jueces son débiles como niños.

Se iba... Yo vi al principio los pelos de su barba moverse sacudidos por el terral. Al trote de su caballo fue alejándose, alejándose, hasta desvanecerse en un recodo del camino.

FREDDY MILLER OTERO

EN:

EL LAGO DE LOS PATOS

El día salió vestido de gris. Plomizo. Oxidado. Exactamente como el alma de Sandalio, que contemplaba pensativo su mundo interno en el espejo de la naturaleza antojadiza.

Ni un soplo. Ni un deseo de existir. Ni siquiera un acento en toda la extensión del paraje. A la izquierda del rancho, un pedazo de cristal ovalado: El Lago de los Patos. Al frente, un horizonte rubio: el maizal. Y detrás, un símbolo social: el pantano.

Sobre todo esto, los ojos del hombre (placa sensible del observador testarudo).

Las chicharras no se han dado cuenta de que el sol ha vuelto a tibir las cosas. Callan. Engañadas por la máscara de noche que amansa el silencio.

Las hojas duermen un sueño verde y húmedo. El arado descansa al pie de un caobo. Y sólo la simiente escondida en el conuco se afana en vivir, poniendo a la tierra la ayuda de su experiencia biológica.

Domingo Hernández Contreras

Sandalio contempla sus años de trabajo fuerte. Años crudos. Años negros. Años increíbles.

Esa inmensa cabellera de espigas doradas representaba el supremo esfuerzo del campesino. El hambre hecha esperanza. El cansancio.

La fuerza del músculo pobre se había agotado en levantar ese manto de oro que vestía la sabana. Antes frías, desnuda.

Ahora había riqueza. Lluvia de espigas. Fruto de luchas. Era el final de un sueño de bronce, sonoro y fuerte. De una voluntad inquebrantable. De un pedazo de vida.

Había llegado el momento de segar el fruto. La hora había sonado. Pero había sonado gris. Oxidada como el día. Exactamente igual que el alma de Sandalio.

(Las ideas se agrupaban en su mente. Confusas. Deformes. No había posibilidad de llevar su cosecha al mercado. Sencillamente, porque unos hombres le dijeron unas palabras de argumentación. Le hablaron de una guerra. Del transporte. De la escasez de combustible. En total, de cosas ajenas a su ambición, que era vender el horizonte rubio que había cosechado; el pedazo de vida que había perdido. El hambre hecha esperanza.

¿Qué tenía él que ver con transportes ni combustibles ni otras idioteces???... Otra cosa: ¿Por qué peleaban los hombres???... De seguro la refriega había empezado por cuestión de familia. Alguna mujer ofendida en su honor daría lugar al asunto. Tal vez la hermana o la novia de alguien... El caso es que su cosecha estaba perdida).

Ahora vio Sandalio la negrura del paisaje. Se había equivocado al creer que el maizal era rubio como un pedazo de sol. Su vista le había engañado. ¡El maizal! El maizal estaba formado de cosas negras: miserias, esfuerzos perdidos, esperanzas muertas, y un dolor..., el dolor de no comprender por qué a veces suceden las cosas.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Así, angustiado, observó el pantano, y le pareció ver que de su seno salían los hombres de ciudad, los hombres que sabían, los hombres malos. Esta caravana surgía del lodo corrompido y pasaba ante el rancho, sin mirarlo. Sin volver la cabeza un momento hacia el maizal de la sabana.

... Era una caravana larga. Horrorosa. Bárbara. Cerró los ojos y quedó lacerado. Impotente. Amarrado al rancho de canas.

El día continuó gris. Oxidado y plomizo. Exactamente como el alma de Sandalio.

Ni un soplo. Ni un deseo de existir. Ni siquiera un acento en toda la extensión del paraje.

A la izquierda del rancho, el cristal ovalado siguió impasible. Inmóvil. Sonámbulo. Pero ya entrada la noche se sintió molesto por la presencia de un pájaro negro en su orilla...

... Y tanto, que lo espantó con un ruido violento de sus aguas.

Fue un chapuzón furioso que rompió en pedazos el cristal de su espejo!

TOMAS HERNANDEZ FRANCO

EN:

EL PRESIDENTE

Yo no sabía, todavía, hasta donde puede llevar la ira, la pena o el asco, a los hombres. En mi infancia, los sentimientos ajenos se resolvían instantáneamente ante mi curiosidad en gestos netos de resultado concreto, palpable. Los sentimientos, la talla de los sentimientos, los apreciaba por el resultado y se medían, por ellos, retrospectivamente.

Por eso, esto que me propongo narrar ahora es historia que ha ido creciendo conmigo, aumentando su propio significado según todos sus protagonistas se van yendo de la vida, de la maravillosa vida poliéfrica que ellos forjaron para su propio uso, erizada de aristas alertas para la eterna defensa y el eterno ataque. Creo que hasta podría volver a contar esto de otro modo algún día, tan diferentes son las palabras que en ello pueden ser empleadas, sin cambiar su sentido: hondo patrimonio moral de los hechos.

Cuando el hombre regresó, en la casa se hizo un silencio tremendo como de madrugada de fusilamiento. Los mismo perros, que se habían abalanzado en retozo de gruñidos y alegre coleo, para quitarle los "cadillos" de las altas botas, se sentaron súbitamente en las patas traseras, agacharon las orejas, parpadearon un instante los fieles ojos lacrimosos y retrocedieron arrastrándose por debajo de las mecedoras, hasta irse, así, esperando el golpe, el golpe que no llegó, largo trecho por el patio lleno de sol amarillo en el rincón de girasoles.

El hombre no decía una palabra. Desplomóse en una silla y lloró. Lloró largo rato; podía medirse el tiempo por el inmenso silencio de aquella escena que había tenido la virtud de petrificarlo todo.

Después, levantóse titubeando, como borracho, pidió su revólver, su caballo... y se fue, por el camino reseco del domingo solitario.

La mañana me pareció distinta, como esos paisajes que se han mirado mucho por el lado que aleja los objetos en los telescopios y que después parecen torpemente irreales cuando se les mira con los ojos desnudos.

-¿Qué pasó?

La respuesta variada siempre, evasiva, por caminos vagos de amenaza, silencio o caricia. Olvidé preguntar y catalogué el recuerdo en absurdo marco de fantasía sin valor.



Otro día, a la hora en que repartían maíz a las gallinas, llegó la noticia:

-Ha muerto.

Estoy seguro de que no dijeron nada más, de que nadie preguntó nada, de que todos lo sabían, sin saberlo bien, en altas cumbres de estupor: había muerto.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Aquel día, murieron reventados los tres mejores caballos de la cuadra, en nadie sabe que inexplicables y locas carreras.

Todos parecían saber la noticia y la repetían, consternados: ha muerto, ha muerto.

Entonces comenzaron a aparecer soldados, más soldados, heridos, muertos y más soldados, durante días, durante meses, durante años.

Siempre tuve que recordar aquel hombre. Tenía una risa formidable, como para nave ancha y alta de catedral, una carcajada estrepitosa de campanas de resurrección. Estupendo ejemplar de hombre, hijo de su propio matrimonio de conveniencia con la Casualidad, estuprador de su Destino, forzador de la Suerte. Se celebraba a sí mismo, con regocijo de cosa alegre ya pasada. Parecía saber que era el último de una estirpe que no definía y se le acumulaba en desprecio y en violencia la angustia alegre de su soledad.

La historia de su vida podría ser la biografía nunca escrita de un centauro escalador de montañas, con el corazón -naranja de dos gajos- mitad con sangre de niño y mitad con sangre de León.

Venía de la más ilustre prosapia de la tierra: de la familia campesina, trabajadora, rezadora y guerrillera; la misma que rezó por su eterna gloria, guerreó y trabajó por eso mismo, bajo el sol y la lluvia, por montes, por caminos y por prados. Se escalonó su propio ascenso en peldaños de batallas y cuando el mando se le aquietó entre las manos, se sintió como cosa ya inútil y sin razón de ser. Por eso, su carcajada era la única explicación seria que daba a la vida.



Lo que de aquella mañana había sido algo muy simple, como que pasó en mañana dominguera de sol amarillo.

- La noche antes le escribí que no viniera. Sabía que el complot iba a ser ejecutado aquí mismo. Respondió que no vendría. Amaneció aquí, sin embargo. Vino solo y me ordenó guardar su revólver. Nunca lo había visto tan triste, tan profundamente abatido. Obedecí. Sabía los nombres de los conjurados y les envié a decir que vinieran a verlo. Llegaron todos, decididos a cumplir su propósito. Sin dirigirles una mirada, sin el más ligero saludo, levantóse y ordenó:

- ¡Sígueme!

Y, a mí, imperiosamente:

- ¡Tú, quédate!

Y, avanzándose del grupo, con las manos cruzadas sobre el pecho, echó a andar por las veredas del monte, sin decir una palabra, sin volverse nunca, seguido por un grupo de hombres temblorosos, espectrales, atónitos...

Así anduvieron por el monte, en tiempo loco sin relojes, hasta que las espigas destrozaron sus ropas, sangrantes, hoscos, como si fueran siguiendo alguna pista perdida hacia la Muerte, hacia nadie sabe qué cosas, hacia nadie sabe qué imposibles...

Cuando regresaron los midió a cada uno, largo rato, con mirada de dolor, de ira y de asco que nadie podrá definir nunca, entró en la casa y desplomóse, como truncado por una fatiga atroz, más grande que el cansancio.

- Entonces, cuando tú lo viste, fue la única vez que lloró el Presidente.

LORENZO JUSTINIANO BOBEA

EN:

CONTRARIADO

El era general, y no porque para tal jerarquía tuviese títulos conocidos ni méritos conquistados, ni probado talento, sino por ser abeja del enjambre y nada más.

Verdad es que Don Jerónimo fue de los que, algo joven aún, combatió bizarramente en favor de la restauración política de esta nuestra República, cuando el patriotismo en masa protestó armado contra los hechos vergonzosos de la Guángara, como ellos decían, de Buceta el tirano célebre, de Campillo el desfachatado e inmoral Coronel y hasta del aristócrata y relamido Arzobispo Bienvenido Monzón.

El se distinguió, así como se distinguieron todos en la lid restauradora.

Don Jerónimo, no tenía ni aún figura de General, pues era bajetón y rechoncho con el abdomen muy sobresaliente, coloradote y sobre todo muy hablador.

Así y todo, allá en las comarcas donde nació y a cuyos cándidos habitantes dominaba por ser, entre ellos, el más rico y talentoso, tenía gran prestigio y una popularidad asombrosa, circunstancias que no olvidaron los Gobiernos para tenerlo siempre de Comandante de Armas; y digo todos los Gobiernos, porque Don Jerónimo era un famoso equilibrista político; jamás descendió, siempre firme como la roca se mantuvo en el puesto que le señalaron sus méritos.

Era, en resumen, ostra política que vivió por siempre pegada al mangle del empleo.

Pasaron algunos años y mi General, siempre al frente de sus comandados, conservó su prestigio y buen tacto político.

En una de esas grandes marejadas formadas por el revuelto mar de las ambiciones, de esas que llevan al fondo lo que encuentran sobre la superficie, para después hacer resaca de abajo arriba y volver a ponerlo todo en peor situación, un político de significación, por entonces, levantóse en armas en las regiones cibaenas para desconocer al Gobierno constituido.

El Gobierno tomó la defensiva y la lucha principió.

Don Jerónimo estaba en guardia, sus muchachos acuartelados y él siempre dispuesto a morir o vencer, eso sí, sin poner pie fuera del poblado.

En tal situación, y en una mañana en que él pensaba en los acontecimientos que tenían lugar en el país, recibió por expreso una comunicación que le dirigía el General en Jefe de las tropas del Gobierno y que decía así: "Señor General Jerónimo de Aza. Con placer comunico a Ud. que ya la victoria nos sonrío. Mañana será la decisiva, cuento con un buen número de tropas y oficiales muy adictos al orden y al Gobierno. La revolución es impotente y espero que el General se rinda por falta de elementos. En tal virtud, General, espero de su conocida lealtad y buenos antecedentes sea

siempre fiel a nuestra causa . Además, le ordeno levante Ud. la tropa a su mando y pase esta misma noche a ocupar el camino de... para de ese modo tener cubierta la retaguardia. Le saluda con Dios y Libertad..."

- Todo está bien, dijo; pero abandonar el pueblo, para... el General no ha pensado bien... en fin, esperemos. Cuando así decía, presentóse, algo espantado, un campesino, sin armas, el cual puso en sus manos un oficio que decía: "Estimado J. de Aza. Amigo mío: mañana será la decisiva, el Gobierno ilegal que combatimos no tiene ya elementos con que hacerme frente. Siempre conté con Ud.; así, pues, mañana pronuncie Ud. el pueblo para que quede en su puesto, o de lo contrario, lo tomo a fuego y sangre. Queda de Ud. buen amigo..."

- ¡Buen compromiso! Corneta, toque Ud. firme; Ayudante, forme el cuadro en la plaza; Tambor toque Ud. orden de oficiales.

Cuando todo estaba listo según sus mandatos, montó a caballo, ciñóse el sable a la dominicana, se acercó frente a la tropa, le dio lectura a las dos comunicaciones y sin tomar consejos dijo:

Pues bien, oficiales y soldados: ya lo habéis oído; ahora yo, entre dos órdenes contradictorias, opto por la fuga.

Y así diciendo, tomó el monte mi General.

MANUEL DE JESUS TRONCOSO DE LA CONCHA

EN:

UNA DECEPCION*

¡Qué cosas las de Tronquilis!

Era de oírle sobre todo cuando en la prima noche, después de la cena, tomaba asiento en su silla rústica, frente al mostrador del ventorrillo, a la luz de una vela de sebo y aspirando un oloroso ambiente de guíneos, guayabas, zapotes, piñas y otras frutas de esta zona.

Acompañado siempre de la mujer y no pocas veces de algunos vecinos de su calle, la del Conde, Tronquilis llevaba casi constantemente la palabra. ¿Quién como él para ser claro? Y lo cierto es que en ocasiones empleaba al platicar una lógica

* Este cuento está ambientado en la década de los 50 del siglo XIX, en donde la inestabilidad política, el cesarismo y el caudillismo tambalearon por mucho tiempo a la joven República Dominicana

asombrosa, contundente, digna de quien, al revés de él, hubiese calentado los bancos de la escuela.

Era gallego. Había venido a Santo Domingo en busca de fortuna y poco a poco, a fuerza de economías, llegó a reunir unos realitos. Ya cuarentón, abandonó la vida de célibe, uniendo su suerte a la de una criolla, muchacha más buena que el pan y trabajadora como una abeja. Con la mujer ¿Quién lo duda? El viento de bonanza que le había estado soplando arreció, y tanto, que de dos subieron a cuatro las mesitas de frutas y hasta dieron las ganancias para establecer una regular venta de licores, en cuarto reservado, adonde los de la cofradía de Baco acudían a saborear el dulce y picante Licor Rosolio, lucidor de los colores del iris y dispuesto en damajuanitas de cuello delgado y ancho fondo, la confortadora ginebra holandesa Mañana Imperial o el bravo aguardiente Cañete, insustituible diluidor de penas.

Por varios años estuvieron como la nata sobre la leche Tronquilis y su costilla. Habríales augurado cualquiera, para la vuelta de algún tiempo, una riqueza completa.

¿Qué más sino persistir en el trabajo y economizar cuanto se pudiera?

II

Los tiempos cambian, sin embargo.

Un día el gobierno se equivocó ¡Quién lo creyera! Y para aumentar el numerario hizo llover sobre el país un diluvio de "papeletas", con lo cual no pocos se ahogaron y algunos quedaron con el-agua al cuello. Tronquilis entre éstos. Por grados fue reduciéndose hasta limitarse a una mesa el ventorrillo y la botillería disminuyó considerablemente. ¡Como que ya cada copete de Rosolio salía por un ojo de la cara y la caneca de ginebra se había subido hasta las nubes! Y a todas éstas, para colmo de males, el sitio. Porque es de saberse que a modo de irresistible alud, habían irrumpido del Norte, del Sur y del Este los revolucionarios del 7 de Julio contra Baez.

Tronquilis estaba descorazonado. Gracias que el "cuarto reservado" sostenía aún parte del negocio. A libar en él iban con frecuencia Benito "el gambao", azuano, que allá en Santomé cortó de sendos tajos la cabeza a dos "mañeses", Ugenito Lantigua, coplero y soldado, capitán de cívicos; Martín "el brujo", embaucador de campesinos y gran tocador de "cuatro", "Gollito" Rodríguez, muchacho de la orilla, más malo que coger lo ajeno y encabezador habitual de cencerradas; "Enemencio" Mártir, seibano machetero, con tres cicatrices enormes que le formaban una N en el rostro; "Toñito" Hernández, por mal nombre "El Caimán", montecristeño, con más alma que cuerpo y dos hileras de dientes que parecían querer salirse de la boca; el capitán "Apuntinodá", bravatero de continuo, que no cumplía jamás sus amenazas; "Periquito" Caballero, solicitado "maquiñón", que saltaba en su corcel, sin sujetarse, las más grandes-candeladas de San Juan; el "Jefe" Hipólito; e, "vale" Turibio; Pepito el Indio; y otros tantos al servicio del gobierno sitiado. A falta de tales parroquianos ¿Qué habría sido de Tronquilis?

Nueve meses llevaba el asedio, sin que parecieran dispuestos a ceder los de adentro; pero mucho menos los de afuera. El gallego y su mujer comenzaban a desesperarse ¿Duraría esa situación toda la vida? Por otra parte, el "cuarto reservado" se vaciaba. Veces hubo en que Tronquilis, antes de alcanzar una caneca llena, cogió hasta doce apuradas.

A los diez meses llegaron al oído del desventurado negociante rumores de capitulación. Entonces ocurrió algo nuevo: el número de los parroquianos, de la "gente del gobierno", bajó sensiblemente. ¿Qué es eso?

-Mujer! mujer!, nos acabamos! Esto no puede aguantarse ya, exclamaba el pobre hombre.

Una mañana, sin embargo, la esperanza sonrió en la casita de Tronquilis. Venía en forma de conspirador urbano. Alguien, que acudió a "tomar la mañana" allí, oyó las cuitas de aquellos consortes, su falta de fe en los días cercanos, su desesperación inmensa.

El matutino visitante, luego que el otro desahogó su pecho, pareció reflexionar. Después, a manera de explorador del terreno, salió a la puerta, dirigió escrutadoras miradas al Oriente y al Poniente, y cerciorado ya de que sólo Tronquilis y su mujer habían de oírle, dio rienda suelta a su palabra de revolucionario convencido.

Mucho les habló y algo muy bueno debió de ser. Tal al menos habría cualquiera leído en la cara placentera que ambos tenían mientras el visitante peroraba.

- De suerte y modo - observó Tronquilis a su interlocutor cuando éste hacía un paréntesis para trasegar en el estómago "tres dedos" de ginebra - qué pronto cambiarían las cosas?

- Pues ya lo creo que sí - repuso el conspirador -; es gente nueva la que viene y con muchísimos cuartos. Cuando le aseguro que ni en el paraíso vamos a estar mejor.

- Pero... y eso se dilatará mucho tiempo!

- Que va! Ahorita mismo; quién sabe si no pasa ni una semana.

- Y dice usted que...

- Lo que le digo: que son gente nueva y buena y que usted verá cómo del infierno vamos a la gloria con zapatos.

A poco el hombre se marchaba. No había pagado la "mañana", mas ¿Qué falta hacía, cuando el alegrón de Tronquilis compensaba con creces el gasto?

III

Algo extraordinario ocurre en la ciudad. Inusitado movimiento se nota en sus calles principales. En la del Arquillo y más aún en la del Conde la animación es grande. Filas desordenadas de hombres y muchachos por la acera y variados grupos por en medio de la calle, hablando, gesticulando, levantando a su paso nubes de

polvo, se dirigen incesantemente al extremo oeste de la población. Cada vía transversal es uno a modo de tributario de donde afluyen sin interrupción grandes y chicos, que vienen a aumentar aquella continua circulación de gente. Al pie de la Puerta del Conde, a medida que la multitud avanza, va formándose una masa humana, cada vez más grande, cada vez más compacta, un verdadero mar de cabezas, cuyos movimientos producen ondulaciones, unido a ello una gritería confusa, en que todos hablan y casi nadie entiende.

¿Qué pasa? Es que va a entrar, triunfante, la Revolución.

Tronquilis y su consorte no son ajenos al bullicio de la urbe. Antes bien ha querido él celebrar el fausto acontecimiento con su ropa dominguera y debido a tal circunstancia se halla todavía en el aposento cuando la avanzada revolucionaria está llegando al Rastrillo y en lo alto del Conde suena un largo redoble de tambores.

Asómase a la puerta la mujer.

- Ven Tronquilis - dice -; ya están acercándose.

Despáchame pronto que...

No puede terminar la frase. Una avalancha de curiosos ha invadido la acera para abrir campo a un caballo que corcovea. Vase ella un tanto atemorizada hacia el interior de la casa, mientras Tronquilis, empaquetado, "como un veintisiete", viene de adentro para afuera, con cara de jugador afortunado.

- Ya sí se cuajó - murmura con visible gozo.

Intenta salir a la calle. La apretada hilera de espectadores se lo impide. Forcejea para abrirse paso. Nada.

- Pues -, señor; no hay fresco de que esta gente me deje el camino franco. Me costará ver desde aquí.

Domingo Hernández Contreras

Para poner su resolución en práctica, se apodera de su silla rústica, que tiene al alcance de la mano. Trepa en ella.

De improviso un jinete de la avanzada, echando medio cuerpo afuera, con un pie en el estribo y el otro al aire, grita estentóreamente, a la vez que agita un pañuelo:

- ¡Adiós, Tronquilis! ¡Tronquilis, adiós!

Entre confuso y afectuoso, Tronquilis corresponde al saludo. Juraría que aquel hombre es Periquito caballero. Para cerciorarse recoge la mirada. Luego profiere entre dientes:

- Periquito es.

Suenan enseguida en la avanzada otras voces.

- ¡Abur, Tronquilis!

¡Viva el paisano!

- ¡Hasta luego, Tronquilis! ¡Memorias a la doña!

Tronquilis no entiende aquello. Sus ojos no le engañan. Con toda seguridad, quienes le van saludando son Martín "el brujo", Gollito Rodríguez, el vale Turibio, Ugenito Lantigua... Su mente se pierde en un mar de confusiones.

Pasó la avanzada. Ahí viene una guerrilla de francotiradores. A su frente marcha un hombre, color mulato oscuro, de grave continente. Es el jefe Hipólito. Cerca de él, el capitán Apuntinodá, gesticula. Por encima de la general vocinglería se le oye gritar:

- ¡Ya si se acabó el mamey! ¡Ahora van a saber lo que es cajeta!

En el ánimo de Tronquilis ha prendido la más cruel de las desilusiones. Desmorónase súbitamente, a impulsos de una conmoción interna, el castillo de sus ensueños.

¿Dónde está la "gente nueva"?

*

No vio más. No quiso ver más. Bajó de la silla entontecido con el desencanto pintado en el rostro y casi maquinalmente, huyendo, diríase, de aquel ruido que ya le molestaba, volvió al aposento de donde había momentos antes salido. Al ruido de sus pisadas, la mujer fue a su encuentro.

Tronquilis, que la vio, vaciló primero en hacerla partícipe de su negra pena. Después, a tiempo que ella también iba a hablar, díjola en tono amargo y moviendo tristemente la cabeza:

- ¡Ay mujer, mujer! ¡Son los mismos!...

MIGUEL ANGEL JIMENEZ

EN:

HONOR TRINITARIO*

A mi estimado amigo, José A. Quezada.

Guara: dile a Pancho que me mande el caballo.

El peón que se había quedado medio dormido, cerrada la noche, en el comedor de la casa de tablas de palma, abrió los ojos nerviosamente.

- ¿Cómo dice el Don?

- Que vayas a decirle a Pancho que me mande el caballo y que le ponga la silla nueva.

* "Honor Trinitario," participó en el Concurso Pro-Patria Magna et Liberrima; celebrado en Santiago de los Caballeros el 15 de julio de 1938. Obtuvo mención honorífica; tuvo por lema "Patriotismo es Sacrificio".

Domingo Hernández Contreras

Guara se apartó del rincón en donde estaba sentado sobre una mecedora vieja de *baitoa*. La luz de una *jumiadora* tiró su sombra contra la pared.

- Está bien, Don.

El hombrecito moreno, de la línea fronteriza, rechoncho, con la carne apretada, salió luego del cuarto sin desperezarse. La orden del viejo lo obligaba a salir de pronto, porque le había hablado en un tono que empujaba.

Ya en el camino, Guara se pasó dos veces las manos sobre los ojos para espantarse el sueño; después monologó:

- ¿Qué le pasará a mi Don?... *Me jabló* como quien *va pa un desafío*. Hace días que viene *preocupao*. Quizás es por el encargo que le hiciera al *jijo*. Pobre hombre! ¡Dios quiera que no le pasa *na* malo!

Mientras Guara rompía las sombras, en dirección a los potreros, Marcelo se dirigió a la sala, hizo luz en ella encendiendo una lámpara de vidrio que había sobre una mesa, y entró luego al dormitorio.

En la soledad de la vivienda, le crecía una resolución!

Abrió un baúl grande y sacó de él, un machete de pelea; lo miró fijamente, con emoción; después se lo terció pasándose sobre el hombro izquierdo el cinturón de tela que sostenía la vaina.

Cuando acabó de colocarse el machete, no dijo una sola palabra, pero estaba pensando muchas. Con el arma puesta se veía bien; era un hombre vigoroso a pesar de sus años, de buena estatura, blanco, encanecido, con los brazos largos y las manos recias.

Salió del aposento y volvió a la sala. Allí se sentó cerca de la puerta que daba al camino. La sala tenía un aire singular, con su piso de tablas, sus pocos muebles y un no sé qué de rural señorío.

En aquella casa solamente vivían él y Guara. Su mujer hacía tiempo que la habían enterrado debajo de aquella mata de jobo que estaba cerca de la morada, y Chano, su único hijo, ya tenía hogar aparte.

Le voy a dar una lección a ese muchacho que no parece de mi *cata*, dijo monologando.

Volvió a meterse en su silencio por un rato, y luego agregó:

- *Ga* hombre de vergüenza tiene su machete, y tú eres el mío...

La noche era cada vez más negra, no se distinguía un árbol ni nada; parecía que iba a llover; hacía calor y tronaba del lado de los pomares; era un ruido como de roñas que se despeñan; primero surgía una luz y después se escuchaba el estruendo.

El viejo Marcelo no reparaba en nada, no estaba en el mundo exterior, continuaba pensando y pensando, cegado de disconformidad.

¡Cuántas ideas cruzaban por aquella cabeza! Episodios de la juventud y de su vida de hombre maduro. Toda una larga historia de actitudes varoniles, que caían como azotes sobre el recuerdo de su hijo.

Los pasos del animal que había ido a buscar Guara, lo sacaron de su mundo adentro, se puso en pie y salió de la sala.

- Has vuelto pronto; le dijo al peón.

- Lo consiguieron con *facilidad*; contestó éste mientras se apeaba.

- ¿Estaba en el primer *cercao*?

- Si, mi Don, en el chiquito, y a sogá.

Guara acabó de bajarse del animal y después pregunto.

- ¿Y usted va a salir de una vez?...

- Ahora mismo. Si no he vuelto de *madrugá*, dile a Pancho que atienda la pulpería y que ponga al *compay* Loló a cuidar los otros animales.

- Está bien.

Con las dos últimas palabras, Marcelo subió con ligereza de joven sobre el caballo alto y brioso; luego agregó:

- Y tú, Guara, te quedarás aquí, *encargao* de las gallinas y de las cosas de la muerta. A mi jijo ya lo he *bórrao*; más te estimo a tí, que parece que tienes vergüenza.

- ¡Mi Don!...

- En este momento estará él, seguramente, en su *bojfo*, jugando barajas, mientras los compañeros aguardan que cumpla su encargo.

- Perdóneme, mi Don; yo sé que no debo meterme. Pero dígame: usted no debería *intervent* en eso; *usted no debe eponerse*. Si no fuera porque quizás yo no sirvo...

- No Guara, a mí es a quien le toca. Tu ayudarás en lo que puedas cuando te llamen. ¡Cómo me duele que ese muchacho no haya cumplido!...

Guara oyó con respeto y admiración a su amo. A poca distancia se escuchaba el rumor del río.

- ¡Esas aguas saben quién soy yo! Ellas me vieron al lado de Serapio Reinoso.

Las palabras finales del soldado de la Reconquista ahora trinitario, cayeron sobre el peón como carbones encendidos.

Después el guerrero picó el caballo y se fue a escape. Guara lo vio penetrar de pronto en la compacta obscuridad, ágil, impetuoso, decidido, y se quedó pensando en lo que le habían dicho de la pelea en La Emboscada.

La luz que salía por las puertas y ventanas tenía forma cuadrada; había disminuido la amenaza de lluvia porque no relampagueaba, ni se oía el viento correr en el monte.

Las pisadas del caballo de Marcelo sonaban ya del otro lado. Guara mordió una rueda de andullo, comenzó a masticar tabaco y luego se sentó sobre una piedra grande que había en la esquina de la vivienda.

- El asunto es difícil, monologó; yo no quise decirle *na* al Don; pero a lo mejor con el que debió trabajar Chano, es un *vendto*, un traidor.

Terminó de hablar con una escupidera. La noche lo envolvía como polvo de carbón; recogió los pies descalzos, endurecidos de transitar; cruzó los brazos y se quedó cavilando. En la obscuridad parecía otra piedra.

Todos los caminos estaban rebozados de tinieblas, pero Marcelo Figueroa estaba acostumbrado a ver en la noche; su montura conocía bien todos aquellos derrocaderos que llevaban a la vivienda de Chano y el viejo era buen jinete.

Primero cruzó el vado del río, después anduvo por un pequeño valle, cortó tres veces más la corriente y luego hizo alto frente a una cerca de palos.

Había llegado, se bajó de la silla, amarró el caballo y después echó a caminar por entre unos matojos.

En los minutos se agrandaba su pesadumbre.

Cuando encontró un sitio apropiado, se encaramó sobre dos travesaños y salvó la cerca.

Domingo Hernández Contreras

Aquel vallado daba al patio de la casa de su hijo. Caminó hacia ésta con sigilo y cuando pudo, pegó los oídos a uno de los setos; pero no oyendo palabras, ni ruido, ni nada, miró entonces por un agujero y vio que la puerta del frente del bohío estaba abierta.

Espero ver a alguna persona, pero como no lo lograba, se apartó, se fue para adelante y llamó a su hijo.

- Chanoj... Chano!... Chano!...

El hombre joven, alto, fornido, el retrato del padre en su mocedad, abandonó su hamaca, vestido, como estaba, y salió.

- ¿Qué hay, viejo? ¡La bendición!

Marcelo no profirió palabra, pero su silencio quemaba.

- Perdóneme, Marcelo; yo no sabía *na*; hasta ayer. A mí tenía que decírmelo Olegario.

El soldado miró de hito en hito a su hijo. Los dos rostros podían distinguirse bien ahora, porque el patio estaba claro; una lunilla de cuarto creciente se había comido las tinieblas.

- ¿Me sales con eso? ¡Después que no has sabido cumplir con tu deber!

- ¿Cómo?...

- Chano: tú no conoces el honor; tú no tienes vergüenza! ¡Cómo nos estarán maldiciendo los trinitarios!...

El mancebo sintió que le habían herido el rostro y le costó trabajo contenerse.

- Marcelo: usted es el primer hombre que me insulta, y si no fuera porque es mi *taita*!...

- ¡Eh, porquería! ¿Tú ves este machete?

- ¡No debe ser más cortante que éste!...

Marcelo clavó los ojos en el arma que el joven había sacado de la vaina que pendía de su correa.

- ¿Me desafías?...

- ¿Le explico que este *colón* tiene *toavía* sangre de gente?...

- ¿Cómo?, expresó el viejo sonriendo.

- Olegario no era trinitario; era un *vendío*; pero conseguí las armas y hace poco que las escondí en el rancho, debajo de los serones de *guatapandá*.

- ¿Y se fue Olegario?

- ¡A Olegario lo enterré en su propio *cercao*!

ESCRITORES CONTEMPORANEOS DEL
CUENTO PSICOLOGICO
DE LA REPUBLICA DOMINICANA

- * ARTURO RODRIGUEZ FERNANDEZ
- * VIRGILIO DIAZ GRULLON
- * RENE DEL RISCO BERMUDEZ
- * ARMANDO ALMANZAR RODRIGUEZ
- * JOSE ALCANTARA ALMANZAR
- * OTTO OSCAR MILANESES
- * BONAPARTE GAUTREAUX PIÑEYRO
- * IVAN GARCIA
- * JOSE ENRIQUE GARCIA
- * JUAN BOSCH
- * SANTIAGO ESTRELLA VELOZ
- * VIRGILIO HOEPELMAN
- * HILMA CONTRERAS
- * JOSE ULISES FRANCO
- * NESTOR CARO
- * RAMON FRANCISCO
- * MIGUEL ALFONSECA
- * DANIEL BARUC ESPINAL
- * MARCIO VELOZ MAGGIOLO
- * ROBERTO MARCALLE ABREU
- * DIOGENES VALDEZ.

ARTURO RODRIGUEZ FERNANDEZ

EN:

EL FINAL DE LOS HEROES

Lo pensó durante la noche, con los ojos bien abiertos, los ojos que miraban a todos los objetos de la habitación, los ojos que daban vueltas por los estantes de libros, por las novelas de Salgari, las aventuras de Julio Verne, por los dramas de Dickens y la enorme ballena blanca llamada Moby Dick que iba a destruir al capitán Acab y a toda la tripulación exceptuando a Ismael. Le dolería sobre todo regalar aquel libro. Era el primero que había leído en su vida, con todas las líneas, sin que tuviera dibujitos, sin que las letras fuesen grandes y gordas. Pero al fin y al cabo tendría que hacerlo aunque nadie se lo exigía. También regalaría aquella caja llena de bolas de todos los colores que se había ganado jugando después de clase, probando una infalible puntería, el juego de parchés chino, el Monopolio, que ahora se llamaba Capitolio y en vez de calles norteamericanas tenía las calles de aquí, la París, que era la más barata, la Máximo Gómez, una de las más caras. Se iría para siempre el juego de soldaditos confederados, los indios a caballo con plumaje multicolor, el robot de

monótonos movimientos y lucecitas que se encendían y apagaban, el juego de badminton, el bate que nunca usó por no aficionarse con el baseball y los paquitos, las centenas de paquitos, los miles de paquitos que había acumulado durante sus doce años de existencia. Los tenía clasificados por colecciones, números y fechas. De un lado los instructivos, los que papá le compraba siempre porque decía que con ellos se aprendía bastante sobre la vida de los grandes hombres, sobre la conquista de América, sobre la mitología griega y otras cosas, no tan importantes pero igualmente amenas. También tenía allí los otros, los de Daniel el Travieso, la Pequeña Lulú, Tarzán y Supermán. Aquellos eran sus verdaderos amigos y muchas veces soñaba con encontrarse en la selva, perseguido por los caníbales y el Rey de los Monos que venía en su auxilio. Ahora, todo aquello se iría para siempre. Un amiguito de los del colegio se lo había dicho: donde tú vas no hay paquitos como éstos. Los que venden son en blanco y negro y bien aburridos. No te gustarán. El no se atrevía a preguntarlo a los mayores y por eso, aquella noche, había decidido acabar con los paquitos. Lulú se quedaría para siempre contándole a Memo el cuento de la niñita pobre que era tan fea, tan fea, tan fea que se ponía una funda en la cabeza para que nadie le viese la cara, Supermán regresaba a su personalidad de Clark Kent y Tarzán acompañaba a los expedicionarios en busca de las minas de oro. Nunca habría continuación. Nunca habrían más héroes. Debía de ser muy tarde. No podría saber exactamente la hora aunque dentro de una semana en la muñeca tendría el reloj prometido por la madre. Debía de ser muy tarde porque no se escuchaba ni un solo ruido en la casa, ni tan siquiera el televisor que mamá dejaba encendido para que los ladrones creyeran que había gente despierta y no se atreviesen a entrar. Ernesto encendió la luz de la lamparita aunque sus ojos ya estaban acostumbrados a la penumbra y podía distinguir claramente todos los objetos. Encendió la luz y buscó la llave del armarito, del armarito donde estaban guardados todos y cada uno de los paquitos. Allí estaban en montones, bien ordenados, del primer número al último. Casi completa la colección de Vidas Ejemplares, incluyendo el número de San Felipe de Jesús que tanto trabajo le había dado encontrarlo, por el que había tenido que pagar cincuenta centavos para

conseguirlo así, sin portada y con una página menos, precisamente la última, la que contaba el martirio del santo en tierras paganas. Todos, en orden, hasta ahora, ahora cuando mezcló un cuento de Lulú con la vida de Nóbél, cuando, arrancó una página de Daniel el Travieso y la pegó junto a un episodio de leyendas de América que hablaba del volcán Popocatepel y de cómo había llegado a convertirse en volcán a aquel apuesto y arrogante indio. Después, le cortó la cabeza a un Archi y se la colocó sobre el cuerpo de Tobi. Y no se reía al hacer esto sino que lloraba copiosamente mientras descompletaba el juego de parchees y rompía las papeletas del Capitolio. Después de cortar y recortar todos los paquitos, después de arrancar páginas en todos los libros, volvió a la cama y pensó en el viaje. El sábado se iría. Este sábado. Este mismo sábado iría mamá al aeropuerto y Luisita y Victoria y el primo Miguel y la abuela y toda la familia, todos ellos para decirle adiós, para despedirle llorando, llorando y papá que le llamaría en un aparte para decirle que debía de ser hombre, todo un macho, que aquello era por su bien, que allá se haría un hombre de provecho, que tenía que estudiar mucho, mucho pero que todos sabían que él era inteligente, que siempre había sacado las mejores notas del curso y que ahora no podría defraudarles. Ellos también lo sentían, se les desgarraba el corazón de pensarlo pero era la vida y el tiempo, hijito, el tiempo se pasa volando, cuando vienes a darte cuenta todo se ha acabado, ya no eres un niño sino un adolescente y luego un hombre y luego... Y papá que le hablaba de las vacaciones, de que vendría en los veranos y de que, además, ellos irían a visitarle y mamá le escribiría semanalmente contándole todo, mandándole los paquitos. Yo no quiero paquitos. Según fueran saliendo y mira que tú eres el mayor, y piensa que te queremos. Pero Ernesto no pensaba así, porque Ernesto ahora veía la nueva casa, el jardín, las cuatro sirvientas, una para limpiar, otra para cocinar, aquella para cuidar la niña y la última para planchar y ahora también el carro del año con aire acondicionado, las fiestas, las recepciones y los brindis. En una de aquellas fiestas fue que oyó a un señor amigo de papá hablar acerca de la conveniencia de estudiar en el extranjero. Cuestan carísimo esos colegios pero dan una educación de primera. Los niños aprenden un montón de idiomas y no se pervierten con tantas

cosas como hay ahora por el mundo. Y así, después de un Chivas, después de otro, papá dijo que sí, que Ernesto también se iría, que el último curso en el país sería este que no es que fuese demasiado carpetoso pero que el hijo de los Martínez se había ido y mandaba tarjetas desde Suiza y que los mellizos de Vásquez estaban por los Estados Unidos y claro, que él no se iba a quedar atrás y su hijo también se iría para Europa. Ernesto se durmió con una sonrisa en los labios pensando en lo que diría mamá al ver el destrozo del día siguiente, los libros rotos, los paquitos hechos trizas, los juegos inutilizados para siempre. Por un momento pensó en que era malo, en que era realmente malo, en que aquello no estaba nada bien pero luego sintió que era necesario acabar con ese mundo y que no siempre las normas que nos implantan o lo que nos dicen que es correcto resulta la verdad. Ernesto empezaba a comprender la vida y un intenso goce se apoderó de él. Por eso no trató de explicar nada al día siguiente cuando la madre le miró de un modo extraño, sin atinar a regañarle o en hacerle aclarar aquel desbarajuste del cuarto, aquel desorden inexplicable. Era el último día. El último día antes de la partida. Mamá le hacía la maleta secándose las lágrimas. Las hermanitas estaban tristes y Ernesto, para no sentir la presencia del fin, pidió permiso para salir a la calle. No iba a encontrarse con los amiguitos del barrio. Todos ellos estaban en clase, en ese colegio al que había querido durante siete años y que ahora, de nuevo, empezaba sus tareas. Caminó solo hasta la esquina. Pasó por el colmadito donde un día le mordiera un perro en la espalda y siguió hasta el solar, ahora solitario de voces y risas. Era en aquel solar donde habían transcurrido los momentos más felices de su infancia. Aún antes de mudarse a la casa nueva, Ernesto solía visitarlo y con todos los compañeros jugaban a los vaqueros, a cualquier cosa. Del árbol de almendras se cayó Roberto una vez y se rompió un brazo. Junto al muro Francisco le rompió la cabeza a Rogelio por un problema ya olvidado. Allí trataron una vez de construir un Club al estilo del que tenía Tobi, Fito y los demás personajes del paquito, allí también mataron lagartos de todos los tamaños y encontraron a Bobby, el perrito sato al que tanto habían querido. Allí, en el solar jugaban sobre todo a que eran expedicionarios que encontraban una mina de piedras preciosas. Y de verdad

que, en aquel entonces, Ernesto no se explicaba lo de aquellas piedras que resplandecían, que brillaban al sol y que ellos iban escondiendo, una a una, en la cueva del tesoro. Ahora Ernesto estaba solo en el solar, solo sentado en una rama del árbol, en la misma de donde se había caído Roberto, solo allí... sin pensar en nada, hasta que miró a lo alto y vio aquello que volaba a velocidad supersónica... ¿Sería un avión?... Pero... ¡Qué extraño! Un avión no dejaba aquella estela de colores, un avión no podía subir y bajar con tanta precisión, un avión no se acercaba así hasta la tierra... O un pájaro... ¿Sería un pájaro?... O un Ovni, un platillo volante repleto de marcianos, como los de Tobi que son chiquitos, chiquitos y únicamente él puede verlos. Nada de eso. El objeto... ¿Objeto?... Se iba acercando cada vez más, llegaba al solar, iba a aterrizar allí mismo. Y ahora disminuía la velocidad y se transforma en un hombre vestido de rojo y azul, con una capa, con... Pero... No era posible... Aquel hombre que llegaba al solar donde tantas veces Ernesto había jugado con toda la pandilla, no era otro que Supermán, el mismísimo, el de las historias ilustradas, el hijo de Jor-El, nacido en el planeta Krypton, el mismísimo, educado en la tierra en Smallville, Supermán que se acercaba a Ernesto, que se sentaba a su lado en el árbol, que le saludaba como a un viejo conocido, que le hablaba de la existencia de un malvado al que debía destruir. Supermán y Ernesto ni se inmutaba ni se sentía feliz ni estaba complacido porque Supermán había muerto ayer noche, con el último paquito y ahora, no obstante eso, le invitaba a viajar junto a él por los espacios, a convertirse en un superhombre, a vivir en un mundo de fantasía. Ernesto descendió del árbol y, comprendiéndolo todo, se acercó a la mina, a la mina de las piedras que brillaban. Buscó la piedra más grande, la más extraña, la más misteriosa y se acercó con ella a Supermán diciendo "es Kryptonita... Es fatal para ti... Va a destruirte para siempre". Y debía de ser Kryptonita porque Supermán perdía fuerzas, palidecía, se retorció, se iba cayendo de la rama, como Roberto y ya estaba en tierra, y casi no era nadie y rogaba: Please. Please para que Ernesto tirase la piedra bien lejos pero Ernesto nada de hacer caso. Ernesto ahí hasta que los ojos de Supermán se cerraron para siempre

y luego se fue haciendo polvo como el Conde Drácula en esa película que a Ernestito le prohibieron ver pero que viera de todos modos.

Ya no estaba Supermán en el solar. Ya no había nadie y las piedras dejaron de brillar como por encanto.

Viejo, muy viejo, adulto, rabiosamente adulto, Ernesto se dirigió a su casa, a la casa nueva, a la casa que ahora parecía vacía. Subió las escaleras y llegó a su cuarto. Todo estaba ordenado. Impecablemente ordenado. La maleta sobre la cama y al lado de ella un paquito, un nuevo paquito, un paquito al que no pudo identificar por la portada. Lo abrió con un poco de recelo y vio allí dibujados, a papá y a mamá, a la casa nueva, a las hermanitas, al vecindario, al solar, a todo aquello.

Ernesto abrió la maleta, guardó el paquito dentro y esperó, sin reloj, todavía sin el reloj que le habían prometido para cuando se fuese de viaje, a que llegara la hora del aeropuerto, del avión, de la nueva vida.

6-3-79

VIRGILIO DIAZ GRULLON

EN:

EDIPO*

Tan pronto la voz del cura se extinguió y el silencio reinó de nuevo en el interior de la pequeña iglesia, los hombres se movieron hacia el ataúd y lo levantaron con cuidado del banco de madera en donde había reposado hasta ese instante. Eduardo no fue de los que se apresuraron a cumplir aquel deber. Durante la breve ceremonia había permanecido abstraído de cuanto le rodeaba y sólo cuando alguien le rozó al pasar, comprendió que la intervención del cura había terminado y se iniciaba ahora la marcha hacia el cementerio.

Se apartó un poco para dejar pasar a los que llevaban el féretro y comenzó a bajar las gradas de la iglesia. A su lado, el ataúd se balanceaba inquietantemente a medida que los hombres descendían vacilantes. Un traspie, un paso en falso, provocarían sin

(*) Resultó finalista en el concurso de autores hispanoamericanos patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en 1958.

duda una catástrofe. Eduardo meditó objetivamente sobre tal posibilidad, porque observaba cuanto ocurría a su alrededor como contempla un espectador el escenario: atento al desarrollo de la trama y secretamente confiado en un final sorpresivo y dramático.

Pero nada extraordinario sucedió. Los hombres alcanzaron sudorosos el nivel de la calle y respiraron con satisfacción. Se detuvieron unos instantes, se organizaron de nuevo y reanudaron la marcha tranquilos y aliviados.

Frente a la iglesia, el reloj de la plaza cantó seis sonoras campanadas... Las seis: hacía justamente nueve horas que había muerto y a Eduardo le sorprendió aquella cronométrica exactitud. A su padre sin duda le habría gustado saber que todo se había realizado a su debido tiempo. Que cada quien había cumplido a cabalidad su obligación. Pero ya al viejo no podría alegrarlo eso ni ninguna otra cosa en el mundo, porque estaba muerto para siempre dentro de aquella caja reluciente de caoba que se balanceaba suavemente a su lado.

Si hurgaba en su memoria, allá en lo más profundo de su reminiscencia, la primera noción que conservaba de la existencia de su padre se confundía con una voz aterradora que tronaba por encima de su cabeza mientras él corría a guarecerse en el regazo tibio de la madre... Aquella escena debió repetirse muchas veces porque, al recordarla, la asociaba con diferentes acontecimientos de su infancia... Las primeras lecciones de equitación (el viejo azotándose furiosamente las botas con una fusta flexible: "*¡Algún día haré un hombre de esta mujercita!*"... Y el terror del niño al lomo inseguro del caballo)... O el primer disparo con la escopeta de caza, apenas sostenida entre sus manos temblorosas (la voz iracunda del padre a sus espaldas: "*¡Aprieta el gatillo de una vez, cobarde!*"... O el chapuzón inesperado en el mar, y la angustia de sumergirse hasta el fondo, y los gritos mudos bajo el agua, y la risa odiosa del viejo en lo alto del trampolín...

Una mano se apoyó en el hombro de Eduardo y una voz dijo a su espalda: "Le acompaño en su sentimiento, joven". "Gracias, muchas gracias", respondió sobresaltado ¿Sería la expresión de su rostro adecuada a las circunstancias?... ¿Estaba dándole a toda aquella gente la impresión de una pena honda, aunque discretamente expresada?... Tal vez debía pedirle a uno de los hombres que le permitiera cargar en su lugar el ataúd... Sí, sin duda era algo así lo que todos esperaban de él...

"Por favor, ¿Me permite?", y substituyó a uno de los portadores del féretro. Los músculos del brazo se le pusieron tensos, se le abultaron las venas de la frente y enrojeció su rostro... El viejo pesaba mucho. Siempre fue corpulento. Alto y macizo como una torre. Con músculos de hierro y manos poderosas... Aquellas manos enormes como palas... Rojizas y sembradas de un vello abundante que fue poniéndose gris con los años... Manos siempre ocupadas, sin tiempo para las caricias... ¡Qué vivamente recordaba el gesto brutal de aquellas manos rompiendo su primer boceto de dibujo!...

Fue un domingo por la tarde. El viejo jamás entraba en la habitación de su hijo; pero aquel día, al pasar junto a la puerta, debió sospechar del movimiento brusco del niño cerrando la gaveta baja del armario al oír sus pasos por el corredor... Vestido con su traje blanco recién planchado, parecía más alto e imponente que nunca. Se detuvo un instante en el umbral, entró luego sin dar explicaciones y sacando la cartulina de su escondite, la rasgó de arriba a abajo con un solo movimiento poderoso de sus manos... "*¡Si vuelvo a encontrar otra tontería de éstas en la casa, será su cara la que voy a partirle en pedazos!... ¡Y no siga llorando, que los hombres no lloran!...*"

Y ahora sus manos estaban inmóviles, cruzadas por encima de su pecho sin aire, y no volverían jamás a romper nada.

Alguien le tocó levemente en el hombro y sin pronunciar palabras se ofreció a substituirlo... *¡Ya era hora!*... Eduardo se corrió ligeramente a un lado mientras abría

y cerraba repetidamente la mano para ahuyentar el calambre. El silencioso grupo trasponía en aquel momento la puerta del cementerio.

El panteón familiar estaba en el extremo opuesto. Era una construcción sencilla, sin alardes, pero resultaba imponente junto a las modestas tumbas que lo rodeaban. En la segunda hilera de nichos, un poco hacia la izquierda del centro, la boca abierta y negra aguardaba.

Los hombres depositaron el féretro en el suelo, se secaron el sudor de la frente, y observaron atentos los movimientos preciosos y hábiles con que el albañil mezclaba el cemento y la arena húmeda amontonados junto a la tumba.

"Buena cara para un estudio", pensó Eduardo apreciando los rasgos fuertes y angulosos del rostro que se inclinaba frente a él, concentrado en su tarea... Ahora trabajaría mucho. Debía recuperar todo el tiempo perdido... Mañana mismo traería sus telas y útiles de pintura de la capital... Usaría como estudio la habitación grande que daba a la terraza posterior de la casa... Tal vez con un año de trabajo intenso se sentiría preparado para la beca...

A una señal del albañil, los hombres habían levantado el ataúd y lo estaban introduciendo horizontalmente en el nicho. Al principio rodó fácilmente hacia el fondo, pero de pronto, como si algún objeto extraño se interpusiese en su camino, se detuvo en seco y permaneció inmóvil.

Los hombres se consultaron entre sí murmurando en voz baja. A Eduardo sólo le llegaban algunas frases sueltas... "la caja es demasiado ancha..." "debe haber algo ahí dentro", "... son las agarraderas. Hay que quitárselas" ... "Sujete usted por aquel extremo: vamos a sacarlo de nuevo"...

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, dominado por un oscuro impulso irresistible, Eduardo corrió hacia delante, echó bruscamente a un lado a quienes se interponían en su camino, y apoyando primero las manos y luego el hombro sobre el

extremo saliente del féretro, estuvo allí empujando con todas sus fuerzas, desesperadamente, como si de aquel esfuerzo formidable dependiera su vida entera, hasta que un golpe seco y sordo le anunció al fin que el otro extremo de la caja había llegado al fondo del nicho.

Sólo entonces se retiró algunos pasos, tembloroso y jadeante, y mientras el albañil completaba su labor, permaneció callado e inmóvil, con la mirada fija en la boca del nicho hasta que el último ladrillo la cerró por completo para siempre

RENE DEL RISCO BERMUDEZ

EN:

EL CUARTO

Retrocedió de pronto en sus pensamientos y se vio sumido en el oscuro cuarto que fue su niñez. Un pequeño avión con alas de color zapote, un tren que lanzaba chispazos y bramaba igual que los barcos bajo la tormenta a la entrada del puerto, dos o tres mariposas recientemente pisoteadas, y el retrato de su Madre con largos y finos bigotes que él solía pintarle con verdadero y ardoroso cuidado.

Se sintió con un poco de fiebre y algo molesto con la franelita a grandes rayas que le había encargado a Estados Unidos la tía Carmita. La ropa se le pegaba al cuerpo. Respiró el olor de algunos medicamentos, aquellas pomadas de olor muy penetrante que su Madre le frotaba en el pecho con insistencia cuando le agarraba la gripe. El tenía que permanecer encerrado en su habitación, escuchando a veces el golpe de la lluvia en el techo, las voces de los otros muchachos en la calle. Permanecía con la vista clavada la mayor parte del tiempo en las paredes, en las vigas del techo, en el piso de lustroso cemento gris, demasiado gris.

El conocía bien esta fiebre, sabía que ella significaba meterse en la cama por muchos días, acostarse boca abajo y recibir los pinchazos de las inyecciones. Hacia la noche le frotarían el pecho y la espalda y apagarían la luz de la habitación. Todo quedaba entonces envuelto en una pesada atmósfera de malestar. Los ojos ardientes, la soledad, los pasos de la gente en la acera, los perros ladrando detrás de la casa... Jugaba a chocar el avión de alas color zapote con su tren de duros y filosos faroles cuando de repente se metió como una pedrada rápida y oscura la voz de la Madre. Sintió un trágico estremecimiento. Como si se despedazara el espejo de luz plomiza que colgaba en la pared del cuarto. La misma sensación del día aquel en que se le cayó de las manos el vaso en que tomaba la leche; desde entonces no había podido olvidar la boca y los ojos de la Madre, aquella boca alargándose, cerrándose, hinchándose. Los ojos detenidos furiosamente.

Miró hacia la puerta semientornada que daba al corredor y comprendió que era alrededor de las 3:30 de la tarde, hora en que debía comer dos galletas de soda y tomar cuatro sorbos de Kresto. Se sintió más febril aún y la voz de la Madre volvió a causarle escalofríos.

Al punto entró, tras el chirrido de la puerta, María, muchacha negra y amasada, de redondos brazos y muslos hermosos, también redondos, que inspiraba automáticos deseos de tirarla al suelo y acostársele encima. El lo había intentado ya varias veces sin conseguir otra cosa que redondas carcajadas de María y quedarse por mucho tiempo con el peculiar olor de ella encima. Por eso cada vez se proponía no volver a intentarlo, después de todo eso no conducía a nada, era inútil. ¡Estaba probado! Ella no lo tomaría nunca en serio, además su Madre podría llegar a saberlo y esto lo llenaba de vergüenza. Lo avergonzaba también y lo hacía sentir demasiado impotente la risa de María.

Tomó cuatro sorbos de Kresto y comió dos galletas de soda mirando los muslos y el vientre de la muchacha.

Cada tarde jugaba hasta la hora del baño en este cuarto cerrado y sórdido. El avión con alas de color zapote, el tren que bramaba como los barcos bajo la lluvia del puerto, una caja de talco en la que guardaba algunas mariposas muertas. A veces le gustaba pescar, entonces tomaba algún pedazo de alambre, lo ataba al extremo de un cordel y lo lanzaba a un rincón del cuarto. Esperaba un buen rato, lo traía lentamente hacia sí y volvía a lanzarlo con cierta tristeza que nunca se explicó. Al cabo de un tiempo se cansaba del juego, entonces le daban deseos de rayar algún libro, o la pared, y se iba calladamente al baño.

Siempre era igual, se desnudaba, abría rápidamente el grifo y se estrujaba los pies, el uno sobre el otro, bajo el grueso chorro; transcurrían unos diez minutos y luego venía la Madre. Desde ese momento comenzaba a sentirse zarandeado, registrado, exprimido. Le estrujaban cuidadosamente, le hurgaban dentro de las orejas, le llenaban los ojos de jabón, le estregaban las rodillas fuertemente, y con un palillo de dientes le extraían el sucio de dentro de las uñas, cosa que le causaba gran molestia. A veces lloraba y se resistía a seguir soportándolo, entonces la Madre le agarraba fuertemente la mano bajo regañíos hasta concluir su labor. El no sabía por qué, pero en ese momento, más que en ningún otro, se sentía atacado, hostigado, agredido y esto le volvía rabiosamente indefenso. Finalmente le colocaban bajo el chorro. Era el mejor instante para él. Sentía el jabón resbalando encima del cuerpo, el agua cayendo sobre sus cabellos, sobre los hombros hasta los pies. En ese instante se sentía solo, no oía las voces no escuchaba la respiración de los demás, no veía las paredes de la casa. No había lugar a dudas. Era su mejor momento.

Pero desafortunadamente duraba poco. Cerraban el grifo, lo agarraban por los codos y ya sabía lo demás: un saltito y estaba sobre el borde de la bañera. Entonces era cubierto con una gruesa toalla cuyo olor ya conocía, después era cuidadosamente depositado sobre la cama y pacientemente se dejaba poner una descolorida pijama que la Madre extraía de un vetusto y opaco gavetero que en otros días había

pertenecido a su abuela materna. Desde ese momento, 5:45 de la tarde, tenía que esforzarse en dormir plácidamente.

Volvió en sí mismo cuando la pobre mujer encanecida emitió un grave y hondo quejido. El médico soltó el brazo de la anciana con un gesto fatalmente impotente.

- "Ha muerto" - murmuró con sequedad.

El se encogió ligeramente de hombros. Sintió como si aquella pequeña habitación en la que jugaba cada tarde se hubiese iluminado de pronto...

ARMANDO ALMANZAR RODRIGUEZ

EN:

INFANCIA FELIZ*

- ¡Qué manera de morir!

- Hey, tú... ¿Qué pasó?

- Mataron a una mujer a martillazos.

- Vamos por aquella ventana, que se ve mejor.

- Ya lo decía yo: algo tenía que pasarle con la vida que llevaba.

... No me gusta que ese maldito hombre ande todo el tiempo metido en casa parece un caballo con esa cara tan larga, Ernestico no me devolvió mi pelota ese ladrón no me gusta que venga porque entonces mami no me saca a pasear como antes sólo

(*) Resultó ganador del Primer Premio en el Concurso organizado por la Casa de Teatro, Santo Domingo, 1977. Es el título de un libro de Cuentos de su autor.

anda con él todo el tiempo y después se queda en casa con él y los muchachos del barrio me relajan y me dicen que ese es mi papá nuevo y no es mi papá porque mi papá me quiere mucho y me daba mucho dinero cuando vivía con nosotros y yo se lo enseñaba a los muchachos para que les diera envidia porque a ellos no les dan tanto ahora me da también cuando viene pero ya no vive con nosotros a Ernestico le voy a quitar mi pelota ese maldito ladronazo el hombre ese no es mi papá y no me da dinero nunca es un maldito tacaño y yo no lo quiero no me lleva a comprar helados ni me trae dulces cuando papá viene borracho me da más dinero me pasa la mano por la cabeza y entonces se mete las manos en los bolsillos y saca muchas monedas y me las da todas y cuando se va vuelvo y le pido y como se le olvida que me dio porque está borracho vuelve y me da también era así antes cuando vivía con nosotros...

- ¡Echense para atrás, dejen pasar!

- A ver si ahora te dan un macanazo por andar metiendo la nariz donde no te llaman.

- ¿Qué cuándo? ¡Y qué se yo! Yo sólo se que la sirvienta la encontró tempranito en la cama.

- dicen que era una hembra la rubia ésa.

- ¿Y quién era?

- Están buscando al hombre que vivía con ella.

- ¿El marido?

- ¿Qué pasó, un choque?

... El otro día vino papá y cuando le iba a pedir dinero se apareció el hombre ése papá lo miró y no hablaron nada pero no me dio dinero siguió mirando al otro y después se fue para la cocina a beber y yo fui y le pedí dinero y entonces me tiró un

pescozón el hombre se fue después que habló con mami y le dijo que la iba a matar si seguía viendo al hombre ése y mami chilló y pelearon y él le dio una trompada y ella lo arañó que todavía ayer tenía una cascarita en la nariz y otra en la frente y ojalá que papá venga cada vez que el otro hombre esté aquí para que peleen para que mami le diga que no vuelva yo no lo quiero no es mi papá y no me da dinero se fue y mami salió detrás corriendo y le tiró una piedra cuando se estaba montando en el carro gritándole abusador y que no se apareciera más por la casa el que no debe volver más por aquí es ese otro desgraciado que no es mi papá papá sí porque yo lo quiero y él a mí mami está muy loca porque le dice que no vuelva más.

- ¿Quién es ése que viene con los policías?
- Debe ser un pariente de la muerta.
- Ya son las nueve de la mañana, tengo que irme.
- ¡Quítense del medio! ¡Váyanse a sus casas, partida de come ojos!
- Debe ser un médico.
- Dicen que no la podían reconocer de tantos golpes que le dieron en la cara.
- Imagínense: ¡Con un martillo!
- ¡Eso es lo que se llama un asesinato de bárbaros!

... Una vez que vino abuelito de Puerto Rico me trajo unos juguetes muy lindos y me dio dinero ojalá que venga siempre lo que más me gustó fue el avioncito que volaba solo se manejaba a control remoto pero mami lo desbarató con el carro el otro día le pasó por encima me gustaba muchísimo pero casi no lo llegué a usar por salir mami con ese hombre del diablo yo creía que no iba a venir más después que papá peleó con mami y al otro día ya estaba aquí metido otra vez y por la noche también se trancó con mami en el cuarto y cuando me dio sueño y quise entrar al cuarto estaba

cerrado por dentro llamé a mami y me gritó que no jodiera la paciencia que me fuera a jugar para la calle ya todos los muchachos se habían acostado eran más de las nueve con quién iba yo a jugar prendí la televisión pero era una película muy mala de unos tipos hablando me puse a jugar en la sala con los fósforos del hombre y le rompí toditos los cigarrillos para que se fuña y entonces hice una pilita con los pedazos de cigarrillos y la caja de fósforos y hojas de periódico y le pegué fuego y se llenó todo de humo me reí muchísimo cuando mami y el hombre salieron en cueros corriendo del cuarto con las nalgas afuera le grité pero el hombre me dio un cocotazo que me dolió muchísimo todavía me duele un chin cuando me topo me fui corriendo para donde mami y ella se metió en el cuarto y me dio una pela con la correa del hombre no me gusta ese maldito y a papá se lo voy a decir que estaba aquí desde que él se fue en cuero con mami ojalá papá vuelva borracho otra vez para que me dé mucho dinero...

- ¡Ahí viene otro carro de la policía!

- No, es una ambulancia.

- A mí me da mucha lástima, pero más por el niño que por ella.

- Ya verás, a lo mejor salen mañana en los periódicos con una elegante nota necrológica alabando las "virtudes de la difunta señora Cecilia Morales"... ¡Cómo si ya no la conociera todo el mundo!

- Oiga... ¿Qué fue lo que pasó aquí?

- Mataron a una mujer en esa casa. Dizque la despatarraron a palos y no se le entiende ni la cara.

- No, fue con un martillo, le dieron como veinte martillazos en la misma cara. ¡Se la dejaron como un majarete!

- ¡Con la muerte no se juega!

... Me dio mucha rabia cuando mami me rompió el avioncito con el carro el maldito hombre se rió y lo tiró después para arriba diciendo vuela vuela pajarito y mami se rió después me gritó pendejo porque yo estaba llorando papá se pasó muchísimos días sin venir porque estaba en Puerto Rico con el abuelito me puse muy contento cuando volvió con él me dijo que me iba a comprar otro avioncito pero parece que se le olvidó deja que vuelvan los muchachos a relajarme con el hombre voy a salir con el colín del sereno y van a ver lo que les voy a hacer yo sé donde está el colín esos fuñones se ponen a acechar a mami por las ventanas para verla encuera papá y abuelito hablaron con mami y abuelito le dijo que volviera con papá que dejara a ese hombre que no le convenía que por el bien del niño y el niño soy yo pero mami se trancó en su cuarto después volvieron los dos papá estaba borracho yo le iba a pedir dinero entonces él se puso a gritar que la iba a matar y al hombre también y ojalá lo mate papá se cayó en la cocina y se cortó con un vaso roto abuelito se lo llevó en el carro y mami iba detrás gritando que ella hacía lo que le daba la gana que su vida era de ella y a papá no tenía que importarle lo que ella hacía pero yo lo que quiero es que haga lo que dijo abuelito porque ese hombre no es mi papá y no me quiere mami le decía maldito borrachón desgraciado degenerado y después que se fueron ella se metió en su carro y comenzó a chocarlo con la pared de la casa como si fuera pelota y los vecinos salieron corriendo ella por poco me pasa por encima con el carro como al avioncito a Don Luis lo tumbó por querer abrirle la puerta porque no quería salirse y yo gritando y gritando y llamándola la mamá de Quiquito me agarró y me llevó para su casa me dieron una pastilla yo no quería quedarme en su casa ella me dijo que me quedara que mami estaba enferma está loca no quiere a papá y quiere a ese maldito hombre del diablo para quedarse a vivir con él no me gusta es malo me da cocotazos y se ríe de mí me dice ñoño cara de loco...

- A mí también me da pena el niño, pero... con la vida que llevaba Cecilia algo malo tenía que pasarle tarde o temprano.

- ¡Ellos tuvieron la culpa!

- ¡Y el marido también! Si no hubiera estado siempre borracho como un trompo no se hubiera divorciado y nada de ésto hubiera sucedido.

- ¡No se peguen a la puerta!

- María del Carmen, hija ¿Y de dónde sales tú a estas horas?

- ¿Cómo se llamaba la mujer?

- Era una de la "Jaig".

- Chichi me llamó por teléfono y le dijo a Juancho que me trajera. Imagínate, ¿Quién se hubiera pensado ésto?

- Vivía con un tipo.

- ¿Y Juancho no era amigo de Ricardo?

- ¡Eso les pasa por putas!

- No, era más amigo de Cecilia, igual que yo; a Ricardo le veíamos a veces en reuniones o en fiestas; la última vez que le vimos fue en la Embajada de España; él tenía su grupito... tú sabes.

- Si, de borrachones.

- ¿Quién es el tipito del traje a rayas?

- ¿Y andaba ahora por esos lugares con el amante? La viste alguna vez en fiesta con él?

- ¡Tú eres loca! ¿Y a ese tíguere lo iban a invitar a alguna parte?

... me dijo el abuelito que me iba a llevar a Puerto Rico dizque que allá se goza mucho que el colegio es muy lindo más lindo que el de aquí donde yo voy que me

iba a comprar otro avioncito allá no quiero ir a Puerto Rico no me gusta porque papá no va a ir al abuelito no le gusta darme dinero dizque porque los niños se ponen malcriados si les dan dinero y tampoco dulces porque se les dañan los dientes a mi lo que me gusta es jugar aquí con Quiquito con Luis Miguel con Panchín y con los del otro barrio y subirme a las matas del parquesito y que venga papá y me dé dinero no voy a irme a ninguna parte aunque mami quiera ella es la que tiene que botar a ese hombre es muy mala conmigo se cree que me va a engañar diciéndome que allá voy a estar mejor que voy a tener muchos amiguitos en un colegio muy grande y muy bonito que hay un circo con muchos leones y tigres y camellos y elefantes y no me voy y no me voy...

- ¿Y vivía sola?

- No, tiene un niño pequeño; digo... !Tenía!

- El que juega con fuego...

- Pero, ¿Y por qué lo habrán hecho?

- La verdad es que, aunque esté mal decirlo, Cecilia (que Dios la tenga en su gloria) andaba acostándose con todo el que aparecía.

- ¡Este mundo está perdido!

- Sargento, ¡Saque a esa gente de ahí!

- Pobre Cecilia...

- ¡Ah sí! Pobre ahora porque está muerta, ¿Verdad? Pero antes, ¡Ah! Antes sí que era...

- ¡Ay hija, deja eso, no seas así!

- Dicen que todas las paredes estaban embarradas de sangre...

... si se creen que me voy a ir a Puerto Rico están muy locos la vez que el abuelito me llevó a ver al Pato Donald y al Ratón Mickey me gustó mucho pero no me voy a quedar para ir al colegio y quedarme a vivir con el abuelito allá yo no tengo amigos ni conozco a nadie ni va a estar papá porque él se va a quedar aquí no se por qué mami quiere que me vaya lo que quiere es quedarse con ese hombre para que entonces los muchachos me estén relajando diciendo que es mi papá nuevo no me voy aunque me den golpes mami lo que tiene que hacer es casarse otra vez con papá cuando estábamos desayunando le dije que cuándo volvía papá a vivir con nosotros entonces ella me tiró encima un plato de "corn-flakes" con todo y leche me dio duro en la cabeza con él me gritó como una loca que no mencionara más el nombre de papá y me trancó en el cuarto y por qué si es mi papá me sacaron cuando llegó el maldito ése y ellos se trancaron me dio mucha rabia porque los muchachos me relajaban cuando ellos están ahí encerrados dicen que él es mi papá porque le agarra las tetas y la ve desnuda le tiré una piedra a Luis Miguel la mamá vino a dar la queja y Cacana me jaló las orejas esa maldita choppa delante de los muchachos y entonces le caí atrás a Julito con el palo de trapear porque se rió de mí Cacana llamó a mami el hombre me dijo que iban a salir y que yo me quedaba en la casa por jodón y por eso rompí el vidrio de la ventana con el cepillo de mami para salirme me dieron una pela los dos y me trancaron en el "closet" muchísimo tiempo ojalá y se muera ese mariconazo mamá es una maldita también porque anda con él él no es mi papá que bueno que le boté los clavos que trajo el otro día para arreglar la ventana sólo pudo encontrar uno...

- Si aparece algún otro que pueda dar declaraciones me avisa.

- ¿Oíste eso? ¡Cómo si no lo supieran todo ya!

- ¡Dicen que se acostaba hasta con el de la basura!

- ¡Déjate de vainas, que esa mujer ya está muerta!

- ¿Y qué van a hacer ahora con el muchachito?

- A la sirvienta que no se vaya.
- Y a mis hijos, ¿Quién los va a atender, eh?
- Con un martillo... ¡Que barbaridad!
- ¿Era puertorriqueña la mujer?

... ayer llegaron borrachos los dos y volvieron a trancarse en el cuarto a mi me mandaron a jugar para la calle dijo mamá que ya me habían comprado el pasaje para Puerto Rico que yo iba a estar muy contento allá con abuelito que iba a ir al circo que era muy bonito siempre sale con lo mismo donde quieren que vaya es al colegio y yo no quiero ir y le dije que se lo iba a decir a papá que yo no quería irme al colegio a Puerto Rico que quería quedarme con él a ella se le puso la cara roja me jaló las orejas me dolió mucho cuando me sacó para la calle a empujones y jalándome las orejas después se volvieron a trancar en el cuarto y pasó muchísimo rato me dormí en una mecedora Cacana me llevó para su cuarto me dormí en su cama después vino mamá y me cargó y me dijo "mi muchachito lindo que se va a portar bien con su mami y se va a ir contento para donde abuelito" el maldito hombre estaba ahí todavía pero se fue antes de que me durmiera otra vez cuando me desperté por la mañana mamá estaba durmiendo yo me levanté el hombre no había podido arreglar la ventana todavía porque el vidrio estaba igual y en el tocador el martillo que había llevado para arreglarla y mamá en la cama durmiendo esa loca que no quiere a papi no me voy a ir a Puerto Rico por más que me diga porque ella no me quiere pero papi sí y no me voy y no me voy...

JOSE ALCANTARA ALMANZAR

EN:

LA OBSESION DE EVA*

Mi hija fue una muchacha normal hasta que apareció la primera mancha. Recuerdo como ahora aquella mañana en que fuí a despertarla temprano para que no le cogiera el día y la encontré envuelta en las sábanas, tapándose la cara con la almohada para evadir la luz y protegerse de mi acostumbrada cantilena.

- Eva levántate que se hace tarde.

Como siempre, aparentó no oírme pero la traicionó un involuntario movimiento del cuerpo. Se aferró a la almohada buscando un cómodo refugio en los últimos minutos de sueño, mientras yo abría la ventana de la habitación y daba paso a un grosero sol de verano que a pesar de la hora me dejó ciega por un instante.

(*) Aparece en el libro "La Carne Estremecida" el cual ganó el Premio Nacional de Literatura (Cuento), en el 1989. Según las críticas, este es el cuento más leído de ese texto.

Luego fui a la cama, me senté en el borde y volví a llamar a Eva, que entonces mostró la cara, parpadeó, me miró con los ojos entornados e hizo una mueca de hastío. Con los años he aprendido a manejar a mi hija, o sea que consigo lo que me propongo, aunque complazco muchos de sus deseos y a veces tolero las impertinencias propias de su edad. Así que no le di importancia a ese gesto de malacrianza y me limité a decir arriba que llegarás tarde al banco.

Volví a la ventana para darle chance de estirar el cuerpo y botar la cuaja que producen ocho horas de cama. El sol ya quemaba fuerte. Cerré los ojos y pensé en lo que pasaría si yo no estuviera en la casa para ocuparme de cosas como ésta.

Por fin Eva se levantó. Di media vuelta, abrí los ojos y la vi meterse al baño dando tumbos. Yo continué con mi rutina, poniendo en orden la casa, sacando la ropa interior, los zapatos y el vestido que Eva usaría para ir al trabajo. Le gustaba que la ayudara a elegir porque así no tenía que romperse la cabeza para evitar las repeticiones que provocaban tanta cháchara en la oficina, o hacer elecciones de mal gusto que alimentaran el chismoteo malicioso entre compañeras que vivían muertas de envidia porque era bonita y había tenido un éxito increíble en poco tiempo. Eva pretendía no hacerles caso a los comentarios, decía que son mediocridades de la gente, que yo estoy por encima de las murmuraciones, que ahora lo único que me interesa es hacer un buen trabajo y terminar mi carrera en la universidad. Yo sabía que en el fondo la mortificaban esas cosas, podía leerlo en su manera de mover la cabeza, de encoger los hombros, pasar a otro tema y hablar de recetas, la última moda o algún incidente sin importancia en sus estudios.

Cuando Eva salió del baño ya le tenía su ropa encima de la cama y en una silla los zapatos que mejor combinaban con aquel vestido blanco que tan bien le sentaba a su piel trigueña. Casi nunca rechazaba lo que yo escogía, por eso me chocó que se quedara mirando el vestido con una expresión de contrariedad ante lo inesperado.

- No te diste cuenta de la mancha, mami.

Había un dejo de turbación e inconformidad en sus palabras. Por un segundo me sentí molesta conmigo misma por no haberme percatado, pensando que Eva se gastaba casi todo su sueldo en trapos y que ahora se le arruinara uno de los mejores por una simple mancha. Después tomé el vestido en mis manos, lo revisé por detrás, por delante, por todas partes y no vi nada raro en ningún lado.

- Ay, mami, estás medio cegata, fíjate ahí, cerca del escote.

Pensé que estaba corta de vista porque a pesar de mi gran esfuerzo no podía ver la manchita que mi hija había descubierto sin proponérselo. Según ella, una marca pequeña, irregular, como de óxido rojo, de sangre reseca, o esas huellas imborrables que dejan el cajuil y el plátano verde.

Una de dos: o yo estaba al tris de la chochez o Eva quería hacerme sentir culpable de su propio descuido. Pues ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera uso lentes, siempre me he enorgullecido de mi buena vista, y eso que me he pasado la vida tejiendo y bordando, y Eva podrá tener defectos pero no se iba a poner a torturarme por una bobada, por algo que el vestido en realidad no tenía. Hablaba con mucha naturalidad, sin asomo de burla, y para no hacerle perder más tiempo le dije déjame, ya veré qué puedo hacer. Ella fue al closet y sacó un traje sastre azul marino que me había pedido hacerle la semana anterior y se lo puso sin comentar nada más.

Durante el desayuno casi no hablamos. Eva come poco, parlotea bastante y por lo general está de buen humor. Esa mañana parecía distraída, lejana, casi ausente, y sólo bebió la mitad de su jugo de china. Hasta Danilo se dio cuenta y le preguntó ¿te pasa algo, chiquita? Ella habló de un examen ganchoso, de cosas pendientes con su jefe en el banco y creo que logró convencer a su papá, que la cuida como si fuera la niña de sus ojos.

Danilo y yo vivíamos muy ufanos de nuestra hija, porque era cariñosa sin pecar de sumisa, por sus altas calificaciones en la universidad y el magnífico trabajo que

estaba haciendo en el banco. La habían promovido varias veces en dos años y su nuevo jefe la trataba con muchísimas consideraciones, la dejaba salir temprano cuando tenía algún examen difícil y la traía a la casa si trabajaba hasta tarde, para desesperación del enamorado de Eva, el típico muchacho inseguro que no soporta esa clase de atenciones. Peleaban por eso y otras cosas que yo no me atrevía a averiguar, quizá por no meter demasiado las narices en sus asuntos.

El pasado de mi hija había sido siempre blanco como una hoja de papel, claro como la luz del día, transparente como el agua, aunque Eva tenía arranques de voluntariosa y podía volverse muy agresiva si la provocaban, o sentía que la estaban manipulando, o la abordaban sin ningún tacto, o querían abusar de su buena fe, de su alegría, de la entrega hacia los demás, de esa habilidad suya para resolver problemas y seguir siendo tan jovial como siempre. Por eso me parte el alma verla en las condiciones en que está y en las que me ha puesto a mí.

La primera mancha puso a girar una máquina de tortura que ya no se detuvo.

A veces una le da importancia a cosas insignificantes, se preocupa demasiado por las tonterías del hogar y termina medio histérica, peleando con el marido por un quítame esta paja, botando a la cocinera porque dejó quemar las habichuelas o disgustándose con la mejor amiga sin ningún motivo. No soy de éstas. A mi edad sé darle a cada cosa el peso que tiene y hasta puedo sufrir en silencio si las circunstancias lo exigen, como aquella vez del enredo de Danilo con la mujercita esa, hace unos meses. Me aguanté los cuernos para mantener la unidad de mi familia, para que mi hija no tuviera que soportar la vergüenza de sus padres divorciados por una canallada de la que no tenía culpa.

En esta ocasión las cosas han sido muy distintas. Empecé por no darle mucho color a las falsas impresiones de Eva. Supuse que su afán perfeccionista la hacía ver manchas en su ropa y que pronto se le pasaría si yo misma me ocupaba de arreglarle sus vestidos. Pensé que era una forma de llamar la atención y pedir un cuidado

especial. Claro que esto pasa con los hijos únicos, que se acostumbran a tenerlo todo y siempre exigen más, nunca es suficiente para ellos. Me dediqué a cuidar personalmente del lavado y planchado de la ropa de Eva y examinaba con detalle cada una de sus piezas.

Pero otra mañana apareció una mancha en un vestido amarillo, una mancha idéntica a la anterior, sólo que más grande, según Eva. No sabía qué decir. Observaba la tela, pasaba mis dedos sobre el afrentoso lunar que sólo mi hija era capaz de ver. En vez de contrariarla o tratar de probarle que estaba equivocada, que su vestido amarillo lucía perfecto, sin una sola marca que lo afeara, volví a caer en el déjame que yo lo arreglo, veré cómo la saco. De ese modo me convertí en cómplice de algo que no existía más que en la mente de mi hija. Y todo por no llevarle la contraria. Ahora sé que decía la verdad. A Danilo no le dije nada; los hombres no entienden de estas cosas y hubiera pensado que estaba chiflada si le preguntaba por unas manchas que no existían.

Cuando Eva regresó del banco le mostré el vestido amarillo, que ya había puesto en remojo con detergente y un quitamanchas especial, sólo por darle gusto. La desilusión se le dibujó en la cara y antes de que yo pudiera explicar lo que había hecho para reparar el daño, a Eva se le aguaron los ojos y se lamentó con unas frases que me dieron que pensar.

- La mancha está igualita, mami, mírala, intacta, se me embromó otro trapo de los caros.

Prometí hacer lo posible para salvar aquel vestido manchado. Eva se quedó callada, empezó a desvestirse y, sin mirarme ni quejarse, como si estuviera pensando en otra cosa, dijo que hoy no tengo ganas de comer, mami, mejor descanso un rato. Se echó en la cama y su cara desapareció bajo la almohada. Tuve un ímpetu, me dieron ganas de obligarla a comer algo ligero, traerle una fruta o un vaso de leche, pero Eva es cabeza dura y sabía que iba a negarse a probar bocado por más que insistiera.

Estaba desconcertada. Nunca había visto a mi hija comportarse de una forma tan ofuscada, inventar un daño para atormentarme y de paso castigarme, como si yo no tuviera ningún otro tipo de preocupaciones. Sentí deseos de correr y contárselo todo a Danilo y me contuve. ¿Qué pensaría, qué diría de estas minucias de mujeres que llegan a ocupar sus mentes y sus espíritus con boberías que las dejan sin fuerzas para las cosas importantes?

Pasé buen rato en la habitación de Eva. Sin que ella lo notara abrí el closet y revisé todo: las blusas, las faldas, los conjuntos, los vestidos de noche. No encontré nada que me llamara la atención. Tendría que hacer un chequeo más profundo durante el fin de semana. Aún así, lo que entonces veía era suficiente para convencerme de que su ropa estaba impecable, tan ordenada y limpia como de costumbre. Me flaquearon las piernas y la penumbra y el calor del closet llegaron a sofocarme. Comencé a sudar y perdí un poco el equilibrio. Tuve una sensación de mareo; me dirigí a la ventana, la abrí, respiré a todo pulmón, dejando que la brisa me ayudara a volver a la superficie. El sol estaba al otro lado del edificio y podía quedarme allí, sin molestar a Eva, protegida por la sombra, sola, con la inquietud que me causaban las alucinaciones de mi única hija, tratando de hallarle solución a lo que todavía no era más que puro nerviosismo, tal vez fatiga por el exceso de trabajo y estudios, o una manera desconsiderada de llamar la atención. Del parqueo subían el runrún de los carros y las voces de los que llegaban a sus hogares después de un día completo de ajetreo en la oficina. Al ver a mi vecina del primer piso regando sus matas pensé que yo debía estar haciendo lo mismo en lugar de estar rumiando las confusiones de mi hija, agravando con mi ansiedad la situación. Antes de salir comprobé que Eva dormía, vencida por la fatiga.

Las mañanas se convirtieron en duras pruebas que cada día me enfrentaban a los desatinos de Eva. Las manchas seguían apareciendo con regularidad en la ropa de mi hija. Eva lamentaba el asunto mucho más angustiada que yo. Quitaba el vestido de la percha, lo revisaba y de pronto veía otra mancha afrentosa, una salpicadura que

destruía la inmaculada apariencia de sus vestidos. Entonces se ponía a llorar en silencio. Para mí eran manchas violentas que hacían sufrir a Eva y destruían la paz de nuestra familia, manchas horribles que me hacían sentir cansada y de mal humor. No podía verlas, es cierto, pero su presencia en aquellas telas que yo misma había cosido con tanto esmero para mi hija tenían un significado atroz que no me atrevía a confesar ni siquiera al propio Danilo.

Así fue quedando arrumbada en el fondo del closet parte de lo mejor que Eva tenía, muchos de los vestidos que la habían convertido en la empleada más elegante del banco durante varios años consecutivos; el rosa viejo con los festones que la hacían parecer tan juvenil, el crema que estrenó en la fiesta de navidad, el de estopilla azul celeste, el de hilo blanco. En fin, he perdido la cuenta y me desespera pensar en todo el dinero gastado inútilmente. Eva rehusaba volverse a poner una pieza manchada por más que le hablara de mis esfuerzos para arrancarle el sucio indeleble. Con un no sirve para nada la dejaba en mis manos y buscaba otra.

En las mañanas Eva salía para el banco como arreglada para ir a un funeral, vestida de negro de pies a cabeza. En las escasas noches en que su enamorado la visitaba - las cosas no marchaban bien entre ellos y las posibilidades de noviazgo se evaporaban - lo recibía en bata oscura, con una cara de flamante viuda que se resigna a la fatalidad del destino. A veces me desvelaba esperándola, aunque me telefonara para decirme que iba a trabajar hasta tarde y que su jefe la traería a la casa. Daban las diez, las once y no llegaba, mientras el insomnio y la impaciencia acababan conmigo. Danilo había vuelto a las andadas y pasaba las noches fuera, por suerte. No sé lo que habría hecho si hubiera visto llegar a su hija a medianoche, la niña de sus ojos en el carro de un extraño - por más jefe que fuera -, cerrada en negro como quien viene de un entierro nocturno sin preocuparle el desvelo de sus padres.

Me había prometido encontrar la causa de lo que condenaba a mi hija a la monotonía de las tonalidades lúgubres y a mí me mantenía en ascuas, sin deseo de

ocuparme de otra cosa que no fueran las malditas manchas. Un día aproveché que Eva saliera para el banco y me puse a revisar el ropero. Prácticamente lo desmantelé. Apilé los zapatos en medio del aposento, colgué los cinturones detrás de una puerta, saqué las cajas de cosméticos, los collares y chucherías que Eva conserva desde que estaba en el colegio y luego, con sumo cuidado, una por una, inspeccioné cada pieza sin hallar nada fuera de lo común, excepto el olor de tiempo muerto de la ropa apiñada en la oscuridad de los armarios, rastros de polvo y alguna telaraña en los espacios poco visitados por la escoba. Después, para asegurarme de que hacía las cosas como es debido, busqué huellas de alimañas, pintura derramada o filtraciones. Pasé varias horas descomponiendo para volver a ordenar las cosas tal como las había encontrado.

No negaré que mi desencanto fue menos intenso que mi intranquilidad. Me pregunté en que pararía la insistencia de Eva en ver manchas irreales y cómo terminaría yo con mi estúpido afán de convencerme de que estaba equivocada y ella tenía razón.

Casi sin que yo lo notara - estaba tan ofuscada en esos días - Eva comenzó a modificar su conducta. Al principio fueron las tardanzas, la dificultad en llegar al banco temprano como lo había hecho desde que la contrataron. Se mostraba remolona, no quería levantarse, decía que ya no tengo qué ponerme, siempre voy con lo mismo y todo el mundo me mira y me critica casi en mis narices. Le costaba un trabajo enorme ponerse presentable, desayunar y estar lista a las siete y media. Mi hija perdía el amor propio y, sin hacer nada para sobreponerse, dejaba que la apatía la consumiera. Me alarmó que comiera tan poco, apenas tocaba sus platos favoritos, hacía un mohín de asquillo y se levantaba de la mesa sin decir ni pío. Estaba flaca y pálida, parecía una gata tuberculosa, la ropa empezó a quedarle grande. Un día le sugerí vamos al médico y me miró como si yo estuviera loca.

- Es el trabajo, mami, tengo demasiadas presiones en el banco.

No sabía si creerle y dejarla tranquila - sé lo que es eso de trabajar y estudiar al mismo tiempo -, o si debía forzarla a consultar cuanto antes. Por desgracia nunca he sido de esas madres muy protectoras y dejé que Eva continuara pendiente abajo, asombrada de su escaso rendimiento en los estudios y la oficina, angustiada por su flacura y negligencia.

- Voy a retirar el semestre, mami.

La frase me cayó como una pedrada. No podía aceptar que Eva abandonara sus estudios sin tratar de impedirlo. Intenté convencerla de que debía continuar hasta conseguir el título y le señalé lo importante que era para su trabajo en el banco. Eva me miró apenada, no por el vestido manchado que estrujaba en silencio = ya estábamos acostumbradas a este tipo de situaciones y nos lucía la cosa más normal del mundo -, sino por mi tenacidad en alimentar un sueño que ya parecía no tener mucho sentido para ella.

Mi última batalla en favor de Eva la libré con el pie en el pedal de mi máquina de coser, haciendo vestidos nuevos para reanimar a mi hija y devolverle la confianza en sí misma. Como Danilo había abandonado temporalmente el hogar sin dar explicaciones - estaba con su mujercita otra vez -, Eva se trasladó a mi cuarto. Allí pusimos su ropa nueva, y mi terca e incurable ingenuidad me hizo creer que las cosas serían distintas a partir de ese día. También yo estaba demacrada y parecía más vieja de la cuenta, con mis canas alborotadas, como quien no tiene tiempo ni de peinarse. La ilusión duró poco. Las manchas seguían apareciendo en la ropa de Eva, que comenzó a hacer crisis de llanto. Gritaba tan fuerte que tenía que darle un sedante para que se tranquilizara. Por la noche no quería recibir a su pretendiente y yo tenía que excusarla con algún pretexto intragable. El muchacho venía cada vez menos; algunos días llamaba por teléfono para preguntar si podía visitarla y al final se cansó y no hemos vuelto a saber de él. En cambio, el jefe de Eva estaba cada vez más pendiente de ella, le mandaba flores por cualquier motivo, se preocupaba si llegaba

tarde o no iba al banco y seguía trayéndola a casa cuando trabajaban en la noche. Yo confiaba en que él pudiera ayudarla a justificar tantas ausencias en la oficina.

Anteanoche me dormí temprano, agotada de tanto vaivén en la casa. Eva se aprovechó y volvió a su cuarto sin que yo me diera cuenta. Cuando desperté me sorprendió ver su cama tendida y creí que estaría en el baño. Al no hallarla me puse a buscarla por toda la casa. La encontré en su aposento, acostada, temblorosa, con fiebre, sin querer decirme lo que le ocurría. Cada vez que le preguntaba si tenía algún dolor contraía la cara, se refugiaba en la almohada. No era que no quisiera levantarse para ir al banco, sino que la debilidad se lo impedía. Hablé de llamar al médico de la familia y comencé a marcar su número. Eva me agarró la mano y entre gritos me rogó que no la torturara más. Al incorporarse vi la mancha, una detestable mancha roja en la sábana y la bata de mi hija. Comprendí que no era una fantasía: mis ojos y mi nariz no podían engañarme. Sentí un escalofrío, un malestar interior que superaba al de mi hija. Me sentí traicionada y me descé la muerte. En ese momento, al ver la sangre en la blanca tela de la sábana y en la bata de Eva comprendí tantas cosas que hubiera preferido estar bajo tierra antes que tener que presenciar algo semejante, lo que con horror mis ojos veían. Sin decirle nada, sin reproches, empujada por el chispazo, fui al baño en busca de otras pruebas, de otras huellas que no me dejaran ningún resquicio de duda. Eva gemía bajo la almohada, como una niña indefensa, tal vez con miedo de lo que yo pudiera hacer. Pero a fin de cuentas es mi hija y pensé que no me quedaba otra salida que seguir borrando manchas como siempre lo había hecho, en la complicidad del silencio.

Ayudé a mi hija a levantarse y cambiarse la ropa interior y la bata. Le puse sábanas limpias a la cama, lavé las sucias y luego, con toda la calma del mundo le dije a Eva que iríamos al médico aunque tuviera que llevarla amarrada. Ella comprendió que hablaba en serio.

El doctor confirmó la pérdida y nos dio un certificado para que Eva se quede unos días en la casa. Nunca me había sentido más desamparada y absurda, con deseos

de llorar, de gritar con todas mis fuerzas, pero me contuve. No sabía qué decirle al doctor, ni imaginaba qué pensaría él, que me conoce desde hace muchísimos años. Antes de salir del consultorio, el médico me miró compadecido, trató de darme aliento y dijo no se preocupe, cuídela bien que ella se va a mejorar pronto. Eva permaneció callada, como si la cosa no fuera con ella. Estaba embobada. Sabía que había echado por la borda nuestros esfuerzos, pero estoy segura de que no podía sentirse más miserable que yo.

Las mujeres que estaban en la sala de espera se quedaron mirándonos. Debíamos parecer dos brujas, una vieja y llena de canas, sin deseos de vivir; la otra joven, flaca, pálida, con las entrañas destrozadas, con una vida por delante, ya arruinada.

Hoy llegó un ramo de rosas que envió el jefe de Eva. Primero intenté echarlas a la basura, pero luego pensé que eso no remediaba la situación. Las he puesto en un bonito florero sobre una mesita redonda en el centro de la habitación de Eva - adonde ha regresado sin decir palabra - para alegrar un poco el ambiente. Danilo también volvió al enterarse de que su hija estaba enferma. Parece un perrito apaleado, hablando suave y disculpándose por cualquier cosa. Todavía no me he dignado a mirarlo, pero es cuestión de tiempo, porque en resumidas cuentas también él tiene derecho a vivir aquí y sus flaquezas no son peores que las nuestras.

Desde anteayer he perdido el interés en la vida. Siento una especie de vacío que no puedo definir. Parece haberseme roto algo adentro, ando como una idiota, haciendo las cosas mecánicamente, sin voluntad. Casi me olvido de mí misma si no fuera porque esta mañana, al abrir mi closet en busca de un vestido nuevo que hace unos días le terminé a Eva -una sorpresa que ahora considero inútil-, descubrí una mancha roja, una infame mancha en el corpiño, que me ha convencido de que Eva siempre tuvo razón, desde el principio. Sí, yo estaba ciega, pero ahora puedo ver la mancha, una mancha tan real y palpable como la vida misma.

OTTO OSCAR MILANESSES

EN:

AVENIDA SOLEDAD Y NOCHE DE CALLEJAS

Eres un niño malo, malo! Cometes tus picardías casi sin proponértelo. No quieres causar daño. Pero sientes placer haciéndolo.

Mamá tenía razón. Siempre tuvo razón. Ya no nacemos personas como ella...

Vivimos un tiempo en el que todos caminamos exentos de razones, de motivos. ¡Pobre mamá! Existiendo para mortificarse aplastada por los disgustos. ¿Para qué vives, vieja? Quizá para convertirte en un ácido susurro eruptado en mis recuerdos.

- Dios se apiade de ti, hijo. - Murmuras usualmente abatida, contrariada. - Me matas. Acabas con mi desmalazada salud, pero me recordarás mientras vivas.

Y te recuerdo, mamá, mientras vivo. Eso hago: vivir. Para ser y sentirse alentado penosamente a diario, precisamos ubicarnos, mamá. En el frío y mugroso apartamento del Bronx que compartíamos, en el trabajo o en la cárcel. ¿La cárcel? He ahí un

lugar donde jamás habría querido pisar, y sin embargo sospecho ciertas atracciones esquivas e inconfesables a mi alma.

Estoy fumando en una esquina porque me sentí solo; porque no tengo a donde ir; porque también en las esquinas se vive, mamá. No me animaría a explicártelo. Tú no sabes oler más existencia que la respirada en la cocina o la emanada de las obligaciones cotidianas. Estás donde se requiere. Fielmente ubicada a los deberes, donde tú eliges. A mí me sitúa el destino. ¿Existe el destino? No lo sé. Prefiero decirte: me coloca la vida. Estoy aquí fumando porque no tengo otras ocupaciones. Exáctamente, mamá, en esta esquina. ¿Por qué en ésta? Luego estaré preguntándome y preguntándomelo. ¿Por qué allí? Si sobran millares de solitarias esquinas en New York.

Estoy destinado a vivir recordándote.

- ¡Ay, hijo, pareces atraído por los lugares donde no debes estar!

¡Sí, mamá! Mi presencia siempre ha sido inevitable. He tenido que detenerme aquí, dolerme aletargado de vivencias. Rememorar. Divagar, mirando los últimos esfuerzos claros de tarde nostálgica. Y verla venir a ella, por entre las corredizas nubes grises del cigarrillo. Andaba sola y taconeándose con estrépito, llevaba las manos ocupadas de paquetes. Así, vista de ojeada, te juro, mamá, no me interesó. Su baja complexión parecía salpicada de treinta vulgares años de mucama. Pensé: obviamente el calor de agosto la retuvo en algún restaurante consumiendo una cerveza. Ahora en la calle, medio embalada, medio sorprendida de la soledad impuesta por el cierre de las tiendas, ensaya un ligero trote ridículo. No estuve interesado... ¡En este momento sí, mamá! Ella me descubrió. Debíó continuar su marcha con naturalidad, pasar frente a mis narices y esfumarse doblando la esquina o aguardar el walk ordenativo del semáforo. ¡Pero no! Cuando te dije que me vio, respingó involuntariamente y se detuvo. Visiblemente indecisa, torpe, se lanzó a la calle buscando la otra calzada.

Tú me conoces, mamá. Sabrás, me he sentido lastimado. Esas creen asesinos, estupradores, bestias, al primer hombre divisado en la soledad de una calle. No he querido seguirla. Luego tu gimotearás desaprobando mudamente con la cabeza. Te rasgarás el vestido escupiendo y golpeándote el pecho - adivino verte hacerlo, mamá - Pero debes creerme, originalmente no estuve animado a perseguirla, y ya persiguiéndola - porque ahora voy tras ella, mamá -, arrojando ante mí y pisando la colilla del cigarrillo, sólo pensaba asustarla.

Al verme caminar hacia ella se ha devuelto. Es pusilánime. Estuvimos andando dos o tres bloques, separados a prudente distancia; sus sobresaltos me ponían raro, nervioso. Ahora inicia un trotecillo aún más ligero. De vez en cuando me envergüenzan sus furtivas miradas de soslayo. La excitación hinca sus dientes todo mi cuerpo... No es por ella, no podría, no la creo capaz de excitar a nadie. Mi excitación proviene de su miedo, mamá. La horroriza la resonancia de mis pisadas por las desoladas arterias comerciales. Ha torcido a la derecha, antes de perderla de vista a punto estuvo de gritar cuando me oyó toser.

Correrás a prosternarte, a rogar misericordia. A no estar para nadie de nuevo, mamá, recogíendote en tus habitaciones con una terca irresignación de duelos recientes. Pensarás: "¿Por qué no detuviste tus pasos en la esquina? Pudiste serenarte mirándola irse mientras fumabas, hijo".

¡Crémelo, mamá, eso hago! La miro irse. Luego camino sin torcer jamás una cuadra... Y ahí viene ella. ¡Ya ves, mamá, es una imbécil! Le brindé oportunidad para distanciarse, caminar rectamente por la calle donde la dejé marchar, virar cinco o seis manzanas más allá. Hizo todo lo contrario. Debe vivir en la calle paralela a ésta - donde nos hemos visto -. Por eso nos hemos tropezado nuevamente, tiene que cruzarla por cualquier intersección para llegar a su casa.

Otra vez me ha visto y se ha puesto a correr. Oigo sus jadeos, porque también, mamá, voy corriendo. Soy más rápido que ella; además no la ayudan los zapatos de

tacones. Aminoro la marcha, aún pienso ofrecerle una última ocasión para escapar. La estúpida, llegando a la bocacalle se desembarazó de los paquetes y eligió torcer a la izquierda. ¿Ves, mamá? A la izquierda; ¡Precisamente por donde no existe salida!

Estoy doblando a la izquierda. Metiéndome en el callejón, comprometido a efectuar lo inevitable. Oscura, muy oscura la noche amansaba mis bufidos. Luego, mamá..., acostumbrado a la oscuridad no la he divisado por ningún lado. Debajo de las escaleras de incendio tropecé con uno de sus zapatos. Ascendí con la mirada lenta e incrédulamente hasta la única ventana abierta.

Me he sentido triste, mamá, y súbitamente agotado, cuando desanduve mis pasos la vida escupíame retadoramente al rostro. Todavía lo repensé varias veces en el bar de Joe, mientras apuraba una cerveza. Me decidí. Todo el trayecto lo recorrí sin prisas, ella estaría acurrucada en cualquier rincón del apartamento imaginando que sus habitantes habíanse ido de Week-end. Deliberadamente hice crujir los viejos peldaños de madera, y extraje ruidosamente las llaves de mis bolsillos. Al otro lado de la puerta las penumbras adueñáronse de un rumoroso corazón de mujer.

BONAPARTE GAUTREAUX PIÑEYRO

EN:

ESA MALDITA FILA*

Aquí estoy, en una maldita fila para entrar al cine sin ni siquiera saber qué película van a dar. Pero esa es la vida. Y lo peor es que me parece que el sonido de la sirena del carro de la radiopatrulla... Porque lo sigo oyendo. No sé si es que quien tiene hechas... Pero sí, lo oigo. Lo oigo y no voy a mirar hacia atrás como este pendejo que tengo delante, aquí mismo, ahora, frente a mí, volteando como un idiota, levantando el cuello y queriendo mirar sobre las cabezas de la cola de gente que espera para comprar la taquilla.

- ¿Qué pasa?

(*) Este cuento está ambientado en el segundo periodo de mandato del doctor Joaquín Balaguer llamado "LOS DOCE AÑOS" o "EL BALAGUERATO" (1966-1978), el cual se caracterizó por el terrorismo "comunista", el crimen de Estado y la persecución anticomunista.

Me quedo callado. El tipo me pregunta. ¿Será que se dio cuenta? Estoy sudando. Sudando y saco el pañuelo. Pero... este pañuelo si está mojado y sucio. Mejor lo guardo. Se va a dar cuenta más pronto que...

- ¿Qué pasa?... ¿Son los bomberos?...

No contesto. Me seco el sudor. Debe ser el carro de la radiopatrulla. ¡Qué bomberos del carajo! La policía. La policía que busca a la gente que colocó la bomba... Y yo no se cómo vine a parar aquí. Precisamente a atascarme aquí en una cola para entrar a un cine sin ni siquiera saber cuál película darán. Y lo peor es que el tipo ese sigue de curioso queriendo saber qué diablos pasa. Como si fuera a resolver algo. Y la maldita fila esta como que no avanza. Y la sirena del radiopatrulla y el sonido de la bomba y yo que corrí hasta llegar aquí. Y vi gente. Mucha. Mucha gente que caminaba presurosa y pensé que era por lo de la bomba y era esta partida de pendejos, de indiferentes, que venía para el cine. ¿Qué película darán?... ¡Qué sudor! Nadie ha llegado corriendo. Solamente yo. Esa maldita bomba. Fue el reloj. Se lo dije a Fernando. Se lo dije que el reloj estaba malo, que mejor era una molotov, cualquiera otra vaina. Pero ese carajo es un ceremonioso y contestó que no. Y aquí estoy sin saber qué diablos pasó ni si me vieron o si serán capaces de reconocirme. Porque lo peor de todo es que esos cabrones de la radiopatrulla se aparecieron en el momento mismo en que alejaba y la bomba explotó antes de tiempo.

La sirena se acerca y la fila parece que no avanza aunque ya estamos más cerca de la puerta del cine y no me atrevo a mirar hacia atrás porque el sonido de la sirena se apagó con el chirrido de las ruedas del carro y el tipo que está delante de mí se convenció de que no eran los bomberos.

- Era la policía, comentó.

¡Ya llegaron... Me jodí! De esta no me salva ni el médico chino. Ahora sí estoy sudando de miedo. Me habían dicho que uno sentía un frío adentro. Un frío

indefinible. Que la cara se le llenaba a uno de sudor. Y del frío se pasa al calor y al "no me muevo a ver si me hago invisible".

La fila avanzó. ¡Coño, me salvé! De seguro que ahora comienzan a ver de cerca la cara de la gente. Así tratarán de determinar quién está nervioso. Lo hacen con la intención de que uno se ponga nervioso y grite algo o se denuncie de alguna otra manera, como ocurre en las películas. Y yo aquí, parado, haciendo cola a la puerta de un maldito cine y recordándome de cómo cogen a la gente en las películas. Pero ni siquiera sé qué película van a dar. Lo importante para mí es comprar la taquilla y entrar. Entrar y sentarme quieto en mi silla a ver si no me ven. ¡Carajo, la fila no avanza! Ahora soy yo quien trato de avanzar pasando delante de quienes llegaren primero que yo. Y el primero en protestar es el pendejo éste que está delante de mí. Pienso que cualquiera le da un tablazo y se arma la vaina y en el corre-corre me puedo meter en el cine y salir por la puerta de incendio. Pero no... No puedo hacerlo. Se darían cuenta los policías y me seguirían y...

- Avance, joven...

¡Ahora sí fue! Resulta que estoy pendejeando en la fila. ¿Qué destrozos habrá causado la bomba? Bueno, lo importante es entrar. Entrar al cine y que la luz esté apagada y la película sea larga y aburrida y la gente comience a salir. Así yo también me largo de aquí y... ¿Y este policía? Acaba de pasar por mi lado y seguro que va a ver la cara de los que entran. ¡Sí. Ahí está! Se colocó al lado del que recoge las taquillas en la entrada... ¡Que vaina! Me voy a salir de la fila para comprar cigarrillos y... ¡Coño, ahora hay tres atrás! Saben que soy yo. De seguro que sí. Lo saben. Están jugando como al gato y al ratón. Eso es lo que hacen. Ellos son los gatos y yo el ratón. Un ratón metido en la jodida fila de espera para comprar la taquilla en un cine donde no sabe ni siquiera qué película van a dar. Y eso no es lo peor, sino que tengo un bulto. Un bulto lleno de libros. Imagino la cara del policía cuando me vea. De inmediato pensará: éste es. Estudiante, con un bulto y pusieron una bomba hace un rato... Un

bulto. ¡Cómo si no fuera poco lo que estoy pasando y ahora debo acercarme al policía que está en la puerta con un bulto, con un bulto y esta cara de estudiante de ingeniería! Sólo está vacío el espacio donde tenía la bomba. Y por eso dejé la pistola. Los hombres deben morir como hombres. Si tú me tiras yo también debo tener un arma para responder. Pero somos como la gatita de María Ramos, "ponemos la bomba y queremos salvarnos", digo, "que tira la piedra y esconde la mano". Pero se lo dije a Fernando, que estas acciones hay que hacerlas desde un carro.

- Una, por favor.

¿Habrá sonado temblorosa la voz? Ya nada importa... Hay que seguir adelante. Pero lo mejor es que me agarren aquí. Aquí donde hay gente. Así les será más difícil caermme a tiros y decir que me rebelé.

- Abre el bulto. Hay informes de que van a poner una bomba aquí en el cine. ¿No oyó el estruendo de hace un momento?

- No sabía nada, agente...

FIN

IVAN GARCIA

EN:

VIVIR ES BUENA RAZON *

Detrás de las alambradas hay una calle vacía, inmóvil; donde ni siquiera los árboles dan señal de vida. Se sabe que detrás de troncos, arbustos, en ventanas, puertas y azoteas hay vigilancia callada; pero sólo rezuma la atención concentrada y el temor y el odio, y sobre todo la incertidumbre, haciendo el aire espeso; sólido, como si justo allí estuviera el umbral del mal augurio.

- ¡No sé por qué acepté hacer esto!

- ¿Tienes miedo?

(*) Este cuento está ambientado en el lapso de tiempo que duró La Segunda Intervención Armada a la República Dominicana por los Estados Unidos de Norteamérica en el 1965.

Don Pedro lo mira con una carga de sonrojada ofensa que podría indicar el recomienzo de una muy antigua contienda; pero el viejo se desarma al reconocer la sonrisa bromista de su hijo.

- No le viene bien a mis años, eso es todo.

La expresión alegre de los ojos de Néstor se le borra tan pronto vuelve a mirar hacia adelante. Sólo hace unos días; apenas unas horas, que los soldados invasores establecieron el cerco en este sector y ya la gente parece acostumbrarse a su chequeo. Allá van cruzando la arbitraria división, como ganado, mientras en el Norte todavía se trata de impedir tan triste consumación.

- No es cuestión de edad, papá.

Néstor cuenta los autos que serán revisados antes del de su padre; faltan cinco.

- Yo esto lo veía venir. Desde hace tiempo me dije: "terminaremos intervenidos por los norteamericanos". Y no es que esté de acuerdo, claro que no. Pero es algo que nos merecemos. Cada día demostramos que somos incapaces de autogobernarnos. Es algo lamentable, pero no es más que una consecuencia directa de nuestro comportamiento: que en la Universidad quieren una hora menos de clases; allá van a tirarse piedras y hasta a disparar. Que se rumora que los comerciantes no van a dar doble sueldo en estas navidades; huelga general, más piedras, más disparos. Que ponen un gobierno, que lo tumbamos y que para no perder la costumbre tumbamos también a éste que pusimos... y...

La bocina de un auto detrás de ellos les indica que hay que moverse un puesto hacia adelante. Don Pedro enciende trabajosamente el auto y lo deja rodar unos cuantos pies, luego lo apaga.

- Con este camina y párate no les va a quedar gasolina.

- Déjalo prendido, se consume menos.

- No. No sé qué le pasa; le dan unos temblores cuando no está rodando. Desde que me entren unos cuartitos lo voy a llevar a arreglar. El pobre está viejito y...

Néstor mira a su padre que ahora guarda silencio y mueve su cabeza hacia atrás y hacia adelante, lentamente, como afirmando algo que sucede en sus pensamientos.

- ...Nos lo buscamos, hijo; nos lo buscamos. Si no sabemos vivir en armonía...

Un gesto de desprecio le sube al joven como si fuera náusea.

¿Tú crees que los yanquis nos ocupan para lograr nuestra tranquilidad?...

Ha logrado hablar en un ritmo pausado; pero no espera respuesta.

- ...No seas iluso. Es verdad que hubo muchos muertos en los primeros días de la guerra; pero después que ellos han llegado se duplicaron. Y esto no me lo contó nadie, lo he visto yo.

- No he dicho que...

- Si tenemos guerra es porque los norteamericanos la buscaron, papá. El golpe de Estado que tumbó al primer presidente constitucional que tuvimos en que sé yo cuántas docenas de años, fue propiciado y pagado por ellos.

- Lo sé...

- Nosotros no queríamos comenzar con esto. No pienses que nos gusta este matadero que cada día pasa a ser algo más y más inútil; pero qué otro camino nos quedaba. No somos muñecos, somos seres humanos y tenemos derechos...

Nuevo bocinazo del de atrás, nuevo encendido...

- ... Entre esos derechos está el de elegir los gobernantes que pensamos nos convienen; los que pueden ayudarnos a salir de este caos en que nos encontramos... Pero eso es sólo una parte, hay muchas otras cosas...

El auto, en efecto, tiembla aparatosamente antes de detenerse.

- ¿Ves lo que te dije?... Debe ser el carburador.

- Claudicar esos derechos, papá, es hacernos cómplices. Cómplices de todas las vagabunderías que son en esta tierra nuestra comida diaria. Cómplices de los contrabandos, cómplices de la corrupción administrativa, cómplices de los asesinatos políticos, y de todo lo demás... Y no queremos hacernos cómplices.

Sin proponérselo ni darse cuenta ha acelerado el ritmo y aumentado el volumen de su discurso. Don Pedro mira a los soldados y mira a su hijo con una petición de calma en la mirada. Néstor corresponde.

- ¿Te das cuenta? No podemos expresar nuestros deseos. Si te atreves a decir algo en contra de la situación te meten a culatazos limpios en un aeroplano, y a París, ni siquiera con un mal "sueter", muriéndote de frío. No importa, eres reo de honestidad y eso es lo que te mereces. Claro, tienes otras alternativas: o tragarte tu protesta o volverte loco y despacharte a una montaña para hacer guerrillas. Te morirás de hambre cerca del cielo, u obligarán a los campesinos a que te denuncien. Y cuando te tengan entre sus manos, te llevarán al patio oscuro de una cárcel y después de humillarte y golpearte en una orgía de venganza, te fusilarán. "Murió cuando intentaba asaltar un destacamento", dirán a los periodistas, y san-se-acabó...

Esta vez Don Pedro ha estado atento al movimiento de los autos y sin necesidad de bocinas enciende y adelanta.

- ... Y todo esto sucede con el patrocinio de los yanquis. Claro, así mantienen el silencio que conviene a sus planes. Que nadie ose hablar. Que nadie ponga en peligro sus negocios con la ignorancia y con la impotencia. Eso podría alterar, para su mal, el lujoso beneficio que nos sacan. ¿No lo sabes?... Fueron ellos quienes pusieron a una marioneta en la silla presidencial y como si fuera poco, declararon que si alguien intentaba derrocar a su protegido, estarían aquí antes de las veinticuatro horas para

defenderlo. Pues bien, cumplieron su promesa; con unas cuantas horas de retraso, pero la cumplieron. Por supuesto, tiraron al aire la mentira de que vinieron a proteger la vida de sus nacionales amenazada por la lucha de dos bandos en pugna. Pero hasta los gatos saben en este país, que en este momento no hay un solo norteamericano civil en nuestro territorio. ¿Por qué no se van entonces?... No. Mantienen a tiro de ametralladora el cerco que llaman vía de seguridad hasta el aeropuerto, por donde no pasa ni pasó nunca un norteamericano y por donde sólo pueden transitar los dominicanos que ellos permiten... Lo que quieren es dividir nuestras fuerzas. Esa es la división, no la que tú dices...

Y como para confirmar lo que afirmara, junto al auto que había sido revisado cuidadosamente, pasa el que sigue con sólo enseñar un papelito al soldado por la ventanilla. Néstor trata de reconocer al que está adentro, pero sólo alcanza a ver al "chofer" y a una sombra gorda en el sillón trasero.

- Este debe ser uno de los comerciantes de la calle El Conde. Claro, el país es de los ricos; ellos pueden pasar por donde les da la gana.

Y allí frente a ellos está la figura verde olivo, ametralladora en mano, haciendo moriquetas para indicar que avancen. Don Pedro obedece, y Néstor siente que se le queman las orejas.

- Out... out of the car...

Ha entendido perfectamente, pero una firme e irrefrenable protesta lo mantiene clavado en su asiento. Don Pedro se baja con el rostro congestionado; pero él permanece.

- Out... out...

La puerta es abierta violentamente por el soldado, que ahora lo encañona con rostro furibundo.

- Quiere que te bajes.

- Ya sé lo que quieres.

- No seas loco.

- No me da la gana.

Vuelve a hablar el soldado, y esta vez Néstor no lo entiende, casi ni siquiera lo oye, aún cuando está gritando. Don Pedro, ahora lívido, extiende su mano en un gesto incompleto, casi como si fuera a empujar a su hijo.

- No ganas nada con eso. Te pide de buena forma que salgas del auto.

- ¿De buena forma?... ¿Y por qué me apunta con el aparato ese?

- Déjate de tonterías... por mí...

Y ante esa petición, al muchacho no le queda más remedio que salir. Trata de mirar algo lejano, pero no ve nada que no sean unas estrellitas multicolores que se agitan dentro de sus ojos. Unas manos se le posan en los sobacos y alatean toscas hasta llegar a los tobillos. Luego, por un hombro, le dan vuelta y ahí están las manos en la cintura, y luego, también se le posan en medio de los muslos, apretándole los testículos, y la bajada se repite.

- You may go.

Néstor se deja caer dentro del auto y espera a que su padre haga iniciar la marcha antes de hablar:

- Lo que quieren es humillarnos con su manoseo. Por qué si buscan armas no registraron los baúles o debajo de los sillones... qué sé yo. No, papá, no me digas que nos merecemos esto.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

- ¿Querías entrar la gasolina, verdad? Pues ya está adentro. ¿Qué ganas con jugar al héroe, cuando lo que puedes hacer es entorpecer la misión que te propones?...

Néstor reconoce, sin exteriorizarlo, que en esto su padre tiene razón; pero su actitud no fue algo que se propusiera; simplemente tuvo que actuar así.

- ... Yo tampoco estoy de acuerdo con la ocupación. Me enferma también que esos guardias me toquen y por eso no quiero salir a la calle; pero no te olvides que fue idea tuya que cruzáramos. No?

- Dobla a la izquierda en la otra esquina.

Y al hacer el giro, de inmediato el ambiente cambia. Protegidos por las casas, docenas de hombres y mujeres, en su mayoría armados, despliegan una actividad de hormigas. No hay bullicio. Simplemente se mueven y hablan brevemente al encontrarse. De vez en cuando se escucha una orden, rompiendo la nerviosidad del murmullo.

- Por dónde voy?

- Por allá, hasta el parque.

Don Pedro, quien ha entrado en la Zona Constitucionalista por primera vez desde que comenzó la contienda, disimula su curiosidad y su sorpresa, mientras se mueve lentamente por la corta cuadra que lo separa del parque.

- No podemos hacer nada. Son más fuertes que nosotros. Son mucho más fuertes que la totalidad de nosotros, y como si no nos diéramos cuenta, estamos divididos. Sí, Néstor, otra vez te lo digo: esta es la división, la nuestra. Ellos solamente la han hecho más notoria.

Al llegar a la esquina del parque uno con uniforme les sale al paso, portando una carabina.

Domingo Hernández Contreras

- No se puede pasar, compañeros; zona de seguridad.

- Venimos a traer gasolina, hermano.

- Ah... Esperen un momento.

Se retira trotando a una de las casetas del parque, donde una vez hubo peces, donde se hicieron campeonatos de ajedrez; donde ahora están unas oficinas del Estado Mayor Revolucionario.

- ¿No lo conoces?

- No. Este es uno de los guardias que se pasó a nuestro lado.

- Hombre rana?

- No. Los hombres-ranas se visten de negro.

- Verdad.

El parque ha sido convertido en un verdadero campamento: gran cantidad de alambradas; una que otra casa de campaña; planchas de playwood y listones de madera, cañones, cajas, barriles, letreros que rezan: "no entre", "Zona Constitucionalista", "Libertad o Muerte", "Se prohíbe pasar", y al igual que en la calle, por todas partes, el alegre hormiguelo. Cerca de la avenida hay un grupo de mujeres que se entrenan, realizando ejercicios con fusiles, rifles, tubos y palos, bajo las voces de mando de un joven y atlético militar vestido de negro. No es éste el parque aquel de la infancia, donde tantas veces rodó sus patines y se rasguñó las rodillas; donde tantas veces lloró para quedarse. Piensa Néstor que ahora allí trabaja otra niñez; niñez terrible que crecerá en una humanidad hasta ahora desconocida.

- ¿Cómo vamos a estar unidos, papá?... Ve a decirle a uno de esos ricachos que deben luchar contra los yanquis. Te dirán que han venido a salvar vidas. Naturalmente, ellos no consideran seres humanos a los cientos que son exterminados cada noche,

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

cada día, cada minuto. No son gente; son chusma; son basura. Ellos sí: han aprendido a comer con un montón de cubiertos; saben distinguir la seda del algodón y el armiño del astracán; son útiles; profesionales; profesionales en todo, hasta en la vagancia... Claro; ¿Para qué luchar contra ellos? Piensan que sin su ayuda el país se iría a pique. Ellos prestan el dinero; son una garantía para sus bienes amenazados por estos guerrilleros sudados y hediondos que se entrenan ahí...

- Qué vamos a hacer. Ese es su punto de vista; hay que respetarlo.
- Nosotros tenemos también un punto de vista. ¿Cuál es el tuyo?
- ¿El mío?... ¿Qué importa el mío?
- Sí que importa, papá.
- O.K., compañero.

El hombre de uniforme ha vuelto con un trozo de manguera plástica color verde. Detrás de él dos muchachas y un joven cargados con maltratados envases para aceite y con latas, que depositan alrededor del auto. Don Pedro y su hijo salen a la calle. Néstor toma la llave de mano de su padre y abre el depósito de gasolina. El de uniforme mete uno de los extremos de la manguera por el orificio y succiona por el otro. Escupe al mismo tiempo que introduce el plástico en una lata y comienza el transvase.

- ¿Y cómo están las cosas?
- Esto se acaba pronto, compañero. Todo el pueblo nos apoya. Los yanquis no pueden con nosotros...

El de uniforme lo mira con interés.

- ... ¿Tú habías venido antes por aquí?

Domingo Hernández Contreras

- ¿Por la Zona? Sí.
- No. Digo a dar gasolina.
- Me enteré ahora; no se me había ocurrido que se podía hacer.
- Esos cabrones, como tienen cerrado el puente no la dejan pasar; y sin gasolina no estamos en nada.
- ¿Viene mucha gente a dar?
- Sería mejor que vinieran más. ¿Qué tú sabes de la Zona Norte?
- Nos tienen cercados, igual que aquí abajo. Se inventaron ahora un dizque "operación limpieza".
- Sí, lo sé. Los del CEFA atacan desde fuera y los rubios desde el cinturón.
- Están acabando.
- Qué va, no creas. No pueden.
- Matan a todo el que encuentran: hombres, mujeres, niños.
- Con los niños sí pueden y con algunas mujeres; pero nosotros somos más fuertes.
- Compañero, yo trabajo en la parte norte; son muchos muertos.
- Yanquis también, no sólo dominicanos. Nosotros estamos tirando y nos conocemos la ciudad mejor que ellos.
- Eso es verdad.

Don Pedro, que ha estado mirando nerviosamente la operación, habla por primera vez:

- No nos vayan a dejar sin nada, que tenemos que salir.

Y es una de las muchachas la que responde:

- No sea agarrado, viejo, que nosotros sabemos lo que hacemos.

Don Pedro se pone rojo y parece que fuera a contestarle. Pero el joven, que ahora llena su último recipiente, lo calma:

- Hay que tratar bien al cliente, para que vuelva. Su sonrisa ha sido franca, cara a cara. La de la otra muchacha es más tímida; pero también sincera:

- Tiene suficiente para andar toda la ciudad.

El de uniforme saca la manguera, y sólo después pregunta:

- ¿Ya acabaron, verdad?

Y la joven asiente con la cabeza. Néstor coloca el tapón y le devuelve las llaves a su padre. Luego le da la mano al de uniforme.

- suerte.

- Lo mismo. Y muchas gracias por la gasolina.

- No me las des a mí, fue mi papá quien la trajo.

- Gracias, señor, y que se repita.

- Los dos al mismo tiempo se suben al auto.

- Den la vuelta aquí mismo, que no se puede entrar más para allá.

- Bien.

- Cooperando con la Revolución también se hace Patria.

Don Pedro enciende el auto. Esa última frase ha despertado en él una sonrisa que no llega a ser irónica. Se limpia los labios con la lengua y sin mirar a los lados, lentamente como entró, toma el camino de vuelta.

- Vamos a dar un paseo por la ciudad.

- ¿Y si se acaba el combustible?

- No nos van a dejar parados.

- No quiero estar adentro cuando suceda lo peor. Va a ser imposible salir. Acabarán con todos....

Y sin embargo, don Pedro hace girar el auto hacia el centro de la ciudad.

- ... No debiste decir lo de la gasolina.

- ¿Por qué no? Era tuya.

- Pero fue tu idea.

Hay poca gente; pero si no se mirara con atención la situación podría parecer normal. Sólo los muchachos armados hacen recordar la presencia de la guerra... Ni don Pedro ni Néstor hablan a lo largo de dos cuadras. Luego:

- Y bien, papá, ¿Cuál es tu punto de vista?

Don Pedro, dando señal de que también pensaba en lo mismo, responde sin vacilar:

- Estoy en contra de la ocupación yanqui, ya te lo dije.

Pero ese no es el problema. Insisto en que si hubiéramos aprendido a respetar nuestros puntos de vista, otra cosa hubiera sido; nunca hubiera comenzado esta guerra y los norteamericanos no hubieran desembarcado. Pero, ustedes, la juventud...

- ¿No respetamos los puntos de vista de los demás, verdad, papá?... Puede que no; pero si no lo hacemos es porque nos han obligado a actuar así. Apenas nacidos nosotros ya ustedes planeaban la forma de oponerse a los puntos de vista que pudiéramos tener.

- No hables tonterías.

- No son tonterías. Cuando aprendimos a hablar, ya ustedes nos habían endilgado un orden social como un dogma. "Es un pecado dudar de él. No importa que en ese mundo que ustedes nos dejan por herencia el hombre decente esté condenado al fracaso irremediamente. Ese es el mundo de ustedes, y sólo porque es de ustedes es bueno. No se conforman con fracasar ustedes, quieren que también fracasemos nosotros. Es más que una cuestión de puntos de vista, papá. Es una cuestión de futuro. Del nuestro, del de nuestros hijos y nietos. Es una cuestión que concierne a toda la humanidad. Si tú quieres, ése es nuestro punto de vista. Y ese punto de vista en ningún momento ha sido respetado. Nuestros principios y nuestra pureza están obligados a uncirse como estúpidos bueyes a la mancornia. Sólo porque a ustedes se les antoja. Quieren que sigamos respetando los puntos de vista de los demás, como los respetaron ustedes, y no se han detenido a pensar en qué consiste ese punto de vista. Eso que quieren reducir a un simple punto de vista...

En la calle principal es más obvia la anormalidad: muchos de los negocios tienen sus puertas de seguridad cerradas y aún los que están trabajando solamente están medio abiertos. Casi no hay gente que compra. Hay varios vehículos verde olivo. La gente camina de prisa. Flota de nuevo el aire de incertidumbre.

- ¿Papá... Tú estás conforme con lo que eres?

- Bueno... he tenido mis momentos buenos y mis momentos malos. Pero eso...

- Lo que pregunto es si estás conforme con lo que eres.

Don Pedro se muerde los labios, antes de contestar:

- No.

-Fuiste el mejor estudiante de tu promoción. Cuando te graduaste hiciste, a fuerza de duro trabajo, una experiencia que ningún médico de tu época tenía. Si a confiar íbamos en la eficiencia y en la responsabilidad, se presentaba ante ti un futuro promisorio; una vida llena de satisfacciones y halagos. ¿Y qué pasó, papá?... ¿Quién eres ahora?... ¿En qué fallaste?... Eres un medicucho de tercera o cuarta. ¿Por qué?... Porque no sabes ser comerciante. Además de las enfermedades del pulmón te debieron enseñar cuando una vieja histérica se empeña en estar enferma no hay que desilusionarla; hay que darle medicina tras medicina, porque eso significa dinero para el doctor. Debieron enseñarte, además del mecanismo del corazón, que cuando un hombre se está muriendo sin cura, no hay que decírselo a los familiares. No, nunca. Hay que operarlo y operarlo y darle más medicinas y darle esperanzas, porque esas esperanzas significan oro. Debieron enseñarte todas esas cosas; porque la inmoralidad es el salvoconducto en una sociedad que se desmorona... Y tal vez trataron de enseñártelo y tú no quisiste aprenderlas. De haberlo aprendido, hoy estarías en una muy otra condición. Tendrías un auto Mercedes Benz, una residencia, viajarías a Europa... Y yo sentiría unos deseos incontrolables de luchar en tu contra.

De nuevo están en la fila, ahora para salir. Hace más calor. Néstor siente como si la sangre hirviera. Allá están los soldados norteamericanos, y más allá, el tan conocido mundo de la cotidianidad. El mundo que está matando la fe de Néstor. Don Pedro está al borde de las lágrimas.

- ¿Qué se puede hacer?

- Luchar.

- ¿Luchar?... ¿Cómo?... ¿En contra de quién?

- Ahora se está luchando, papá.

- ¿En contra de los yanquis?

- En contra de la putrefacción.

- ¿Crees que van a ganar?

- Se está luchando, simplemente.

- Pero eso no tiene sentido.

- ¿Tiene sentido acaso tu insistencia en ser profesionalmente honrado?... No, no lo tiene. Y sin embargo, estoy seguro de que sientes una recóndita satisfacción por haber actuado bien... Es necesario luchar.

- Los van a matar a todos.

- Sí, lo sé... De todas formas nos van a matar a todos: en las cárceles, en las montañas, de inanición. O nos sacarán del mundo de otra forma más terrible: desarmándonos, castrándonos, convirtiéndonos en sus compinches. Haciéndonos renunciar a esa recóndita satisfacción de ser honesto.

- Yo no he renunciado... Y no me muero de hambre.

- Quién sabe si habría sido mejor que te hubieras muerto de hambre hace mucho tiempo...

Don Pedro deja caer la cabeza sobre el guía que aprieta con ambas manos.

- ... No lo tomes a mal. No quiero decir que...

- Lo has dicho.

- Sí... Creo que resulta preferible estar muerto a darse cuenta de que no hay nada bueno en el mundo. A soportar la convicción de que la honradez es un pecado en nuestra sociedad...

Néstor agarra fuertemente la mano derecha de su padre, y habla con un nudo en la garganta.

- ...Papá. No aceptaré nunca esas cosas. Por eso es necesario luchar. Aunque te sene a locura; solamente así podemos sentirnos realmente vivos. ¿No es una buena razón?...

El avance de los autos es imperceptible. Parece como si no fueran a llegar nunca. Hay varios bocinazos dispersos.

- Nada conseguirán. Te habla la experiencia. Tú me has conocido cuando ya no lucho; pero también luché cuando tenía tus años. No con ametralladora; en esa época no se presentó la ocasión de hacerlo así. Pero luché, a mi manera. En la única manera que nos era posible; con tozudez; negándonos a pervertirnos. ¿Y qué conseguí?... Tú lo dijiste hace un rato. Tienes razón...

Don Pedro saca un pañuelo para secarse el copioso sudor. Luego lo deja sobre el asiento del auto.

- ...No, a mí no me interesa tener dinero... Quería dinero para ti. Siempre soñé con mandarte fuera. Con sacarte de este maldito país. Con mandarte adonde se reconoce el talento y la seriedad... Siempre soñé con salvarte de mi tragedia... ¿Pero, cómo?...

Don Pedro levanta la cabeza, con la mirada perdida.

- Fui un egoísta. Debí hacerlo. Debí hacer dinero a costa de lo que fuera. No tengo derecho a hundirte para salvaguardar mi honor.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

- No digas eso... te lo agradezco, papá.

Y la voz le brota a Néstor entre sollozos:

- ...No sabes cuánto te lo agradezco... Por eso debo luchar... Como un pago... Como un regalo a tí...

Ya no puede hablar más. Traga con dificultad, y rápidamente se baja del auto. No ha pensado en lo que tiene que hacer, simplemente lo hace.

- No sé. Me niego a creer que todo esté perdido, y sin embargo... ¿Por qué te apeas?... ¿Qué haces?...

- ¿Papá, sabes lo más terrible de todo?... Que estás indefenso. No tienes ningún arma para hacer valer tus derechos.

Ambos se miran profundamente, ahora con serenidad. Hay un largo silencio.

- ¿A dónde vas?

- Me quedo.

Néstor cierra la puerta suavemente, como si no quisiera hacerlo.

- ¿En la Zona?... ¿Cómo?...

- Del otro lado estoy seguro, sí. Pero no creo que me guste la seguridad de la perdición.

- Si no sales ahora, después será tarde. Cuando comiencen a disparar de verdad será imposible... Será...

- Lo sé.

Da la vuelta al auto con celeridad y deposita un beso en la mejilla de su padre. Este se toca donde sintió el cálido soplo.

- ¿Sabes que no ganarán?

- Lo sé.

- ¿Sabes que los matarán?

- Lo sé.

- ¿Qué resuelves con eso?

- Quizás nada... Tal vez... sentirme satisfecho todos los días de mi vida... aunque sean pocos.

- Néstor...

Las bocinas de los autos que están detrás resuenan estridentes. Entre la salida y el auto de Don Pedro solamente hay un gran espacio vacío. Es su turno.

- Adiós, papá... Trae más gasolina un día de estos, ya sabes el camino... Así nos podremos ver de nuevo... tal vez...

Y don Pedro dice algo; pero Néstor no alcanza a escucharlo; las bocinas enloquecidas levantan una muralla de sonidos, y él, decididamente, ya ha emprendido el camino hacia las calles vacías. Hacia la incertidumbre.

JOSE ENRIQUE GARCIA

EN:

OFICIO DE OCIOSO

Aquel sobretodo gris que le llegaba más allá de las rodillas, la gorra de doble pico, la misma delgadez y encorvadura de su cuerpo enjuto y esa como siempre calculada curiosidad, le daban ciertamente un aspecto de verdadero detective. Era para mirarse a Lucas: de simple empleado de presupuesto que era pasó a convertirse en leyenda, en una estampa del barrio.

Todo comenzó cuando se dio por leer novelas policíacas en sus horas libres que eran muchas debido a la naturaleza de su trabajo: mensajero interno con un horario de ocho a dos en punto de la tarde. Era persona sin otra obligación que no fuera llevar y traer papeles, buscar la merienda y bajar algunos pisos; eso constituía su quehacer diario desde que se trasladó de un campo del sur del país a este barrio de la capital.

En él no existía ni una madre ni un padre, tampoco hermanos o hijos; tan sólo él con su persona como familia y compañía. En principio leería para matar el tiempo,

luego por necesidad; tarde y noche se las pasaba en su cuarto del tercer piso de la casa de huéspedes de Antonia donde vivió durante estos siete años. Tanto apego cobró por este tipo de lectura que a los dos años, refieren, ya poseía más de doscientos libros, y para éstos él mismo se hizo un estante que con el paso del tiempo resultó insuficiente; así que fue amontonando libros y más libros encima del piso, en la mesita, los rincones y debajo del camastro... El polvo no sólo fue huésped del cuarto, sino también de los forros de los libros que amarillaban y se deshacían entre polillas. En un tiempo relativamente corto, Lucas poseía la mejor biblioteca en literatura policíaca del barrio, y quién sabe si de toda la ciudad.

Por allí desfilaron obras que iban desde el más conspicuo narrador de ficciones hasta el reportero más humilde de crónicas criminológicas. Autores como Ellery Queen, Marcel Porcel, Benecto Serco, Wilke Collins, Frost Bert y Cornelia Cursette no faltaban. Asimismo, Sherlock Holmes, por quien sentía una profunda admiración. Los libros de la inglesa Agatha Christie se podían leer en secuencia, pues no faltaba ninguno, atribuyéndose a Lucas un conocimiento, una compenetración e identificación tan extremados con el estilo de esta autora, que podía, una vez aparecidos todos los personajes de cualquiera de sus novelas, identificar en el acto al ladrón o asesino. También poseía los clásicos, La Carta Robada de Edgar Allan Poe se la sabía de memoria, podía recitarla sin dejar palabra como en el caso de tantas otras similares.

A nadie tenía que rendirle cuentas; su sueldo después de pagar alojamiento y comida, lo gastaba en libros de este género, en ver películas de maffia, de gansters, de misterio. Al regreso del cine, anotaría los acontecimientos más sobresalientes de la cinta, especialmente lo relativo a recursos empleados por el héroe para resolver el caso. El barrio se hizo eco de la manía de Lucas. Los muchachos, cuando regresaba del trabajo o se dirigía, de nochecita, a la fonda de Felicia, a realizar su única comida fuerte del día, lo perseguían coreando: "Lucas el policía", "Lucas el detective"; pero él a estos calificativos no hacía el menor caso porque al parecer ya bordeaba otros

senderos diferentes a los de su minúscula vida de empleado público. Lucas se adentraba en las complejas peligrosidades de la investigación.

Había culminado la etapa que consciente o inconscientemente inició en años anteriores; ahora se imponía la práctica. Este paso, dudo todavía que lo diera a conciencia, pues los hechos no arrojan indicios de responsabilidad consciente, por lo que creo fue arrastrado por las fuerzas extrañas que arrancó del silencio de todas aquellas páginas. Así que cualquier día, de regreso del trabajo, se encerró en su cuarto y creó la desolación que también nosotros padecemos hace un rato; Lucas desempolvó todos los libros, uno a uno los quitó de su sitio, los reunió en grandes pilas y empezó a olvidarlos allí mismo, en su presencia. Sólo dejó a mano unos cinco de ellos, sobre la mesita: una novela de Berth Quayle, otra de Agatha Christie, una de Sir Arthur Conan Doyle - que es como decir de Sherlock Holmes dada la identificación de héroe y escritor que ha establecido la tradición -, una de Simenón y un trabajo de teoría detectivesca: "Claves para descubrir el crimen perfecto" - título contradictorio -, de autor desconocido. Con el dinero ahorrado en los meses que siguieron pudo adquirir el instrumental indispensable, instalar la extensión de teléfono y emprender su carrera de detective.

La casa de huéspedes de Antonia fue su primer centro de operaciones. Por sus investigaciones se supo quién había robado el reloj de Micaela, se supo también que Alejo envenenó el perro de Camuno, de la mala costumbre de Rosita la catequista de mirar a los muchachos cuando se bañaban. Por él se supieron las oscuras interioridades del barrio, como es el caso de las acechanzas nocturnas de Cornelio, el marido de Felicia; chismes de infidelidades masculinas y femeninas y uno que otro robo de poca importancia. Luego, su radio de acción se extendió, así que muchas veces, después de usar el teléfono, Lucas alisaba el sobretodo, se encajaba la gorra y provisto de lupa y paraguas salía sigilosamente, volviendo a deshoras de la noche para olvidarse en pequeños papeles con anotaciones que sólo él entendía. A partir de ese momento la policía llegó a descubrir muchos robos y no menos asesinatos por unas llamadas

telefónicas que interrumpían las madrugadas dando nombres, fechas, lugares... los más mínimos detalles de casos delictivos aún pendientes de solución. La ayuda de estas llamadas fue tan considerable que algunos círculos íntimos de la policía propagaron la afirmación de que el que hacía esas llamadas, fuera delincuente u hombre honrado, era sin lugar a dudas el mejor detective con que contaba la institución.

Pero ni las averiguaciones en el barrio ni mucho menos las correrías nocturnas le bastaron; Lucas amplió su campo de acción hasta el lugar de trabajo. La señora encargada del archivo en la División de Correspondencia fue su primer objetivo, la desnudó entera; supo de sus experiencias sexuales antes del casamiento, de sus periódicas visitas al médico y el porqué de aquellos mareos tan frecuentes. Mi traslado de la sección de Compra y Suministro a la Sección de Transporte fue obra suya. Averiguó en poco tiempo cada una de las vidas pasadas y presentes de los que allí trabajábamos, supo a ciencia cierta quiénes, a más de compartir el trabajo, compartían los cuerpos. Se dio cuenta, sin asombro, que en aquella oficina era mucha la tela que había que cortar; desde el jefe hasta el último empleado. Pero Lucas llegó todavía mucho más allá de estas menudencias; su facilidad de movimiento, la confianza que todos le tenían le sirvieron para adentrarse en áreas aparentemente fuera de su dominio, y gracias a esto alcanzó a determinar lo que había detrás de aquellas cifras alteradas y de los resultados de esas dolosas operaciones; pero también descubrieron que él había descubierto ese secreto.

Por el sobretodo gris, el viejo paraguas, la lupa y un organizado paquete de fichas con gráficos y anotaciones incomprensibles, las gentes del barrio se enteraron de que era él ese cadáver aparecido ayer tarde, en un solar baldío, entre arbustos y basuras y al que habrá que ponerle, me imagino, sobre el vidrio de la caja, para que intente esclarecer el misterio definitivo de su propia muerte, el telegrama de sentido pésame que envió con nosotros, la comitiva de compañeros de trabajo y deudos forzados que hemos venido a la ceremonia de enterramiento, el señor Director de la dependencia

de Presupuesto que, no hace falta decirlo, funcionario de carrera, al fin y al cabo ésta es la hora que todavía no se da por enterado de que el pobre Lucas carecía incluso de una madre, un padre, hermanos e hijos.

JUAN BOSCH

EN:

EL ALGARROBO

El hombre que estaba allá adentro, en el corazón del monte, oía sólo dos cantos: el suyo y el del hacha.

De mañana empezó a tumbar la yaya y a los primeros golpes aletearon los pajaritos. Piaron y se fueron. El hombre, duro, oscuro y desnudo de cintura arriba, los siguió con la vista. Por entre los claros de las hojas había manchas azules.

"Aoé, tolalááá..."

El canto triste del hombre resonaba en el monte. Hasta muy lejos, tropezando con todos los troncos, se regaba el golpe del hacha.

Tres días estuvo él tirando al suelo los árboles que rodeaban el algarrobo; pero no se sentía con fuerzas para picar el algarrobo. Seis hachadores hubieran tardado una semana. Era un árbol grueso hasta lo increíble, majestuoso, alto: el rey del monte.

La tarde sube las lomas desde la tierra llana; después persiste en levante una pintura rojiza. El hombre piensa que el cielo se quema. En el filo de su hacha está también el incendio del cielo.

Todavía canta él. Viene cantando, como si éso le ayudara a caminar. Tras los guayabales, aquí a la izquierda, recoge su humildad el techo del bohío.

El hombre viene cantando, la mano oscura mecida, la otra al mango del hacha. Su mujer no está a la puerta, como siempre.

Estamos acostumbrados al silencio, tan acostumbrados que los pensamientos nos hablan a la vista nada más. Por éso le sorprende al hombre la voz.

- Lico, estoy mala.

Su mujer, que se siente mal. Tiene el vientre esponjado y espera...

Lico piensa en la yegua, en la vaca.

- Cuidado si está cerca - murmura él

Siente que la mujer se mueve y la oye quejarse débilmente.

Lico tiene los ojos abiertos y no vé. Recuerda su vaca joca: un día se fue, despaciosa, los ojos apagados, la barriga hinchada, otro día volvió con su ternerito; lo lamía con una gran ternura, como quien acaricia.

Encuentra una razón y se prende de ella.

- Yo no lo esperaba tan pronto.

La mujer se queja y susurra:

- Pero yo estuve hoy en el río, lavando.

El, esperanzado aún, pregunta:

- ¿Busco a Lola?

Y la mujer dice:

- Bueno.

A la vuelta se fue Lico a la cocina y encendió fuego; se estuvo allí esperando, silencioso y cansado. Veía en sus manos la mancha roja de la llama. Tenía frío y hambre.

La madrugada empezaba a borrar la noche cuando el hombre oyó el quejido sordo; hubo después otra voz, delgadita y fañosa, que parecía llegar del monte cercano.

Ya no se necesitaba la llama en la cocina. Tan lejano como fue posible cantó un gallo. Lico se levantó y salió: quería ver el sol; pero antes que el sol asomó Lola su cara estirada y cenizosa.

- Dentre - dijo, es la misma cara del taita.

Lico vio a su mujer, bajo la sábana roja, con la cabellera como una raíz negra regada en la almohada. Ya no tenía el vientre esponjado y el catre parecía pequeño; junto a la madre había una cabeza menudita, sin nariz definida, sin ojos definidos, sin boca definida: era como una carita de barro gastada por la lluvia.

El hombre quiso reír.

- Lola dice que se parece a mí - comentó.

La mujer le miró, miró al niño, sin moverse, y aprobó en silencio.

El hombre estuvo un rato callado; al fin dijo:

- Yo tengo que dirme a la tumba. No te alevantes que Lola se queda.

Y nada más. De un rincón tomó su hacha. Se detuvo un segundo en la puerta, alzó los ojos y vio el cielo.

Se fue, al hombro el hacha y el sol en el filo. Su hijito tenía color de camino. Llegaría tarde al trabajo.

Pensó:

- Hoy tumbo el algarrobo.

Y el algarrobo era grueso hasta lo increíble, majestuoso, alto: el rey del monte era el algarrobo...

RAMON LACAY POLANCO

EN:

EL HIJO

Le llamaban Miguelito. Sí, Miguel Ricardo. Tenía siete años y los ojos asombrados. Casi no hablaba; en cambio, lo observaba todo. Único hijo, mimado siempre, se dejaba querer, además. Sus padres eran muy grandes y rubios en su imaginación. Jugaba en las piernas del padre, bañábase con él, y con él, también, dormíase cada noche. Más que un deseo era un reglamento el que su padre le arrullara en su camita. Niño hermoso y comprensivo, Miguelito tenía el cabello a la usanza femenina y sus bucles negríssimos eran contraste con su color blanco tiza y con el de los padres que, era, a la vez muy rubio. Le llamaban Miguelito. Y amaba con pasión al padre.

Todos aquellos que visitaran el hogar admiraban su serenidad, su aire de hombrecito. Y él a su vez, halagaba a aquellos que le acariciaban. En su mundo infantil amaba el universo: el oso de pana, el ferrocarril eléctrico, la patineta, y hasta el muñeco de cuerda que movía la cabeza insólitamente y sacaba la lengua roja y larga. Tan sólo Enrique, el doctor amigo de la casa, no penetraba en su mundo. Aquel

doctor, moreno, de cabellos negrísimos y de piel de tiza, era su sombra. Y aunque se le pareciese bastante, le odiaba con pasión de adulto, y cada mimo y cada caricia que él le ofreciera molestaban su sensibilidad. No le importaba que la madre le regañase y le obligase, cada noche, a ofrecerle sus respetos cuando llegaba. A él le producían ansiedad aquellas visitas regulares, siempre en ausencia del padre, y más aún la risa de la madre y las conversaciones íntimas que ambos sostenían en la galería de la casa. Y por eso el doctor no estaba entre sus afectos.

Una vez, cuando la madre estuvo quebrantada y el médico se despidió del padre a la puerta de la casa Miguelito le propinó un puntapié que dejó asombrado a todos, inclusive a él mismo. El no sabía por qué lo había hecho, pero sintió un raro deleite cuando lo hizo, y no le importó el castigo.

El médico volvía cada noche. Tan pronto como el señor del hogar salía, aquel visitante llegaba. Su madre cerciorábase de que el niño jugara en la galería con los muñecos, y volvía a prestar atención al asiduo amigo. Esto le mortificaba. Y una noche en que como de costumbre salió el padre, Miguelito escuchó un diálogo en el interior de una de las habitaciones, se acercó, así como al descuido, y miró por la hendidura de la puerta casi cerrada. Allí estaban su madre y el hombre. Este la tenía en sus brazos, la besaba con frenesí. Ella, casi desfallecida, decía:

- Déjame, estoy vieja... déjame.

Pero se aferraba más al cuello del médico. El le acariciaba el cuerpo. El silencio estaba roto por la respiración fatigosa de ambos. El hombre le preguntó:

- Y él, ¿No se ha dado cuenta, todavía? ¿No ha sospechado nada?

Ella le contestó:

- Es un idiota: no sabe nada.

Miguelito comprendió. Se refería a su padre. ¿Por qué hablaban así de él? Sintió miedo. Algo por dentro se le fue rompiendo. Tuvo ansias de gritar, de salir corriendo. Empero volvió a mirar, pero estaba ciego. Nada quedó apresado en sus pupilas. Tomó el tambor e hizo mucho ruido. Gritó. Pataleó. Se rió con fuerzas. Su madre sorprendida, salió presurosa, arreglándose los cabellos. Un rato después el médico se despidió con respeto, y su figura se perdió en la sombra.

Aquella noche cuando volvió el padre y besó a la madre, como de costumbre, lo llamó, cariñosamente:

- Ven Miguelito, vamos a jugar a los caballos.

El niño, en medio de la sala, no respondió. Bajó la cabeza y colocó sus manitas en la espalda. Insistió de nuevo, el padre, pero el niño contestó:

- Tengo sueño. No quiero jugar.

Ríose el padre de aquella respuesta; ríe con placer a pesar de que lucía cansado. Entonces le tomó del brazo, y pasándole con dulzura la diestra por la frente, díjole:

- Si no quieres jugar te acostaré. Ven a desvestirte.

Pero Miguelito sintió terror y odio nuevamente. Se deshizo de la mano del hombre y buscó refugio en las faldas de ella. Marido y mujer se miraron con asombro. El niño dijo:

- Yo quiero que me duerma mamá.

Ella, con suavidad, trató de deshacerse de sus brazos, y agregó:

- Ya tú estás muy grande, Miguelito. Que lo haga tu papá.

- No, - contestó el niño -, y se aferró con más calor a las piernas de ella. La mujer le miró un instante. El niño le clavó en los suyos su mirada de comprensión. El

hombre, en tanto, estaba mudo. La madre, entonces, le tomó en brazos y le desnudó el cuerpecito. Luego vistióle con el pijama y le colocó tiernamente en el pequeño lecho. Cuando quiso dejarle abrigado, el niño se aferró a su brazo y díjole, en un suspiro:

- Mamá... mamá...

Y su mirada penetró muy hondo. Ella se inclinó sobre su cabecita y le abrazó con amor. El la besó, dulcemente. Entonces preguntó:

- ¿Cuándo viene el doctor, mamá?

La madre sintió un frío especial sacudirle la espalda. Sin embargo dijo:

- El doctor vuelve mañana. Duérmete ya.

El niño siguió aferrado a su cuello, con la cabecita escondida en su nuca. Ella sintió humedecida toda la parte de la oreja y advirtió que Miguelito había llorado. Entonces lo apretó contra su corazón, con miedo de perderlo, y se quedó, también llorando.

SANTIAGO ESTRELLA VELOZ

EN:

UN IDIOTA

El idiota aquel sí que era un tipo extraordinario. Siempre permanecía solo, apartado hasta del perro de la casa. Como sus padres eran ricos, al idiota no le hacía falta nada. Jamás necesitó gastar su mesada de los domingos, pues ni iba al cine, ni a la playa, ni a las carreras de autos de los chicos, aunque algunas veces el idiota pronunciaba un "piii...pii" como si fuese el sonido de la bocina de un carro, que sorprendía a quien lo escuchara.

Cuando un día el idiota se fue al bosque, donde caminó hasta cansarse, comenzaron las preocupaciones. La madre dijo al esposo:

- Nuestro hijo es motivo de angustias: no sale, no va al cine; ni siquiera juega con sus amigos. Sólo le gusta estar en el bosque jugando con los lagartos.

- Es cierto - dijo el hombre - pero debes comprender - que él es un niño tonto; que no es normal.

La conversación siempre quedaba ahí, porque no llegaban a un punto definitivo. La mujer sólo exponía el problema y el padre no le daba mucha importancia.

Transcurrió el tiempo y el idiota cumplió diez y seis años. A pesar de que continuaba igual que antes, a pesar de que nunca se decidió a ir al cine o la playa, o a visitar a sus amigos vecinos, el idiota era un tipo feliz. Sus paseos por el bosque jamás dejaron de efectuarse y esto le regocijaba doblemente, pues para el idiota la mayor felicidad era oír los trinos armoniosos de los pajarillos o ver los lagartos deslizarse con suavidad por el tronco de los árboles.

Un día sucedió algo que cambió por completo la vida del pobre idiota:

La vieja criada, que hasta entonces había trabajado en la casa, se marchó. Su puesto fue ocupado por una hermosa joven, de caderas como calabazos en las aguaderas sobre un burro. Cuando el idiota lo supo trató de recabar su amistad y sonrió estúpidamente. Se dirigió a la cocina y allí encontró a la muchacha, que se sorprendió mucho al ver el idiota babeando, con aquella mirada extraviada y su sonrisa que parecía una mueca. Su impresión fue grande, pues la muchacha sentía asco por los idiotas. Le dijo:

- ¡No te acerques! - Y dio vueltas alrededor de una mesa, como escondiéndose.

Los padres del enajenado no se enteraron del incidente. En realidad, el idiota casi no sabía hablar, y aunque supiera no podría explicar que la nueva criada no le quería y que le tenía asco.

A partir de entonces el idiota dejó de ir al bosque. Sus padres se dieron cuenta de esto y le preguntaron por qué no daba sus paseos acostumbrados, pero el idiota no respondía; sólo movía la cabeza y babeaba, y se mordía las uñas. Ya ni siquiera sonreía como antes, con aquella sonrisa estúpida y lastimosa.

Varios días permaneció el idiota en esa forma. Un día, sin embargo, recogió varias flores silvestres y las llevó a la sirvienta, pero la muchacha reaccionó igual que antes. Esta vez fue más violenta, pues cogió las flores y las tiró al zafacón ante la mirada del idiota, que se marchó apenado.

- Quizás le gusten mis amiguitos, los lagartos, son bonitos - pensó el idiota y sonrió estúpidamente. Entonces fue de nuevo al bosque, buscó un lagarto y se lo mostró a la joven. Pero ella tenía miedo a los lagartos; gritó con horror, le quitó el animalejo de las manos y ¡Paf! Le dio un pisotón.

El idiota se enojó profundamente. Su amiguito Pilín, como llamaba al lagarto, había muerto bajo el pie colérico de la sirvienta. Su enojo aumentó al imaginarse a muchos lagartos preguntándole dónde estaba Pilín, por qué no iba al bosque a cazar insectos junto a sus compañeros. Por un instante el idiota dejó de babear, su mirada dejó de ser extraviada y la sonrisa estúpida desapareció de su boca, como desaparecen las redes de los pescadores en las entrañas del mar.

El cuchillo estaba sobre la mesa. Muchos lagartos desfilaron frente a los ojos encendidos del idiota, que apretaba los dientes con furia en el momento de la acción. A los gritos de la muchacha llegaron los padres del idiota, los jardineros y los demás sirvientes. Pero no pudieron salvarla, pues ella estaba en medio de un charco de sangre, justamente al lado de donde estaba el lagarto inmóvil.

El idiota sonreía estúpidamente, su mirada volvió a ser la misma de antes y, en el rincón oscuro, una pequeña sabandija sacó la cabeza por una hendidura y desapareció entre las sombras del cuarto.

VIRGILIO HOEPELMAN

EN:

EL PERRO DEL HORTELANO

Yo nunca había visto, en mi pecadora vida, tantos libros juntos. Mi amigo Esteban Flores, con devoción que ya quisieran tener los fervorosos de la virgen de la Altagracia, gastaba todo su dinero en obras literarias y de historia, filosofía, etc., de manera que su biblioteca de abogado era tan nutrida como presuntuosa. Digo esto porque se notaba, en el dueño y señor, más interés de coleccionista que pasión de bibliófilo; y porque los libros, grandes y pequeños, caros y baratos, se acumulaban en los estantes con absoluta falta de sentido humanístico.

¿Se imaginan ustedes a Platón junto a Vargas Vila; a Cervantes en compañía de Jardiel Poncela; y a Sófocles junto a los cuentos de Bocaccio? Era una selva de obscura densidad cultural, la serpiente venenosa que con el dulce cordero; o bebiendo en la misma fuente cristalina al rugiente león que al tímido y lujurioso chivo. Bosque rico en esencias y perfumes sulamíticos y en hedores y emanaciones del pantano de Lerna. Hasta escritos pornográficos vi yo junto a los Evangelios, que es lo mismo que

ver, paseando en cordial armonía, al rijoso y vano Casanova y al casto y lírico San Juan de la Cruz.

Flores apenas me quiso escuchar cuando le ofrecí mis servicios gratuitos como bibliotecario transitorio, para clasificarles sus 50 mil libros. Con una sonrisa escéptica de filósofo trasnochado me dijo:

- ¿Para qué, amigo Alcibíades?... Es mejor dejarlos como están, porque... después de todo... ¡No tengo tiempo de leerlos!... Esta profesión mía es esclavizante... Además, todos los libros, para mí, tienen el mismo valor... Tanto me da hojear un manual de psicología que un compendio de historia patria... ¡El caso es matar el tiempo!, ¿Sabes?

- ¿No crees, amigo Esteban, que ya tienes muchas obras y que no vale la pena seguir adquiriendo más?... ¡Si fuera, al menos, para leerlas!

- ¡No creo eso; mientras más libros tengo, más quiero!... ¡Si supieras el gusto que me da sentarme delante de cada estante!, ¡y son más de treinta!, para contemplar mis libros con el mismo placer ¡y aún más! con que un avaro cuenta y mira y acaricia sus monedas de oro... No hay, para mí, un más bello espectáculo que el de las enciclopedias, los manuales, las novelas, los cuentos, las obras de teatro con sus variados tamaños y colores, en sus estantes de caoba, o de metal, como el mejor adorno de mi casa, a la que he tenido que agregarle cinco habitaciones, grandes, porque ya no me queda espacio para más... Sin embargo, tengo el propósito de comprar la casa de enfrente, para alojar esas obras que ves, ahí, en diez cajones.

En efecto, diez cajones de madera, unos encima de los otros, llegaban hasta el techo, en espera de ser vaciados de su precioso contenido, o sea más libros de todos los autores, de todas las materias y de todos los tiempos.

Lo malo del buen Esteban es que ni leía ni dejaba que sus amigos leyeran. "Mis libros - decía, con enfático tono doctoral - ni los regalo ni los vendo". Y entonces, como

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

para que no le dijese egoísta, confesaba que en cierta ocasión, cuando era un muchacho, estudiante del bachillerato, perdió un folleto de 50 páginas por habérselo dado en préstamo a un compañero de curso, y que sólo pudo recuperarlo a los 20 años, cuando el condiscípulo se murió y su hijo mayor se lo ofreció en venta.

- ¿De modo. Esteban, - pregunto con asombro ingenuo- que eso es lo único que has prestado en tu vida, un simple folleto de 50 páginas?

- Sí, fue el único error de mi vida - me contestó con aún mayor ingenuidad. Luego bajó la cabeza, avergonzado, por su "único error" que él estimaba casi imperdonable.

Yo estaba muy triste, porque, lector de cada minuto, se me iban los ojos hacia las doradas, verdes o azules portadas y los gruesos o delgados lomos, en que fulgían, como astros, nombres para mí sagrados, de ayer y de hoy, Plotino, San Agustín, Cervantes, Gracián, Baroja, Lugo, Henríquez Ureña, Cestero... El, dándose cuenta de mi silencio acongojado dijo:

- ¿Qué te pasa, Alcibíades... Te veo hoy callado y melancólico... ¡A lo mejor tienes un principio de gripe!

- No tengo gripe.

- ¿O algún pago urgente y no tienes dinero?

- No tengo deudas.

- ¡Ay, ya sé, hombre! Alguna mujer que te niega su cariño.

- Para mujeres, mi esposa... ¡Que es mujer y media!

- ¿Algún viaje frustrado?

- No tengo ningún viaje pendiente.

- Entonces ¿Qué puede ser?

- Sencillamente, la convicción de que siendo tú dizque mi mejor amigo no me hayas prestado nunca tus libros por esa manía casi enfermiza de tenerlos siempre en sus estantes... Cuando te he pedido alguna obra, aunque sea por dos días, siempre me dices, "ven a mi casa y lee el libro que quieras"... Pero ya sabes que eso no me gusta.

- ¿Y por qué no te gusta?

- Porque en mi casa, serenamente, puedo tomar notas, leer despacio, descansar, meditar... Aquí, en cambio, tengo que ponerte atención, que leer aprisa, que escribir cualquier nota con cierta incomodidad...

Y entonces, con una cara de heroísmo y de tristeza resignada al par, exclamó Esteban:

- contigo voy a hacer una excepción... ¿Qué libro deseas en préstamo?

- Ese ejemplar, valioso y raro, de las obras completas de Mariano Azuela.

- ¿Y quién es ese Mariano Azuela?...

- ¿No sabes, a pesar de tenerlo en tus estantes, que se trata de uno de los novelistas más ilustres del México revolucionario? Su prosa es deliciosa, sutilmente barroca y agudamente intencionada...

- Pues chico, primera noticia...

- ¿Puedes, pues, prestarme esa obra?

- Sí... pero... ¡hasta mañana solamente!... A lo mejor voy a dedicar unos días a leerla... ¿Dices que mexicano?... ¡Es que tiene uno tantas ocupaciones!...

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Sí, me prestó, ¡por fin! las obras completas de Azuela, pero esa misma noche, sonó el teléfono, ¡ring, ring, ring!... "¿Eres tú, Alcibíades... Soy tu amigo Esteban... Es para recordarte que me traigas mañana, aunque sea por la tarde, la obra de... ¿Azuela, no?... ¿Sabes una cosa?... Me da pena ver, en el estante, ese hueco tristón... ¡No te olvides, mañana por la tarde, okey?"...

Yo me indigné tanto con esa avaricia libresca, casi patológica, que salí por la mañana y visité todas las librerías en vano... ¡Pobre América, mal llamada latina! La mayor parte de los libreros eran tan ignorantes como el bibliómano Esteban... Uno de ellos, de cara agria, me preguntó que si Azuela era un geógrafo... Yo, por burlarme, le digo que no, que era un músico granadino... ¡Y el muy bruto me dio las gracias!

Tuve que leer, en pocas horas, algunas de las novelas que no conocía del ilustre escritor azteca... Por la tarde, un tanto fastidiado del excelente amigo mío y enemigo de la lectura, pero hambriento y sediento, ¡cada día más!, de libros, libros y más libros, le devolví su obra y él rompió, con grosero entusiasmo, un sucio papelito en que había apuntado el título y mi nombre... Luego me ofreció otro libro, pero por espacio de diez horas solamente. "¿Sabes? - me confesó - es que dan pena los estantes con huecos... Me recuerdan las dentaduras con dientes menos... ¿Verdad que tengo razón al ser así con mis pobres libros?"

Yo, indignado con ese majadero, que compraba los libros para contemplarlos, vanidosamente, pero no para aprovechar sus enseñanzas de todo género, no pude contenerme y le dije:

- ¡Esteban, eres como el perro del hortelano, ni comes ni dejas comer!...

- ¿Qué obra es ésa?... ¿Dónde puedo adquirirla?... ¡Por favor, dime dónde venden lo que supongo es una novela muy buena, "el perro del hortelano"!... Quiero tenerla en mis estantes, pero ¡ya!!...

HILMA CONTRERAS

EN:

EL CUMPLEAÑOS DE VITALINA

A la una del día el sol tropical castiga duro. Todo reverbera, y cuando se regresa del trabajo con el disgusto de la oficina en el corazón se agudiza la sensación de polvo y de cansancio vital. En la esquina de su calle, casi siempre, esperaba a Vitalina el saludo del farmacéutico con su blusa inmaculada, su cara lampiña y un punto de oro en la sonrisa. Ganas le daban a veces de rodear la manzana para eludir el encuentro invariable y aburrido, pero la maniobra significaba retrasar de diez a doce minutos el alivio de hallarse en el recogimiento del hogar. Y eso era inaplazable. Buenas tardes... Parece que hace más calor que nunca... ¿Qué tal le ha ido el trabajo hoy? Contestaba cualquier cosa, y mientras él terminaba de cerrar su farmacia para la pausa del almuerzo, Vitalina echaba mano de su último aliento para subir las escaleras hasta su piso. Abría, daba media vuelta, corría los cerrojos y empieza a desvestirse aún antes de llegar a su dormitorio. Desnuda de pies a cabeza se desperezaba mugiendo, sacándose del cuerpo y del alma con ese esfuerzo toda la vulgaridad de una mañana de oficina.

Vivía sola, sin criada, en un apartamento situado más alto que los demás del vecindario, lo que le permitía trajinar libremente al abrigo de las miradas indiscretas. Valía la pena trepar hasta la cuarta planta para recibir la recompensa de una privacidad absoluta. Completaba la desinfección una buena ducha fría, de la que salía modulando muy quedo alguna vieja canción. Después vestía unos shorts, pero se quedaba descalza.

En el tercer piso entró Nicomedo. Era su vecino desde hacía muchos meses pero Vitalina no le conocía la cara. No le importaba. Evitaba el acercamiento a los vecinos, los distanciaba fríamente para que ninguno se le ocurriera subir a molestarla, a empañar la diafanidad que le proporcionaba su dulce y añorante soledad.

Su pequeño apartamento era una isla de paz en la ciudad intrigante. Debía de inspirar recelo y curiosidad, quizás hostilidad en los más amigos de mirar por el ojo de la cerradura de las vidas ajenas.

El teléfono sonó cuando hacía el ademán de descolgarlo a fin de asegurar aún más su aislamiento. Pensó en una posible equivocación o una llamada insolente de alguna muchacha ociosa y mal educada. No sería la primera vez, de ahí su costumbre de levantar el auricular y descansarlo sobre la mesita cuando no deseaba comunicarse con el exterior.

- ¡Oiga! - voz de hombre - ¡Oiga! No cierre por favor.
- Creo que se ha equivocado.
- No, la llamo para disculparme de la molestia que pueda ocasionarle mi suicidio.
- ¿A mí? Ninguna. Puede usted morir en paz.
- Gracias. Le habló su vecino Nicomedo.

Rabiando dejó el auricular descolgado y siguió al pantry. Pero ya el latoso le había echado a perder su placidez, al menos por un buen rato. Comió ligero. Luego fue a sentarse en el saloncito, no sin antes cepillarse cuidadosamente los dientes. Hacía un calor intenso. Asomaba al amplio ventanal comprobó suspirando que los árboles del parque estaban quietos, mohínos al faltarles el soplo de la brisa que siempre los removía antes de penetrar aleteando en su apartamento. Conectó el abanico eléctrico en la chaise-longue cerró los ojos para oír el mensaje de John.

Ningún momento más propicio que esté de tu cumpleaños para ratificar mi fe, mi devoción hacia tu persona, y decirte que trates de sentirte feliz, alegre, viviente, tomando ímpetu en tí misma a fin de atravesar por la vida como una espada de cantase, porque yo estoy al lado tuyo, no solo en cuerpo sino en espíritu, que es mucho más bello. ¡Ay de quienes sólo tienen un cuerpo, un gesto, unas palabras banales como toda felicidad!

Le besaban los párpados. La misma voz de la cinta magnetofónica susurró entre beso y beso:

- Dios te guarde para mi encantamiento.

- ¡John! - exclamó jubilosamente sorprendida - ¡Has venido!

Los ojos de John chispeaban de risa.

- Estaré poco tiempo, Vitalina querida...

¡John! - El se sentó a sus pies en la chaise-longue-. No sabes cuánto me duele tu ausencia...

John le acarició la oscura y espesa mata de pelo recogido sobre la nuca.

- No te duela, queridita, tú vendrás conmigo... Ya estás viniendo.

Inclinado sobre ella agregó:

- Me conmueve saberte tan segura que sólo la muerte pueda ser mi adversario.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo esbelto de Vitalina.

- ¿John - preguntó mirándole con avidez -, ya no piensas en morir, verdad? Dime que mi amor y esa hermosura que nace no sé desde qué rincón oloroso de mi ser cuando me besas te han curado.

- Pero, Vitalina, el deseo de morir suele brotar del ansía misma de la vida...

Se oyó una detonación. Se ha matado el desdichado, se dijo fugazmente. No pudo pensar más porque los labios encendidos de John la besaban en la boca.

Cuando se quedó sola, notó que la cinta magnetofónica seguía pasando sin voz y que las cosas oscilaban a su alrededor. Una sensación de náuseas le estrujó el estómago. Caminó titubeante hasta el ventanal. Los árboles giraban sobre sí mismos como si una mano gigantesca les diera vueltas frenéticamente. Cayó de rodillas. El edificio se llenó de clamores, ruidos de puertas estrelladas contra las paredes y de cristales rotos. Detrás del parque se desplomó la torre de la vieja iglesia en medio de una gran polvareda que parecía el estruendo mismo rebotando hacia el cielo.

La violencia del terremoto fue apaciguándose poco a poco hasta alejarse en lentas ondulaciones, como si le pesase terminar.

Vitalina corrió escaleras abajo. La puerta abierta del tercer piso atrajo su atención al pasar. ¿Se suicidaría de verdad el tal Nicomedo? Un impulso irresistible la obligó a retroceder tres o cuatro escalones y mirar hacia el interior. En el piso de la sala, entre objetos desparramados por el movimiento sísmico, yacía un hombre indiferente al pavor de la gente. Quiso saber, entró y al inclinarse sobre el cuerpo inerte se le escapó un grito. Era John, su John, ensangrentado, que la miraba por segunda vez desde el más allá.

JOSE ULISES FRANCO

EN:

LA TRAGEDIA DE UN CELOSO

El hombre que se deja arrastrar por una pasión violenta, sin pensar en las trágicas consecuencias a que puede llevarle su arrebato, sobre todo si se trata de ímpetus amorosos, está irremisiblemente condenado, cuando no a la prisión o a la muerte, por lo menos al manicomio. Esa fue la triste suerte sufrida por un sujeto cuyo nombre ha quedado olvidado para la Historia, y a quien vemos hoy prisionero detrás de las rejas de una celda del manicomio. Todos los días, el pobre loco, la cabeza asomaba por entre los barrotes de la ventanilla, moviéndola hacia ambos lados, mostraba en su rostro una ansiedad reveladora de un afán de hablar con la primera persona que pasara frente a su celda.

No tardó mucho sin que el demente viera satisfechos sus deseos, pues un joven que por casualidad caminaba frente a la celda, al observar el rostro martirizado del loco, sintió piedad por el infeliz demente, quien aprovechó el momento feliz en que el joven se acercara, para decirle:

Domingo Hernández Contreras

- Mire, joven, yo quiero que usted me escuche dos palabras. Si usted quisiera escucharme dos palabras; son dos palabras. Tengo que decirle un secreto muy importante. Escúcheme, joven; por Dios, yo quiero que usted me escuche. El joven algo intrigado por la insistencia del loco, dudó por un momento si se encontraba en realidad frente a un cuerdo y no frente a un demente. Este observó por un momento al joven, y en voz baja, con un gesto misterioso, le dijo:

- Acérquese más, un poquito más, yo no quiero que nadie se entere de este secreto que voy a revelarle y que ya está casi acabando con mi pobre vida. Medio temeroso, el joven se acercó a prudente distancia, temeroso de que tal vez el loco pretendía estrangularlo y picado por la curiosidad del relato que iba a narrarle el demente, se dispuso a escucharle. El loco reanudó sus palabras, esta vez con mayor exaltación.

- Oígame joven. Yo soy un miserable, un vil asesino. Yo maté a mi esposa. Y diciendo ésto, el demente ocultó su rostro entre ambas manos, terriblemente horrorizado.

- ¡Sí; la maté, la maté! ¡Yo no merezco la piedad de Dios ni de los hombres! ¡Oh, cuán terrible es todo esto, Dios mío!

El joven retrocedió unos cuantos pasos, visiblemente asustado.

- ¡No! ¡No se vaya! - Gritó el loco - ¡No se vaya, joven! ¡Escúcheme! ¡Tengo que contarle mi pasado!

El demente hizo una breve pausa, y reconcentrándose a sí mismo pudo, traer las ideas a su mente: casi con sollozos, con lágrimas en los ojos, continuó palabras entrecortadas su relato.

- Yo era el más feliz de los mortales. Amaba a mi mujer con ciega idolatría; vivía cada vez más enamorado de ella, porque era una copia exacta de la diosa Citerea. Le

digo que ella era una maravilla de mujer: de cabellera abundante y sedosa; con ojos negros y electrizantes; su perfil, su cabello de alabastro, su sonrisa de Mona Lisa, sus brazos y piernas bien torneados, sus caderas, sus muslos; todo en ella era un modelo de maravilla. Joven, créame; yo soy pintor y por eso se la he descrito sin faltar un solo detalle. En varias ocasiones traté de llevar su encantadora figura al lienzo, pero cuantas veces lo intenté, tantas veces el retrato me resultaba menos hermoso que el propio modelo. Nos casamos y yo era el hombre más dichoso de la tierra, estrechando con delirante frenesí a tan seductora mujer entre mis brazos. Nos fuimos a pasar la luna de miel a una de mis posesiones campestres ubicada en una población no muy distante de la ciudad. Puedo asegurarle, joven, que la felicidad existe. Si alguien lo niega, ése no es nada más que un babioca. Créame, joven, la felicidad existe, aunque los renegados del amor digan lo contrario. Yo fui feliz con mi mujer día y noche, durante dos o tres meses de casados, pero llegó el invierno y con sus primeros albos llegó un cierzo cruel que nos entumeció los huesos. Por eso nos decidimos regresar a la ciudad, donde creímos que podría perdurar nuestra felicidad. La desgracia llamó a nuestras puertas cuando un día fuimos al Museo de Bellas Artes. Allí pasamos horas y horas deleitándonos con las deliciosas obras que se mostraban al público. Eran lienzos admirables, obras de los más destacados pintores clásicos: Goya, Velázquez, Leonardo Da Vinci, Rafael, Miguel Angel... Cuando nos detuvimos frente a una obra maestra de este último, todo mi cuerpo se estremeció; mis ojos se nublaron, mi mente se oscureció; entonces grité como un loco, fuera de mí: ¡Sí! ¡Sí! ¡Es ella! ¡Mi mujer! ¡Su misma sonrisa de Monna Lisa, sus mismos brazos y piernas, sus mismas caderas!... Todo, todo era la copia exacta del cuerpo de mi mujer ¡Es ella, sí es ella!... Dios mío... ¡Loco de celos, agarré fuertemente por un brazo a mi idolatrada esposa, saqué mi pistola y disparé contra el cuadro que pendía de la pared y luego contra mi mujer. Gritos, tumulto: ¡Cójnlo! ¡No lo dejen escapar!... Consumado el crimen, intenté escapar, pero fue inútil; varios individuos me detuvieron, y no supe más de mí.

Cuando recobré mi conocimiento, me encontré metido en esta celda, donde seguramente expiraré mi culpa y moriré.

De pronto, el demente hizo una breve pausa, en señal de reflexión. ¡Ja, ja, ja!

- Ja, ja, ja! Pero ahora que me acuerdo, dígame joven. ¿Miguel Angel no murió hace ya algunos siglos? ¿Por qué yo no pensé que mi Aurora, mi adorada mujer, sólo tenía 18 años y yo 23? ¡Qué terrible es todo esto, Dios mío!... ¡Qué terrible...! ¡Ja, ja, ja...!

Y el pobre demente riendo a carcajadas, gritaba desaforadamente.

- ¿Porqué, Dios mío, por qué yo la maté?... ¡No Miguel Angel no pudo haber conocido a mi adorada Aurora; no, no pudo haberla visto nunca! Pero sí, Miguel Angel la adivinó, la vio en sus sueños de artista, la creó, tal como era ella, en su mente creadora. ¡La maté, ja, ja, ja! La maté y si cien veces viviera, la volvería a matar...

Y el pobre demente se refugió en su celda sollozando amargamente.

El joven, que escuchaba enternecido el relato, sintió humedecérsele los ojos. - ¡Pobre hombre! Se dijo para sí.

Creyó en la felicidad junto a una mujer, y el amor lo traicionó.

Es digno de piedad.

NESTOR CARO

EN:

UN HOMBRE DE LA CALLE

Soy el mismo de ayer, el hombre que estuvo parado en la esquina de la calle X. Todos quisieron mirarme al pasar. Yo sonreía con un aire de satisfacción que no había tenido nunca. Las manos enfundadas en los bolsillos de la americana me hacía aparecer elegante y preocupado por la suerte de alguien. Recuerdo que con los dedos de la mano derecha acaricié los bordes de una monedita de cinco centavos que luchaba por esconderse en un rincón de mi bolsillo. La estrujé varias veces en mi mano y la igualé a mi pensamiento. Lo que pensaba en ese momento no tenía importancia. Había luchado durante muchos días por conseguir trabajo. No pude conseguirlo. Al pedirlo, muchas veces tuve que aceptar que me dieran la espalda.

En una ciudad las cosas son distintas. Los objetos parecen resbalar de las manos de todos los que compran o entran a lugares de diversión. Todos los que pueden tener el brillo que exigen las capitales parecen jugadores o turistas que van buscando por el mundo un lugar cualquiera en donde tirar sus ocios. Yo he luchado en cambio por

trabajar siquiera y sólo he podido ser un hombre de la calle. Un hombre que hace apenas unos minutos estuvo parado en una esquina de una gran calle y vio cómo una joven de apenas unos quince años entró a un edificio de los principales y volvió a salir un tanto provocada y con la ropa no tan bien cuidada como estuviera antes de entrar. Todo esto, podría dar lugar a que pensarán que tengo interés en curiosear o en saber lo que hacen y lo que piensan mis semejantes. No, sólo me dedico a espiar mi propia vida. A conocer todo lo que soy capaz de hacer antes de llegar a la peor de las miserias.

Hoy he pasado por el lugar escogido por "la gente bien" para conversar, fumar y tomar sorbos de café. He visto bizcochos bien horneados y dulces que he querido comer, pero los cristales lo han impedido y he tenido que conformarme con humedecerme los labios y mirar, mirar...

Toda mi vida la he pasado esperando momentos propicios. He deseado tener tranquilidad y poder hallar a quien contarle las cosas que he podido ver, para que alguien que sepa escribir, las dé a conocer. Y la gran necesidad de todo esto, es que a veces llego a pensar que tiene algún valor la historia de mi vida. Con toda la modestia que me acompaña desde niño, he llegado a pensar que muchos de los que se creen autorizados a ser soberbios son niños bien. No quiero ser irrespetuoso pero la vida me ha hecho ser sincero. No podría callar el caso del señor Onésimo, un gran señor de vestido elegante y bigote recortado. Ha tenido la gran necesidad de ocupar a una persona humilde. Necesitó dinero para resolver un problema de última hora en su flamante hogar y realmente, como todo un gran señor, no dio las gracias ni tuvo el temor de considerarlo un favor. Bastó un aire despreciativo y un gesto de perdonavidas para despedirla.

Por lo visto yo soy un necio. Necio porque la vida me ha hecho observador y puedo conocer los sentimientos que animan a los que me rodean.

Pienso en lo que me diría mi padre si le relatara los capítulos de mi vida entre señores. Se reiría y me haría repetirle la anécdota de un curioso fumador:

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

-¿Fuma usted, señor? - preguntó un agente viajero.

- Sí señor, cigarrillos negros solamente - respondió el extraño fumador.

- Pues sólo tengo blancos, agregó el interlocutor.

- Déme usted uno blanco, que también me gustan.

En verdad, aquel señor sólo quería fumar.

Fumar un cigarrillo que no importara en el balance mensual de su establecimiento. Era un gran señor.

Además todos lo tratan con respeto y las niñas le sonrían y hasta recibe cartas de Nueva York.

Yo soy un pobre hombre. Lo confieso al mundo, no podría decirlo en el silencio de una iglesia oscura.

Nadie podría juzgarme en toda la calle.

Soy el de ayer. El hombre que vio a la mocita que llevaba el traje de organdí bien planchado y volvió a verla hecha una risa de carne.

No sé por qué estoy bajo un cielo azul que de noche luce estrellado. Mi pensamiento ha recorrido muchos momentos de la historia. Se ha detenido en siglos de grandeza y ha tenido que aceptar la existencia de hombres geniales. Hombres a quienes hay que perdonar faltas muy pequeñas porque se regalan al mundo. Nadie quiere negar que el mundo tiene la forma de la monedita que lucha por esconderse en un rincón de mi bolsillo.

Es la misma a la que le he pasado mis dedos amarillentos y fríos. Ella tiene el temor de que pueda gastarle en algo de comer. Pero no puedo. Es la estampa de mi propia suerte. Su forma es la del mundo, su valor el de mi vida. Antes de acostarme

Domingo Hernández Contreras

la acaricio con mis dedos. No quiero perderla. Estamos juntos. Ella sabe lo que soy y lo que valgo: soy un hombre de la calle.

RAMON FRANCISCO

EN:

LA MONEDA GASTADA

Sonrió. Instintivamente tocó el dinero en sus bolsillos. Grande, imprevista y gananciosa jornada. Tal cosa no sucedía todos los días, claro está. A ver, ¿Cómo se le ocurrió? Este parecía ser un día normal, igual a todos los otros terribles días que se habían sucedido en los últimos años. Y nada había sido premeditado hoy. ¿Cómo había llegado hasta allí, hasta el puerto de su ciudad? Las cosas cambiarían en lo adelante. Si, esta cadena de hechos fortuitos anunciaba algo. Llegar al muelle sin habérselo propuesto, bajar hasta aquél almacén donde en ese momento cargaban aquél camión; el hombre regordete que le preguntó en pleno rostro, ¿Quieres trabajar?... Esta cadena de hechos fortuitos anunciaba algo, no había duda.

La jornada había sido dura. Tocó los músculos de los brazos doloridos. Miró sus manos, pero sonrió. Instintivamente las llevó al dinero. Habían valido la pena aquellos grandes tanques llenos de polvo blanco. Durante más de ocho horas él y

varios hombres cargaron camiones, muchos camiones con estos tanques. ¡Vaya, vaya!
¡Sí que habían valido la pena, sí que se había ganado este dinero!

Rozaban las cinco de la tarde cuando regresaba a su casa. ¿Qué te parece si al pasar compramos una camisa? Ya no es posible usar esta que traes. Tan remendada está...

- No la envuelva, no.

Se despojó en plena tienda de su camisa rota y ante el sorprendido vendedor se puso la nueva "guayabera". Se miró satisfecho. ¡Contra, qué bueno es ponerse una camisa nueva! ¡Vaya, vaya! Sí que valían la pena aquellos grandes tanques llenos de polvo blanco. ¡Sí que valía soportar el dolor de los músculos, caramba!

Después de la camisa, ¿Cuánto dinero quedaba? Lo tocó. Silbó una canción con soltura inaudita:

- ¡Una caj'e cigarillo y una de fóforo, rápido!

Y ahora, derecho a casa ¿Eh? ¡Qué sorpresa para nuestra mujer! Hoy sí que es un día grande. ¿Y Pegao? ¡Maldito usurero! Le pagaremos esa deuda, ¡Cojoyo!, que ya nos tiene cansados de tanto cobrar. ¿Alcanzará? Tocó el dinero, otra vez. Sí, por supuesto. No dará para más, pero vale la pena salir de ese condenado hombre. Silbó otra canción. Golpeó la calle con pasos fuertes, precisos, como muy pocas veces lo hacía.

Ahora bien, ¿Qué te parece si nos tomamos un trago antes de llegar? Esto hay que celebrarlo, no hay duda. ¡Después de tanto tiempo sin ganar un solo centavo! Veamos, ¿un trago de diez?... ¡Caramba, que hoy no somos hombres de tragos de diez!... ¿Qué te parece entonces una tercia?... ¡Bueno, eso está mejor! ¡Y es justo! No podrías más, porque el dinero no es tanto.

- ¡Una tercia de Car'e gato!

¡Qué bueno, qué bueno!... Saboreó el licor. ¡Qué bueno, qué bueno! ¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto tiempo! ¿Valdrá la pena sentarse un rato en aquél bar?... ¡Qué bueno, qué bueno! ¡Cuánto tiempo!

- Ey, ¿me puedo beber eto con un refresco aquí?

- Siéntese hombre, si no hay gente todavía.

- Tráeme un refresco.

Ahora sí. Estaba instalado. ¡Si que habían valido la pena aquellos tanques llenos de polvo!... La vellonera desternilló un habanero. Todo su cuerpo se movió al ritmo de la música, pon instinto. ¡Qué bueno, qué bueno! ¡Cuánto tiempo, cuánto tiempo! ¿Y por qué no elegir entre Pegao y un bastidor y una colchoneta?

¿Qué te parece, eh? ¡Un bastidor y una colchoneta! No es justo seguir durmiendo así. Si casi te caes por el bendito hoyo ese y casi se cae ella también. ¡Sí! ¡Eso es! ¡Un bastidor y una colchoneta! Hombre, hay que dormir cómodamente, así sea por una vez en la vida. Se oyó otro habanero. ¿Y esa mujer allí tan sola? Quizás quiera bailar... probemos...

¡Qué bueno, qué bueno! ¿Y cómo no se le habían olvidado aquellos pasos que lo hicieron el mejor bailarín de su barrio cuando era joven? ¡Qué bueno, qué bueno! Derecha, izquierda, derecha... ¡Qué bueno! - Pero, ¿Por qué el bastidor y la colchoneta? ¿Por qué no mejor un vestido y alguna ropa interior para ella? ¡Cómo ha soportado tantos remiendos, Santo Dios!... ¡Bébetelo otro trago! La verdad... Si ni siquiera puede salir a la calle con los trapos que tiene. Y no alcanza para las dos cosas, el bastidor, el vestido... ¡Bendito dilema éste! ¿Pagamos la deuda, dormimos bien o se viste ella? Anda, bebe para que puedas pensar mejor. ¿No te parece que deberías comprarle su vestido y su ropa interior? Ella ya ha sufrido tanto que vale la pena premiarla alguna vez.

Sonó otro habanero. Bailó otra vez. Sí que está mejor el vestido para ella ¡Qué caray!

Y para los hijos ¿Qué? ¡Maldita sea! ¡No se pueden tantas cosas a la vez! ¡Ahora todo el mundo necesita algo! ¡Pues entonces, el bastidor y la colchoneta! ¡Y Pegao que se espere, maldito usurero! ¡Y ella que remiende más! ¿Acaso no andas tú remendao también?

¡Pégame uno macho! - se dijo a sí mismo. ¡Aja! ¡El último trago de la tercia! Un poco mareado ¿Eh? Todo el día sin comer después de una jornada tan dura. Pero, ¡Bailemos la última vez! Ahora esta guaracha... ¡Qué bueno, qué bueno! ¡Cuánto tiempo, cuánto tiempo! ¡Qué ambiente el de este bar! Y tener ahora que regresar a aquella bendita choza que se moja por dentro cuando llueve...

- ¡Llueve afuera y acampa adentro, maldito sea el Diablo!

Bueno, ¿Y por qué no piensas en comprar unos cartones y una plancha de zinc para reparar la casa? Sí que es incómodo estar allí cuando llueve. Caramba ¿Cómo no habías pensado en ello?... Pero ¿Y el bastidor? ¿Y la colchoneta, entonces?

- ¡No alcanza p'a t'ó!

¿No crees que es mejor reparar la casa? Pegao que se espere. Tu mujer que remiende. Es mejor protegerse de la lluvia y no que dormir bien. ¿Acaso no has enfermado con este bendito aire de la madrugada que entra por esas rendijas tan grandes? ¿Acaso no sufriste tanto aquella gripe que comenzó ese maldito día de lluvia, cuando se mojó toda la casa por dentro?...

Miró por un momento la botella vacía en la mesa. ¡Qué Pegao, qué ropa p'a la mujer, qué ropa p'a los niños, qué bastidor y colchoneta, qué agua y luz, que el bojío se moja...! ¡Maldita sea el Diablo! ¡No alcanza p'a t'ó!

- ¡Ey! ¡Tráeme un Car'e gato y un chicharrón de pollo!

MIGUEL ALFONSECA S.

EN:

EL HOMBRE QUE CRUZA LA ESQUINA

Nadie sabrá que ya no te encuentras en esa habitación donde comenzó a crecer el armario, cada vez más grande, cada vez más encima de tí, hasta que todo rodó y te hallaste, de pronto, en medio de un vacío inexplicable. El hombre que cruza a la esquina se volvió al pasar por la calle estrecha y sucia y descubriste una mirada demasiado definida en sus ojos. Comprendiste que era imposible detenerse ya, no hubieras podido. Algo te lanzaba sin tú poder identificarlo. Por la noche encendían la sala y te llamaban a cenar pero no deseabas otra cosa que permanecer en tu habitación en la cual habías ido ordenando pacientemente los objetos, los pensamientos, el amor y el odio. Cuando subías a tu cama sentías un frío tan grande en los pies que pensabas si no estarías muriéndote, pero el calor del verano entraba por la ventana de ese espacio reducido y familiar donde caminas de la cama al espejo, del espejo a la cama, oyendo los movimientos rituales de la cena, atisbando la luz amarilla que viene por el pasillo procedente de la sala. Allí están esperándote, pero tú vas a

los estantes doblados por el peso de libros comprados por libras en el parque Enriquillo, lugar peligroso lleno de guardias y de mujeres fáciles que se pegan, de las que huyes y sigues manteniendo esa imagen de joven estudioso, demacrado, parece tan puro, nunca habla de su vida, debe sufrir por dentro, etc., etc., eccehomo. Pero el hombre que cruza a la esquina te conoce bien y por eso comprendiste la mirada que te disparó al cruzar la calle. Cierras la ventana porque sientes algo que no te atreves a reconocer pero que es miedo. Todo el que siente miedo es culpable de algo que cometió o ha pensado cometer. Mimosa sabe de tus andanzas. Por eso llora. Te importa un pito pero cuando el hombre cruzó a la esquina esta mañana tuviste el presentimiento de que pitarías de miedo sin que a él le importara. Caminaste hacia tus libros, y tomando uno - amarillento y gastado - retornaste a la cama, te reclinaste del alto espaldar de caoba. Estabas cansado de esa pared gris, húmeda, por donde las cucarachas pasean durante la noche. No les temes pero cuando comen páginas el ruido es desesperante y te impide dormir. Te levantas y vas a la ventana. En la esquina suena la vellonera y los vagos se agolpan en la barra. La calle ha estado floja, pocos vehículos han circulado y tú te alegras: es mejor el espacio libre de obstáculos para meterte dentro de la gente sin que se enteren. Allí están la cintura fina y las piernas largas de Carmela. Cuando sale los domingos camina como una yegua y tú la odias. No soportas ese contoneo tan provocativo, además de su traición. ¿Por qué va a los cines del centro de la ciudad? Eso es un desprecio. No es más que una comparona. Le gusta meterse donde no cabe. Nadie debe salir del sitio establecido por la vida para uno. Odias a Carmela los domingos a las cuatro cuando pasa bajo tu ventana con ese vestido color canario que muestra toda su espalda trigueña y el nacimiento de los senos. ¡Y ella camina tan orgullosa! Piensa que saldrá de esta porquería de barrio. ¡Qué pena te da! ¡Que odio! Terminará dando leche a sabe Dios qué mocosos sin poder competir con la Nestlé, que - según los periódicos - va a invertir cinco millones en el país (la semana de los tres jueves). Los monopolios internacionales ahogarán la pequeña industria nativa y se joderá Carmela que ya no será más vaca ni boca ni podrá pasar bajo tu ventana los domingos a las cuatro de la tarde, moviendo la cintura y las

palabras puercas de los hombres. Después de todo no merece que la odies. Sí, ya sé lo que pasa: la piedad es negativa, humillante. El odio es un sentimiento fuerte, total, constructor o constrictor. Siempre te ha molestado que Miguel Angel llamara su maravillosa obra "La Piedad". Pero se comprende: falló el ángel. En últimas instancias Carmela no es la única habitante del barrio. Está el condenado hombrecito que se llama Arnulfo. Debería llamarse Asnulo o Armulo. Te molesta su figura regordeta vestida de marrón a todas horas. Antes de las elecciones no era así pero ganó su partido y ahora usa hasta sombrero de color marrón. Tú lo detestas y conoces perfectamente su ridiculez. Todos los políticos son iguales y por eso nunca han podido atraparte, no tienes espíritu de manada. Ahora le llaman Don Arnulfo y él se mete en su Dodge y saluda levantando la mano derecha hasta el ala del sombrero mientras ¡Click! La sonrisa. Peor es Josefina, la jamona cara de totem que siempre anda detrás de él, que un empleíto, que un pleito de los vagos, llame a la policía Don Arnulfo, tenemos que adecentar el barrio, y a correr todo el mundo abandonando la barra mientras la vellonera continúa como un martillo. Nada te altera. Te importan poco esas personas que llevan una vida pequeña y ridícula, apegadas a miserables aspiraciones:

casarse,

tener casa propia,

bailar en el Hotel Embajador,

coleccionar Vanidades y Selecciones del Reader's

Digest,

apostar al Licey o al Escogido

y creerse mejores de lo que son.

Porque en realidad no son otra cosa que títeres de sus pasiones moviéndose torpemente bajo tu mirada fuerte. Jamás serás uno de ellos. Aprendiste desde hace mucho tiempo a no mezclarte para no perder porque mezclarse es empezar a ser otro y no uno mismo sino los otros que no es lo mismo que ser uno con su vida planeada, decidido a no participar en el baile de máscaras que llaman - cuando están borrachos-

la vida, mi hermano, la vida. ¡La vida! ¡Qué saben ellos! Los conoces bien. Se engañan, viven engañándose, pero tú no. Eres profesor de Historia de la Cultura en una escuela estatal y estás empapado de los mecanismos humanos. Ese empleo te ayuda a conocer la materia impura de la cual están formados los hombres, "a su imagen y semejanza". ¡Mentira! No son tres ni cuatro las veces que gritas para que los pandilleros alumnos tuyos presten alguna atención a tus palabras. Claro que te vengas.

- ¡¡Prueba!

- Pero, profesor, usted no la había anunciado.

- ¡Silencio todo el mundo!

Y entonces te pasas la noche buscando o inventando errores en los papeles manchados de letras floridas, confusas, pedantes o inseguras, hasta respirar inflado de placer:

- Nadie llegó a 80. Son unos idiotas. Apretaré más. No prestan atención para estar chillando ahora. Guardas silencio y los desprecias, a los profesores y al director también. Son iguales todos: recua. A veces sientes impulsos de aparecerte envuelto en una clámide, con una corona de mirtos en la cabeza, y gritarles.

-¡No saben lo que es la Arethé griega! ¡No conocen la Paideia! ¡Farsantes! ¡Ganapanes!

Y expulsarlos del templo a latigazos y luego bajar el pulgar para que los devoren los leones.

Pero ese empleo te permite el sustento, el pago de la pensión y la ropa negra que siempre usas, ciertas flaquezas inconfesadas en los bares podridos. Son recua, jamás llegarán a tí, son los culpables de tu pobreza y tu anonimato. Son los culpables de que el país se esté cayendo, jugando a la lotería y a los caballos, bailando ritmos

idiotizantes. Por eso no te mezclas con nadie, ni siquiera con los pensionistas. Solamente hay una persona a la cual no puedes despreciar, porque te infunde cierta aprensión, temor casi, y es el hombre que cruza a la esquina y se mete en la pulpería a comprar algo extraño, penetra en el caserón de dos plantas y se cuela furtivamente en su cuarto sin saludar a nadie, ni siquiera a tí. En realidad, a tí sería la última persona que saludaría. Lo has sorprendido varias veces mirándote con odio, como si te anunciara un designio terrible del cual será instrumento. Tú lo evitas aun más que a los otros, y eso que no te importa la pensión. Acostumbras a pasar por el estrecho pasillo sin volver el rostro hacia los lados para no tener que saludar, siguiendo con la mirada las cuarteaduras de la pared y las rayitas divisorias de los mosaicos, y desembocas en tu cuarto. Cierras la puerta: estás a salvo de contaminación por un rato. Pronto llamarán a la cena y tendrás que enfrentar nuevamente el peligro. Te miras en el espejo. Toda tu figura cabe en esa superficie mágica, capaz de tragarte. Cuelgas la camisa en el armario sin acercarte mucho a su interior. (Muchas veces te ha parecido un gigante ominoso dispuesto a caerte encima, a aplastarte). Desacordonas los zapatos y los colocas junto a las patas de la cama, dentro de ellos metes - cuidadosamente enrolladas - las medias. Has cumplido la primera parte del ritual, ahora sólo falta que te despojes de la ropa y te zambullas en el Jordán para que no te jordan y seas bautizado por el Bautista sin cabeza antes de que se reinicie la guerra judeoárabe y vayas a la ventana a contemplar la calle aplastada por la noche, la vellonera sonando, soñando, só Nando, animal, deja a Mimosa tranquila, abusas de ella porque es una pobre dependiente de bar. Comprendes ahora por qué te odias a veces, Hernando, te das cuenta cuando te llamas Nando, tú que aborreces los diminutos, reconociendo que flaqueas, que te has comportado como una porquería más de las circundantes. Te odias, y lo que es peor: entiendes por qué te odia el hombre que cruza a la esquina, por qué se volvió al ascender la acera, esta mañana, antes de entrar a la pulpería y te disparó una mirada plena de la fuerza que empujaría, que pujaría hasta llegar al desenlace inesperado: encontrarte en un espacio inexplicable, un vacío negro donde

no sientes tu cuerpo ni puedes hablar, y lo que es más aterrador aún: aunque te sientes no te ves, todavía peor: te sientes pero vas al espejo y no ves sino a otro.

Vuelves a la cama y comienzas el recuento mental. A la derecha está el armario, dentro de él las camisas y los pantalones junto al traje negro ligeramente desteñido. Luego se abre la ventana como si fuera una cuenca de la pared, y más allá, hacia una esquina, los libros Nietzsche, Kant, Sartre, Homero, Jaegger, Toynbee, Durant, polvo y tinta, esqueletos de pequeños lagartos, corbatas y medias, muerte. Encima del anaquel está el almanaque de colores, brillantes en donde ríe un paisaje matutino, limpio todavía, el maldito verano no lo ha ensuciado esta semana. Te sientes bien, a gusto, todo está en orden. Lo único que rompe la armonía es el pensamiento en Mimosa. Se te acerca llorando. ¿Por qué lo hiciste? No había razón para ello. Nadie debe hacerle eso a una muchacha enamorada que se ha entregado como una fruta abierta. Te gustó acariciarla, sentir su pelo negrísimo y largo sobre tu pecho, besar la cintura cobriza, palpar el sudor de ambos iluminando la oscuridad apenas herida por el resplandor rosado de la ciudad que se metía por la ventana. Se entregaba sin exigir otra cosa que amor aunque fuera de los dientes para afuera. Le bastaba entregarse al "profesor" para sentir una dicha inmensa, para volver a situarse detrás de la barra y de su delantal blanco, el pelo recogido y el corazón cantándole. Así fue como la conociste. Venías cansado de ron y combo prosaico, de luz - más bien penumbra - azul, de pantalones apretados y hocicos rojos y bustos enormes y caderas moviéndose y risas que le punzan los huesos a uno y lámparas hechas con jícaras de coco y panel movido por un foco de luces cambiantes y Don Fulano es el rey aquí y me violaron a los trece y trae la nueva y en mi habitación es mejor que en un dormitorio y brillantina Para Mi y pinchos y lápices de cejas al pie del Corazón de Jesús y de la Virgen de Altagracia y de ropa interior sobre una maleta y de calor y de sexo y de tres pesos sobre la mesita de la ponchera y de noche ciega y madrugada con lengua áspera y legañas y soldados macilentos y de cabaret podrido y de acabaré podrido.

Venías con tu rostro de profesor, chupando SenSen para ahuyentar el tufo, estirando el saco y arreglándote la corbata, tapiándote los ojos con espejuelos ahumados. La mañana luchaba por penetrar en la barra. Entraste, advirtiendo con placer el sueño de la vellonera. Miraste los grandes ojos avellanados, adivinaste el parpadeo de admiración mientras sentías un irreprimible deseo de tocar la piel cuando se extendía, alcanzándote la taza de café-con-leche y el sandwich de queso y tomate. Te enfureciste contigo mismo, despreciándote y mirando con odio el nacimiento del día, pero Mimosa lucía tan dulce, tan indefensa, y hablaba con una ingenuidad increíble. La envolviste con tus palabras, adoptando un tono más profesoral que nunca. Después, pasabas deliberadamente por la barra cuando marchabas a la escuela y sentías su mirada rastreándote, pidiéndote. Y su piel se te pegó el lunes, cuando todos dormían menos la noche. Te gustó, por un momento te dejaste ir hacia ese torbellino acariciante que iluminaba la oscuridad con una luz no física sino emocional. Te estremecías pero de repente la mordiste con odio en el cuello. Mimosa gritó quedamente, asustada. Ya estabas incorporado y te metías dentro del pantalón y la camisa. Ella te preguntó azorada:

- ¿Qué pasa? ¿Hice algo malo? Perdóname. Pero tú sentiste rabia de su cuerpo, de su rostro asustado enmarcado por esas crenchas tan negras y relucientes cayéndoles sobre los senos.

- ¿Hice algo malo? ¿Qué pasa, Hernando? ¿Por qué me miras así?

- ¡Cállate, ramera! Y no vuelvas a llamarme Hernando. ¿Quién te dio derecho a llamarme así? Te le acercaste reventando de odio contra ella, contra todos, contra tí. Mimosa se replegó sobre el espaldar.

- Soy el profesor, ¿me oyes? ¡El profesor! Y la golpeaste en el rostro. Gimió. La bofeteaste nuevamente.

- Te vistes y te largas de mi cuarto. ¡Jamás quiero saber de tí!

Domingo Hernández Contreras

Entonces ella se desmoronó, fue al armario caminando lentamente. Como si fuera en un nicho entró al armario.

- ¡Loca! ¿Qué haces ahí adentro?

- Tengo vergüenza de cambiarme frente a tí.

Cuando salió comprendiste que ya no podrías soportar la presencia de ese armario. Mimosa lo había contaminado, le había dado el poder de recordarte tu debilidad. Esa estructura de caoba ya no significaría una parte de tu mundo, se había transformado en un enemigo dentro de tu habitación. No recobrarías la paz sabiendo, sintiendo, esa presencia peligrosa en medio de tu vida, tan cerca de la cama donde duermes. El armario fue testigo de como te arrastraste perdiendo el control, la ecuanimidad, comportándote igual que un gusano o un insecto de los que miras, de los que reciben tu asco cuando los contemplas desde lejos, sin mezclarte porque mezclarse es deja de ser uno mismo.. Mimosa lo consiguió y desde ese instante dejaste de ser tú para convertirte en mimo.

Ahora estás a la defensiva. El hombre que cruza a la esquina y luego vuelve a la pensión llevando algo misterioso dentro de una funda de papel lo sabe todo, sabe lo de Mimosa, lo resentido que eres.

Seres como tú causan mucho daño a las personas indefensas, destruyen. No tienes escapatoria. El hombre que cruza a la esquina vive en la pensión también, justo al lado tuyo, pegado a tí. y es cerrado, un abismo. Jamás te dirigió la palabra pero sabes la clase de mirada que te disparó al cruzar la calle, rumbo a la pulpería. No podrás evitar ese designio que terminará contigo que terminarás contigo, mimo. Tienes fríos los pies y piensas si acaso no estarás muriéndote.

La noche surge como una mancha en tu ventana, asoma sus primeras estrellas en lo alto del marco mientras la brisa rasca las hojas de madera abiertas hacia la calle, al mundo, al cielo y al infierno. Caminas de la cama al espejo, del espejo a la cama, con

los brazos cruzados y la mirada rastreando las rayitas donde se juntan los mosaicos centrados por flores de lis, acechando cualquier movimiento subrepticio de los pétalos ahora que la noche arroja sombras como insectos a tu habitación. El comedor está encendido y por debajo de tu puerta entra rodando un girón de luz blanca, lechosa, y te mueves para evitar que llegue a tus pies. Llaman a cenar: odias el timbrazo sostenido. El hombre que cruza a la esquina y vuelve con una funda de papel en las manos estará en el comedor, aguardando el momento preciso para clavarte con la mirada como si fueras un insecto más perteneciente a la horrible colección que guardara en el fondo de un armario de caoba. No quieres arriesgarte tontamente. Vuelves a la cama, tomas el libro. No puedes leer, apenas tratas de correr sobre las líneas te sobresaltas y miras disimuladamente hacia el armario. Seguro que se movió. Sabes que tan pronto vuelvas a la lectura o al sueño se moverá otra vez, crecerá un poco más, estará próximo al salto presentido por tí. Tiras el libro y vuelves a repasar tu mundo: el armario, la ventana, los libros, el paisaje matutino, la cama, el armario (dentro las mariposas están muertas), la ventana, los libros, el paisaje, la cama, el armario, el armarioarma. Te zambulles en el Jordán y sales del agua, temblando, con los pies fríos, huyendo de la luz que llama a la sala. Solamente esperan por tí y esta noche tendrás que ir. Te espera la silla central, el pan y el vino. El hombre que cruza a la esquina aguarda también y cuando partas el pan lo mirarás frente a frente, instándolo a que realice lo decidido desde el momento en que te disparó aquella mirada. Metes una mano debajo del colchón y sacas una funda de papel, de ella extraes la botella y bebes tratando de no mojar te los labios. Abres la puerta. La luz te cae encima de golpe. Observas el pasillo solitario: el piso enredándose siniestramente porque los mosaicos forman una amiba que trata de pegarte al piso, de impedirte avanzar. Al fondo está el comedor, un ronroneo se mueve en espirar allí como un gran insecto ciego. Llegas porque no existe otra alternativa desde que el hombre cruzó la esquina y te miró, te murió, con una mirada en la cual todo estaba escrito. Un bombillo riega su luz fría sobre la habitación, concentra la mayor luminosidad sobre la silla que te espera, forma un círculo de suave resplandor, y la

noche reptas dentro de la casa buscando los rincones. Sin hablar tomas el pan, lo partes, clavas la mirada en los otros sin mezclarte porque mezclarse es dejar de ser uno mismo para ser los otros: mimo. Mimosa es la causa de todo, saldrá en los periódicos, ingirió polvos raticidas y se desconocen las causas, personas que la conocían dicen que... Pero eso es una excusa porque desde antes de Mimosa comprendiste tu final: hallarte en un espacio inexplicable en el cual te mueves sin sentir el movimiento, un vacío tú mismo por más que te busques, te palpes, sin lograr sentir las manos, los dedos, los cabellos, los pies, la piel y la sangre caliente debajo de ella: una oscuridad redonda en donde miras hacia atrás y ves al mismo tiempo hacia adelante o hacia los lados pero sintiéndote en tu habitación, acodado en la ventana, sobre tu cama, frente al espejo, ordenando camisas y pantalones en el armario, que finalmente creció, creció hasta alcanzarte y aplastarte. Por eso experimentas el pavor de saberte dentro de alguien o de algo que ignoras pero que sin embargo actúa, reacciona, por reflejo de tus sentimientos, manías, sueños, pesadillas. Descubres, atónito, que YO SOY EL HOMBRE QUE CRUZA A LA ESQUINA. He seguido tu vida paso a paso, la conozco mejor que la mía. Aquí tengo la funda con la cual salgo de la pulpería siempre, aquí, debajo del colchón. Saco la botella y bebo tratando de no mojarme los labios. Te conozco tan bien que tu vida pudiera haber pasado a ser la mía, porque todas las horas del día y de la noche me las paso observándote, hurgándote. Por eso supe lo de Mimosa, tus flaquezas y tus odios. Por eso comprendí tu capacidad destructiva.

Ahora la habitación está tranquila y la noche lame las casas del barrio. Las estrellas son ciegas y mudas y yo amo esta paz solitaria. Quisiera seguir así durante siglos pero debo confesar que tengo miedo porque esta mañana el hombre que cruza a la esquina se volvió al pasar por la calle estrecha y sucia y descubrí una mirada demasiado definida en sus ojos.

DANIEL BARUC ESPINAL R.

EN:

"VISPERA DE LA VISPERA"

Si hubiera sabido hace años que ésto me pasaría; si me hubiera soñado ésto, si hubiera presentido los gusanos subiendo por mis piernas, ascendiendo y descendiendo por las llagas purulentas de mi cuerpo, no me hubiera casado con ella, para no verla sufrir como ahora, en silencio, amarga de las lágrimas que le caen hacia adentro como un río que nace entre las piedras diminutas de sus pupilas y va a morir entre las olas de su alma de niña.

Pero el hombre no lo sabe todo; yo no lo sabía todo cuando dije mirándola a través de su velo de novia, sonreída, ansiosa, tierna, sí padre, la acepto. Si hubiera adivinado en la bola de cristal de la tía Gertrudis, o en las cartas de Justina, la que vive frente al colmado de Don Pepe, lo que me está pasando ahora, hubiera gritado a todo pulmón, sí, tengo algo que decir, no me puedo casar con ella porque dentro de unos años me estaré pudriendo en vida y no quiero que ella sufra viéndome morir a

pedazos. Pero no lo sabía; ahora lo sé y es demasiado tarde: yo continúo parido de gusanos y ella a mi lado llora disimuladamente, hacia dentro.

Sí, me mira, pero no puede ver que lloro, sólo me mira en silencio y de vez en cuando levanta una mano agusanada para espantarse las moscas. Desde hace unos días no habla, quizás tenga miedo de que se le escapen de una sola vez todos los lamentos que ha ido guardando durante estos años de dolor, o quizás ya los gusanos se han adueñado de su lengua y le hacen callar devorando sus vocales, sus consonantes, sus tres idiomas, dejando en su lugar sólo el contacto de sus cuerpos asquerosos.

Lo miro. Cambia lentamente, como un buey manso, la dirección de su mirada: parece que se tiene una lástima inmensa, que le arropa, que se le desborda por los ojos y me contagia. Me levanto y salgo al patio, regreso con un pedazo de comején que enciendo en el medio de la sala, sobre una hojalata mohosa, para que el humo asfixie a las moscas que le asedian y se mezcle con el olor a muerto que inunda la habitación y mis pulmones se llenen de algo más que la fetidez de sus gusanos. Termino y traigo una ponchera llena de agua mezclada con creolina, me mira y sus ojos me dicen que me agradece el gesto de ahogar sus gusanos, de limpiarlo - frotándole suavemente las llagas - con un paño empapado en creolina, y luego lo seco con una toalla y lo embadurno de una pomada que le recetaron la última vez que fuimos al médico; no se le ve el nombre, no recuerdo para qué sirva, señora, me dijo, pero llévesela y úntele después de limpiarle bien todas esas llagas, ya nada le puede hacer ningún mal, sea lo que sea.

Lo dejo como medio dormido sobre su mecedora, vencido por el esfuerzo de no gritar cuando los pedazos de carne agusanada se le iban abajo. Salgo para botar la ponchera al excusado, los gusanos, ahogados en el agua de creolina, van desapareciendo en la espiral concéntrica de la bacineta. Tiro la ponchera en una esquina del patio, al lado de unas matas de orégano y otras de sábila, y me voy al desagüe del callejón: a vomitar.

Mucho ha tardado en regresar, sin embargo, no sé si ésto me molesta o me agrada. Sus ojos, bondadosos, azules, me pesan sobre las llagas como uno más de mis gusanos, como un tormento más... la odio, no soporto que me trate con cariño cuando sé que no se me puede tener cariño en la condición en que estoy, cuando sé que al mirárseme no puede sentirse algo más que asco; la odio porque ella me odia, porque sé que me limpia con creolina, no por amor, sino como se limpia un mueble para que no vaya a tener qué decir la gente. La odio porque no me deja morir en paz, y retrasa mi muerte, haciéndome pasar una y otra vez por los mismos tormentos, (ella sabe bien que aunque me limpie, que aunque arranque a la fuerza los gusanos que se prenden a mi carne dañada, vuelven y retoñan con más hambre, dispuestos a seguir devorándome...).

La mujer entra, abre la ventana por donde penetra precipitadamente un haz de luz y el rumor de las palomas que caminan y chillan en el tejado; se acerca y acaricia los cabellos del hombre.

Pasado mañana, - dice mirando el azul del cielo que se confunde con el de sus ojos al colgar fuera de la ventana abierta - iremos a internarte en el hospital, allí te curarán, ya lo verás, te harán una operación para cambiarte la carne llagada por carne en buen estado; el doctor me lo ha prometido, será todo un éxito...

No será nada - pensó el hombre sarcásticamente contrayendo levemente los labios - porque yo no estaré aquí para seguir sufriendo. Y cerrando los ojos, deseó profundamente la muerte...

MARCIO VELOZ MAGGIOLO

EN:

LA FERTIL AGONIA DEL AMOR*

Emilia me miraba de reojo, y con sus grandes silencios me envolvía como en una atmósfera de polvo y nubes densas. Entonces el sudor me chorreaba por las caderas, y debajo de mi impecable traje de gabardina a rayas percibía el cosquilleo de las gotas, rodando, asustadas, y ahogándose en una humedad casi de río revuelto, de arroyo en penumbras, de sombría catarata cuyo origen no era sino el deseo.

Hube de sentarme muchas veces en mi escritorio de funcionario cabal para admirar su perfil, sus piernas carnosas y rectas a la vez, sus muslos azules, o verdes -no sé-, que imaginaba como cubiertos de un barniz brillante y transparente. Pero lo que más me enervaba era sentir su respiración cargada de jadeos cerca de mis oídos, cuando me traía, con manos temblorosas, los oficios, las cartas, toda aquella montaña

(*) Aparece titulado el texto de cuentos que ganó el Premio Nacional de Literatura de 1980.

de papel que preparaba cotidianamente para que yo firmase con una paciencia de cartógrafo, y con indudable mirada de burócrata que debía olvidarse del amor por la mujer del compañero.

Estaban separados desde hacía largas semanas; no sé por qué en ese momento pensé en la pobreza de su matrimonio, en su agrio sentido de la realidad. Me vi de pronto atraído por sus grandes ojos color ciruela y por una boca que, sin ser carnosa, tenía justos los límites de almendra madura que tienen las bocas que emergen desde las novelas de las revistas de moda. Desde que miré con interés sus manos largas y coloreadas con uñas perfectamente esculpidas, pensé en caricias, en informarles besos, en madrugadas furtivas. Pero todo ese mundo imaginario se reducía a un silencio que se congelaba cuando había la oportunidad de expresarle una frase galante, un piropo; esperaba la "coyuntura", como dicen los políticos de izquierda, pero cuando ésta aparecía, mis instintos reculaban, llenándome de un deseo insatisfecho que me hacía agonizar cada mañana, en los momentos en que sentía el ruido de sus dedos sobre el teclado y el ruido de sus palabras confusas y abigarradas agolpándose en mi oído, en mi imposibilidad de siquiera tocar una de sus manos.

El deseo se fue haciendo obsesivo. No podía concentrar mi actividad. Las llamadas no tenían sentido si junto al teléfono no estaba Emilia... (Me miraba con ojos terriblemente ansiosos. Yo qué iba a decirle; era en verdad mi jefe; tan impecable, tan vestido siempre de azul; con esa inteligencia que atrae el amor de las mujeres como si el hombre fuese miel y el amor abejas-girando... Yo repetía su nombre por las noches... Gabriel, Gabriel, y sabiendo que traicionaba la memoria de Juan, lo hacía... Cuando me acercaba con las manos llenas de papeles para indicarle dónde debía firmar los formularios de copias azules o rojas, pensaba que su timidez lo llevaría al descabro. ¿Pero y la mía?... Muchas veces, antes de mi separación de Juan, pensé en darle un beso, así de repente. ¿Pero cómo reaccionaría un hombre circunspecto y tan formal? Sabía perfectamente que su mirada no era la de un amigo. Además - y esto es importante - sus mejillas se sonrojaban con frecuencia, y yo, como mujer que he

sentido el amor y que he visto tantas mejillas sonrojadas, sabía que el deseo le llenaba los sentidos).

Aquella mañana llegué temprano. Emilia llevaba zapatillas doradas, no precisamente las que debieran usarse en las oficinas. Miré su tobillo derecho y descubrí el lunar: una mancha azulada, muy bella, que parecía flotar sobre una piel suave, untuosa, cálida quizás. Me quedé mirando fijamente aquella mancha en la que comenzaba el misterio de un cuerpo que sólo Juan conocía plenamente. Largo tiempo estuve ensimismado en ese lunar que me ayudaba a construir, con imaginación temerosa, los muslos brillantes, los senos que flotaban casi en el aire cuando Emilia llegaba en las mañanas con ese perfume como de palmeras en flor: el ombligo profundo, que imaginaba como un pozo de mieles y azúcares. Miré esa mancha y la mancha comenzó lentamente a desaparecer. La vi difuminarse como esos cuadros que se deshacen, se disuelven en las películas de Bertolucci; como esas nubes claras que de tanto estirarse se convierten también en azul del cielo, en recuerdo de manchas casi transparentes. (Me miraba profundamente. Ahora, tal y como lo hacía desde semanas, clavaba sus ojos en mis manos, en mi cuerpo, en mis labios. Era un tipo de fruición que me hacía sentir orgullosa y molesta a la vez. No era la mirada dura y persistente de Juan, aquella mirada que sólo tenía sentido si el futuro inmediato era el lecho, esa cama grande y cuadrada en donde nos desahogábamos con mecánica frecuencia. No. Los ojos de Gabriel caían pesadamente en mis encantos haciendo fuerza sobre ellos, absorbiéndolos, sí absorbiéndolos, porque yo sentía sobre la piel ese cosquilleo que comenzó siendo como una caricia y que posteriormente tornó a transformar el mundo de nuestros alrededores). Vi el lunar desaparecer. Aquella tarde me quedé pensativo. Aunque revisé en casa los papeles que Emilia había ordenado, deseaba seguir viéndola. Quería trasladarla a mi habitación, seguir contemplándola intensamente, hasta colocarla dentro de mí, hasta convertirla en algo así como una parte de mis situaciones. Su foto, conseguida del periódico cuando cumplió los 24 años, no me servía de nada. La había colocado cerca del pequeño florero que adornaba

mi habitación, en el mismo marco en que estuvo la foto de Odilia, mi penúltima amante. Comparaba este amor nuevo, este amor lleno de incomunicaciones con el de Odilia, (gritón y miserable), y comprendía las dificultades que se me presentarían. Decía Odilia que la mujer era como una gata rabiosa, porque cuando el deseo la atenazaba, preparaba las garras y se daba por entera agrediendo al hombre que amaba; pero con Emilia no sucedía lo mismo. Mi silencio y ese deseo reprimido eran como el reflejo del propio ser de Emilia. Yo esperaba que ella diese el primer traspies, la primera oportunidad. Cuando la llamaba por teléfono ciertas noches con la intención de invitarla a cenar, preparaba de antemano los argumentos que habría de utilizar: le diría que me sentía solo, que sabía que también ella lo estaba, que deseaba discutir con ella, fuera de las horas de oficina, algunos problemas personales, porque le había tomado gran confianza; que luego de la cena daríamos un paseo en el automóvil, y que más tarde hablaríamos de importantes proyectos. No le haría ver que una vez hecho este primer contacto la llevaría a bailar y a tomar algunos tragos en Lafuente, en el Maunaloa, en cualquiera de esos centros festivos en donde es posible hablar al ritmo de orquesta. (Me miré el tobillo cuando el agua tibia y dulce rodaba por mis piernas aquella mañana y noté la desaparición de la mancha heredada de mi madre. Era una mancha de familia. Juan me decía que era lo más bello de mí. Pero desapareció como por encanto. Mi abuela también la tuvo). Mis llamadas telefónicas, sin embargo, se convertían en contactos y conversatorios sin objetivo; pronto perdía el sentido de todo cuanto había planeado, y durante largas horas conversaba con Emilia de proyectos futuros, de posibles aumentos de los precios del petróleo, de los nuevos maquillajes Max Factor, marca que ella utilizaba aunque no era la más cara ni la más elegante. Se me iba la vida en ese esfuerzo mental que precedía a mi intención de romper la barrera y lanzarme sobre Emilia para siempre, sin embargo me detenía el terror de verla decir no. Ese día de abril, si mal no recuerdo, me miré el tobillo derecho y vi en él la mancha azul de Emilia. Un lunar similar al de ella se había apoderado de mi pie derecho. Quedé estupefacto. (No dije nada. Pero comenté con Gabriel, mi jefe, la pérdida del lunar. Los lunares se heredan, son el resultado de viejas leyes de

la herencia). Cuando me lo dijo ya lo sabía. No quise señalarle la coincidencia. Hubiese podido informarle que a mí me había salido una mancha similar a la de ella, y precisamente en el mismo sitio. Pero hubiese producido terror en su temperamento frágil; o tal vez ello hubiese permitido una profunda conversación sobre lo penetrante del verdadero amor y abierto las puertas para un entendimiento, para unas relaciones que en su imposibilidad me llenaba de angustia. (Es que a la mañana siguiente me sentí mal y no quise ir a la oficina. Gabriel me llamó. Decía que mi imagen no podía separarse de su cabeza, que era realmente una obsesión de trabajo el pensar en mí y el buscar mi ayuda en cada momento. Yo pude decirle: no Gabriel, lo que sucede es que estás enamorado de mí y no tienes el valor de expresarte, entonces me miras con esos ojos negros y con ese ardor que te hace concentrarte...)

Y es lógico que suceda, la presión psicológica ha sido fuerte. Yo creo doctor que estoy cambiando profundamente. Me parece que no bastan esas explicaciones porque no sólo es cuestión de haberme enamorado, sino que quiero a esa mujer, y no tengo modo de expresarle como la quiero. (Por la tarde del miércoles 15 de abril Gabriel me ha llamado. Mi certificado médico ha estado unos cuantos días en el gran escritorio porque tampoco él ha asistido al trabajo. Carola, mi sustituta me ha dicho que aún no envía un certificado, como le he hecho yo. Sin embargo en sus llamadas intensas y agobiantes, Gabriel no me dice ni me pregunta sobre nuestra mutua distancia, y sobre el coincidente alejamiento de la oficina. Debería decirle claramente que mis manos se han hecho gruesas de improviso, que mi pie, casi infantil, se ha hecho casi pie de hombre, con vellos y sudores fríos; que mis cejas han crecido de pronto, teniendo que afeitármelas para volver a dibujar sobre el arco finas cejas de mujer. Juan me ha llamado esta tarde para el intento de un arreglo. No me he atrevido a decidir nada; mi mundo comienza a dar vueltas y estoy perdida como en un marasmo, y Juan ni siquiera lo comprendería; estoy segura de que sería feliz junto a Gabriel, pero lo mismo que a él, una timidez temible, devastadora, me acosa, y sólo puedo tenerlo en sueños, cuando reacciona mi espíritu y lo veo posarse sobre mí como

un mariposa y acariciarme y hacerme el amor con la mayor de las suavidades del mundo). He notado en Emilia como un dejo de tristeza y no dudo que su ausencia de la oficina se deba a mi retiro por unos días hasta poder dar con los motivos y resultados de este cambio. Hoy he observado mis manos y casi son las mismas de Emilia. Si me dejase crecer las uñas y usase uno de esos pigmentos para decorarlas no habría diferencia. Las paso sobre mi cuerpo, sobre ciertas partes de mi cuerpo imaginándome qué sentiría si estas manos fuesen las de Emilia realmente. Ello me produce una extraña sensación, porque cuando cierro los ojos, son esas manos algo diferente, y siento, al posarlas sobre mis sentidos, como si estuviesen fuera de mí, con la terrible certeza de que lo que siento es, precisamente lo mismo que sentiría Emilia al hacerlo.

(Entonces reconstruyo aquellos momentos, y creo que sería imposible acariciar a Gabriel con estas manos rústicas, con estos dedos que no son los míos, con estos labios que se han ido poniendo duros, masculinamente duros, y con los que besaría a Gabriel a pesar de todo. Ayer ha sido un día insólito; Juan ha venido, ha tocado esa puerta, y entrado. Me ha mirado con asombro: - ¡Has cambiado mucho en poco tiempo, Emilia!, me ha dicho. Le he contestado que mi corazón se entrega lentamente a otro hombre, que ya no me interesan sus propuestas, y que el cariño que sentía por él ha terminado definitivamente. Entonces ha tomado mis manos con un gesto de amor, con ademán de reconciliación, y estas manos ahora rudas se han zafado violentamente de las de Juan, acobardadas, porque son como manos de hombre que no quieren sentir tacto de hombre. Las he pasado por mis cabellos y he tenido la sensación de que Gabriel ha puesto sus dedos sobre mi frente; y he llorado, llorado mucho, pero mis propias manos me consuelan, porque las hago recorrer mis mejillas pensando que Gabriel está aquí, junto a mí, diciéndome por fin que el amor nos hará felices).

Salir o no salir. Esta mañana me miré al espejo y supe de improviso que había tenido a Emilia para siempre. Ya no sólo eran sus manos, sino sus senos, sus dientes;

yo mismo era ella, y ella era quien desde el espejo me miraba coquetamente. Solo dos semanas habían sido suficientes para que mi pensamiento la interiorizara de tal manera que sus atributos pasaran a ser parte de mí. (Quise salir y no pude, Gabriel estaba en mí, vivo, atento, como un viento de la noche que acecha tras el ventanal. Mis labios sintieron el nacimiento del bigote azulado; soñé que me enamoraba de mí misma, porque Gabriel era yo, y yo era Gabriel; sudaba, temblorosa o tembloroso, por así decirlo, porque mi sexo comenzaba a cambiar. No le había dicho nada, pero la última vez que conversamos nuestras voces se transmutaron al punto de cuando le hablé emití el sonido de su propia expresión sonora, dulce, la expresión del jefe administrativo que me miraba con fruición las manos y que soñaba con mi garganta, y que pensaba en mí -ahora lo comprendo- con descos profundos de tenerme). Esa tarde me decidí. Sabía, casi intuía a ciencia cierta lo que había pasado con Emilia. Aquellas conversaciones, aquel cambio de carácter, aquel hablarme del amor del hombre por la mujer cuando yo debía haberle dicho a ella lo del amor por la mujer que el hombre debe sentir siempre; aquella confusa sensación de ardor en los labios cuando la brisa fresca de la noche me remitía al recuerdo, y aquel desear que el recuerdo se invirtiera, y que ella fuese, realmente tan asustadiza como yo, y yo tan tímido como ella... Todas estas sensaciones me decían que cada uno había pasado a formar parte del otro. Ella era él, es decir, yo; y en cambio él era ella (es decir yo, porque comenzaba a desear el nuevo encuentro, el encuentro de seres cambiados, trocados por el amor. Hasta qué punto ella me reconocería en él, y hasta qué punto yo me reconocería en ella. Debíamos resolver cuanto antes el enigma, vernos desde el otro sexo, desde nuestra nueva realidad vital, desde nuestra nueva manera de afrontar la vida. El encuentro inicial - después de las forzadas vacaciones - nos haría trazar la estrategia, la estrategia final, porque al fin y al cabo tendríamos que seguir viviendo. (Vi esa nube, y pensé en mi manera de ver la vida; pensé en mis ropas de hombre ahora inservibles, y yo en mis ropas de mujer, en mis viejas modas - porque se hicieron viejas en sólo horas -, y pensé - lo mismo que yo - en el encuentro, en esa necesidad. Entonces - ambos a dos -, y dentro del más gris de los silencios, hicimos

la cita. Emilia me enviaría al apartamento unos de sus mejores vestidos, aquel del escote, le mostraría el comienzo de mis senos, y llevaría un tinte de labio encantador; Gabriel me devolvería con el mensajero su traje azul a rayas, ese que huele a lavanda y que me hará quedar convertido en un caballero con suficiente garbo como para atraer la mirada de quien es ahora mi propia encarnación. Entraremos a la oficina uno después del otro. Nadie notará que hemos cambiado; él lleva mi lunar en su tobillo, y yo llevo su bigote, su tibio pene que ahora comienzo a conocer, lo mismo que él posee mi sexo azulado, de lacias trencillas y carnosas empellas. Me sentaré en su escritorio. Te sentarás en mi escritorio. Me aposentaré como una mariposa en su silla giratoria de secretaria eficiente. Te sentarás en mi antes perfumada banqueta de secretaria. Nos miraremos. Simplemente nos miraremos desde el forro de las cosas. Ella mirará en mí su viejo retrato, y levantaré levemente la falda para mostrar su tobillo, aquel que dio origen a mi inquietud, y será entonces cuando ella, tan tímida como yo, verá difuminarse de mi pie el lunar azul, y sentirá en sus carnes de hombre emerger esa mancha... Y poco a poco hablaremos de amor, y todo habrá de ser como antes. Y pasará el amor, porque todo tiene que pasar. Y nuevamente estaremos de vacaciones, cambiando constantemente, buscando ser el uno para el otro de manera terrible, de manera infructuosa, pero siempre en la agonía de hacer realidad el amor.

ROBERTO MARCALLE ABREU

EN:

EL MINUSCULO INFIERNO DEL SEÑOR LUCAS

De pié, recostado del marco de la puerta del colmado, la mirada de Lucas se perdía en un nebuloso horizonte de cosas: el día, sin sol, y la humedad que penetraba en todos los poros de su piel a través del aire; la calle laberíntica, llena de conchos destartalados y personas, y tricicleros; las aceras color barro. Gente, gente, gente circulando, riendo, gritando, conversando. La noche anterior amenazantes nubes grises se habían roto con estrépito de relámpagos luminosos, y él había dicho a Elsa una frase intrascendente, demasiado conocida, repetida una y otra vez por quienes carecen de temas de conversación: me encanta dormir cuando llueve. Las gotas, cayendo sobre el zinc, esa música, bonito fondo para el sueño. Ella, no respondió, parecía inquieta sobre el lecho, daba vueltas, lo miraba, le daba la espalda, hasta que al fin acabó por dormirse. Pensar que se trataba de ella. De ella misma. De Elsa.

No requería decírtelo - repitió Mendoza, mirándolo a la cara. La pena se colaba como un líquido a través de sus palabras, una pena extraña: un extraño dolor, vago

dolor por cosas hirientes que se dicen al amigo. Incierta alegría, ser por un instante el oráculo de una existencia tranquilamente vuelta pedazos. A veces, la gente reacciona de una manera extraña - siguió diciendo-. Piensan que uno miente, que quiere crear problemas, que uno se pone a inventar. Te digo esto porque sé que no eres así, que eres una persona consecuente. Que sabes lo que vale una mujer. Nada menos que con el Bebel, Lucas, con el Bebel. Un vago, Lucas y qué vago. Un tipo que nunca ha dado un golpe. De noche, cuando salías a conchar, él saltaba la cerca de alambres, Lucas. Elsa ya lo estaba esperando. No entraban a la casa, se recostaban del almendro. Parece mentira, Lucas, se quedaban casi toda la noche allí. Así, de pie, parece mentira. Después de todo lo que tú has hecho por ella.

Lucas sintió ganas de llorar. Todo había sido tan normal aquella mañana: Elsa había preparado el café, los panes, los huevos. Le había pedido el dinero del diario y se disponía a salir al mercado a comprar - partió primero que él. Miró hacía la acera y se encontró con un bulto que apretaba con fuerza en la diestra: un corte de tela a cuadros verdes de *polyester*, estaba de moda. Había marchado temprano, con el fin de que el sastre le tuviera listo el pantalón para el día siguiente. Ahora, eso no tenía sentido. Volvería. Apenas había caminado dos esquinas para alcanzar la línea de conchos cuando se encontró con Pedro Mendoza. "Quiero hablar contigo", le había dicho. "Es algo muy serio, muy urgente." Sí, volvería. Pero, ¿Qué le iba a decir? ¿Qué iba a hacer? ¿Qué debe hacer un hombre en estos casos? Sentarse, esperarla que llegara del mercado, no encontrarla. Y si la encontraba, ¿Qué iba a decirle? Quizás: "Vamos a casa. Quiero hablar contigo. Esto, va a acabarse". Y allá, ¿Cómo comenzaría? Y... pero no sentía odio dentro de sí. Más bien tristeza. Cuantas veces, en medio de los tragos con los amigos, había hablado de que mataría a la mujer que le hiciera una mala jugada. Eran cosas que se decían en medio de tragos. Lucas no se sentía con fuerzas para ir a buscarla, para cobrarle su traición, como decían los discos.

- Me voy - le dijo a Mendoza.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

- ¿Qué vas a hacer? - preguntó. Había una mezcla de actitudes en sus palabras. Curiosidad, lástima, deseo de conocer por anticipado un lógico desenlace, satisfacción por saberse el catalizador de lo que ocurriese, compasión de aquel hombre reducido a la nada, aquel hombre engañado.

- Voy al centro. Quiero que me hagan este pantalón.

- Pero... - Mendoza estaba desconcertado - ¿No vas a ir a tu casa ahora? ¿No me has creído? ¿No vas a pedirle cuentas a Elsa?

- No ahora. Después. Si voy ahora, todo puede ocurrir. Si voy después, será mejor. Me prepararé en el camino. Un fracaso no daña toda la vida. Aún quedan fuerzas.

- Bueno, pero yo, en tu lugar...

- Adiós Mendoza. Y gracias.

Sentía un poco de inseguridad en la mirada, en la actitud, en las manos, en la sangre, ante la mirada directa del testigo. Ante Mendoza. Saber que éste seguía cada uno de sus gestos - hasta el más insignificante. Ciertamente, no caminaba como todos los días. No sabía dónde meter el paquete, qué hacer con su mano izquierda, cómo armonizar los pasos. A veces, le pasaba aquello, cuando caminaba solo entre un grupo de personas que lo observaban. No tenía importancia, en realidad. Pero Elsa, pensó. Y con el Bebel.

Llegó a las 17. El día opaco, sin sol. Lloverá otra vez, pensó. En lo alto, nubes grises contemplaban inmóviles la ciudad. La humedad seguía penetrando por su piel, sus ojos, su boca. Había un extraño olor en la atmósfera: a carnes cocidas, a verduras, a gente, animales y fango. Hizo una seña y un concho se detuvo. ¿Duarte? Sí. Entró. Nada más y nada menos que con el Bebel. Entonces, por algo se paraba en el frente de su casa a observarlo cuando él se iba a trabajar en el concho. Y por algo era la inquietud de ella anoche (el concho se había dañado; mientras lo reparaban, él se

Domingo Hernández Contreras

quedaba en la casa; anoche, le habría tocado salir; por eso estaba inquieta: no había podido verlo).

Las calles y las gentes, los conchos y los verduleros, cruzaban frente a sus ojos. El olor a animales, personas, carnes cocidas, iba disminuyendo. No hacía brisa, pero el concho la creaba con la velocidad. Nada más y nada menos que con el Bebel. El Bebel. Rechoncho, medio rubio, con unos bigotes gruesos sobre la boca. Recordaba las historias que había oído de él. Algún amigo influyente en la Secretaría de Educación, un cambio de liceo, notas falsas. Pasar repentinamente del octavo curso a un segundo del bachillerato. Pero, descubrieron el fraude. Lo reenviaron al octavo curso, y entonces, el Bebel no quiso volver a estudiar.

Edad: veinte y dos, veinte y tres años, pero aparentaba treinta. Se pasaba los días en la casa, apenas si salía (ahora comprendía por qué). La misma Elsa le había dicho en una ocasión: *es un tipo raro. Su mamá me dice que no hace esfuerzos ni por trabajar ni por estudiar. Se levanta temprano, se desayuna, y se sienta en una mecedora. Luego de un rato, cambia para el mueble. Después, se sienta en una sillita, en un rincón. Así se pasa los días. En las noches, va al cine. Y ve la misma película dos y tres veces, en días consecutivos. Tiene que ser un loco. Un loco...* Decía eso para encubrirlo. Indirectamente, ¿Quién sería capaz de enamorarse de un individuo así? Y era porque ellos se veían en la noche, cuando yo salía a trabajar. De pié, recostados del almendro. Las imágenes comenzaron a cruzar por su mente. Empezó a sudar. *Un besito mami.* No. La abrazaba. *¿No me quieres?* El Bebel es un hombre muy meloso, había oído decir una vez. *Un papi. Suave, tierno, dulce con las hembras.* Es un experto en cazar prostitutas, se mueren por él. Por algo le dicen el Bebel. *Un besito en la boca a su papi.* Y ella, *no seas fresco.* Le estrecha contra el almendro. En la boca, en el cuello, en los hombros. Le baja la bata. Las teticas. Ella dice *no seas malo.* Y él, como un niño hambriento. Ahí, exactamente. De izquierda a derecha con la puntica de la lengua. Arriba, abajo. Una mordidita. Y las manos sabias. La cintura, los muslos, las caderas, el vientre. Desnuda, en la humedad y el frío del patio, en el airecito de la noche, mientras los niños duermen. Un beso en la boca,

apretarse contra el almendro, enfrentase, las dos carnes, los cuatro muslos, los dos vientres, los dos pechos, los cuatro brazos, las dos bocas murmurantes, dando grititos, diciendo malas palabras. Ahora, vete. *Un poquito más.* No, vete, pueden descubrirnos, tienes que estar loco. *Entonces, hasta pasado mañana, mami.* Hasta, Lucas suda. Deberé matarla, piensa, deberé matarla. Hacerme eso a mí. A los niños. Respira hondo. Cuando bebían tragos la opinión disidente era la de Marino... *pues yo no la mataría. Diez, veinte años en la Victoria por una mujer que no sirve. Un muerto encima, y las manos llenas de sangre. La mujer que me la pega me hace un favor: así me libero de ella. Javier Solís lo dice: el que pierde una mujer, no sabe lo que gana.* Pero, cuando los niños crezcan, ¿Qué dirán de su padre? Si la mato, los echaré a perder para toda la vida. *Mira a los hijos de la bandida esa. La mató su marido por puta, le pegaba cuernos con un vago.* Si no la mato, ¿Qué pensarán de mí? Imaginaba a Fernandito, ya grande, hablando con sus amigos en cualquier restaurant, un poco ebrios, haciéndose confianzas: *mi padre no sirvió nunca para nada. Mamá le engañaba con cualquiera, y él soportándolo. Ahora lo detesto, no me queda más remedio que detestarlo. No quiero ser igual que él.* Y los enamorados de Lydia, cuando estuviera hecha una mujercita: *hay que tener cuidado con esa. Tiene precedentes: la mamá pegaba cuernos. Y de tal palo tal astilla.* Lucas sintió que su cabeza se transformaba en un caos. Había pasado la Amado García Guerrero, ya. Bajó del concho. ¿Qué haría? ¿Coger para donde el sastre? Sería un poco grotesco mandarse hacer un pantalón cuando, posiblemente, la arena se había acabado al reloj, y era necesario darle vuelta. Tanto de cintura, tal tipo de bolsillos. Venga mañana, pero le valdrá cuatro pesos. No, no tenía sentido. En torno suyo, la gente penetraba en las tiendas, los semáforos cambiaban sus luces verdes, amarillas, rojas-, hombres de voces gruesas anunciaban por bocinas parecidas a clarinetes deformes, la calidad de los zapatos y las telas y las ropas y los nuevos estilos. El restaurant Princesa, el anuncio grande con sus letras de neón, algunas dañadas. Un olor penetrante a asfalto, a personas sudadas. Entró. El sitio estaba desolado, aún: era muy temprano. El aire frío, dos o tres luces que brotaban de rincones inesperados, tan tenues que el lugar permanecía sumido en profundas penumbras. Se sintió mejor. Dejó el paquete sobre

una silla, llegó a la vellonera y puso cinco discos: todos alusivos. No te vuelvo a querer. No vuelvas. Falsaria. Cualquiera. Y a mí, qué. Una cerveza. Un vago olor a criolina la música comienza, todo se hace más claro. Pero, los vecinos. Qué dirán los vecinos. *El pobre, tan infeliz, matándose en el trabajo y la mujer dándose la gran vida y nada menos que con ese vago del Bebel. Buena sinvergüenza. Ahora, te voy a decir una cosa: si él fuera un macho, un hombre de verdad, no es cierto que una mujer le hubiera hecho eso. Es que ya a estas alturas él no puede hacer nada, y, como es natural, la mujer es mucho más joven. Tiene que hacer por sí misma. Si, además de que ella es una bandida, él está muy mayor, ya. Tiene como cincuenta años y a esa edad es difícil atender a una mujer.* Otra cerveza. No le había bastado su calor. Era fuerte, aún, no tenía cincuenta años. Cuarenta y dos, cuarenta y tres, a lo más. Pero el trabajo, la vida dura, todas esas cosas envejecen a un hombre. Recordaba, se la había llevado muy niña. Casi un trato entre él y Don Nicolás. *Un hombre juicioso, un hombre de edad mayor es que quiero para mi hija,* le había dicho. *Un hombre de trabajo que no tenga todas esas ideas de la juventud de ahora. De la juventud frívola, holgazana, sin principios.* Y después, el lento ascenso, la lucha por hacerse de una casita, por tener una remúa, por lo menos, y las calientes, y la leche de los niños. Una pareja entró al salón. La música había cesado hacía rato. Eran jóvenes y estaban vestidos con colores alarmantes - la luz del día penetraba un poco al abrirse la puerta. Lucas pensó que él ya no tenía muchas posibilidades. Un hombre de cuarenta y tantos años, engañado por una mujer, desacreditado, no es un hombre. Un chofer de conchos por las noches. Recorrer los laberintos de las calles oscuras, iluminadas apenas, con dos o tres desconocidos en la parte atrás del auto, dos o tres desconocidos que eran los dueños de su vida o de su muerte - clientes comunes, o quizás ladrones y asesinos que lo atracarían y matarían al llegar a su punto de destino. El término de la angustia cada mañana, *ya pasó, a descansar,* entonces. Y ahora, Elsa hacía eso. Y nada menos que con el vago del Bebel. Otra cerveza. Y él, sin saberlo - *el marido es el último en saberlo,* decían. Matarla, matarse. Pero, ¿Y los niños? Los niños... Todo parecía más claro, ahora. Ella era joven. Una vida por delante. Los niños. El estaba acabado. Los niños. El Bebel, pese a todo lo que fuera, quizás hiciera algo por ella - al verla

desamparada. Y los niños a la larga, no tendrían que sufrir las consecuencias que se derivan de haber tenido una madre asesinada por adúltera. La necesitaban a ella, después de todo. La necesitaban. Además, él estaba acabado. ¿Cómo volver al barrio, sabiéndose señalado por todo el mundo: *a ese le pegan cuernos?* Ojos que no ven, corazón que no siente. Ojos y corazón que sienten. *Está acabado, es demasiado viejo, la mujer lo engaña porque él ya no puede.* Camine, usted la mató, diez años, veinte, el encierro, los prebostes, uno, dos, tres, diez, mil días, dos mil días, encierro, salir a los sesenta años, con menos fuerzas, morir quizás en la cárcel... No tenía sentido. Llamó al mozo. La cabeza le daba un poco de vueltas. Se levantó. La pareja de jóvenes seguían besuqueándose en las penumbras. Ir a la farmacia, comprar negro eterno (decían que el efecto era fulminante). Pero, ¿A dónde esperaría? ¿Y si eran, aún, capaces de salvarlo? Algo sin salida, algo definitivo, algo de lo que fuera imposible volver. Se levantó. Todo daba vueltas, suavemente. Estaba un poco ebrio, sí, mejor. Podría escribir una nota. Una carta a Elsa, o al Bebel, o a los vecinos. Mejor no. El puente Duarte. Tres esquinas más adelante, bastaría con dejarse caer. Un vacío, y el golpe. Todo quedaría resuelto. Todo. Abrió la puerta. La luz del día - sin fuerzas - le dio en la cara, como un golpe. Otra vez el olor a personas, a asfalto, las aceras repletas de gentes, los conchos, los anunciantes vociferando. El puente Duarte. Caminó dos pasos y se encontró en la acera, junto a las multitudes que circulaban. Un hombre lo miraba con asombro, pero Lucas no le concedió importancia alguna. La decisión estaba tomada. Se dispuso a partir, aún sabiendo que las lágrimas comenzaban a ahogar sus ojos. Sería la última vez, pensó, la última vez, que vería todo aquello.

Septiembre (2) 1972.

DIOGENES VALDEZ

EN:

TODO PUEDE SUCEDER UN DIA

Conocía los ladridos de todos los perros del barrio y aquello era algo así como un elogio a la eficiencia con que realizaba su trabajo. Pero también la gente proporcionaba mucho de satisfacción, a él le gustaba ver la cara de felicidad que ponían cada vez que entregaba una carta a su destinatario. Dentro del sobre podía haber una noticia buena o mala, pero las personas recibían las cartas de sus manos con una sonrisa y algunas palabras amables.

Confucio se sentía orgulloso de su trabajo como cartero. Veinte años haciendo lo mismo en el mismo barrio, llevando cartas de amor, cobranzas de bancos, invitaciones para bodas y cumpleaños, tarjetas de navidad, en fin, todo lo que era posible enviar dentro de un sobre cerrado, adornado con un enjambre de sellos postales.

- ¡Qué hermosas son las cartas antes de abrirlas! Pensó Confucio, mientras contemplaba una de ellas, que debía entregar ahí mismo, en el número 221, a doña

Socorro, por supuesto... ¡Cualquiera las colecciona para abrirlas todas juntas en determinada fecha del año, en Navidad por ejemplo, o en el día de nuestro cumpleaños!

Era absurdo todo eso que estaba pensando, pero al fin y al cabo no era una mala idea. Lo triste de todo esto es que los carteros no tienen muchas personas que les escriban, él mismo solamente había recibido una sola carta en toda su vida, y de eso hace ya tanto tiempo, que no recuerda siquiera lo que ella decía.

Entregó la carta en la casa marcada con el número 221 y recibió como recompensa la acostumbrada sonrisa y unas palabras de agradecimiento. Se alejó lentamente, con paso cansado, la mirada fija en la dirección de otra carta que debía entregar en la misma calle. También hoy terminaría temprano la labor, después se iría a la casa a descansar. Un extraño sentimiento de felicidad lo embargaba. En su trabajo había algo que lo hacía sentir orgulloso, y era que jamás una carta entregada a él había sido devuelta al remitente.

Pulsó el timbre y entregó la carta al más pequeño de la familia Valdez, a Dionis, a aquel muchacho juguetón que tan solo unos cuantos años atrás se echaba a correr tan pronto lo veía acercarse, pero que de repente y sin que él lo advirtiera, se había convertido en un fornido mozalbete; "¡Qué rápido pasa el tiempo!", pensó. El perro de la familia Valdez le lanzó un par de ladridos, pero Confucio no se intimidó, le respondió con dos ladridos más y el animal movió la cola y se tranquilizó, siempre sucedía así, era como si animal y hombre se hubiesen puesto de acuerdo secretamente para despedirse de esa forma.

Confucio ya estaba en el final de la calle. Miró los paquetes de cartas que faltaban por entregar, eran pocos. De esa calle sólo faltaba una. Miró la dirección y se extrañó de haber pasado por delante de aquel número y no haber entregado aquella carta. Tendría que dar marcha hacia atrás.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

Confucio desanda todo el trayecto caminado sin necesidad de tener que mirar los números de las casas. De memoria sabe cuántas cuadras tiene que retroceder. Se detiene. Por estos contornos debe estar el número buscado, la carta es de doña Altagracia, sabe que ella se pondrá muy contenta al recibirla, ya que él no le lleva correspondencia muy a menudo, para decirlo en alguna forma, ella es su peor cliente.

Busca el número de la casa con insistencia, pero no lo ve. ¿Qué está pasando?, la casa de doña Altagracia no está en el lugar que siempre había estado, no está ahí su perro para ladrarle, no están ahí sus flores. Confucio comienza a preocuparse, es la primera vez que esto le sucede.

Cruza a la acera de enfrente para orientarse mejor, pero el resultado es el mismo, la casa de doña Altagracia no está ahí. Tal vez la dirección está equivocada, y si se tratara de otra doña Altagracia Medina, pero no, ahí está la dirección bien clarita, y el nombre de ella escrito en nítidas letras de cajón; no había ninguna duda, la carta es para ella, para la misma señora Altagracia que siempre ha conocido, la del perrito poodle, la que riega sus flores diariamente a las diez de la mañana.

Piensa que quizás doña Altagracia se ha mudado del barrio sin decirle nada a él, pero ¿Por qué tendría ella que decirselo, si él le llevaba pocas cartas? Piensa que es posible que ella se hubiese ido a vivir a otro sitio, pero que no se iba a llevar la casa con todo y número. Al pensar en esto se siente más confundido y preocupado. Ahora, ¿Qué podría hacer?

Confucio se sienta en la acera con el paquete de cartas aún por entregar. Decide no devolverla al correo, sería la primera vez en toda su vida de cartero que no podía entregar una carta a su dueño, además, ¿Cómo iba a explicar el hecho de no haber podido encontrar el número de la casa?

Podría ser que él se estuviera volviendo loco. Nunca antes una preocupación semejante le había mortificado tanto. Todo podría aclararse si decidiera preguntarle

a los vecinos, pero esa no era una solución que aceptara su orgullo de cartero eficiente. Caminaría nuevamente toda la calle de un extremo a otro, todas las veces que fuera necesario, y miraría los números de las casas uno por uno hasta encontrar el que buscaba.

Confucio caminó toda la calle sin que el resultado fuese diferente. No quería permitir que la desesperación le ofuscara más el cerebro. Algo o alguien le estaba haciendo una broma pesada. Se le ocurrió pensar que tal vez éste no era el barrio en donde había repartido tristezas y alegrías durante más de veinte años; pero éste era el barrio, su barrio, porque además de trabajar en él, también vivía aquí, por lo tanto no tenía ninguna justificación para que se equivocara y mucho menos para no encontrar una dirección.

"¿Y si estuviera en otra ciudad con un barrio exactamente igual al que ha trabajado y en donde ha vivido todos estos años?", se dijo a sí mismo. Tampoco eso era posible, ahí estaban todas las otras cartas entregadas, en su memoria aún estaban presentes las sonrisas de las personas que las habían recibido y las palabras amables con que habían agradecido la entrega, además estaban los ladridos de sus perros. Solamente no estaba la casa de doña Altagracia.

La tarde comenzó a caer y Confucio bajaba nuevamente por esa misma calle a la que ya comenzaba a odiar. La luz del sol se marchó y le dolían los pies. Volvió a dar marcha hacia atrás, nunca antes su orgullo se había sentido tan lastimado, pero él era demasiado terco para darse por vencido, estaba de por medio su fama de cartero eficiente. Seguiría buscando.

Confucio no sólo quería encontrar el número que buscaba, sino que trató de recordar cómo era el color de la casa. Ahora dudaba si la casa tenía o no un jardín en el frente, pensó que el perro poodle que siempre le ladraba no era más que una invención suya, tal vez era él quien había inventado todos los ladridos de los mismos

perros, y hasta su eficiencia de cartero era posible que no fuese más que una quimera de su mente, ya le quedaban pocas dudas de que se estaba volviendo loco.

Todas las casas habían cerrado ya sus puertas y el barrio dormía. Se había hecho demasiado tarde y no buscaría más. Se sentó entonces en la acera apretando fuertemente entre sus manos arrugadas el paquete de cartas que no había podido entregar y comenzó a llorar. Estuvo así largo rato sollozando en silencio hasta que un perro callejero se le acercó y le ladró varias veces. Confucio levantó la cabeza y como si hablara con un ser humano, dijo:

- ¡Gracias amigo, muchas gracias!... ¡No trates de convencerme, sé que estoy muy viejo para este tipo de trabajo!

El perro ladró nuevamente y en los labios de Confucio comenzó a dibujarse una sonrisa.

- ¡Gracias otra vez - volvió a decir -, de todos modos hace tiempo que tenía la intención de renunciar!

Entonces el animal lo miró con los mismos ojos tristes con que había llegado y después de un aullido lastimero, se alejó del lugar tranquilamente.



INDICE DE AUTORES

	Páginas
Alfonseca S. , Miguel	225
Alcántara Almánzar, José	147
Almánzar R., Armando	137
Bobea, Lorenzo Justiniano	101
Bosch, Juan	191
Caro, Néstor	217
Cestero, Manuel F.	31
Contreras, Hilma	209
Díaz Grullón, Virgilio	127
Espinal R., Daniel Baruc	235
Estrella Veloz, Santiago	199
Fiallo, Fabio	1
Francisco, Ramón	221
Franco, José Ulises	213
García, Inván	167
García, José Enrique	185
Gautreaux Piñeyro, Bonaparte	163
Henríquez, Enrique Cotubanamá	69
Hernández Acosta, Angel Atila	57
Hernández Franco, Tomás	97
Hoepelmán, Virgilio	203
Jiménez, Miguel Angel	113
Lacay Polanco, Ramón	195
Lara Fernández, Carmen	61
López, José Ramón	25

Domingo Hernández Contreras

	Páginas
Marcallé Abreu, Roberto	247
Marrero Aristy, Ramón	49
Milaneses, Otto Oscar	159
Miller Otero, Freddy	93
Nolasco, Sócrates	87
Patín Maceo, Manuel Antonio	7
Risco y Bermúdez, René del	133
Rodríguez Fernández, Arturo	121
Sanz Lajara, José Mariano	77
Soto, Renato de	13
Stengre, Carmen	39
Troncoso de la Concha, Manuel de Jesús	105
Valdez, Diógenes	255
Veloz Maggiolo, Marcio	239
Vicioso, Juan A.	65

BIBLIOGRAFIA

- ALFONSECA S., MIGUEL :
"El Enemigo, Relatos". Santo Domingo, República Dominicana: Editora UASD, 1970. Colección Brigadas Universitarias.
- ALCANTARA ALMANZAR, JOSE :
"La Carne Estremecida". Premio Nacional de Cuentos, 1989. Santo Domingo, República Dominicana: Fundación Cultural Dominicana, 1989.
- ALMANZAR R., ARMANDO :
"Infancia Feliz". Santo Domingo, República Dominicana: Editora "Alfa y Omega", 1978.
- BOSCH, JUAN :
"Cuentos Escritos Antes del Exilio". Santo Domingo, República Dominicana: "Alfa & Omega", 1987. Séptima Edición.
- CARO, NESTOR :
"Cielo Negro". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1973. Segunda Edición Ampliada.
- CESTERO, MANUEL F. :
"Cuentos a Lila". Santo Domingo, República Dominicana: La Cuna de América, 1906.

Domingo Hernández Contreras

- CONTRERAS, HILMA :
"Entre Dos Silencios: Cuentos", Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1987.
- DIAZ GRULLON, VIRGILIO :
"De Niños, Hombres y Fantasma". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1981. Colección Montesinos, No. 2
- ESPINAL, DANIEL BARUC :
"Sin Alas en Medio de la Noche". República Dominicana: (?), 1983.
B.N. 863.44/E77s. Biblioteca Nacional.
- ESTRELLA VELOZ, SANTIAGO :
"Igual que Antes". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1974.
- FIALLO, FABIO :
"Cuentos Frágiles". New York: Imprenta de H. Brawnlich, 1908.
- FRANCO, JOSE ULISES :
"Cuentos y Cosas de Mi Tierra", Santiago de los Caballeros, República Dominicana. Autor: 1969.
- GARCIA, IVAN :
"Relatos, La Guerra no es Para Nosostros", Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1979. Colección Biblioteca Taller 113.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

- GARCIA, JOSE ENRIQUE :
"Contando lo que Pasa". Santo Domingo, República Dominicana: Editorial Santo Domingo, 1986.
- GAUTREAUX P., BONAPARTE :
"La Ciudad Clandestina y los Secretos del General". Santo Domingo, República Dominicana: Biblioteca Naciona. (1985), Colección Orfeo.
- HENRIQUEZ, ENRIQUE C. :
"Tierra y Sangre (Cuentos)", La Habana, Cuba: Impresora Ucar, Garcia & Cía., 1941. Comentario de Juan Marinello.
- HENANDEZ ACOSTA, ANGEL A. :
"Cocktail de Escenas (Cuentos)" Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana: Imprenta "Arte y Cine", 1948.
- HERNANDEZ FRANCO, TOMAS :
"Cibao, Narraciones". Santo Domingo, República Dominicana: Biblioteca Nacional, 1986. Colección Orfeo.
- HOEPELMAN, VIRGILIO :
"100 Cuentos (De Amor, de Risa y de Llanto). Santo Domingo, República Dominicana: Amigo del Hogar, 1978.
- JIMENEZ, MIGUEL ANGEL :
"Mi Traje Nuevo (Cuentos)". Santo Domingo, República Dominicana: Impresora Arte y Cine, C. por A., 1972. Segunda Edición, (Ampliada y Corregida).

Domingo Hernández Contreras

- LACAY POLANCO, RAMON :
"No Todo Está Perdido". Santo Domingo, República Dominicana, Imprenta Comery, 1966.
- LARA FERNANDEZ, CARMEN :
"Cristales". Santiago. República Dominicana: Editorial El Diario, 1940 (?); Era de Trujillo.
- LOPEZ, JOSE RAMON :
"El Loco". Tomado de la Obra "La República Dominicana: Directorio y Guía General". Barcelona, España: Imprenta de la Viuda de Cunill, 1907. Pp. 342-344, del autor: Enrique Deschamps.
- MARCALLE ABREU, ROBERTO :
"El Minúsculo Infierno del Señor Lucas". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Cultural Dominicana, 1973.
- MARRERO ARISTY, RAMON :
"Balsié, Narraciones, Estampas y Cuentos". Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana, Editorial "Caribe", 1938.
- MILANESES, OTTO OSCAR :
"Tres Gotas de Misericordia", Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1988.

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

- MILLER OTERO, FREDDY :
"Almanaque Literario de mi Mundo para 1946". Ciudad Trujillo. Distrito de Santo Domingo, República Dominicana: Editorial Cambier, 1945 (?).
- NOLASCO, SOCRATES :
"El Diablo Ronda en los Guayacanes, Cuentos de Santo Domingo". Santo Domingo, República Dominicana: Editora del Caribe, C. por A., 1967.
- PATIN MACEO, MANUEL A. :
"Cuentos y Serpentinias". Santo Domingo, República Dominicana: Patín Maceo y Hno., 1921.
- PEIX, PEDRO :
"La Narrativa Yugulada". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, C. por A. 1987. Segunda Edición. En este texto se encuentra el cuento "La Moneda Gastada" de Ramón Francisco.
- RISCO Y BERMUDEZ, RENE DEL :
"Cuentos y Poemas Completos". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1981.
- RODRIGUEZ DEMORIZI, EMILIO :
"Cuentos de Política Criolla". Prólogo de Juan Bosch. Santo Domingo, República Dominicana, 1977. Colección Pensamiento Dominicano. Segunda Edición. En este texto aparecen los cuentos: "Contrariado" y "Una Decepción".

Domingo Hernández Contreras

- RODRIGUEZ FDEZ., ARTURO :
"Subir Como una Marea". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller 1980. Colección Biblioteca Taller.
- SANZ LAJARA, JOSE MARIANO :
"Aconcagua (Viajes y Cuentos), Buenos Aires, Argentina: Editorial América, 1950.
- SOTO, RENATO DE :
"Tonalidades". Santo Domingo, República Dominicana: Montalvo Hnos., 1913.
- STENGRE, CARMEN :
"Hermana Violeta". Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana, Imprenta Montalvo, (193..?).
- VALDEZ, DIOGENES :
"Todo Puede Suceder un Día". Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1984. Colección Biblioteca Taller No. 159.
- VELOZ MAGGIOLO, MARCIO :
"La Fértil Agonía del Amor". Premio Nacional de Cuentos 1980. Santo Domingo, República Dominicana: Editora Taller, 1982.
- VICIOSO, JUAN A. :
"Manantial, Cuentos y Páginas". Ciudad Trujillo, República Dominicana: (S.I.), 1938.

INDICE GENERAL

Páginas

DEDICATORIA	
AGRADECIMIENTOS	
PROLOGO	I
INTRODUCCION	XIII

ESCRITORES PRECURSORES
DEL CUENTO PSICOLOGICO

FABIO FIALLO EN:

Ernesto de Anquises	1
---------------------------	---

MANUEL ANTONIO PATIN MACEO EN:

El Sofá	7
---------------	---

RENATO DE SOTO EN:

Antojo Femenino	13
-----------------------	----

JOSE RAMON LOPEZ EN:

El Loco	25
---------------	----

MANUEL F. CESTERO EN:

La Verdad es Amarga como el Aloe	31
--	----

ESCRITORES DE TRANSICION
DEL CUENTO PSICOLOGICO

CARMEN STENGRE EN:

El Ciempies	39
-------------------	----

RAMON MARRERO ARISTY EN:

Una Razón	49
-----------------	----

Domingo Hernández Contreras

	Páginas
ANGEL A. HERNANDEZ ACOSTA EN:	
Mi Amigo Pedro	57
CARMEN LARA FERNANDEZ EN:	
El Ladrón	61
JUAN A. VICIOSO V. EN:	
Ironías del Destino	65
ENRIQUE COTUBANAMA HENRIQUEZ EN:	
El Pájaro	69
JOSE MARIANO SANZ LAJARA EN:	
Los Pasos Venían Detrás	77
SOCRATES NOLASCO EN:	
Don Sebastian se Entusiasma	87
FREDDY MILLER OTERO EN:	
El Lago de los Patos	93
TOMAS HERNANDEZ FRANCO EN:	
El Presidente	97
LORENZO JUSTINIANO BOBEA EN:	
Contrariado	101
MANUEL DE JESUS TRONCOSO DE LA CONCHA EN:	
Una Decepción	105
MIGUEL ANGEL JIMENEZ EN:	
Honor Trinitario.....	113
 ESCRITORES CONTEMPORANEOS DEL CUENTO PSICOLOGICO	
ARTURO RODRIGUEZ FERNANDEZ EN:	
El Final de los Héroes	121
VIRGILIO DIAZ GRULLON EN:	
Edipo	127

Antología del Cuento Psicológico de la República Dominicana

	Páginas
RENE DEL RISCO BERMUDEZ EN:	
El Cuarto	133
ARMANDO ALMANZAR RODRIGUEZ EN:	
Infancia Feliz	137
JOSE ALCANTARA ALMANZAR EN:	
La Obsesión de Eva	147
OTTO OSCAR MILANESES EN:	
Avenida Soledad y Noche de Callejas	159
BONAPARTE GAUTREAUX PIÑEYRO EN:	
Esa Maldita Fila	163
IVAN GARCIA EN:	
Vivir es Buena Razón	167
JOSE ENRIQUE GARCIA EN:	
Oficio de Ocioso	185
JUAN BOSCH EN:	
El Algarrobo	191
RAMON LACAY POLANCO EN:	
El Hijo	195
SANTIAGO ESTRELLA VELOZ EN:	
Un Idiota	199
VIRGILIO HOEPELMAN EN:	
El Perro del Hortelano	203
HILMA CONTRERAS EN:	
El Cumpleaños de Vitalina	209
JOSE ULISES FRANCO EN:	
La Tragedia de un Hombre Celoso	213
NESTOR CARO EN:	
Un Hombre de la Calle	217
RAMON FRANCISCO EN:	
La Moneda Gastada	221

Domingo Hernández Contreras

	Páginas
MIGUEL ALFONSECA EN:	
El Hombre que Cruza la Esquina	225
DANIEL BARUC ESPINAL EN:	
"Víspera de la Víspera"	235
MARCIO VELOZ MAGGIOLO EN:	
La Fértil Agonía del Amor	239
ROBERTO MARCALLE ABREU EN:	
El Minúsculo Infierno del Señor Lucas	247
DIOGENES VALDEZ EN:	
Todo Puede Suceder un Día	255
INDICE DE AUTORES	261
BIBLIOGRAFIA	263
INDICE GENERAL	269

semblanza del Investigador

Prometedor talento dominicano que desde temprana edad demostró vocación hacia la investigación científica, el periodismo y el servicio organizacional comunitario. Nació el 14 de Junio de 1963 en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana.

Cuando apenas tenía 19 años de edad, obtuvo Mención Honorífica al participar en el Concurso Nacional Histórico-Literario patrocinado por las secretarías de Estado de las Fuerzas Armadas; de Educación, Bellas Artes y Cultos y por la Lotería Nacional; dicho concurso versaba acerca de *La Gesta Restauradora del 1863*.

Fue miembro del *Staff* de investigadores de la Biblioteca Nacional durante tres años (1986-89). Se inició en la vida periodística en el 1984; desde entonces ha publicado varios artículos y ensayos en múltiples periódicos-diarios-semanarios de circulación nacional.

Se inauguró como investigador literario en el 1993 con su título: *Cuentos de Perros Humanos, Mini Antología*. Ha llevado a cabo diversas investigaciones sobre diferentes tópicos, aún inéditas, dentro de las que se encuentran los títulos siguientes: *La Sabiduría del Bibliotecario: Mito y Realidad; Breve Historia del Concepto Patriotismo*.

En preparación tiene los títulos: *Historia de la Marginación de la Mujer; De España a la Española: Los Orígenes de las Luchas de Clases* y ya en prensa su extraordinario ensayo psicológico: *Los Orígenes de la Conciencia Social de Juan Bosch*.

En el servicio organizacional comunitario, cuenta con una vasta experiencia en la elaboración, planificación y asesoría de programas y proyectos de trabajo social: Miembro fundador del Centro Juvenil de Investigadores Dominicanos, 1984; Miembro fundador y posteriormente Director Ejecutivo de la Asociación Iniciativa para la Educación Democrática Inc., La Iniciativa, 1990-92; Presidente de la Sociedad Democrática de Bibliófilos, Inc. 1993-94; actualmente es vicepresidente del Instituto pro Integración y Desarrollo de la Familia, Inc. Interprodefaminc.

En el Presente se desempeña en el Partido de la Liberación Dominicana, como coordinador del Departamento de Legislación Cultural de la Secretaría de Cultura y como corrector de su órgano periodístico: Vanguardia del Pueblo; además es encargado del Departamento de Publicaciones de la Superintendencia de Seguros.

**Esta obra se terminó de imprimir
en el mes de Julio de 1995,
en la Editora Taina
Santo Domingo, República Dominicana**

La edición consta de 1000 ejemplares.



• Miguel Alfonseca
 Almánzar • Armando
 • Lorenzo Justiniano
 • Néstor Caro • Ma-
 ma Contreras • Vir-
 • Daniel Baruc Espi-
 lla Veloz • Fabio Fia-
 cisco • José Ulises
 • José Enrique García
 aux Piñeyro • Enrique
 ríquez • Angel A.
 • Tomás Hernández
 Hoepelman • Mi-
 • Ramón Lacay Po-
 ra Fernández • José
 berto Marcallé Abreu
 Aristy • Otto Oscar
 Miller Otero • Só-
 nuel A. Patín Maceo
 Bermúdez • Arturo
 dez • José Mariano
 de Soto • Carmen
 Jesús Troncoso de la
 Valdez • Marcio Ve-
 A. Vicioso.

Esta obra es para el uso inclusive del desasistido ser humano dentro de esta especie marginada, y para el uso especial de los humanistas de la Psicología, la Pedagogía, la Sociología, la Literatura y de las múltiples ramas del saber, por la valentía que presupone el practicar a diario el humanizarse en la tierra pestilente de los fetiches deshumanizantes, y por la prudente concepción científica y didáctica con que se abordó. También esta obra fue pensada para el uso de las familias, y para las personas nacionales y extranjeras interesadas en adentrarse en las entrañas de la cultura y la idiosincrasia dominicanas y latino-americanas.



Domingo Hernández Contreras

S. • José Alcántara
 Almánzar Rodríguez
 Bobea • Juan Bosch
 nuel F. Cestero • Hil-
 gilio Díaz Grullón
 nal • Santiago Estre-
 llo • Ramón Fran-
 Franco • Iván García
 • Bonaparte Gautre-
 Cotubanamá Hen-
 Hernández Acosta
 Franco • Virgilio
 guel Angel Jiménez
 lanco • Carmen La-
 Ramón López • Ro-
 • Ramón Marrero
 Milanese • Freddy
 crates Nolasco • Ma-
 • René del Risco y
 Rodríguez Fernán-
 Sanz Lajara • Renato
 Stengre • Manuel de
 Concha • Diógenes
 loz Maggiolo • Juan